

LA CARRERA DEL HONOR

LINDSEY
DAVIS

Lectulandia

Esta obra narra la historia de uno de los personajes más interesantes y atractivos de la antigua Roma: Vespasiano, el hijo de un senador romano que, gracias a su esfuerzo y tenacidad, se convirtió en el emperador que acabaría con una de las etapas más turbulentas de la historia romana (los gobiernos de Tiberio, Calígula, Nerón y el año de los cuatro emperadores). El gran acierto de Lindsey Davis consiste en —además de condensar magníficamente este período histórico— dar voz a un personaje poco conocido pero que tuvo una intervención decisiva en la carrera de Vespasiano, Caenis, una esclava de la abuela paterna de Calígula cuyos amores con un prometedor cónsul parecían condenados al fracaso.

Estamos ante una historia en la que el poder, el amor y la violencia crean una poderosa red que atrapa a todos los protagonistas, y también al lector.

Lectulandia

Lindsey Davis

La carrera del honor

ePub r1.0

Arnaut 13.07.13

Título original: *The Course of Honour*

Lindsey Davis, 1997

Traducción: Alberto Coscarelli

Retoque de portada: Redna G.

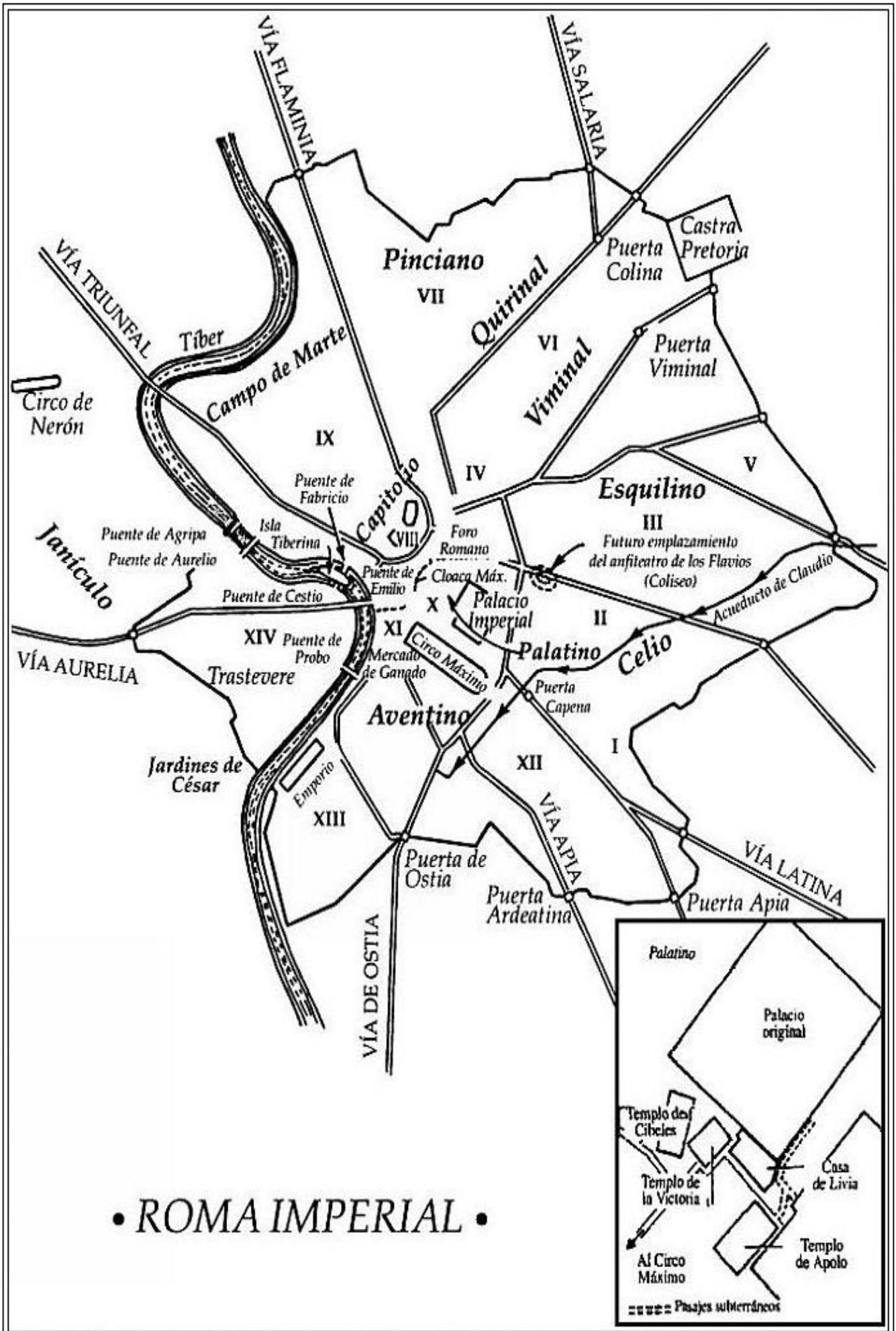
Editor digital: Arnaut

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

MAPAS





PRIMERA PARTE



UNA ESCLAVA DE MAL GENIO

*Comienza en el otoño del año 31 d. C.
Cuando Tiberio era el César*

¿Qué era *aquello*?

El joven detuvo su marcha. Hizo un alto. A su lado, su hermano también se detuvo sorprendido. Un inesperado aroma les atrajo. Ambos olfatearon el aire.

¡Increíble! *Aquello* era una salchicha de cerdo, friéndose a fuego vivo.

□ □ □

Todo estaba en silencio. Los ecos de sus pisadas se apagaron tras un susurro. Ninguna otra señal de vida perturbaba los altos y helados corredores de mármol de los aposentos en el monte Palatino desde donde se administraba el Imperio romano. Las habitaciones del siempre ausente emperador Tiberio nunca habían ofrecido una acogida hospitalaria a los extraños. Hoy era peor que nunca. Los arcos que deberían estar vigilados aparecían enmarcados únicamente por los cortinajes cuyos pesados pliegues no se habían corrido desde que fueron colgados por primera vez. Sólo aquel apetitoso olor a carne caliente y especias continuaba flotando en el ambiente.

El más joven aceleró el paso. Dobló esquinas y recorrió pasillos como si acabara de descubrir la ruta precisa hasta que, después de una brevísima vacilación, abrió una pequeña puerta. Antes de que su hermano pudiera alcanzarlo, agachó la cabeza y entró.

Una esclava furiosa le gritó: «¡Ve a tirarte a la Estigia! ¡No puedes entrar aquí!».

Su pelo colgaba en una mustia y penosa trenza. Su rostro era descolorido, un triste contraste con las acicaladas damas de la corte. Sin embargo, a pesar de su desaliño, llevaba su apagado vestido de paño con un estilo altivo, y aunque él sabía que no era prudente le replicó en un tono seco: «¡Gracias! ¡*Qué muchacha más interesante!*».

□ □ □

Más tarde, Caenis no recordaría exactamente de qué fiesta se trataba. Sí tenía clara la estación del año, otoño. El otoño, seis años antes de la muerte de Tiberio. El año de la caída de Elio Sejano, el comandante de la guardia pretoriana. Sejano, de quien decían que tenía una jauría de sabuesos a la que alimentaba con sangre humana. Sejano, que había gobernado Roma con puño de hierro durante casi dos décadas y que había aspirado a ser emperador.

Podía haber sucedido durante los espléndidos diez días de juegos en honor a Augusto. Los Augustales, que habían sido instituidos en homenaje al primer emperador de Roma, y que ahora se realizaban en honor de toda la casa imperial, podrían haber sido la ocasión que explicaba por qué Antonia había dado asueto a la mayoría de sus esclavos y libertos, incluido su secretario jefe, Diadúmeno. Incluso era más probable que hubiese sido en el cumpleaños de Augusto, por entonces una celebración muy arraigada, una semana antes del comienzo de octubre. Pensar en Augusto, el fundador del Imperio, muy bien podía haber predisuesto a Antonia a lo que se proponía hacer.

De todos modos, era una tontería intentar resolver nada ese día. En cualquier fiesta estatal, los sacerdotes del culto imperial guiaban a la ciudad en los deberes de la religión mientras los senadores, los ciudadanos, los libertos e incluso los esclavos, desde los más privilegiados bibliotecarios a los sudorosos fogoneros de las casas de baños, aprovechaban la ocasión para llenar los templos. Aquí en el Palatino, los basureros y las fregonas, los pulidores de la platería y de los cuencos incrustados de gemas, los contables y los secretarios, los chambelanes que vetaban el paso a los visitantes, los mayordomos que anunciaban sus nombres, los levantadores de cortinas y los portadores de cojines, habían desaparecido hacía horas. Sejano presidiría las ceremonias; los pretorianos, que debían proteger al emperador, lo protegerían a él. El complejo palaciego del César, que incluso durante su prolongada ausencia de Roma vibraba con la actividad de cada día y resonaba por los innumerables murmullos de la vida en mitad de la noche, por una vez permanecía en silencio.

Se abrió la puerta, alguien entró y Caenis alzó la mirada. Torció el gesto; el hombre frunció el entrecejo.

—¡Sabino, aquí hay alguien! —gritó él por encima de sus anchos hombros, mientras llenaba el marco de la pequeña puerta. La grasa chisporroteó peligrosamente debajo de la cuchara de la joven.

—Por Juno y Minerva —tosió Caenis, al tiempo que se apartaba de la sartén y la llama se movía lateralmente sobre el brasero de carbón como una crepitante y pálida sábana—. Nos ahogaremos con todo este humo. ¡Cierra la puerta!

Un segundo hombre, el tal Sabino, entró en el cuarto. Llevaba la ancha cinta púrpura de los senadores en el borde de la túnica.

—¿Qué has encontrado?

La grasa volvió a encenderse.

—¡Por todos los dioses! —Caenis los maldijo, sin preocuparse de su rango, porque había estado a punto de quemarse.

—Una esclava de mal genio con una sartén de salchichas.

Por fin tuvieron la sensatez de cerrar la puerta.



Se habían perdido. Caenis lo adivinó en el acto. Incluso los espacios abiertos entre los templos y las casas de los miembros de la familia imperial, por encima del Circo Máximo, estaban desiertos. Era una estupidez haber venido hoy. Las oficinas públicas, en el lado del Palatino que daba al Foro, estaban cerradas. Sin centinelas que les cruzasen las lanzas en la cara, esos dos se habrían equivocado de pasillo para acabar desconcertados. Sólo algunas personas que querían entregarse en solitario a sus tristes hábitos rondaban por las esquinas dándose a furtivas persecuciones. Sólo los excéntricos y los descarriados, los míseros y los malcontentos; y Caenis.

Ella formaba parte del grupo de muchachas que trabajaban con Diadúmeno copiando correspondencia para la dama Antonia. Hoy, él le había ordenado que se mantuviera discretamente apartada; más tarde, tendría que ir a la Casa de Livia, donde vivía su señora, y preguntar si necesitaban de sus servicios. Caenis era menor pero capaz; además, Diadúmeno realmente no esperaba que fuera a ocurrir nada importante. En muchos aspectos, Caenis estaba, como todos los demás, de fiesta.

De ahí la salchicha. Disfrutaba de la soledad —algo poco habitual para una esclava— y de la comida. Ahorró su precio escribiendo cartas para otras personas y recogiendo las monedas perdidas por los pasillos. Entró aquí, cortó la salchicha en rodajas y la estaba cocinando en una sartén destinada a fundir cremas faciales antes de comerse su manjar, en santa paz. Tenía sobrados motivos para anhelar la salchicha: su cuerpo famélico necesitaba la carne y la grasa; sus sentidos reclamaban los piñones, las especias y el lujo de la carne caliente de la sartén. Detestaba que la interrumpieran.

—Perdonad, señores, pero no podéis estar aquí.

Precavida, intentó disimular el enfado. En Roma era prudente ser diplomático; algo que se aplicaba a todos. Los hombres que hoy creían tener la confianza del emperador quizá mañana serían asesinados o enviados al exilio. Los hombres que querían sobrevivir tenían que incluirse en la camarilla de Sejano. Tener amigos fue poco seguro durante años, porque una amistad equivocada se pegaba como el jugo de las cebollas a las uñas del cocinero. Sin embargo, eran tantas las carreras prometedoras que acababan en desastre que los don nadies de hoy quizá sobrevivirían para subirse mañana al carro del triunfo bajo los laureles y las cintas de la dorada corona etrusca.

Para una esclava lo mejor siempre era mostrarse cortés.

—Señores, si buscáis a Verónica...

—¡Venga, alégrate! —le interrumpió el primer hombre en tono brusco—. Quizá te prefiramos a ti.

Caenis dio al contenido de la sartén un rápido meneo y agitó la espátula. Cloqueó con desprecio.

—¿Ricos, espero?

Los dos hombres intercambiaron una mirada, para después menear la cabeza con la misma lenta y compungida sonrisa.

—¡Entonces, no me sirven para nada!

Reconoció la velada vergüenza: tradicionalistas con la típica moral de las buenas familias; al menos, en público. Verónica les daría un repaso, era la indicada para escandalizar a un estirado senador. Caenis pensaba que una esclava vivaracha y bonita podía apañárselas como quisiera, pero ella era demasiado sincera y vehemente; tendría que labrarse la vida de otra manera.

—Al parecer, nos hemos perdido —explicó el hombre cauto, Sabino.

—¿El lacayo no sabe el camino? —replicó Caenis, que señaló con un gesto al compañero.

—Es mi hermano —declaró el senador; este senador era muy correcto.

—¿Cómo se llama?

—Vespasiano.

—Entonces, ¿por qué no lleva la cinta ancha? —Caenis desafió al hermano directamente—. ¿No tiene la edad?

Se llegaba al Senado con veinticinco años; probablemente, el joven apenas pasaba de los veinte.

—¡Hablas como mi madre; no tiene gracia! —replicó él.

Los ciudadanos no tenían la costumbre de bromear con las esclavas sobre sus nobles madres; Caenis le miró. Tenía el pecho ancho, los hombros abultados y el cuello fuerte. El rostro agradable, con carácter. La barbilla se curvaba hacia arriba; la nariz hacia abajo; apretaba los labios con fiereza, aunque parecía tener buen humor. Su mirada era firme. Ella desvió los ojos; como esclava que era, prefería no responder a esa mirada.

—Todavía no estoy preparado —añadió él, que observó a su hermano como si aquello fuese un tema de discusión familiar.

Una vez más, en contra de lo que le aconsejaba el buen juicio, replicó:

—¿O es el Senado el que no está preparado? —Ella ya había advertido la obstinada aspereza, una negativa deliberada a ocultar su origen y su acento campesino; a ella le gustaba, aunque muchos en Roma lo tildarían de vulgar.

Él notó su interés. Cuando quería (y Caenis estaba segura de que quería) podía ser atractivo para las mujeres. Caenis resistió el impulso.

—Os habéis perdido en la despensa de Livia, señor —informó al otro hombre, Sabino.

Se hizo una súbita calma, que ella disfrutó en secreto. Aunque el cuartucho parecía una perfumería, los dos hombres se estarían preguntando si era aquí donde la famosa emperatriz preparó los venenos con los que, presuntamente, eliminó a aquellos que se interpusieron en su camino. Livia estaba muerta, pero los rumores

seguían con su propia inercia e incluso habían empeorado.

Los dos hombres observaron nerviosos los frascos de cosméticos. Algunos estaban vacíos, sus contenidos se evaporaron hacía años; otros habían goteado y estaban pegoteados de un mucílago oscuro. Otros se habían conservado bien: frascos de cristal con aceite de almendras, cajas de piedra pómez con fina cera y cremas, potes de amatista con pomadas, ampollas de antimonio y extracto de algas, recipientes de alabastro con ocre rojo, ceniza y tiza. No era lugar para una cocinera, sino más propio de un boticario. Verónica daría tres dedos de una mano por descubrir esta pequeña cueva llena de tesoros.

Había otros recipientes en los estantes, que Caenis había contemplado pero que había considerado más prudente no tocar. Algunos ingredientes no podían tener ningún uso benigno y se había convencido de que era cierto que Livia había estado asociada con Lucusta, el famoso envenenador. Pero esto prefirió callárselo.

—¿Y qué estás haciendo *tú* aquí? —preguntó Sabino, fascinado.

—Catalogo los cosméticos, señor —respondió Caenis con recato, aunque dando a entender otra cosa.

—¿Para quién? —gruñó Vespasiano, con un destello en la mirada como si quisiera saber quién era el peligroso sustituto de Livia.

—Antonia.

El joven enarcó una ceja. Quizá, después de todo, fuera ambicioso. La madura señora de Caenis era la mujer más admirada de Roma. La primera lección que Diadúmeno le había inculcado a conciencia fue que Caenis no debía hablar con hombres que quizás intentasen conseguir una vinculación con Antonia. Hija de Marco Antonio y Octavia; sobrina de Augusto y cuñada de Tiberio; madre del renombrado Germánico (también madre del peculiar Claudio y de la escandalosa Livilla); abuela de Calígula y Gemello, que un día compartirían el imperio. Si había que definir a una mujer por sus relaciones masculinas, la dama Antonia había cosechado algunas brevas, aunque Caenis opinaba de ellos que eran fruta picada. Afligida por estos hombres famosos, Antonia era sabia, valiente, y no estaba del todo consumida por las indignidades que había presenciado. Incluso el emperador la tomaba en serio. Incluso sus esclavas podían ser influyentes.

—Casi nunca veo a mi señora —declaró Caenis en voz baja, para evitar cualquier malentendido—. Vivo aquí, en el complejo imperial. Su casa es demasiado pequeña.

Esto era verdad. En cualquier caso, ser escogida para trabajar como copista de Antonia era una fantástica oportunidad. Aunque nacida en la esclavitud, Caenis no era una criada. La catalogaron como inteligente, y después la educaron en las habilidades propias de una oficinista: lectura, escritura, números y taquigrafía, discreción, porte, conversación amena y voz agradable. Tenía un latín de primera y un conocimiento del griego por encima de la media. Comprendía la aritmética y se

desenvolvía sin problemas con la contabilidad. Incluso podía pensar, aunque esto lo ocultaba, porque prefería no avergonzar a otras personas demostrándoles que era superior. Sólo su morosa adolescencia había evitado que la destinaran antes a una de las oficinas imperiales. Nadie ingresaba en una oficina hasta estar seguros de que sabía poner a raya a los senadores.

□ □ □

Apartó la sartén de las brasas y se irguió para tratar con los dos hombres. Estaba muy bien preparada. Caenis podía disimular en el fondo mientras irradiaba eficiencia. Siempre se sentaba bien, para escribir mejor. Sabía estar de pie sin inclinar la espalda; caminaba con desenvoltura; hablaba con claridad; sabía cómo indicarles la puerta a unos senadores no invitados con un implacable encanto.

Había que ver si esto servía para las puertas de la despensa.

—¿La cocinera de Antonia? —sugirió Sabino con curiosidad mientras ella apartaba la sartén. Esos hombres no tenían ni idea.

—La secretaria de Antonia —se vanaglorió ella.

—¿Por qué la salchicha, secretaria de Antonia? —inquirió el hermano, sin dejar de observarla con aquella profunda y pensativa mirada—. ¿Aquí no te dan de comer? —La manera que tenían de rondar alrededor de su comida parecía cariñosamente expectante. Caenis sonrió, aunque sin desviar la mirada de la sartén—. Ah, la cotidiana ración del esclavo; poco de bueno y nunca suficiente.

Sabino hizo una mueca.

—¡Suena como la comida de la clase media!

A Caenis este senador le caía mejor de lo que esperaba, parecía honesto y bien intencionado, y se permitió a sí misma comentar:

—¡Todo es relativo, señor! Un rico caballero es mucho más alegre que un pobre senador. Ser pobre pero de clase media es mejor que ser un plebeyo que apenas si tiene derecho a hurgarse la nariz en la calle. Un esclavo en el palacio imperial lleva una vida más placentera que un remero libre que vive en una barraca inundada en la ribera del Tíber. —A la vista de que no decían nada, continuó atrevida—: El poder del Senado se ha convertido en una ilusión; Roma está gobernada por el comandante de la guardia pretoriana...

Nunca tendría que haber dicho eso en voz alta. Para distraerles, se apresuró a añadir:

—En cuanto a mí, nací en un palacio; tengo comodidad y música, un trabajo fácil y una oportunidad de progresar. Quizá más libertad que una muchacha romana de clase alta, con un granate en cada oreja, que vive encerrada en casa de su padre sin nada que hacer, excepto casarse con algún rico tonto que se pasa todo el tiempo intentando librarse de ella para ir en busca de un poco de conversación inteligente y favores sexuales no forzados (incluso, quizá, si no es un tonto *de remate*, un poco de

afecto sincero) con personas como Verónica o como yo.

Se interrumpió sin aliento. Había dejado escapar una declaración política; todavía peor, había desvelado algo de sí misma; inquieta, se balanceó sobre sus pies. La grave mirada del hombre más joven la preocupaba; por esa razón murmuró:

—¡Deja de mirar mi salchicha! ¿Quieres un trozo?

Hubo una pausa de asombro. Era inconcebible.

—¡No, muchas gracias! —se apresuró a responder Sabino, en un intento de acallar a su hermano (una tarea difícil).

Caenis era ruda pero generosa. Renunció a defender su privacidad, y le ofreció al joven caballero una rodaja ensartada en la punta de su cuchillo; él la cogió con la punta de los dedos sin vacilar.

—¡Hummm! ¡Está buenísima! —Más alegre, él miró a Caenis mientras masticaba. De su rostro serio se habían esfumado sin más todas las preocupaciones. Ella había dado por hecho que cualquiera con una toga blanca decente comía faisanes a las dos salsas todos los días, pero él comía con el apetito de un pobre mozalbete hambriento. Quizá todo el dinero de bolsillo se lo gastaban en la lavandería a la que llevaban las togas—. Dale a ese tonto un trozo; se muere de ganas.

Caenis miró al senador. Una vez más, ella ofreció el cuchillo; Sabino cogió el bocado con delicadeza. Su hermano le palmeó el hombro con fuerza y ella vio el brillo del anillo ecuestre de oro. Entonces, él admitió:

—¡Su lacayo, como has dicho! Le abro camino en la calle, ahuyento a los alguaciles y a las mujeres feas, vigilo sus ropas en los baños como un perro de presa, y me ocupo de que coma lo suficiente.

Caenis no tenía claro hasta qué punto se trataba de una broma. A estas alturas, había descubierto en su rostro la inequívoca señal de que a él le gustaba. Conocía esa expresión; la había visto en los hombres que le bailaban el agua a Verónica. Ella la rehuyó. La vida ya le resultaba una carga, y lo último que deseaba era tener que defenderse de un tipo demasiado amistoso, con un fuerte acento campesino y sin dinero.

—Dejad que os indique el camino, señores.

—Meteremos a la muchacha en problemas —advirtió Sabino.

Por primera vez, el hermano le sonrió. Era la sonrisa triste y severa de un hombre que comprendía las privaciones. Ella era demasiado sensata como para devolverle la sonrisa. Sin dejar de masticar, él se negó a moverse. Con la mirada fija en el suelo, Caenis se comió su salchicha de la punta del cuchillo, sin prisa. Era un salchicha de cerdo muy decente, sazónada con bayas de mirto, pimienta y piñones; la había echado en la sartén con un puerro y el aceite bien caliente.

Sólo quedaban dos rodajas en la sartén. El hermano más joven, Vespasiano, tendió la mano para coger una, pero se contuvo y le reprochó en un tono bondadoso:

—Estás dejando que te robemos tu cena, muchacha.

—¡Vamos, come! —le animó ella, de pronto tímida y enfadada. Había encontrado placer en ofrecer algo que no fuese lo que solían ofrecer las esclavas.

—Pagaré la deuda —prometió él, con expresión grave.

—¡Quizá!

Así que comieron juntos, ella y aquel joven fornido de barbilla alegre. Comieron mientras el hermano esperaba; después ambos se chuparon los dedos y ambos suspiraron con embeleso. Todos rieron.

—Dejad que os enseñe el camino —murmuró Caenis, un poco subyugada de pronto por el resplandor de un mundo diferente que se colaba en la monotonía del suyo propio. Les guió hasta un pasillo; la siguieron uno a cada lado y ella se encendía al calor de su presencia mientras les conducía hacia las salas públicas.

—Gracias —dijeron ambos, con aquel aire despreocupado típico de su rango.

Sin responderles, Caenis giró rápidamente sobre las plantas de sus pies calzados con sandalias. Se alejó caminando como le habían enseñado: la cabeza erguida, la espalda recta, con un ritmo tranquilo y disciplinado. La pobreza y la desolación impuestas por nacimiento perdieron importancia; ignoró su triste condición y fue ella misma. Presintió que se habían detenido y esperaban que ella se volviera para mirarles desde la esquina; pero tenía miedo de hacerlo, porque no quería ver cómo se reían de ella.

Ninguno de los dos lo hizo. El senador Flavio Sabino aceptó la curiosa aventura sin darle mayor importancia. En cuanto a su hermano, éste esbozó una sonrisa, pero no se burló. Sabía que no debía intentar volver a verla. Caenis no se había dado cuenta de lo que podía significar, pero él sí que lo había percibido en el acto. Era como él: una rápida valoración de la situación, seguida por una decisión privada mucho antes de emprender cualquier acto público. Estaba a punto de marcharse de Roma otra vez; en realidad, de marcharse de Italia. Pero a lo largo de todo su viaje de regreso a Tracia, e incluso después, Flavio Vespasiano no dejó de pensar: «*¡Qué muchacha más interesante!*».



Al atardecer de aquel mismo día, Caenis obedeció las instrucciones de Diadúmeno, y fue a comprobar si su ama necesitaba de sus servicios. Aseada y con el pelo bien peinado, caminó en silencio, cargada con una tablilla de cera y una caja de madera con el recado de escribir.

La Casa de Livia estaba contigua al palacio, algo conveniente, y al mismo tiempo privado si se imponía el rango social. Esta era, en teoría, la famosa casa modesta que Augusto había conservado. Le había servido para mantener el mito de que, a pesar de los honores adquiridos cuando aceptó el título de emperador, había continuado siendo un ciudadano común: el primero entre iguales, como rezaba un sardónico dicho. Se decía que, en esta casa, su esposa y su hija habían trabajado en sus telares para tejer las prendas del emperador como se suponía que las mujeres romanas tejían tradicionalmente para sus maridos. Algunas veces, cuando no las detenían otros asuntos, quizá sí que Livia y Julia se dedicaban a tejer. Pero no era muy a menudo en el caso de Julia. Ella había encontrado tiempo para llevar una vida tan depravada que le supuso el exilio y la infamia, y al final la muerte a espada.

La Casa de Livia, que durante los dos últimos años desde que murió la venerable emperatriz había sido la casa de Antonia, se levantaba en la esquina sudeste del monte Palatino, en una zona donde otrora habían tenido sus casas notables republicanos. Augusto, que había nacido allí, había comprado las propiedades de las otras familias, y las había convertido en su dominio. Su domicilio original fue demolido para conseguir el solar destinado al nuevo gran templo de Apolo en el pórtico de las Danaides, así que el Senado tuvo que obsequiarle con otra casa cercana al templo, provista de magníficas salas. Livia, su esposa, mantuvo su modesta aunque exquisita casa propia detrás del templo. Así que, a todos los efectos, gozaban de los beneficios de un palacio privado, mientras presumían de vivir en una clásica y sencilla casa romana.

Antonia vivió en esta casa cuando se casó con Druso, el popular y heroico hijo de Livia. Cuando se quedó viuda con sólo veintisiete años, escogió permanecer en la casa de su suegra, y conservó la habitación y la cama que había compartido con su esposo. Madre de tres hijos, tenía el derecho a no ser sometida a la custodia de un tutor: vivir con Livia preservaba su independencia al tiempo que evitaba el escándalo. También le había permitido negarse, por el resto de su vida, a contraer segundas

nupcias. Cosa rara entre las mujeres romanas, Antonia había convertido su independencia en algo permanente.

La Casa de Livia estaba en la ladera del monte. Se habían suministrado los medios para dar un acceso particular a las dependencias administrativas del palacio a través de túneles. Caenis eligió automáticamente la ruta privada. De esta manera, resultaba poco probable que se cruzara con los guardias pretorianos. Su trabajo era proteger al emperador, pero con Tiberio ausente y su comandante, Sejano, usurpando toda la autoridad, se habían vuelto insoportables. Por fortuna, eran pocos los que hoy estaban de servicio, y no había ninguno en los pasadizos subterráneos.

Recorrió los dos ramales laterales y después echó a correr a lo largo del último trecho; ahora se sentía más segura. Ni siquiera los guardias se metían con los visitantes de Antonia. Pero si les daba la gana, o si habían bebido más de la cuenta, podían ser peligrosos para una esclava. Formaban una élite arrogante, protegida por el mero nombre de Sejano, matones que molestaban a cualquiera.

En cuanto a Sejano, nadie podía tocarle. Había ascendido desde los mandos intermedios, un soldado cuya ambición era notoria. Hombre de cierto encanto, se había hecho amigo del emperador, quien tenía muy pocas amistades. Era sabido, aunque nunca se dijo en público, que Sejano se había convertido en el amante de Livilla, la hija de Antonia, mientras estaba casada con el hijo del emperador. Incluso se murmuró que él y Livilla habían conspirado para matar a su marido. Desde luego, estaban en marcha peores tramas. Era muchísimo más seguro no preguntarse cuáles.

□ □ □

Un tanto temblorosa, Caenis tocó la campanilla y esperó a que le abrieran la puerta, sin olvidar que el portero probablemente estaría con el ánimo festivo y tardaría en responder. Venir por los túneles significaba llegar a la entrada trasera cerca del jardín, donde el portero iría incluso más lentamente que a la entrada principal próxima al templo de la Victoria. Caenis detestaba esperar delante de una puerta cerrada donde podía ser espiada y oída por alguien desde el interior. Con la sensación de sentirse al descubierto, se giró.

El día que el mayordomo de Antonia compró a Caenis en la mejor escuela de preparación imperial, el proceso fue tan discreto que parecía más una adopción que un trato comercial en el cual el título de propiedad y el dinero cambiaban de manos. Probablemente, Antonia ni siquiera se enteró. La oportunidad de trabajar en una posición tan alta no fue fácil y una vez conseguida no significaba automáticamente gozar de plena confianza. Caenis superaba sin problemas a la competencia en las tareas básicas del secretariado, pero Antonia era precavida a la hora de permitir el acceso a sus papeles privados, y hacía muy bien. La muchacha había seguido a prueba, poco más que una copista. La primera muestra de confianza la tuvo este mismo día, cuando Diadúmeno la había dejado sola a cargo del servicio. Marcaba un

paso adelante de vital importancia. Caenis lo sabía. Estaba desesperada por hacerlo bien.

Un portero rezongón atendió por fin la llamada y la hizo entrar. Aunque casi había agotado la paciencia durante la espera, no dejaba de maravillarse por su suerte. A través de los discretos portales de esta relativamente modesta casa, entraban hombres de estado romanos y potentados extranjeros, los vástagos de los países satélites (Judea, Commagene, Tracia, Mauritania, Armenia) y los excéntricos o notorios miembros de la familia de Antonia. Influyentes romanos, que tenían la mirada puesta en un futuro lejano y gozaban del patronazgo de Antonia. Dado que era día festivo, era posible que esa noche hubiese invitados, aunque por una vez Caenis comprobó que reinaba una quietud poco habitual.

Tras pasar por el jardín del peristilo y bajar por un corto pasillo interior, Caenis llegó al atrio techado con el suelo de azulejos blancos y negros en el centro de la estancia. En el lado opuesto, un largo tramo de escaleras bajaba de la puerta principal. A cada lado había salones públicos, una zona de recepción y un comedor, ambos exquisitamente decorados con murales de primera calidad. Las habitaciones privadas y los dormitorios se encontraban en los pisos superiores, y eran mucho más pequeños.

Su obligación era presentarse al ujier Marítimo, y si debía tomar algún dictado serviría a su ama en uno de los despachos anexos a la antesala. Esta noche, Marítimo, que parecía agitado, la dejó en la sala, y después, por algún motivo, tuvo que esperar. Contempló el hermoso fresco de Io, vigilada por Argos, y observando aprensiva a Mercurio mientras se escurría por detrás de un peñasco para rescatarla; él se parecía mucho a uno de esos jóvenes de pelo rizado con los que seguramente la madre de Io le había advertido que se anduviera con cuidado.

Mientras hacía lo posible por tranquilizarse, Caenis preparó la tablilla de cera y sacó un punzón. Normalmente, Diadúmeno, como secretario jefe, habría estado presente para evitar que se sintiera tan desprotegida. Sin embargo, ella estaba familiarizada con la clase de correspondencia requerida. Antonia poseía y administraba muchísimas propiedades personales, incluyendo fincas en Egipto y en Oriente heredadas de su padre, Marco Antonio. En su corte había criado a príncipes de remotas provincias que eran enviados a Roma por sus astutos y regios padres, o sencillamente traídos por los romanos como rehenes, y todavía se mantenía una intensa actividad epistolar con aquellos que ya habían regresado a sus hogares. No tenían ningún misterio para una hábil escriba, aunque sería la primera vez que Caenis trabajaría con Antonia sin ser supervisada.

Maritimo, el quisquilloso ujier, entró de nuevo.

—Debo encontrar a Diadúmeno. ¿Estás tú sola? ¿Dónde está Diadúmeno?

—Le han dado el día libre, por la fiesta.

—¡No me sirve! —Maritimo sudaba la gota gorda.

—Tendrá que servirte —replicó Caenis alegremente, poco dispuesta a aceptar una emergencia a menos que él se explicara.

Maritimo adquirió una expresión agria.

—Ella quiere escribir una carta.

—Yo puedo hacerlo. —Caenis ansiaba tener autoridad. Disfrutaba con su nuevo trabajo. Era un auténtico placer utilizar sus conocimientos, y estaba fascinada por lo que sabía de la correspondencia de Antonia. Reconocía que todavía no la había visto toda. Incluso así, la sensación de no ser aceptada esa noche la irritaba—. ¿Le dirás que estoy aquí?

—No; ella quiere a Diadúmeno. No sé lo que está pasando, pero algo la preocupa. Tú no puedes hacerlo; es algo relacionado con su familia.

Antonia nunca hablaba de la familia. Cargaba con aquella temible carga completamente sola.

—¡Soy discreta! —afirmó Caenis furiosa.

—¡Es política! —siseó el ujier.

—Sé mantener la boca cerrada.

Cualquier esclavo sensato lo hacía. No era suficiente. Maritimo cloqueó y salió corriendo. Caenis se resignó a la frustración. Se preguntó qué crisis había trastornado a Antonia.

Ahora estaba viendo el mundo y su lugar en él con nuevos ojos. Trabajar en una casa particular resultaba maravilloso. Ya había tenido ocasión de ver de cerca cómo funcionaba el gobierno romano. Como la mayoría de asuntos familiares, se basaba en las lealtades a corto plazo y un malhumor permanente, dentro de un marco de rencor, codicia e indigestión. Caenis nunca había tenido una familia; lo observaba todo con deleite.

La joven secretaria ya conocía los antecedentes de lo que fuera que preocupaba a su ama esa noche: el emperador Tiberio, cuyo famoso hermano, Druso, había sido el marido de Antonia, pasaba los últimos años de su amargo reinado en un depravado exilio en la isla de Capri; en Roma se dio por hecho que nunca más volvería. Ya tenía más de setenta años, así que el tema de encontrarle sucesor no estaba lejos.

Desde que Augusto había basado su posición política en los lazos familiares con Julio César, gobernar Roma se había convertido en un derecho hereditario. Auténticos accidentes y la terrible ambición de sus mujeres habían enviado a la tumba a la mayoría de los herederos varones. El propio hijo del emperador, casado con Livilla, la hija de Antonia, había muerto en extrañas circunstancias ocho años atrás. Por defecto, la elección caía ahora entre el hijo de Livilla, Gemello, y su primo Calígula. Una bonita pareja: Calígula, que en su adolescencia había seducido a su propia hermana aquí en la casa de Antonia, o Gemello, que era muy desagradable y

estaba permanentemente enfermo. Pero si Tiberio moría en un futuro cercano, Roma sería para estos dos mozalbetes mientras Sejano detentaba un inmenso poder. Quizá Sejano prefiriera otra solución.

□ □ □

Con mucha discreción y sin previo aviso, Antonia entró en la sala. Caenis se levantó de un salto.

Antonia rondaba los setenta, aunque todavía conservaba el rostro redondo, las facciones suaves, los ojos bien separados y la encantadora boca que la habían convertido en una belleza famosa. Su pelo, ahora escaso, estaba peinado con la raya en medio y recogido por encima de las orejas hasta la nuca en el pulcro estilo tradicional. El vestido y la estola eran finísimos, y los pendientes y collares auténticas antigüedades: atributos de una enorme riqueza y poder a los que ella no prestaba ninguna atención.

—¿Tú eres Caenis? —La esclava asintió. El efecto de la seguridad de su ama era hacerla sentir vulgar y torpe—. ¿Te han dejado sola de servicio? Bueno, hay que hacer algo importante. Esto no puede esperar. Tendremos que arreglarnos con lo que hay. —Su ama la analizó con la mirada. Tomó una decisión. La vida de la esclava tomó un rumbo inesperado; por razones indescifrables se había ganado la confianza de Antonia.

De alguna manera, Caenis detectó desde el principio que aquello que iba a escribir ya había sido considerado a fondo. A menudo había visto a su ama dictar la correspondencia sobre la marcha; esto era diferente. Ahora Antonia la llevó con paso enérgico a uno de los cuartos laterales más privados y le señaló un taburete bajo, mientras ella continuaba paseándose, casi sin poder esperar a que Caenis preparara el punzón. Era una extraña inversión; en Roma los grandes se sentaban mientras los inferiores permanecían de pie. Caenis había aprendido a taquigrafiar de pie junto al diván donde se reclinaba quien le dictase.

—Es una carta para el emperador referente a Lucio Elio Sejano.

Entonces Caenis comprendió. El breve anuncio formal la advirtió y la dejó pasmada. Su ama se disponía a denunciar al hombre.

Antonia, con un tono deliberado y dolido, dictó para Tiberio hechos que detestaba aceptar y que él detestaría saber. Había descubierto una gran conspiración. La sensacional historia no sorprendería a muchos en Roma, aunque muy pocos se atrevieran a manifestarla y mucho menos al emperador. Aquí, en esta casa resguardada, el conocimiento de la situación por parte de Antonia había tardado muchísimo en concretarse, pero los más próximos le habían revelado el complot. Ella no había aceptado sus palabras; hizo sus propias investigaciones. Debido a su posición privilegiada, tenía el valor de informar a Tiberio, y apoyaba todas sus acusaciones con detalles concretos. Ni siquiera evitó los acontecimientos que

condenaban a su propia hija.

Le explicó al emperador el modo como su amigo el comandante pretoriano Sejano había conspirado para conseguir el poder absoluto. Su temible posición le había asegurado la alianza de muchos senadores, y de muchos de los libertos imperiales que gobernaban el imperio; destacadas figuras del ejército habían sido sobornados. Nuevos honores le habían sido otorgados a Sejano, aumentando su propia ambición y el control que ejercía por toda Roma. Se había vinculado a la casa imperial casando a una de sus parientes, Elia Paetina, con Claudio, el hijo de Antonia, prometiendo a su hija con el hijo de Claudio (aunque el muchacho había muerto), y ahora, después de varios intentos, había conseguido permiso del emperador para casarse él mismo con la hija de Antonia. Pero él ya había seducido a Livilla, y después había envenenado al marido o la había convencido a ella para que lo hiciera, y planeaba aliarse él mismo, por la vía del matrimonio, con la casa imperial con el fin de legitimar su propia posición como futuro emperador. Su propia ex esposa, recientemente divorciada, estaba ahora dispuesta a declarar como testigo en su contra.

Sejano planeaba eliminar a Calígula, el más prominente de los herederos del emperador. Si el anciano se negaba a morir por propia voluntad, era obvio que el comandante de la guardia tenía la intención de destruir a Tiberio personalmente.

□ □ □

Caenis consiguió mantener la expresión imperturbable cuando acabó el dictado. A un gesto brusco de Antonia sacó los materiales necesarios de su cesta de trabajo y se concentró en la tarea de transcribir la carta en un pergamino.

Pallas, el esclavo de más confianza de Antonia, entró en el cuarto, vestido con una capa de viaje y preparado para recoger la carta. Su ama le indicó que esperara en silencio mientras Caenis acababa su trabajo. Con renovada confianza, ella copió sus notas sin errores; escribió con calma y firmeza aunque notaba la boca seca y las mejillas arreboladas. Lo que estaba transcribiendo en tinta y pergamino sería la condena de muerte para todos ellos.

Antonia leyó la misiva y la firmó. Caenis derritió la cera para sellar el pergamino. Pallas se hizo cargo del rollo.

—No dejes que esto caiga en otras manos —le recordó Antonia, que obviamente le repetía anteriores instrucciones—. Si te detienen, di que viajas a mi finca de Bauli. Dale esta carta al emperador en propia mano, y después espera por si acaso quisiera interrogarte.

El mensajero se marchó. A Caenis no le gustaban los tipos como Pallas. Era un griego de Arcadia, visiblemente ambicioso, cuyo atractivo para Antonia le parecía incongruente. Caminaba con un andar insolente que parecía fuera de lugar; pero quizá sus modales desenfadados podrían ocultar la importancia de su misión a soldados y espías.

Las dos mujeres permanecieron sentadas por un momento.

—Borra todo rastro de tus tablillas, Caenis.

Caenis sostuvo las tablillas encima de la llama de una lámpara para ablandar un poco la cera, y después pasó metódicamente el extremo plano del punzón por cada una de las líneas taquigrafiadas. Sin apartar la mirada de la superficie acabada de alisar, comentó en voz baja:

—Es inútil, señora. Hubiese borrado la carta de todas maneras, pero todos los documentos que me has dictado permanecen en mi memoria.

—Confiemos en que tu lealtad corra pareja con tu memoria —replicó Antonia con pesar.

—Puedes tener fe en ambas, señora.

—¡Eso sería afortunado para Roma! Permanecerás en esta casa —afirmó Antonia—. No podrás hablar con nadie hasta que se resuelvan estos asuntos. Es por la seguridad de Roma y del emperador, por *mi* seguridad y también por la tuya. —Un leve disgusto matizó su voz—. ¿Tienes algún pretendiente que pueda preguntar por ti?

—No, señora. —Aquella misma mañana Caenis había encontrado a un hombre que quizá hubiese ocupado sus pensamientos durante muchas y largas horas, pero lo de esta noche lo había borrado—. Sólo tengo una amiga —manifestó como una contribución práctica al tema—. Una muchacha llamada Verónica. Quizá venga preguntando por mí, pero si el portero le dice que estoy trabajando para mi señora, se quedará satisfecha. —Verónica nunca había demostrado ningún interés por las obligaciones de Caenis como escriba.

—Lamento tener que encerrarte aquí.

—Intentaré soportarlo, señora —contestó Caenis con una sonrisa. Más le valía admitir qué significaría vivir en la Casa de Livia.

No tendrían nada que hacer. Pasarían semanas, si no más, antes de que Pallas llegara a la bahía de Nápoles y de que el emperador reaccionara. Quizás el mensajero no llegaría nunca.

Incluso en el caso de que Pallas llegase a Capri, cabía la posibilidad, por todo lo que Caenis había oído, de que Tiberio decidiera rechazar la denuncia de Antonia. Era un viejo malhumorado e imprevisible, y a nadie le gusta enterarse de que lo han traicionado. Pero aun en el caso de que las mesuradas palabras de Antonia le convencieran, quizá no pudiera hacer nada: la guardia pretoriana tenía el poder absoluto en Roma. Arrestar a su comandante parecía una cosa imposible. Defenderían a Sejano hasta el último hombre.

Sus agentes estaban por todas partes. Sólo podía darle ventaja lo inesperado de la acción de Antonia.



En muchos aspectos, éste fue el período más importante en la vida de Caenis. Todo parecía demasiado fácil. Todos se mostraban demasiado dispuestos a darle la bienvenida. Caenis, que desconfiaba de las sonrisas, se sintió un tanto insegura durante un tiempo.

Vivir en una casa era maravilloso. Le habían asignado un pequeño dormitorio que no tenía que compartir con Verónica. Disfrutaba tanto de la sensación de pertenencia como de la de privacidad.

Nacida y criada en el palacio, Caenis no tenía país ni parientes propios; ella pertenecía a la «familia del César» pero aquel título sólo la convertía en propiedad imperial. En algunos aspectos había tenido suerte. Le había evitado la indignidad de mostrarse desnuda en el mercado, encadenada entre africanos, sirios y galos, llevando colgados alrededor del cuello carteles sobre su buen carácter y su excelente salud mientras soportaba que miradas burlonas y manos ásperas le pellizcaran los senos o se metieran entre sus muslos. Había escapado de una inseguridad permanente, de la verdadera roña, de la crueldad salvaje y del abuso sexual sistemático. Lo comprendía, y hasta cierto punto, estaba agradecida.

De su padre no sabía nada; de su madre, que también debió ser una esclava. Pudiera haber estado con su madre cuando era muy pequeña; algunas veces, la sombra de un recuerdo en el umbral entre el sueño y el despertar, venía a sorprenderla. Antes de entregarla a la escuela donde enseñaban a escribir a los mocosos espabilados, su madre le había perforado las orejas aunque sólo podía colgar en ellas piedrecitas atadas con hilos. Debía creer que su hija estaba preparada para recibir esferas de oro de hombres susceptibles a sus encantos. Siempre había existido aquella estúpida suposición de que una esclava debía ser bonita. Caenis nunca lo había sido: sabía que ser inteligente era mucho más conveniente, pero de todos modos no ser hermosa la entristecía.

Fue inteligente desde el principio. De niña, incluso demasiado. Aprendió a disimularlo, a evitar los celos en el dormitorio de los niños, y más tarde lo utilizó para conseguir que una muchacha vibrante como Verónica quisiera ser su amiga. Niña solitaria por naturaleza, había comprendido que necesitaba a otras personas. A medida que se hizo mayor, se aplacaron sus resentimientos, de forma tal que ya no se atormentaba a sí misma ni preocupaba a los celadores por mostrarse rebelde. Pero

poseía un fuerte impulso para conseguir lo mejor.

Por eso trabajar para Antonia era tan importante. Animada por la nueva confianza depositada en ella, Caenis comenzó a destacar. Tras conseguir la atención de Antonia, todas las oportunidades eran para ella. Tranquila y eficiente, trabajaba como si nada hubiese pasado, lo que hizo aumentar la confianza en ella de su ama por su contenida reacción a los acontecimientos.

Diadúmeno, a quien seguramente le habían contado lo ocurrido, mostraba ocasionales signos de celos. Seguía siendo el secretario jefe, pero Caenis ofrecía una cualidad especial. Era una mujer, y Antonia, a los setenta, iba escasa de compañía femenina. Su ama no quería a un tonto al que pudiera maltratar ni a un monstruo que intentara maltratarla a ella. Antonia necesitaba a alguien con sentido común; alguien con quien hablar; alguien a quien dispensarle toda su confianza. Lo había encontrado, aunque aún no conocía a Caenis lo suficiente como para admitirlo. Ambas habían compartido un acto de valentía (y también de tragedia, porque Antonia había condenado a su propia hija). Ahora estaban unidas por un secreto, y esperaban el resultado. Y si Sejano descubría que Antonia le había denunciado, los resultados serían fatales para la señora y para la esclava.

□ □ □

La vida continuaba. La apariencia de normalidad era crucial. Los visitantes iban y venían. Por mor del secreto, Caenis tenía prohibido acercarse a ellos, pero como estaba vinculada a la casa se ofrecía voluntaria para cualquier trabajo. Lo que incluía llevar un registro de visitantes. Caenis era una secretaria que podía permanecer virtualmente invisible, al tiempo que inspeccionaba a fondo a todas las personas cuyos nombres aparecían en su lista.

Entre los amigos íntimos de Antonia había hombres ricos de rango consular como Lucio Vitelio y Valerio Asiático, que a veces traían a sus propios clientes. Caenis no tardó en descubrir, entre los nombres de la escolta de Vitelio, el de Flavio Sabino, uno de los dos jóvenes a los que había guiado en palacio. Sabino ostentaba actualmente el cargo de edil, con lo cual podía aspirar a ser recibido, aunque en realidad para entrar necesitaba el patronazgo de un senador mucho más veterano. Este círculo de la corte extraoficial era un buen lugar para que los jóvenes pobretones de la clase media provinciana adquiriesen influencias. Aquí podrían conocer a Calígula y Gemello, los herederos del trono. Podrían relacionarse con los embajadores. Incluso podrían, si estaban dispuestos a afrontar el ridículo, conocer a Claudio, el hijo superviviente de Antonia que, debido a diversas incapacidades, no tomaba parte en la vida pública.

Caenis averiguó que los hermanos provenían de Reate, una pequeña ciudad en los montes Sabino, un lugar de nacimiento capaz de provocar la mofa de los esnobs romanos. Su familia era contratista de trabajadores temporeros y había hecho dinero recaudando impuestos en la provincia. Su padre también había sido banquero. Eran

notables en su tierra, pero en Roma, entre linajes senatoriales que se remontaban hasta la Edad Dorada, apenas se las apañaban. Dado que Sabino formaba parte del Senado, la familia debía poseer fincas valoradas al menos en un millón de sestercios, pero resultaba obvio que eran nuevos ricos y, si todo estaba ligado a la tierra, era lógico suponer que el presupuesto cotidiano sería escaso.

Con ciertas dificultades, porque nadie sabía o quería saber nada de él, se enteró por boca del ujier de que el hermano menor, Vespasiano, había regresado de su servicio militar en el extranjero.

□ □ □

El 17 de octubre llegó una carta para Antonia, traída por Pallas desde Capri. Ella la leyó en la intimidad de su dormitorio, y después permaneció allí. Pallas no volvió a aparecer.

En cualquier caso, al anochecer, la noticia había circulado entre la servidumbre, y al día siguiente el resultado de la acción de Antonia se conoció por toda Roma. Para eludir a los guardias pretorianos, el emperador había llamado a antiguos y actuales comandantes de la fuerza de policía de la ciudad. Uno, Macro, había sido designado en secreto nuevo comandante de los pretorianos. Entró en Roma de incógnito y trazó sus planes con Laco, el actual prefecto de los vigilantes.

Después de tomar múltiples precauciones, Macro había convencido a Sejano para que entrara en el templo de Apolo en el Palatino donde estaba reunido el Senado, a sólo unos metros de la casa de Antonia. Se iba a leer al Senado una carta del emperador. Sejano se dejó embaucar con la historia de que se le ofrecerían nuevos y más grandes honores. En cuanto Sejano entró en el templo, Macro despachó a la escolta de guardias; les ordenó que regresaran a su campamento (que por una de esas ironías, el propio Sejano había mandado construir para ellos en la parte norte de la ciudad) y los reemplazó por miembros leales de la policía. A continuación, Macro en persona fue al campamento pretoriano para asumir el mando, confinó a los guardias en los barracones y evitó una revuelta. Mientras tanto, Sejano descubrió que la carta de Tiberio era una amarga denuncia contra su persona. Al salir del templo, fue arrestado por Laco, el prefecto de la policía, y trasladado a los calabozos estatales en el Capitolio. Los guardias se amotinaron, pero no tardaron en ser reprimidos.

Sejano y los demás conspiradores fueron ajusticiados. El cuerpo estrangulado de Sejano fue arrojado a la escalera Gemoniana que bajaba desde el Capitolio, donde sufrió los abusos del público durante tres días antes de que lo arrastraran con ganchos y lo arrojaran como la basura al Tíber. Sus estatuas fueron arrancadas del Foro y de los teatros. También mataron a sus hijos; a la hija púber primero la violaron para evitarle al verdugo el crimen de matar a una virgen. Roma tenía normas muy desagradables, pero existían.

Antonia fue aclamada como la salvadora de Roma y del emperador. Tiberio,

después de alabar su papel en el desenmascaramiento de la conspiración, le ofreció el título de Augusta, con todos los honores formales de una emperatriz. Ella declinó el ofrecimiento con la modestia que esperaban sus admiradores.

Desde mediados de octubre hasta bien entrado noviembre, no se admitieron visitantes en la Casa de Livia. Se mantuvo sólo un mínimo de la rutina habitual. Había correspondencia que atender, y los procedimientos correctos de la vida cotidiana se observaban con rigor. Mientras tanto, Livilla, la hija de Antonia, fue devuelta a la casa y puesta, con el permiso del emperador, bajo la custodia de su madre.

A diferencia de otras hijas perdularias de la casa imperial, que sencillamente habían llevado vidas escandalosas y adúlteras por su propio placer, pero que no habían llegado a envenenar a hijos de emperadores o no se habían dejado manipular en detrimento de la estabilidad de Roma, Livia no marcharía exiliada a ninguna isla remota ni sería ejecutada por los soldados. Había mancillado los rigurosos principios de su madre, Antonia, y los de su incluso todavía más famosa y estricta abuela, Octavia. Se había dejado engañar como una estúpida por Sejano. Había mancillado la casa de Augusto y había deshonrado a sus propios hijos, los nietos y legítimos herederos del emperador. Su posición la había salvado del verdugo, pero su destino sería implacable.

Antonia acogió a Livilla en su propia casa, la encerró en una habitación, y la dejó allí hasta que murió de hambre.



El dolor y la alegría tienen cada uno su momento, y después pasan. Los gritos y las súplicas de ayuda de Livilla se redujeron a débiles gemidos, y después silencio. Aquellos que sufrieron por tener que escuchar lo sucedido se recuperaron hasta donde pudieron.

La Casa de Livia se relajó poco a poco, recuperando como la propia Roma aquello que se consideraba la normalidad doméstica. Desde luego ya no se cernía aquella sombra sobre el Imperio y la ciudad respiraba aliviada.

Pasaron los años. Acabaron las pesadillas. Mejoró la vida de los individuos. Por eso fue que, cuando el hermano menor de Flavio Sabino abrió la puerta de una oficina del sector destinado a la administración en el Palatino, casi dos años más tarde, Caenis estaba cantando.

Cantaba a voz en cuello porque creía que no había nadie cerca. Además, le gustaba cantar. La Casa de Livia no era el lugar más adecuado para hacerlo.

Se interrumpió bruscamente.

—¡Hola! —exclamó Caenis—. ¡Tienes aspecto de persona eficaz!

Él entró en el despacho. Caenis adoptó una expresión de recatada sorpresa. Estaba al corriente de que su servicio en Tracia había acabado. Hasta cierto punto, le esperaba.



No era habitual que los hombres de su posición deambularan por las salas imperiales en busca de escribas femeninas. Con el mayor descaro Vespasiano echó una ojeada a la oficina. Antonia se había hecho con un amplio despacho para sus copistas. Administraba su casa con frugalidad y era más implacable de lo que se podía suponer por su soberana reputación a la hora de aprovechar las ventajas. La mezquindad de Tiberio era tal que no vacilaría en reclamar un alquiler incluso de una pariente viuda, pero nunca nadie le dijo que ella estaba allí; él sospechaba que la gente le engañaba, y por lo tanto era inevitable que lo hicieran. En cualquier caso, ahora Antonia podía actuar como le viniera en gana. Era la Madre de Roma. La habitación tenía un aire deprimente. Era fría, olía a animales que hibernaban, la pintura de los frescos estaba descolorida. En ausencia del emperador, grandes zonas del palacio iban cayendo en el abandono; sin nadie que los controlara, los

mayordomos imperiales se despreocupaban mucho de hacer redecorar cualquier habitación que no desearan para sí mismos. Caenis, una muchacha capaz de conseguir lo que deseaba, tenía la intención de hacerse amiga del prefecto de obras.

Vespasiano pinchó una de las muchas bolsas de aire de la pared.

—Un tanto cochambroso.

—Toda Roma se está desmoronando —replicó Caenis—. ¿Por qué iba a ser diferente la casa del emperador?

Tiberio tenía un enfoque poco metódico de las obras públicas; comenzó un templo de Augusto y la restauración del teatro de Pompeyo, pero ambos continuaban inacabados. Vivió en el palacio de forma esporádica antes de marcharse de Roma.

—Tendría que construir correctamente —protestó Vespasiano—. Construir más y mejor, estimular a los demás y fijar unas normas decentes.

Miró a Caenis con ojo crítico. Ella mostraba claros signos de mejora. Se la veía limpia y arreglada. Al personal de Antonia se le permitía ir a los baños públicos en el horario de las mujeres. Llevaba el pelo oscuro recogido en un moño sobre la nuca y el vestido era de mejor calidad. Aunque trabajaba en una mesa destartada con una cuña de madera para afirmar una pata, ocupaba su lugar con un aire posesivo. La habían ascendido y estaba al mando. No estaban ninguna de sus subordinadas; se quedaba tarde apostada, encantada con su autoridad mientras repasaba y corregía los trabajos. Enfrentada con alguien conocido, Caenis se mostraba resplandeciente.

El tribuno recién llegado se fijó en todo; ella estaba segura de que él se daba cuenta del sutil cambio en su situación.

—¡Una tirana de las secretarías! —bromeó mientras se acercaba. Él parecía más grande y en mejor estado físico de lo que le recordaba, muy bronceado por la vida militar al aire libre.

—Ese maravilloso y espeluznante destello en la mirada.

Caenis no le hizo caso.

Ya estaba junto a la mesa. Se sentó en un borde, y continuó mirando en derredor como si incluso un cuartucho mal ventilado del palacio fuera algo nuevo para él. La lámpara de aceite escoró de una manera alarmante. Caenis apoyó los codos con fuerza sobre la mesa para evitar que se tumbara y él cayera al suelo. Sabía lo que ella estaba haciendo pero no hizo el menor intento de cambiar de posición. Ella cruzó las manos sobre las tablillas que acababa de clasificar para impedir que Vespasiano (que ladeaba la cabeza) pudiera leerlas.

—Buenas noches, señor.

Flavio Vespasiano tenía una extraña pero maravillosa sonrisa.

—Te estás ablandando. ¡La última vez dijiste que fuera a tirarme a la Estigia!

—La secretaria de la señora Antonia respeta los privilegios de rango. —Caenis se permitía la ironía porque su interlocutor se la aceptaba. Gozaba de una autoridad

derivada de la importancia de su señora y de la responsabilidad de su puesto. Los visitantes de Antonia la trataban con deferencia—. ¿Ya eres rico, tribuno? —le aguijoneó.

—Nunca seré rico; pero te he traído un regalo. No te entusiasmes; no es nada de vestir. —No venía acompañado. Debajo del brazo sujetaba un paquete con el papel grasiento.

—¿Se puede comer? —Soltó una risita.

—Te debo una salchicha.

—¿Y es esa? ¿Después de *dos años*, señor?

—Tuve que ir a Tracia —respondió él, gravemente—. Si no llego a hacer la travesía hubiese sido el final de mi carrera. —Lo dijo como si pese a todo hubiese considerado seriamente la posibilidad de no subir al barco. Caenis notó una extraña agitación. Insistió en no hacer caso. Él le dio el paquete—. Supongo que eres de las chicas a las que les gusta el pescado en escabeche. —A ella le encantaba el pescado en escabeche—. ¿Te arreglas con un huevo relleno?

—¿Sólo uno?

—El otro me lo comí por el camino.

Esta vez asombrada de verdad, exclamó sin poder contenerse:

—¿*En la calle*, señor?

—En la calle —respondió él plácidamente. Por un momento ella le tomó por un auténtico paleta, inocente ante la ofensa, entonces la mirada de Vespasiano se fijó en su rostro preocupado; él lo sabía muy bien. Caenis frunció el entrecejo con una mezcla de placer e intriga. Se lo imaginó, de paseo por las tumultuosas calles romanas. Probablemente se salió con la suya. Probablemente nadie ni siquiera se había fijado: un noble, un tribuno recién licenciado del servicio militar y listo para los altos cargos administrativos, solo, cargado con un paquete y comiéndose un huevo relleno.

—Deplorable —admitió él, perverso—. Ya lo ves: aquí tienes a un hombre que paga sus deudas.

—¡Algo nunca visto!

El acre comentario sobre la dureza de su mundo moral le obligó a hacer una pausa. Luego, continuó:

—Llevo días buscándote. Me he convertido en un cliente tan asiduo que el salchichero cree que lo espío porque estoy liado con su mujer. Hoy hubiese llegado más temprano, pero el pescado estaba envuelto en un manuscrito de un poetastro. Ya sabes cómo es, atisbas media frase que no está mal y después te pasas una hora en la misma esquina intentado deshacer el paquete para llegar a la última estrofa que es un asco. ¿Qué te parece, lo compartimos?

Caenis comenzaba a tener miedo. Cada palabra que él decía ganaba su atención.

Por primera vez a solas con ella, no hacía ningún esfuerzo por ser galante; tampoco se agitaba. Quizá suponía que los senadores y nobles se dejaban caer por aquí continuamente con la merienda. De pronto, él intentó conseguir información.

—Se produjeron algunos importantes acontecimientos en Roma después de mi regreso a Tracia. ¿Sabías algo de lo que le tenían preparado a Sejano?

Caenis todavía consideraba la carta de Antonia como un asunto confidencial. Además, le habían enseñado a desviar la curiosidad de desconocidos.

—Supongo que no te habrás acordado del pan —aventuró severa. Entonces, antes de que él tuviese tiempo de mostrarse apesadumbrado, metió la mano debajo de la mesa y sacó la hogaza de pan chato y redondo que tenía pensado comerse más tarde ella sola—. Creo que debemos retirarnos a la despensa —dijo—. ¡No quiero que me pillen utilizando la carta de mi señora al rey de Judea como servilleta para comer pescado en escabeche!

□ □ □

Caenis tenía ahora un plato. «Desportillado pero no rajado, un poco como mi corazón...».

Él no se rió. Tenía una forma de mostrarse evasivo mientras escuchaba, así que a ella le resultaba difícil saber si le divertía o le asombraba.

Era otra época del año. Abril. El emperador seguía en Capri. Los días se alargaban pero el palacio volvía a estar en silencio, alumbrado por un millar de lámparas sin beneficio para nadie.

Esta vez comieron salchichón. Vespasiano se encargó de cortarlo.

—No me gusta tanto como el tuyo. Tendría que haberte preguntado qué querías. —Era salami ahumado de Lucania, con demasiados cominos, pero poco sabroso. Caenis no se quejó. Se trataba del primer regalo de toda su vida. Verónica se habría burlado; para ella, un regalo era algo brillante y fácil de empeñar.

—Cuando has esperado más de un año para cobrar una deuda —comentó Caenis bondadosa—, tienes que aprovechar lo que te den.

Después de un rato, él le preguntó sin dejar de masticar:

—¿Tienes algún día libre para salir por tu cuenta?

Esto era lo que ella quería evitar. Como era así de sincera, le contestó la verdad.

—Algunas veces.

—¿Y qué haces?

—Mañana iré a ver una representación de mímica.

Él pareció interesado; ella gimió para sus adentros.

—Te oí cantar. ¿Te gusta la danza?

—Me gusta la música de flauta. Te puedes dejar llevar —murmuró, poco dispuesta a hablar del tema. No era tan tonta como para abrir su alma a una persona de rango.

—No hace falta que te pierdas —bromeó él—. ¿Irás con alguien agradable?

—¡Oh, sí! —replicó ella sin pensar—. Conmigo misma. —Clavó los dientes en un currusco de pan y desvió la mirada con toda intención. Hubo una brevísima pausa.

—¿Ningún hombre?

Mejor preparada, eludió la pregunta.

—Los hombres no son agradables, señor. Pueden ser útiles, a veces divertidos, casi nunca sinceros, y nunca agradables.

—Las mujeres son peores: cuestan una fortuna, y así y todo te abandonan. —Él no lo decía en serio, y ella no le hizo caso.

—En realidad voy sola porque me molesta profundamente que algún idiota me hable cuando escucho música.

Vespasiano sonrió, consciente de que no podía ser de otra manera. Ella era de ideas fijas, como él.

—¿Quién es el mimo?

—Blatilo.

—¿Es bueno? Quizá vaya yo también. No hablo. Siempre me quedo dormido. Por suerte nunca ronco.

No podían ir al teatro como una pareja. No les permitirían sentarse juntos; incluso las mujeres de su rango debían presenciar el espectáculo separadas. La esclava de Antonia no podía ser vista a solas con él en ningún caso. Pero él le preguntó sin vacilar:

—¿Te reunirás conmigo después? —Caenis se concentró en morder un grano de pimienta del pescado en escabeche para no dar una respuesta. Él interpretó el silencio a su manera—. ¿Dónde nos encontramos?

Demasiado tarde; estaba comprometida. El corazón le latió más fuerte.

—¿Un joven caballero no sabe dónde citarse en un teatro? —le reprochó todavía intentando como una tonta escabullirse del tema.

—Una educación severa.

—Un poco chapada a la antigua, ¿no? —No tenía escapatoria. Había que dejar clara la verdad. Ella se la recordó con toda su crudeza—: Soy la esclava de otra persona.

—Me doy perfecta cuenta.

Ella se sintió dominada por el desafío.

—Bueno, ya que insistes, puedes venir a buscarme aquí. Pregúntale a cualquiera; me encontrarán.

Por primera vez, el hermano del senador pareció incómodo.

—¿Por quién debo preguntar? —Sus fuentes de información aparentemente no eran tan buenas como las suyas.

Ella inspiró con fuerza. Darle su nombre era un paso que nunca podría revocar.

—Caenis —dijo con torpeza.

—¿Caenis? —Lo pronunció con su voz fuerte. Era griego; sólo una convención de la esclavitud—. ¡Caenis! —exclamó de nuevo, y que pronunciara su nombre lo hacía todo terriblemente íntimo.

—Sólo Caenis —murmuró.

—¡Sólo nada! —replicó él furioso. Ella adivinó que él quería decir que no debía denigrarse a sí misma—. Y escucha, Caenis, ¡siempre pregúntale a un visitante quién es! —Evidentemente él quería que le preguntara su nombre—. Las palabras más horribles del mundo son: «Alguien vino a verle. No sé quién era...». No te pongas en una situación de desventaja. No puedes permitirte suposiciones sobre la posición de nadie; necesitas saberlo con certeza. Tienes que saber si la persona merece un refrigerio o sólo tu educado desdén. —Él se puso de pie—. Así que en respuesta a tu próxima pregunta...

Debía creer que ella se había olvidado. Caenis le interrumpió con calma.

—Tu nombre es Tito Flavio Vespasiano. —Él comenzó a sonreír, encantado. Ella recitó con su mejor voz de secretaria—: Tu padre era Flavio Sabino, ciudadano de Reate, así que votas con los Quirina; tu madre es Vespasia Pola. Llevas el anillo de oro de los nobles. Tu mecenas es el ilustre Lucio Vitelio, que trae a tu hermano a la casa de Antonia...

—¿Hablas con mi hermano? —le interrumpió sorprendido.

—No, por supuesto que no. —Ella estaba decidida a llevar la broma hasta el final—. Tú eres el hijo segundo, sin reputación pero respetable, así que debo ser cortés. —Vespasiano apretó los labios atento a lo que vendría después; poseía un gran sentido del humor y le gustaba lo que veía del suyo. Así que Caenis, sabiendo lo mucho que él disfrutaría, concluyó—: En cuanto a si mereces un refrigerio, señor, ¡averigüé tu posición la primera vez que nos vimos!



Vespasiano tendió una mano y se apresuró a coger la de Caenis en cuanto apareció. Nadie lo había hecho antes.

—Hola, Caenis —la saludó Vespasiano con una voz medio tono más grave. A ella le pareció que algo aleteaba un poco más arriba de su esternón mientras apartaba la mano con delicadeza.

—Hola... —Caenis se interrumpió porque no sabía cómo llamarle.

Él la miró por un momento con una expresión inescrutable.

—Tito —le indicó.

Muy pocas personas utilizaban el nombre de pila. Según la costumbre informal de los romanos, toda su familia se llamaba Tito —daba lo mismo que fueran el abuelo, el padre, los hermanos y los primos— así que la gente le llamaba Vespasiano, incluso en su casa. La intimidad que ofrecía a Caenis era la medida del error que el hombre estaba cometiendo. Aparentemente, él no se daba cuenta, pero Caenis sí.

—Estás muy bonita.

Por una vez, ella sonrió. Antonia le había dado un vestido nuevo.

□ □ □

Ella se sintió en la obligación de decírselo a Antonia: «Señora, esta noche cuando vaya al teatro, me encontraré con un noble». La declaración la había puesto en dificultades. La duda había transfigurado el rostro de su ama.

Se hallaban en una habitación de la Casa de Livia donde las paredes estaban decoradas con elegantes guirnalda de hojas verdes entrelazadas entre las columnas, y debajo de un friso dorado de figuras diminutas sobre un fondo urbano de ensueño.

Antonia descansaba en un triclinio mientras Caenis ocupaba un taburete bajo con la tablilla sobre las rodillas. A Antonia le gustaba trabajar sin distracciones, pero a veces, después de acabar, retenía a su secretaria para disfrutar de unos momentos de charla. Le hacía bien relajarse. Ahora se cansaba más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Había vivido el doble que muchas personas y sobrevivido a más pesares que la mayoría.

La vieja dama se removió inquieta. Su bien cuidado cutis había preservado su lozanía, pero su rostro había adelgazado y, desde la desgracia de Livilla, la desesperanza comenzaba a aparecer en las finas arrugas alrededor de los ojos.

El momento se había hecho incómodo.

—¿Por qué me lo dices? —preguntó Antonia—. ¿Quieres que te lo prohíba?

Caenis asumía un enorme riesgo. Cuando el secretario jefe, Diadúmeno, había estipulado que Antonia debía ser informada de cualquier proposición por parte de nobles y senadores, se refería a proposiciones de tipo comercial o político; no podía haber ningún otro tipo de comercio con las esclavas de su ama.

—Prefiero ser sincera, señora.

En otras casas se daba por hecho que ocurría ese otro tipo de comercio. Aquí no. Y si lo había, nunca abiertamente.

Incluso después de conocer a Caenis durante años, Antonia había llegado a la firme conclusión de que su esclava era persona de poca moral y una presa fácil para cualquier político listillo. Era una conclusión injusta; Caenis había sido siempre muy escrupulosa.

—¿Me pides que sancione esta amistad? ¿Cuánto tiempo hace que tienes trato con ese hombre?

—No tengo *tratos* con él —replicó Caenis, concisa—. Ni siquiera sé si él lo espera.

Antonia se inclinó impaciente.

—Vamos, ¿quién es él?

—Flavio Vespasiano, un noble de Reate. La familia no es prominente aunque su hermano, Sabino, ha estado aquí como uno de los clientes de Lucio Vitelio. Señora, me preguntaste hace mucho si tenía admiradores masculinos, y te dije que no.

Hubo una leve mejoría en la expresión de Antonia.

—Entonces, ¿esto qué es?

—Un conocimiento casual con un recién llegado a Roma, nada más. —¿Cómo podía ser otra cosa? La pura imposibilidad la asustó—. Ha estado de servicio en el extranjero y tiene pocos amigos en Roma.

—¡Sin embargo, te buscó a ti!

—Creo que es una coincidencia.

—¡No lo crees! ¿Busca sólo tus favores, o espera conseguir influencia?

—Eso no lo sé —admitió Caenis—. Pero cuando descubra qué es lo que cree estar buscando, antes podré desilusionarle.

Antonia mostró su irritación con un suspiro.

—¿Me estás engañando, o pretendes hacerlo? —Prudentemente, Caenis no respondió—. ¿Se lo has dicho a alguien más? Creía que eras amiga de aquella chica, Verónica.

Con una punzada de resentimiento, Caenis comprendió por fin lo cerca que había estado de costarle su puesto la amistad con Verónica. Aprovechó la oportunidad para dejar las cosas claras.

—Verónica tiene buen corazón. Me gusta, pero eso no significa que admire su vida. Y ella nunca ha influido en la mía, señora. —Sonrió tranquila—. No le dicho ni una palabra de Vespasiano a Verónica.

—No toleraré que jóvenes ambiciosos se aprovechen de mi personal —declaró Antonia, aunque apreciaba a las personas que sabían hacerle frente; no quería parecer débil.

Caenis decidió demostrarle su astucia.

—Valoro demasiado mi posición como para arriesgarla por una estupidez. Además, señora, si tu corte es vista como un foro apetecible para los jóvenes que desean prosperar en la vida pública, tal como debe ser, entonces él y su hermano ya han conseguido entrar. Alguien, quizá su padre, se aseguró de que fueran aceptados por Vitelio. Vespasiano no puede creer que mi amistad mejore su actual posición.

Esta vez su ama pareció divertida.

—Entonces, querida, ¿qué es lo que quiere?

—Supongo que lo que quieren todos —respondió Caenis, y ambas se echaron a reír mientras asentían con desconfianza—. ¡Le espera un desengaño! Si pretende tirarme de la lengua para conocer tus secretos, lo pondré de vuelta y media. Creo que él lo sabe. No, como te he dicho, sospecho que sólo es un joven que no tiene amigos en Roma. No me hago ilusiones; en cuanto encuentre su sitio en la sociedad se olvidará de mí.

—Pareces tenerlo todo calculado.

—Creo que una muchacha de mi posición debe hacerlo —señaló Caenis en voz baja.

Antonia, que apreciaba mucho a Caenis, y que no quería verse involucrada en la vida privada de su personal, pareció cansarse de la conversación.

—Has hecho bien en hablar conmigo. No tengo el menor deseo de privarte de compañía. Pero el rango debe ser respetado...

—Soy una esclava —murmuró Caenis—. Si quiere una amante, tendrá que buscarla en otra parte.

—Siempre que tú lo aceptes. ¡Y siempre que consigas que él lo acepte también! ¡No permitas que te haga preguntas! —«*No te dejes preñar. No me obligues a castigarte; no traiciones mi confianza*», pensó Antonia—. Y procura que no te haga daño.

Caenis rió con tristeza mientras acomodaba las tablillas.

—Gracias, señora.

—¡Caenis, te minusvaloras!

En la muchacha que tenía delante, Antonia vio lo que sin duda había visto Vespasiano: aquella mirada lúcida y atractiva que distinguía a una mujer inteligente; una mirada que además de llamar la atención animaba el espíritu. Un hombre capaz

de admirar esta cualidad era mucho más peligroso que cualquier conquistador o buscón.

Con un brusco tirón a los almohadones que tenía debajo de la espalda, Antonia añadió:

—Dile a Atenea que te busque un vestido decente.

Caenis se quedó de una pieza. Había pensado en pedirle prestada a Verónica su mejor túnica azul, porque sabía que a su amiga la habían invitado a una fiesta donde lo único que se necesitaba era llevar una pulsera de plata en el tobillo y un trozo de gasa.

—Algo encontrará para ti —afirmó Antonia con el mismo tono brusco.

Entonces, a pesar de lo mucho que desconfiaba del apoyo de otras personas, Caenis comprendió que sus manifestaciones habían ablandado los estrictos principios de Antonia. Su ama la mantendría y sería indulgente. Había conseguido algo más que la benevolencia de su señora. Se había convertido en su favorita.

□ □ □

Encontraron *algo*; algo maravilloso. Atenea, que remendaba las ropas de Antonia, le llevó la prenda a su cuarto. En su rostro brillaba una sonrisa tímida.

—¡Pánfila ha puesto mala cara y te deja esto!

Pánfila era la encargada del vestuario. Siempre se quedaba con los mejores vestidos, y no era muy dada a desprenderse de cosas buenas para dárselas a las otras esclavas.

Caenis silbó, cosa que provocó la risa de Atenea. Sentía un profundo respeto por la secretaria que era capaz de leer y escribir, aunque Caenis había dejado bien claro desde que llegó a la casa de Antonia que no era un ogro para nadie que fuera más o menos sensato. Sin perder ni un segundo, Atenea hizo que se probara el vestido y se arrodilló presurosa para acortarle el dobladillo. Mantenía el entrecejo fruncido mientras sus manos volaban. Parecía más excitada que la propia Caenis.

—Supongo que no podrías convencer a Pánfila para que también me dejase una enagua...

—Supongo que no querrás ser tú la persona que se lo pida... —se mofó Atenea.

—No, ¡conozco mis límites, querida!

Así que Caenis asistió a la pantomima con su enagua, pero con una túnica que había pertenecido a la hija de Marco Antonio. Era una prenda que indicaba su linaje, de un color marrón ámbar, tan sencillo como caro. Verónica la hubiera considerado una prenda sin gracia, pero Caenis sabía distinguir aquello que era realmente elegante. Era de lino entretejido con seda china, una tela fabricada en Tiro tan liviana que le quedaba espléndida. El vestido seguía sus movimientos; se posaba suavemente sobre la piel, dulcemente fresco para el calor del día y deliciosamente cálido con el fresco de la noche.

—Estás muy bonita —comentó Vespasiano. Nadie se lo había dicho antes; nadie había pensado antes que debiera hacerlo. Pero él, como siempre, la estaba poniendo a prueba—. Pareces feliz.

Por primera vez, Caenis intuyó que aunque la belleza de las facciones y las prendas elegantes debían ayudar, la auténtica belleza dependía de un corazón contento.

—¿Feliz? —repitió ella—. ¡No te preocupes, pasear con un pobretón pronto lo remediará! ¿Iremos andando? —preguntó.

—Tengo lo que cuesta una litera para mi acompañante.

—Por supuesto —murmuró ella. Ninguna esclava viajaba en litera. Burlarse de él le ayudó a disimular su inquietud—. Pero me preocupa que si te gastas ahora la calderilla, quizá no tengas para comprarte un pastel durante el entreacto.

—¡Gracias! —dijo él, que le siguió la broma—. Me gustan las muchachas que ven el lado práctico de las cosas.

Caenis declaró en voz baja por segunda vez aquella semana:

—Creo que una muchacha de mi posición debe hacerlo.

Fueron a pie.



Caminar a través de Roma significaba abrirse paso a empujones por un mercado lleno de gente a rebosar. Las horas más importantes para el comercio eran las de la mañana, antes de que los edificios y el aire de las calles se caldearan hasta hacerse insoportables, pero de acuerdo con la tradición mediterránea, después de una larga siesta —la comida, una cabezada y algo de sexo— poco a poco se reabrían las tiendas para su segunda y más reposada sesión de la tarde. A esta hora salieron Caenis y Vespasiano.

Iniciaron el trayecto en el Palatino, donde la familia imperial y aquellos lo bastante ricos como para imitarla habían levantado sus cómodas y aisladas residencias en la parte baja de la ladera, con unas magníficas vistas al Foro. Bajaron del monte para dirigirse al teatro de Balbo por la Vía Triunfal; seguirla fue turbulento. El Imperio ofrecía al resto del mundo la elegancia de sus edificios públicos levantados en espaciosas plazas, amplias carreteras, y nuevas ciudades construidas sobre plantas geométricas tan cuadradas como los fortines militares de los que derivaban. Sin embargo, Roma se conservaba como un panal de ochocientos años de antigüedad, un tradicional laberinto de calles entrecortadas que subían y bajaban por las Siete Colinas, y que a menudo eran poco más que pasajes inadecuados, callejuelas serpenteantes, caminos que regresaban sobre sí mismos y cochambrosos callejones sin salida. Todos y cada uno de ellos estaban atestados.

—Te perderé —murmuró Vespasiano—. Será mejor que me des la mano.

—¡Oh, no! —Caenis, horrorizada, escondió las manos entre los pliegues de la estola. Él enarcó las cejas como una señal de reproche, pero ella no dio el brazo a torcer.

La presión de la gente en las calles angostas no era un obstáculo para un hombre de su corpulencia. Sin perder de vista sus hombros, Caenis le seguía mientras él avanzaba sin prisa; se abría paso con mucha más cortesía que la demostrada por la mayoría de los hombres de su rango. Controlaba a menudo que la joven le siguiera, aunque ella presentía que Vespasiano estaba lo bastante atento a su presencia como para percibir inmediatamente si se habían separado entre la multitud. En una ocasión, un aguador impaciente, cargado con dos calderones que salpicaban agua a diestro y siniestro sujetos a una pértiga arqueada, se abrió paso entre ellos en su trayecto desde una fuente pública a las habitaciones superiores de una casa de pisos; ella se agarró a

la toga de Vespasiano, pero él con una de sus inesperadas sonrisas ya había acertado el paso para esperarla.

Puntos de luz pasaron por sus rostros cuando llegaron a las calles más estrechas; sólo tenían el ancho suficiente para espiar el cielo allá arriba, entre los aleros de los techos de los bloques de seis pisos, cuyos diminutos apartamentos se apilaban uno encima del otro como torres de mejillones en una roca. Por todas partes se abrían ante ellos tabernas y talleres, porque la vida cotidiana se hacía en las calles. Los pilares de las arcadas estaban adornados con utensilios de metal: botellones de bronce y jarros de cobre con cadenas pasadas por las asas como absurdos collares. Rodearon torres inclinadas de cerámica, y se deslizaron por debajo de cestos colgados de cuerdas por encima de sus cabezas. Se escurrieron entre mostradores cargados de fuentes con humeantes empanadas de carne, se apretujaron debajo de los balcones para dejar sitio a las literas e hicieron un alto para contemplar un juego de damas sobre un tablero dibujado en el polvo. Asaltados por los ruidos, los olores y los empujones de una humanidad políglota que a veces los arrastraba indefensos en la marea, por fin llegaron a su destino.

—¡Enséñame tu entrada! —ordenó Caenis—. Así podré ver dónde estás, pero no se te ocurra saludarme. —Con gesto grave, él sacó el disco de marfil donde aparecía el número de su asiento y ella lo memorizó—. Si todavía quieres verme, después te esperaré junto al tenderete de la adivina. Si me marcho antes, te enviaré un mensaje.

—Estaré allí —manifestó él, sombrío.

□ □ □

En el teatro, las mujeres se sentaban en la tercera grada de asientos, detrás de varias hileras de ciudadanos; Caenis había estado ahorrando el precio de la entrada, para no tener que estar de pie en la tribuna superior con los extranjeros y los esclavos poco ahorradores. Incluso desde esta altura, no tardó en distinguir a Vespasiano; su forma de moverse se le antojaba ya algo familiar. Por lo general, ella era capaz de seguir una obra casi por delante del actor, pero hoy parecía incapaz de seguir a Blatilo. Su concentración estaba puesta en las catorce filas de la primera grada, reservada a los nobles.

El arte de la pantomima trágica se había desarrollado casi hasta su máxima expresión. Se escribían pocas obras nuevas; las que se representaban ahora formaban parte de la memoria colectiva. El ambiente de la historia lo aportaba una orquesta de instrumentos de viento y percusión mientras que los textos, que a menudo el público se sabía de memoria, eran cantados por un solista o por un pequeño coro. Un solo actor interpretaba todos los personajes; se preparaba para ello bajo un régimen estricto de dieta y ejercicios. Representaba la acción a través de una combinación de mímica y danza, donde cada gesto, cada mirada, cada delicada flexión de un músculo, cada precisa modulación de un nervio, cautivaba la imaginación y a través de ésta, el

corazón.

Blatilo era bueno. Al comienzo, dominaba a la audiencia sólo con quedarse inmóvil y jugar con la expectativa creada. Su más mínimo movimiento llegaba hasta la última grada y, como ocurre con el mejor teatro, parecía realizado sin esfuerzo. Utilizaba la intriga, el horror, la confusión, el sentimiento y la alegría. Hizo pasar sus gestos por el heroísmo y la piedad, la furia y el deseo, el dolor y el triunfo. En la última parte, incluso Caenis se sintió conmovida. El aplauso final la sorprendió pestañeando, con la boca seca, momentáneamente perpleja.

Cuando salió a la calle, pensó por un momento que Vespasiano no vendría. Le esperó, lo bastante lejos de la multitud para que él la viera, y lo bastante cerca como para no sentirse amenazada por los carteristas o los proxenetas. Vio a Vespasiano marcharse en dirección opuesta; estaba segura. Todavía muy impresionada por el drama, no podía creerlo. Angustiada, estaba a punto de irse sola.

Él apareció justo a tiempo entre la muchedumbre que se dispersaba.

—¡Hola, Caenis! —Debía haber ido a buscar a los dos esclavos, suyos o de su hermano, que ahora le seguían con porras enganchadas al cinto—. Perdona, ¿te he hecho esperar?

—No tiene importancia —mintió ella, galantemente.

□ □ □

—¿Quieres que te adivinen el porvenir? —Vespasiano miraba el tenderete; un hombre que tenía aspecto de egipcio malvado, con un birrete rojo y sin dientes, se irguió como una marioneta por encima de la puerta de lona en el momento que le oyó hablar—. Yo invito. ¿Tienes miedo? —Caenis no tenía miedo. Permaneció en silencio y Vespasiano la aguijoneó—. ¿No crees en los horóscopos? ¡Vieja escéptica!

—¡Conozco mi futuro: trabajo duro, poca fortuna, y una muerte desagradable a una edad inoportuna! —le respondió Caenis con un matiz severo en la voz—. No puedo hacerlo. Hay que decir cuándo naciste.

Por un momento, él no lo comprendió. Todos los ciudadanos romanos nacidos libres, hombre o mujer, debían inscribirse en los registros del censor dentro de un plazo de ocho o nueve días a partir del nacimiento. Un ciudadano libre honraba su cumpleaños y los de sus antepasados y familiares como las fiestas íntimas más felices, ocasiones en las que los dioses del hogar eran adornados con guirnaldas, mientras todos los que le debían respeto daban gracias. Los hombres importantes celebraban los cumpleaños de las figuras políticas a las que admiraban. El cumpleaños del emperador era una fiesta pública.

Caenis era una esclava: no sabía la fecha de su aniversario.

Él era inteligente; no necesitaba que se lo explicaran. Sin embargo, el orgullo la obligó a hacerlo; podía ser brutal cuando quería.

—Los mocosos de las esclavas, señor, no son anunciados por sus orgullosos

padres en los anuncios de la *Gaceta Diaria*. El hecho de que exista sólo está indicado por mi presencia ante ti, sangre y huesos cubiertos por un vestido nuevo. Los filósofos modernos quizá me asignen un alma, pero *nadie* señor, ¡nadie me hace cargar con un destino que se pueda adivinar!

—¡Ay! —exclamó Vespasiano. Ella se sintió mejor. El joven no se disculpó; no tenía sentido. En cambio, se volvió hacia el astrólogo con su aire práctico habitual—. Aquí tienes un desafío: ¿podemos ofrecerle a esta muchacha algún consuelo?

El hombre dejó que sus ojos se velaran con un guiño aprendido. Iba envuelto en pañuelos mugrientos que pretendían sugerir el misterio de Oriente, aunque para Caenis sencillamente eran el reflejo de la falta de higiene que reinaba en el distrito noveno. Un zodíaco de hojalata colgado de un hilo por encima de su cabeza tintineaba esporádicamente. Uno de los peces había perdido la cola y los gemelos se separaban lentamente de su abrazo celestial.

—¡Su rostro nunca aparecerá en las monedas! —entonó de pronto el astrólogo con una voz aguda. «Cuán sutilmente ambiguo», pensó Caenis. El hombre se las apañó para transmitir la impresión de que un inesperado rayo de verdad le había alcanzado en la barriga justo por encima de lo que hubiera cenado. Caenis reconoció que esto no debía ser muy saludable si le ocurría todos los días. El adivino se tambaleó: Vespasiano puso unas cuantas monedas de cobre en la mano mugrienta que tendió velozmente a pesar del aparente trance—. Su vida es dulce; dulce será su muerte. Los huesos ligeros como el carboncillo, el pelo fino... irá con los dioses envuelta en púrpura; el César llora; ha perdido a su dama, el verdadero reverso de su vida...

El astrólogo guardó silencio, pero después alzó la mirada bruscamente, los ojos oscurecidos por la sorpresa. Vespasiano se cruzó de brazos.

—Cuidado con la traición —le advirtió jovial—, pero si hay algún listo que le va detrás a mi tórtola me gustaría estar preparado para darle su merecido. ¿Qué César es éste? Supongo que no será el viejo chivo. —Se refería a Tiberio—. ¿Has conseguido ver la etiqueta de la lavandería en su capa?

Caenis, que se había apartado un poco ante la sorpresa de haber sido llamada su tórtola, murmuró:

—Los emperadores no llevan etiquetas con su nombre. Se considera innecesario en la púrpura, ¿sabes?

El astrólogo dirigió a Vespasiano una muy oportuna mirada de loco.

□ □ □

Caenis había huido.

—¿Caminamos? —le preguntó Vespasiano con un leve tono altivo cuando la alcanzó.

Dispuesta a no preocuparse por las fraudulentas predicciones de un egipcio

mugriento cubierto con una sucia manta griega, Caenis gruñó amablemente:

—Como ves, estoy caminando. He supuesto que te has gastado el dinero de mi billete de regreso a casa en golosinas y vino tibio en todos los puestos. —Ella sabía que Vespasiano no se había movido de su asiento.

—No hay por qué enfadarse —se quejó él, que la cogió del codo para que acortara el paso. Dominada por una súbita vergüenza, dejó de trotar.

Le resultaba extraño ser escoltada por otros esclavos. A Caenis le pareció interesante advertir que después de la lógica mirada para calibrar lo que había pescado su joven amo, los guardaespaldas de Vespasiano no le demostraran ningún resentimiento. Era una muchacha que hacía todo lo posible; así que, buena suerte, chica.

—¿Te ha gustado la pantomima, señor?

Aunque Vespasiano sabía lo mucho que deseaba Caenis que compartiera su tremendo placer, él no hizo concesiones.

—Oh, no estuvo mal. Creo que me mantuve despierto.

—¡No todo el tiempo! —replicó ella, fogosa. Entonces se dio cuenta de que él le tomaba el pelo una vez más, así que suavizó el tono—. Por lo que alcancé a ver desde arriba cabeceabas de una forma alarmante, pero no roncabas. Hubo un momento en el que los ediles iban a sacudirte, pero te despertaste a tiempo.

—¡Ajá! —Vespasiano intentó darle un cachete.

Todo esto era un grave error social. Caenis fue muy consciente de su condición de esclava. Se negó a seguir el juego; caminó muy erguida, con la mirada fija en la distancia. Vespasiano no dejó traslucir nada, pero durante todo el tiempo que ella le conoció, el noble nunca volvió a repetir aquel gesto. Su voz tenía un claro tono amistoso cuando le preguntó:

—¿Y tú qué dices? ¿Te gustó?

—Sí, muchas gracias.

—Bien.

De mutuo acuerdo, pasearon junto al Tíber, cruzaron el puente de Agripina y entraron en los jardines del César. Al atardecer, los jardines eran un tanto frescos, ligeramente amenazadores y estaban poblados por nubes de mosquitos que volaban a la altura de la cabeza. Sin amilanarse, recorrieron todos los jardines; no había muchos otros lugares respetables donde un caballero y la esclava de alguien pudieran ir. Después, él la acompañó hasta la Casa de Livia.

En el Palatino ardía la luz de las antorchas, pero primero tenían que llegar allí; uno de sus esclavos llevaba un farolillo. Incluso así, las angostas calles eran tenebrosas y Caenis comenzó a temer que Vespasiano se arriesgara a perder la discreción en público. Pero lo único que hizo, cuando las carretas de los constructores o los carros de los vinateros amenazaban con atropellarlos, fue acercarla al refugio

del portal de una casa, o contra la puerta cerrada de una tienda, con un leve toque en el brazo, inmediatamente apartado. Ella confiaba en que Vespasiano no se diera cuenta de que incluso aquello le ponía la piel de gallina.

Él se dio cuenta. Su pregunta fue directa y abrupta:

—Caenis, ¿te acostarás conmigo?

—¡Por supuesto que no! —respondió con voz seca. Ahora que había surgido el tema, sintió un inmenso alivio.

—¿No te gusto?

—¡Me gustas demasiado! —le explicó ella en un tono vivaz.

Vespasiano le cerró el paso y la miró a la cara.

—¿Y eso qué significa? —Era un hombre fornido, tremendamente rudo, y muy superior en rango. Caenis se asustó de verdad. Él mantenía la barbilla alzada, y los labios apretados en una expresión de furia.

Ella le hizo frente con el corazón palpitante.

—Significa que no puedo permitirme ese riesgo. Te lo dije; te lo dije desde el primer momento: soy propiedad de mi ama, y me importa mucho su aprobación. Por favor, sigamos. La gente nos mira.

Él no le hizo caso. Estaba en el medio de la calle y rehusaba moverse.

—Tú también tienes que cuidar de ti mismo —murmuró Caenis, adusta—. Busca un senador rico con una hija decente con la que te puedas casar. Necesitas hacerte con una buena dote y debes convertirte en alguien respetable si quieres hacer carrera. —Era verdad; él admitió la sabiduría del consejo. El deber y la corrección obligaban al ciudadano a casarse, a contraer matrimonio con una mujer de buena familia y buen carácter, y después tener hijos. El *cursus honorum*, la carrera oficial de ascenso para los senadores, dependía de ello—. Lo lamento si ha habido algún malentendido —concluyó Caenis como si ansiara disculparse.

—Una respuesta directa a una pregunta directa. ¡Todo bien claro! —Él no estaba enojado, pero sí amargamente dolido. En una muestra de rencor poco habitual, preguntó—: Entonces, ¿tienes algún esclavo elegido? ¿Quizás está celoso? ¿Crees que le asustaré?

—No seas tonto —le reprochó Caenis—. Aunque me imaginaba que lo serías; me estás asustando. No tendré ningún compañero aunque fuera otro esclavo. Quiero estar sola.

Él todavía no estaba dispuesto a dejar que ella le alisara la cresta erguida.

—¡Tendrías que haberme dicho que eras tan escrupulosa!

Esta vez, ella no quiso responderle; le correspondía a él elegir si quería verla angustiada.

A su alrededor, con la caída de la noche, comenzaba la espantosa transformación de Roma. Las mercaderías habían sido retiradas de las aceras; colocaban los

postigones que tapaban las fachadas de las tiendas; los pesados cerrojos encajaban sonoramente en los pasadores y los fuertes candados chasquearon en las frías cadenas de hierro. Por encima de sus cabezas, los delgados brazos de una mujer abrazaron a un gato y una jarra con flores del alféizar de la ventana, y después cerraron estrepitosamente las persianas en un cuarto en penumbra. Ahora estaba muy oscuro. No había farolas y sólo algún ínfimo rayo de luz escapaba de los atestados albergues que daban a las lóbregas calles.

Los callejones más sucios comenzaban a vaciarse. Muy pronto la ciudad entera se vería sumida en una violencia donde incluso los vigilantes que supuestamente debían custodiar los diversos distritos preferían encerrarse en cualquier taberna antes que acudir a una llamada de auxilio.

Los esclavos de Vespasiano comenzaron a mostrar su inquietud.

—Por favor, vámonos —insistió Caenis, preocupada por los dos guardaespaldas.

—Espera un momento —protestó él, enfadado—. ¿Por qué has salido conmigo?

Entonces, Caenis le respondió con toda franqueza.

—Porque me gustas. —Ya daba lo mismo un *as* que un *aureo*—. Me gustas —admitió, con el rostro impasible—, más que cualquiera que haya conocido.

Ella adivinó que aunque siguiera sin moverse de donde estaba, despechado y furioso en mitad de la calle, Vespasiano se sentía totalmente indefenso. Otras mujeres quizá se habían sentido atraídas por él, pero no habían sido tan directas. De pronto, Caenis descubrió que debajo de aquella sólida fachada se ocultaba un sentimiento genuino. Nunca sería capaz de resistirse a nadie que confesara desearle; ella ni se atrevió a pensar cuál sería su respuesta.

Aquello no era para ella.

—Supongo —añadió— que no volveré a verte nunca más.

Estaba oscuro; ella no alcanzaba a verle bien el rostro, pero escuchó claramente la risa corta y amarga.

—¿Por quién me tomas? —Ella agachó la cabeza, aunque su voz ya comenzaba a suavizarse—. ¡Muchacha, no seas tan débil! ¡Tú sabes muy bien cuándo tienes enganchado en el anzuelo a un pobre desgraciado!

—¿Por qué has salido *tú conmigo*? —le espetó ella.

—Eso ya lo sabes —afirmó él en voz muy baja.

□ □ □

Relajó su postura; echó a andar en silencio, después de indicarle con un gesto seco que le siguiera. La llevó hasta la casa de Antonia.

—¡Aquí estamos; tu palacio, señora! —proclamó burlón. Los guardaespaldas holgazaneaban discretamente detrás del templo de la Victoria. Él bajó la voz—. ¿Me darás un beso?

—No, claro que no.

Caenis se apartó, pero Vespasiano, después de mirarla por un instante, golpeó por ella la puerta principal. Era obstinado, pero nunca agresivo. El portero espió por la mirilla y después comenzó el largo proceso de abrir las cerraduras. En el minúsculo cuadrado de la luz del farolillo, Caenis vio un brillo en los ojos de Vespasiano, que le murmuró:

—Entonces, ¿vas a dejar que te bese? —Y de inmediato la imitó con una voz ridícula—: ¡No, claro que no! Bueno, no esperes que te haga arrumacos delante de otras personas. Buenas noches, muchacha. Sueña conmigo y piensa.

Caenis tragó saliva. No tenía ninguna duda de la energía con que este hombre fuerte y capaz gozaría de sus placeres, ni tampoco de su habilidad para deleitar.

—¿Pensar en qué, señor?

—¡Pensar en lo que te has perdido!

Ella le miró aunque intentó no hacerlo, y fue muy consciente de que iba a ser así.

El portero comenzaba a prestarles atención. Ella tocó por un segundo la mano de Vespasiano y después se volvió para entrar en la casa.

—Buenas noches, Caenis. —Su voz sonó más grave; una vez más ella se sintió conmovida por aquel timbre íntimo y benevolente. Volvían a ser amigos.

Ella miró hacia atrás. Vespasiano caminaba por el angosto callejón entre la casa y el templo que le llevaría de regreso al Foro o al Circo Máximo; entonces, él también se giró. Con una inesperada sonrisa, levantó un brazo en señal de despedida. Caenis le miró mientras se alejaba, con los guardaespaldas pegados a sus talones. Roma de noche era un lugar peligroso. Sin embargo, él poseía el arte de caminar sin prisa, cosa que le hacía parecer invulnerable. Los ladrones y asesinos que se acercaran a él desde sus temibles callejuelas demorarían sus emboscadas a la espera de una presa más fácil.

Así era como caminaba él por la vida: firme e imperturbable, un hombre que conocía su camino y que arribaría al final incólume.



Al día siguiente, Verónica ya sabía del paseo por los jardines del César.

—¡Te vieron, Caenis!

La gente decía que Roma era el lugar donde nada pasaba inadvertido, y Verónica se preocupaba de que cualquier chismorreo sobre las indiscreciones de quien fuese llegara a su conocimiento.

—Te aseguro —comentó Caenis con un aire amargo— que no he hecho nada...

—Me alegra saberlo —la interrumpió Verónica—. Hazles esperar. Lo disfrutan más si están ansiosos, y si *ellos* disfrutan siempre existe la pequeña probabilidad de que tú también. La próxima vez, te traerá un regalo para asegurarse.

Caenis se disponía a protestar que él ya lo había hecho, pero entonces comprendió que su capacidad para la retórica no bastaría para justificar como regalos un salchichón de Lucania y una ración de pescado en escabeche.

—No lo hará —declaró con una vocecita apenada—. He decidido no volver a verlo.

Era la triste verdad. Había analizado el problema durante toda la noche. Y había tomado la decisión más angustiada de su vida.

—Ah, sí. Es lo que hago siempre —replicó Verónica con voz lánguida—. Pero cuando se presentan con sus regalos, ¿qué puedes decirles?

□ □ □

Caenis y Verónica se habían encontrado en los baños. Ahora, Caenis iba allí todas las tardes, los únicos que estaban abiertos todo el día, exclusivamente para mujeres. Los mixtos sólo atendían a las mujeres por la mañana, un horario en el que no podía ir. Habían quedado más o menos de acuerdo con Verónica que se verían allí, un acuerdo que Verónica respetaba con sorprendente regularidad. Llegaba cargada con las chucherías que le habían regalado sus admiradores, llenando el vestuario con vaharadas de perfume barato, y ocupando demasiadas perchas con sus canastillas, pañoletas, pañuelos y chales. Daba la impresión de llevar una vida casquivana, arrastrada de aquí para allá por los encuentros casuales con sus numerosos perseguidores. De hecho, acomodar a tantos hombres en un esquema regular, donde los caminos de aquellos a quienes les molestaban los demás nunca se cruzaran, le había enseñado a Verónica desde hacía mucho tiempo a ser terriblemente organizada.

Caenis pasaba siempre los primeros quince minutos en los baños con un humor de perros. Existía el convenio de que los baños públicos cobraban a las mujeres un *as*, mientras que los hombres sólo pagaban la mitad. Caenis no entendía por qué. En su opinión, las mujeres eran más limpias. Eran los hombres los que utilizaban los patios de los gimnasios y las piscinas de natación más a menudo; los que se quedaban más tiempo discutiendo pleitos con sus amigos; los que sin la menor vergüenza se propasaban con las sirvientas; los que, además, afirmaban haberse olvidado el dinero en casa e intentaban largarse sin pagar. Pagar el doble siempre la enfurecía. Verónica prefería llegar después de que Caenis se dirigiera a la sala de aire caliente con sus sandalias de suela de cáñamo y estuviera allí el tiempo suficiente para que el calor disipara su malhumor.

Tampoco tenían nada en común como compañeras de baño. Caenis quería algo a cambio de su dinero. Recorría todas las salas, desde el baño turco a la piscina de agua helada, con la firme decisión de exprimir al máximo hasta la última gota de sensación y estímulo; incluso, si tenía tiempo, jugaba con una pelota o nadaba, cosas que pocas mujeres, excepto las que exhibían un atletismo siniestro, se preocupaban de hacer. Verónica había venido a charlar. Desde luego no podía nadar porque se había teñido el pelo de rubio y el tinte desaparecería. De hecho, ni siquiera sabía flotar; confiaba en aquella innegable verdad de que si las mujeres con cara de niña buena caen en aguas profundas siempre hay a mano hombres dispuestos a rescatarlas. Caenis, que carecía de esta ventaja, había aprendido a nadar hacía mucho.

Verónica no estaba mal con el pelo rubio. Tampoco estaba mal con brillantes rizos negros, torres rojizas de trenzas celtas, o suaves ondas castañas. Si alguna vez llegaba a vieja (aunque no parecía probable que viviese tanto), Verónica estaría preciosa en cuanto se decidiera por un recatado rodete plateado. Entre todos los colores, el actual tinte amarillo quizá fuera el más adecuado para la delicadeza de su rostro.

Su lenguaje nunca había sido delicado.

—¡Caenis, no te comportes como una vaca estúpida!

Como Caenis le había dicho a Antonia, su vieja amiga tenía buen corazón.

—¡Por Juno! Veo unas manchas terribles en tu espalda, Verónica.

Por lo menos, un intento.

—¡Oh, mierda! Por favor, cariño, hazme una friega, pero no intentes cambiar de tema. Dije...

—Ya oí lo que dijiste.

—Sí, pero ¿me has *escuchado*? —berreó Verónica.

Se conocían desde los diez años y como ninguna de las dos estaba en situación de contar con los servicios de una esclava llevaban frotándose la espalda la una a la otra desde aquel entonces. Caenis ayudó a Verónica a borrar el sarpullido del hombro; Verónica, con la misma técnica brutal, ayudó a Caenis a librarse de hombres poco

convenientes. La mayoría de los hombres que habían abordado a Caenis eran casos perdidos; las muchachas decididas y de genio fuerte se sienten curiosamente atraídas por los tipos inadecuados. Ella ni siquiera le había contado lo peor a Verónica. Tampoco Verónica, que en algunos aspectos tenía el corazón tierno, nunca le había mencionado que había varios hombres muy decentes que profesaban a Caenis un amor secreto; Verónica creía que aceptar el amor era un error fatal.

—Cariño, ese tipo es completamente insignificante. Me ha costado medio día averiguar su nombre. —A Caenis le había costado tres semanas de duros esfuerzos conseguir arrancar del ujier Marítimo unas migajas de información—. Es hora de que consigas alguien útil, chica. ¿Por qué siempre espantas a los buenos? ¡Ni siquiera intentas arreglarte!

—¡Sí que lo hago! ¡Sí que lo hago! —se rebeló Caenis—. Me digo a mí misma que un pendiente de perlas indio, o varios, es lo que necesito, pero entonces miro a los tipos a los que les pueden atraer, y desisto. No se trata sólo de pensar en que te pueden tocar las partes con sus dedos rechonchos; es que la mayoría son tan *poca cosa*, Verónica...

—Apártate de los hombres con talento —dijo Verónica con una voz que sonó como un ladrido—. Si él cae, tú puedes seguirle. Y si asciende, te dejará caer. ¡Ay!

—Perdona. Pásame tu frasco de aceite. ¡Puaj!

—Depositado como una ofrenda en el altar del amor —murmuró Verónica.

—Es repugnante.

—Es muy caro.

—No me extraña. Usaré el mío.

Mientras su amiga la atendía, Verónica cogió el frasco y lo olió con desconfianza; tenía gusto para las cosas materiales, pero algunas veces Caenis conseguía hacer vacilar su confianza.

—La botella es bonita —la consoló Caenis, bondadosa. Era una botella de cristal rosado de Siria, con relieves en espiral y tan delicada que parecía poder romperse con el calor de la mano que la sostuviera para admirar su transparencia. No era excusa para que el aceite contenido en este fino producto sirio oliera como si lo hubiesen destilado de las glándulas reproductoras de un camello.

Verónica le preguntó mientras movía los hombros para relajarlos:

—Bueno, a falta de algún viejo millonario que despierte tu fantasía, ¿por qué rechazas a tu amigo Sabino? —Empleó el término «Sabino» como un insulto.

Caenis sabía la respuesta; se había pasado toda la noche pensando en ella.

—Porque mi amigo Sabino tiene inteligencia y buen humor: dos cualidades que me gustan demasiado.

Verónica reconoció la gravedad de la situación.

—¡Estás preñada!

—No puedo permitírmelo.

—No, no puedes. Eso significa perderlo todo. Pero si no aceptas al pobre y no quieres encontrar al rico, más te vale trabajar como una burra, y después rezar para que tu noble dama lo aprecie. Quizás algún día Antonia te dé la libertad, Caenis, pero tendrás una pobre pensión, y a este paso, ni siquiera unos gratos recuerdos.

Se dio la vuelta, recogió la botella de aceite, y antes de derramarlo en la espalda inmaculada de su amiga, le dio un beso en la coronilla: era una muchacha expansiva. Otra cosa en la que no tenían nada en común.

—Ahora, en el momento en que aparezca con su regalo, quiero saber qué es.

□ □ □

Vespasiano no se presentó con su regalo; ni siquiera se presentó. A medida que Caenis comprendía gradualmente que el insultante cabrón había llegado a la misma decisión que ella, comenzó a evitar a Verónica yéndose a nadar. Verónica casi nunca dejaba que le dieran esquinazo.

Al final, se presentó en la piscina, golpeó el borde de mármol con las sandalias de cañamo de una manera que advertía que no pensaba marcharse, y después esperó a que Caenis se acercara a ella a regañadientes. Caenis permaneció en el agua, flotando de espaldas. Verónica estiró un delicado tobillo y rozó el agua con uno de sus hermosos dedos del pie. Por un momento, se miraron la una a la otra debajo de la cúpula que devolvía los ecos de las voces femeninas que charlaban y el ruido de las jofainas de agua que se vaciaban en las salas de baño del fondo.

—Tu amigo se ha largado a Reate —gritó Verónica, que fue directamente al grano—. ¡Se ha ido a casa con su mamá!

Reate, famosa en toda Italia como productora de los mejores caracoles blancos, era el hogar de la familia Flaviana. El abuelo de Vespasiano se había afincado allí, y él mismo había nacido en la vecina Falacrina. Reate era donde vivía su madre, donde él y su hermano tenían sus casas de verano. A unas veinticinco leguas al este de Roma, nadie viajaba tan lejos y a una zona tan rural a menos que tuviese la intención de quedarse.

Por lo general Verónica intentaba ser amable porque creía que Caenis nunca había disfrutado mucho de la vida.

—Algunos no conocen las reglas. Cuando les dices que no, creen que lo dices en serio.

Caenis flotó alejándose del borde y después volvió remando suavemente con las manos.

—Yo sí.

—¡Querida, ya tienes la respuesta!

Antes de sumergirse de espaldas como un ansioso delfín acróbata, Caenis añadió con desconsolada amargura:

—Es culpa mía. Cuando prometió que volvería a verme, olvidé la prerrogativa del ciudadano libre: ¡no molestarse nunca en decirle la verdad a la fea esclava de otro!

Entonces Verónica le contestó las dos cosas que una muchacha necesita que le diga su amiga.

—¡Tú no eres fea, eres adorable, y tu amigo Sabino es un idiota!

□ □ □

Irse a casa con su madre no era la fuga ideal. Su madre tenía planes para él.

Flavio Vespasiano había sido criado en una familia donde las mujeres tenían voz. Los hombres se ocupaban de sus negocios de una forma perfectamente capaz, pero debían su posición en la sociedad a las mujeres con quienes se habían casado, y esas mujeres se negaban a ser un número. Por ejemplo, aunque su hermano llevaba el mismo nombre que el padre, Vespasiano llevaba el nombre de la madre. Vespasia Pola no era la única en recibir esta muestra de respeto, aunque a muchas otras mujeres se les negaba.

El abuelo de Vespasiano se había casado con una mujer rica; después, su padre buscó la posición social a través del matrimonio. Mientras su padre estaba lejos, labrándose una fortuna como banquero en Helvecia, Vespasiano había sido criado por su abuela Tertulia en su gran finca de Cosa, en la costa noroeste de Italia. En la actualidad, con la familia establecida más cerca de Roma, su madre había asumido la influencia que su abuela había ejercido durante su feliz infancia en Etruria.

A su hermano no le iba nada mal, le recordó su madre. Sabino, que había ostentado el cargo de edil el año que cayó Sejano, había progresado sin muchas dificultades y había sido elegido magistrado dos años más tarde. Cuando cumpliera los cuarenta, Sabino podría aspirar a un consulado. Mientras tanto, Vespasiano ya había cumplido los veinticinco, la edad que le permitía ser elegido senador, aunque hasta el momento no había hecho nada al respecto. Como hijo segundo, tenía un comportamiento más relajado que su hermano. No quería seguir a Sabino en la carrera pública, pero tampoco tenía una idea clara de lo que quería ser. Su madre estaba dispuesta a poner remedio a su indecisión.

Ella llevaba las de ganar. No había podido conseguir que se presentara a las elecciones para el Senado cuando debía haberlo hecho, pero poco después Vespasiano aceptó regresar a Roma. Se convenció a Lucio Vitelio para que le presentara en los círculos más altos. Esto le introdujo en un grupo cerrado de cuatro familias notables: los Vitelio, los Petronio, los Plauto y los Pomponio, que estaban unidos desde mucho tiempo atrás por vínculos de matrimonio y por los intereses comunes, y quienes eran cada vez más importantes en el gobierno. Después de la caída de Sejano, su influencia había aumentado. Sus miembros recibieron múltiples consulados, y en general, existía la opinión de que, al menos en parte, debían sus éxitos a Antonia.

Sólo la imbecilidad hubiera permitido que un joven que tenía acceso a este

poderoso grupo perdiera su oportunidad. A menos que escogiera largarse para ser músico ambulante, barbudo y con las sandalias zarrapastrosas, Vespasiano tenía que acabar frecuentando la Casa de Livia.

—¡Podría impedirle la entrada a ese advenedizo! —ofreció Tirano.

Tirano era el esclavo que filtraba a los visitantes de Antonia. Era un cargo que ella casi había inventado, porque en la mayoría de las casas romanas era tradicional el libre acceso a las personas que deseaban presentar sus respetos o hacer peticiones a los dueños; pero la mayoría de las casas no tenían una mujer a la cabeza. La modestia ponía coto al libre acceso a la Casa de Livia.

—No hay ninguna razón para impedirle la entrada. —Caenis se sintió avergonzada al descubrir que todos sabían que Vespasiano había intentado relacionarse con ella, y que no lo había conseguido.

—Estoy de tu parte, Caenis.

—Te lo agradezco. No es necesario castigarle.

—Está bien, ¡si le partes la nariz!

Cosa poco probable, pensó Caenis, mientras se preparaba para mantenerse tranquila durante las visitas de Vespasiano. Se negó a esconderse. Él tampoco demostró ninguna intención de aparentar que eran extraños. Lo que tuvo como consecuencia una situación pública en la que ambos podían tratar el uno con el otro con una severa formalidad. Se cruzaban en los pasillos como por casualidad (aunque ocurría con bastante frecuencia). Se trataban con una exagerada cortesía y se preguntaban protocolariamente por su salud. Incluso se quedaban en el atrio discutiendo del tiempo como si nunca hubiese existido aquella tremenda atracción entre ambos.

Sin embargo, el recuerdo de su extraña amistad no murió del todo. A Caenis le gustaba que Vespasiano viera cómo hombres importantes la trataban con respeto y buscaban su consejo acerca de cómo abordar a Antonia. Y Vespasiano, a su vez, se cruzaba de brazos y le guiñaba un ojo alegremente.

En cuanto él cumplió los veintiséis, por fin la madre se salió con la suya. Fue elegido para el Senado, y asumió el título de cuestor, un funcionario de Hacienda de rango menor. A continuación, lo destinaron a Creta.



—Hola, Caenis.

Se trataba de su amigo Sabino.

Lo extraño era que, incluso después de tanto tiempo, ella no se sintió más sorprendida cuando él volvió a aparecer dispuesto a verla que cuando se marchó por primera vez.

Era noviembre. Arrebujada en la capa porque en el palacio hacía un frío terrible, Caenis se obligó a seguir escribiendo hasta llegar al próximo punto y aparte. Incluso entonces sólo levantó la mirada, la imagen de una secretaria demasiado ocupada como para tolerar interrupciones.

—¡Senador! —Se quedó pasmada. Aquí estaba Vespasiano, a todas luces muy incómodo con la vestimenta formal que cubría su robusta figura: una luminosa toga de algodón blanco con las anchas fajas púrpura.

No sabía que lo habían elegido para el Senado. Antonia le enviaba cada día a copiar las noticias de la *Gaceta Diaria* que colgaban para el público en el Foro. Caenis había recitado la última lista de nombramientos para cuestor mientras Antonia, al darse cuenta de que el joven noble de Reate ya no era un tema de discusión, pasó por alto el nombre con tacto.

—Ridículo, ¿verdad? —Vespasiano sonrió.

—¿Es que tu clan electoral iba escaso de candidatos? —se burló Caenis con un leve tono ofensivo. Los senadores electos tenían derecho a sentarse en unos bancos especiales y a escuchar los debates para ganar experiencia; la mayoría de los provincianos creían que este derecho era algo que un hombre prudente debía ejercer al máximo. Era casi mediodía; probablemente, Vespasiano venía de la Curia. Destinado a Creta, sólo podía haber venido a despedirse.

El joven no se movió del umbral. Esta vez no formuló comentario alguno sobre la decoración, aunque era obvio que el viejo revestimiento había sido renovado y que la pintura de los frisos y de los frescos todavía olía a humedad (Caenis había conseguido convencer al prefecto de obras).

—Vas a echarme —murmuró Vespasiano, apenado.

—Tendría que hacerlo —replicó ella con una franqueza comedida—. Me lo debo a mí misma.

—Desde luego que sí. —Por fin, ella levantó la cabeza. Vespasiano añadió con

calma—: Por favor, no.

—Naturalmente, señor —le increpó Caenis—. ¡Me humillo como un embajador oriental, postrada de cara al suelo, a tus pies!

Ella no se movió de la mesa. Vespasiano cruzó en silencio la habitación, aceptando el sarcasmo, y luego se recogió la toga en desordenados pliegues sobre las rodillas mientras se sentaba en un taburete bajo delante de ella. La observó con aquellos francos ojos castaños; ella le miró con la cabeza ladeada. Recordaba el entrecejo fruncido; la energía de la mirada; la calma física; la peligrosa sensación de que este hombre le ofrecía su confianza y que quizás ella, sin darse cuenta, se encontraría compartiéndola.

—¿Qué puedo hacer por ti, senador? —inquirió. Una vez más le honró con su nuevo título, con una voz más apagada de lo que requería la pregunta.

Vespasiano apoyó un codo en la mesa. Las patas renqueantes las había arreglado un carpintero que después había pulido toda la mesa con cera de abejas. Caenis cruzó las manos en el lustroso borde más apartado.

Él no hacía el menor intento por explicarse. Primero había decidido no volver a verla; de acuerdo, ella tampoco quería verle. Y ahora él había decidido regresar: *¡bien!*

—Estoy tratando de conseguir algunos apuntes de un sistema de taquigrafía decente. Los que hay en las bibliotecas no te los puedes llevar. —Este cuento por lo menos era nuevo. La risa brillaba en su rostro mientras Caenis hacía lo posible para no desternillarse—. Si cuando me vaya me toca ir a remolque de uno de esos gobernadores que tienen opinión para todo y que no se fiará de mí para hacer nada, al menos podré aprender a tomar notas correctamente.

Su año como cuestor significaba tener que viajar a una de las provincias para ser el encargado de Hacienda y delegado del gobernador. A menos que hubiesen trabajado juntos antes y que hubiesen hecho amistad, era muy frecuente que los gobernadores y sus cuestores se odiasen recíprocamente. En cualquier caso, ella suponía que Vespasiano resultaría un subordinado quisquilloso.

Caenis rebuscó en el cesto cónico que usaba para llevar de aquí para allá todo el equipo, y sacó las manoseadas hojas de referencia. Le habían enseñado taquigrafía y varios tipos de claves hacía mucho tiempo.

—Esta es una lista de símbolos que una vez hice para mi uso personal. Si puedes entender mis garabatos llévatelos, por favor.

En las ocasiones que tomaba notas para ella escribía tan rápidamente que su caligrafía podía resultar excéntrica, pero él le echó una ojeada y asintió. «Gracias». Era como ella: le ponían un documento en las manos y al instante lo devoraba. Mientras seguía leyendo, Caenis se forzó a comentar:

—He visto que el Senado ha publicado los destinos para el próximo año.

—Me han tocado Cirenaica y Creta.

—Creta es un lugar agradable. ¿Cuándo te marchas?

—Mañana. —Inmediatamente él la miró—. Navegar cuando los mares están cerrados es, por tradición, la primera prueba del trabajo. Lo lamento. Tendría que haber venido antes. ¡Soy un estúpido! —añadió conciso.

Caenis no respondió.

El incómodo taburete acabó por hartarle. Se puso de pie y se desperezó, aunque todavía no estaba dispuesto a marcharse. Comenzó a pasearse por la habitación.

—Veo que has hecho limpieza.

—¿Cómo sabes que he sido yo? —preguntó ella. Vespasiano rió por lo bajo. Caenis se sonrojó.

—Verás, le di un toque al prefecto de obras.

Él estaba contemplando el nuevo fresco. Los pintores habían querido representar una escena de gladiadores; siempre pintaban lo mismo. Sin embargo, Caenis había insistido en un tranquilo paisaje de jardines, como el que había en la Casa de Livia: destartaladas espalderas, cubiertas de plantas trepadoras, a cuya sombra garzas de tres patas picoteaban la fruta de las urnas funerarias entre arreglos florales bastante insólitos.

—¿En qué consistió *el toque*? —replicó él tajante mientras la miraba por encima del hombro con un desdén que la sorprendió.

—Ah, ¡lo habitual! —Si la pillaban desprevenida Caenis podía ser una bromista beligerante. Bajó por un segundo la mirada, y después le miró otra vez a través de las pestañas. Verónica atribuía a este gesto una tremenda sexualidad; a Caenis se le metió una pestaña en un ojo—. Sólo me interesé por su trabajo.

Vespasiano la miró incrédulo.

Para tranquilizarlo, mientras intentaba con disimulo librarse de la pestaña, le comentó que seguramente Antonia no mantendría esta oficina en el caso de que Tiberio muriera o regresara a Roma. Hacía años que se había marchado a Capri. Allí era dueño de una docena de villas, además de varias grutas y cuevas que le servían de escenario para representar sus fantasías orgiásticas. Eso era lo que se decía, y probablemente algunas de aquellas terribles historias eran ciertas.

Algunas veces, el emperador viajaba a tierra firme y evitaba Roma como un cangrejo desconfiado, aunque avisaba al Senado de sus intenciones de visitarlo para después huir de regreso a su escondite con el pánico de un hombre al que persiguen los demonios. Los astrólogos habían llegado a la conclusión de que su marcha de Roma había sido en un momento de tan malos auspicios que regresar podría ser fatal. Caenis se mofó de la idea, pero Vespasiano cruzó los brazos sobre su elegante toga nueva y afirmó:

—No, si realmente cree en la profecía.

—Eso te lo acepto —asintió Caenis—. Es más que probable que se muera al oír una rata en el hipocausto, o si una araña le camina por el pie. Antonia cree que fue lo que le ocurrió a su hijo en Siria.

—¿A Germánico? Creía que le habían envenenado.

—Así es, pero quizá se hubiera salvado de los efectos del veneno si los curanderos no le hubiesen llenado la casa con fósiles, monstruos peludos y niños muertos debajo del suelo hasta que el pobre se murió de miedo. —Ella se mostraba filosófica respecto a Tiberio—. Mientras haya voluntarios dispuestos a satisfacer las perversiones del emperador, que se quede en su isla.

—¿Es todo verdad? —Con los ojos brillantes, Vespasiano demostraba la descarada curiosidad del hombre respetable ante los depravados hábitos sexuales del emperador.

—Peor.

Intranquilo, el senador vio cómo los terribles recuerdos empañaban el rostro de Caenis.

Ella se armó de valor. Nunca había manifestado su opinión respecto a Tiberio; no era prudente hacerlo. Sin embargo, ella tenía una confianza ciega en Vespasiano. Con él se podía hablar.

—Yo era una niña cuando él vivía aquí, pero fueron unos años muy oscuros. Todos vivían atemorizados. Él estaba muy ocupado convenciendo a la aristocracia de que cometiera obscenidades, pero ningún esclavo le llevaba una copa de vino ni era enviado a atarle las sandalias sin correr el riesgo de ser desnudado y sometido a cualquier indecencia: por él mismo, o por los hombres y mujeres que le rodeaban. Nada podía salvarte si atraías su atención. La infancia no bastaba para protegerte. La violación era un acto de bondad comparado con las alternativas.

En el aula, ella había estado relativamente segura. Aun así, durante la adolescencia siempre había llevado su estilete para poder apuñalarse en el caso de que se viera asaltada, y quizá llevarse por delante a alguno de los sodomitas del emperador. Una de sus amigas murió asfixiada durante una tremenda orgía en la sala subterránea que el emperador utilizaba como escenario de sus diversiones. Caenis no estaba dispuesta a recordar los detalles.

Vespasiano se acercó lentamente hacia donde ella se sentaba. Había reemplazado la curiosidad maliciosa por el desagrado propio de la clase media. Su rostro mostraba una expresión neutral, aunque Caenis presentía la furia interior que le dominaba.

—Tú no, espero.

—No —le tranquilizó ella con el rostro sombrío y sin ninguna emoción en la voz. El simple hecho de hablar con él disipó los malos recuerdos—. Yo no.

Caenis vio las contracciones de un pequeño músculo en su mejilla.

Vespasiano volvió a sentarse. Cambiaron de tema.

Hablaron de Creta. Discutieron las dificultades de administrar una provincia que estaba dividida entre una isla mediterránea y una faja del norte de África; la principal ventaja para el cuestor era que siempre podía enviar a su gobernador a recorrer la otra mitad del territorio mientras él se lo pasaba lo mejor posible.

Hablaron de la madre de Vespasiano.

—Debe estar muy contenta contigo, ¿verdad?

—¡Es lo que me temo!

Se habían hecho cómplices. Charlaban como dos marginados de la sociedad. Hablaron por los meses que se habían perdido y los que se iban a perder durante el período de servicio de Vespasiano; con libertad y sencillez compartieron crudezas y risas, descubrimientos y sorpresas; hasta la hora de la comida, durante la comida, y hasta la tarde. Hablaron hasta agotarse.

Entonces siguieron sentados, dos compañeros con las barbillas apoyadas en las manos.

No había ruidos de otros ocupantes. Era tal el silencio, que oían el crujido de las paredes al contraerse por el frío invernal y el canto de un pájaro (quizás un tordo) en el lejano parque desierto.

—Oh, dioses, Caenis; esto no es bueno. —Él extendió los brazos por encima de la mesa, alargó una mano hacia ella—. *¡Ven aquí!*

—*¡No!* —exclamó Caenis, que se apartó instintivamente.

Se miraron a los ojos. Él apartó la mano. Exhaló un suspiro; ella también.

—De acuerdo. Lo siento.

—¡Te marchas! —gritó ella.

Volvieron a permanecer sentados en silencio, pero este encuentro les había acercado tanto que Caenis, incapaz de contenerse más, le confesó con desesperada claridad:

—Tengo miedo de lo que siento.

No tendría que haberlo dicho nunca. Vio la expresión de su cara. Los hombres detestaban cualquier admisión sentimental. A los hombres les aterrorizaba la verdad. A éste no.

—A mí también —reconoció—. Pero no parece que ganemos nada al ignorarlo. —Con un tono controlado y mientras jugaba con las barras de lacre, añadió—: ¿Todavía quieres que me vaya y te deje en paz?

—Debería —respondió Caenis con mucho cuidado mientras descubría que ella también estaba mirando el borde de la mesa—. Sabes que no.

La gratitud del joven era inconfundible aunque intentaba disimularla. Volvieron a mirarse. No había sucedido nada, pero todo había cambiado. Ambos esbozaron una sonrisa mientras compartían el mismo sentimiento de indefensión.

Flavio Vespasiano era la clase de hombre del que nadie hubiese esperado este tipo

de conversación. A Caenis le parecía demasiado maduro, demasiado jovial, demasiado cínico como para sentirse impresionado por los conflictos internos o la incertidumbre. Sin embargo, también era muy especial.

—¡Humm! Me marcho —asintió él con un murmullo triste—. *¡Qué pena!*

Después de otra pausa, echó la cabeza hacia atrás, sin desviar la mirada ni por un momento.

—¡Ay, muchacha, tengo que dejarte!

—Tienes que irte. Tengo que hacer mi trabajo.

—No quiero irme. —Sin embargo, ya estaba de pie. Se convencieron el uno al otro de que era lo más sensato; siempre lo harían.

Caenis tenía que terminar de corregir el trabajo de las copistas. Dejó su silla y se acercó cortésmente para acompañar a su visitante hasta la puerta. Era la primera vez que se sentía tranquila tan cerca de él. Antes de levantar el pestillo se volvió hacia ella y le sonrió mientras le advertía:

—¡Me marcho pero volveré!

Caenis esperaba que él hiciera algún movimiento más decidido, pero se sorprendió cuando él tomó sus manos entre las suyas con mucho cuidado y continuó mirándola; la obligó a mirarle manteniéndola cerca. Cualquier otro hombre que la hubiese mirado con la misma intensidad habría hecho alguna declaración. Pero no Vespasiano. Era ilegal e imposible; Caenis aceptaba que él nunca lo hiciese.

Sin embargo, un segundo antes de soltarla, se inclinó y la besó, con mucha suavidad, en la mejilla. No era el beso de un amante. Tampoco era una declaración social en regla, algo que una esclava pudiese esperar recibir de un joven con rango de senador. Así era como él debía saludar a su madre y a su abuela, como un hombre de su clase saludaría a una hija, a una hermana, o a una esposa: era un gesto, entre iguales, de afecto sincero y de respeto.



SEGUNDA PARTE



ANTONIA CAENIS

Cuando los césares eran Tiberio y Calígula

Un día ventoso de julio. Un senador, que todavía no había cumplido los treinta, bronceado después del servicio en provincias pero que iba envuelto en una larga capa marrón con capucha de lanilla, para protegerse de las fuertes ráfagas, entró en el palacio imperial. Dejó a su magra escolta de esclavos en la entrada y luego continuó solo. Acortó el paso, más por los recuerdos del lugar que por desconocimiento del camino.

Tiberio continuaba viviendo en Capri. No obstante, existía una oficina de correspondencia oficial donde el joven senador cumplió con algunos trámites de rutina relacionados con el informe final de su servicio. El secretario encargado, un liberto griego llamado Glauco, trató con él con cierto fastidio: encontraba los informes financieros de los cuestores pobres en detalles, escritos con descuido, y faltos de estilo.

—Se ha retrasado mucho en la fecha de entrega.

—Lo siento. El reemplazo destinado a Creta fue demorado por el viento y el mal tiempo. Tuve que esperarlo allí. No podía hacer gran cosa más. —Su voz suave resultaba aún más inquietante que la insolencia habitual.

Con gesto agrio, el secretario echó una ojeada al informe. Para las normas de estilo de este despacho el informe sólo sería un borrador; Glauco lo reescribiría hasta la última coma antes de que fuera copiado para el emperador y archivado. La mayoría de los jóvenes aburridos con quienes se veía obligado a trabajar nunca soñarían en defraudar su sempiterna sensación de ultraje escribiendo nada remotamente adecuado. Todos eran muy competitivos pero no tenían la menor idea de lo que era un trabajo duro y disciplinado. Éste parecía haber entendido la cuestión, cosa que enfureció todavía más a Glauco. Le formuló la pregunta clave: ¿dónde estaba el desglose de los gastos de recepción a los visitantes distinguidos?

—En un apéndice, al final.

En muy contadas ocasiones Glauco se veía forzado a soportar la desfachatez de un mozalbete que pareciera destinado a llegar muy lejos.

□ □ □

En cuanto Glauco le dejó marchar, el ex cuestor se adentró en las dependencias del palacio. En su trayecto por los mal barridos pasillos, pasó por delante de grandes

salas de recepción convertidas desde hacía tiempo en almacenes. Se tomó su tiempo para orientarse, pero no tardó en encontrarse en terreno conocido. Encontró la puerta que recordaba. Llamó suavemente: escuchó; en su rostro apareció una expresión de deleite anticipado; entró.

Caenis no estaba allí.

□ □ □

Todo había sufrido un sutil cambio. Había esperado mejoras (consecuencia de sus «toques»), pero así y todo se sintió sorprendido. La luz era amortiguada por la niebla del humo de dos braseros; al menos, su oficina estaba caliente. En el lado opuesto a la puerta había ahora una elegante mesa con patas de mármol, vacía salvo por un candelabro de bronce que tenía la forma de una esbelta ninfa con una expresión de sorpresa.

Había dos mesas a un lado de la habitación; cada una estaba ocupada por una joven escriba. Su preparación debía ser excelente y era obvio que la supervisora las tenía a rienda corta incluso cuando no estaba. Las muchachas eran corteses, atentas, bien dispuestas y sabían expresarse correctamente. Le preguntaron su nombre, aunque él no se lo dijo; entonces ellas repitieron la pregunta, y él insistió en hacerse el sordo. Caenis se pondría furiosa con ellas por dejarle que se saliera con la suya.

Acababa de marcharse hacía unos segundos. Las muchachas, que se llamaban Phania y Melpomene, creían que pasaría por la biblioteca de Octavia camino de su casa para comer con Antonia; después, la siesta, por supuesto (por supuesto, *¡faltaría más!*), y a continuación probablemente a los baños para encontrarse con su amiga. Phania y Melpomene le contaron todo esto, sin reírse, aunque se daban cuenta de que éste debía ser el hombre que le había escrito a Caenis desde Creta. Dispuestas a descubrir sus secretos, se ofrecieron a llevarle un mensaje; le propusieron que dejara una nota. Él les dio las gracias, pero declinó ambas ofertas. Seguía con el entrecejo fruncido cuando recogió a la escolta y se marchó.

□ □ □

Roma tenía lugares tranquilos.

Abandonó el tumulto y los empujones de la calle y entró en uno de los polvorientos parques que estaban abiertos al público, donde los gritos de los vendedores ambulantes se convirtieron en un lejano rumor de fondo como si hubieran corrido una gigantesca cortina en la entrada del parque. Incluso en Roma un hombre podía pararse a pensar. Después, se abrió paso por la Vía Triunfal, la misma que en una ocasión había recorrido con Caenis pegada a sus talones para ir al teatro de Balbo, y llegó a los grandes espacios abiertos del noveno distrito, donde nadie podía vivir excepto los cuidadores de los edificios públicos y los sacerdotes de los templos y monumentos. Mucha gente venía por aquí, pero una vez superado el elegante teatro

de Marcelo surgía otra zona donde disminuía el ruido y el ritmo de la vida cotidiana se demoraba agradablemente. El Campo de Marte era el lugar donde, siguiendo la tradición, las legiones que regresaban descansaban y pulían sus trofeos antes de hacer su entrada triunfal en Roma. Los príncipes del Imperio y sus jefes habían establecido aquí sus edificios conmemorativos: el teatro de Pompeyo, los baños de Agripina, el Panteón y el mausoleo de Augusto.

Aquí también, en un tranquilo rincón de la ciudad entre la curva del río y las dos alturas dominantes del Capitolio, se levantaba otro grupo de recintos monumentales: los pórticos. Frescas columnas de mármol rodeaban las plazas que albergaban templos y arboledas, con las paredes interiores adornadas de magníficos frescos y los silenciosos claustros llenos con el botín obtenido en Egipto, Asia Menor y Grecia a lo largo de doscientos años. El primero, a la derecha, era el pórtico de Octavia, que mandó construir Augusto en honor de su hermana; en el espacio señalado por las columnas corintias estaba depositada la mitad de la producción de los talleres de los escultores Praxiteles y Dionisio, además de algunas de las más finas antigüedades que un coleccionista civilizado hubiese podido robar, incluidas una Venus y un Cupido de Praxiteles. También albergaba los templos de Júpiter y de Juno, y varias escuelas. Este pórtico presumía además de tener una biblioteca pública soberbiamente dotada.

El buscador descansó, con los pies en la hierba cubierta de escarcha, y el rostro vuelto hacia un cielo cremoso como el papiro por la débil amenaza de lluvia. Contempló distraído el grupo escultórico de Lysippo que representaba a Alejandro y a sus generales conferenciando antes de la batalla de Granico. Después, una vez más, dejó a sus esclavos en el exterior, algunos sentados en cuclillas y otros al reparo del viento junto a las colosales columnas, entretenidos en ver pasar a la gente.

La sala de lectura era inmensa; miles de manuscritos enrollados cubrían las paredes como palomas en un palomar, vigilados por los severos bustos de historiadores y poetas muertos. Vio una zona acordonada donde estaban reorganizando el material. Era más que posible que Caenis estuviese involucrada en esos trabajos; era la clase de muchacha a la que cualquiera le pediría ayuda. Se inventó una excusa para rondar por la sala, y buscó la ayuda del encargado de mapas.

—¿Granico, señor? ¿Eso está más o menos cerca del Bósforo? No, aquí está; da al mar de Mármara.

—Gracias. Qué tonto soy. Como si no lo hubiese aprendido en la escuela de las campañas de Alejandro.

Una silueta conocida en un mapa le llamó la atención. Caenis había dicho que la isla era un ganso raquíutico cocido en una cazuela de pescado.

—¿Algún lector interesado en Creta?

—Lo acaban de devolver, señor. —El encargado parecía avergonzado—. Por lo general, no acostumbramos a prestar los mapas.

—No pudieron decir que no, ¿eh? —El encargado simuló no entenderle—. ¿Qué están haciendo allí?

—Estamos reorganizando todo el catálogo principal, señor; menuda tarea. Una dama que nos está ayudando nos recordó los doscientos mil volúmenes que Marco Antonio se llevó de la biblioteca de Pérgamo. ¡Algún pobre desgraciado tendría que haberlos catalogado! Ella comentó si nos dábamos cuenta de que Cleopatra quizá sólo era una muchacha a la que le gustaba sentarse bien cómoda con un buen libro... —El hombre se interrumpió ahogado por la risa.

Después de una pausa reflexiva, el senador también sonrió, y la sonrisa transfiguró su rostro.

—¡Parece muy propio de Caenis! —En su imaginación escuchó la voz vivaz e irónica de la muchacha mientras hacía el comentario burlón—. ¿Está por aquí?

—Ahora no.

—Ah.

Otra pausa.

Dieciocho meses en el extranjero no eran nada para un hombre que ya había vivido lejos de su casa, cumpliendo el servicio militar a una edad mucho menor y mucho más impresionable. ¿Quién podía decir lo que en dieciocho meses podía conseguir una esclava ambiciosa?

Había esperado que Caenis prosperara. Sin embargo, ahora parecía que hubiera una extraña discrepancia. La había cualificado como una trabajadora. Pero en cambio parecía delegar sus deberes en los demás, mientras se limitaba a ir de un lugar a otro sin necesidad de coger la pluma: para ser una esclava, estaba corriendo unos riesgos exagerados.

—Ahora que hablamos de Caenis; tengo algo de ella que me prestó.

—Podría darse una vuelta por la casa de Antonia, y verla allí, señor. ¡Quizá le inviten a comer!

Hubo una pausa mucho más larga. ¿La casa de Antonia? ¿Darse una vuelta? ¿Comer?

Había ocasiones en que los ciudadanos mayores se encontraban tan incapacitados para atender sus propios asuntos que los esclavos faltos de escrúpulos se hacían con sus propiedades y gobernaban como monarcas en sus casas, mientras los amos seniles acababan encerrados en cuartuchos donde se morían de hambre. Pero Antonia tenía una familia para proteger sus intereses. Su hijo Claudio, aunque apartado de la vida pública, era escritor y anticuario, perfectamente capacitado para administrarlo todo si llegaba el caso de que su madre no pudiera hacerlo. ¿Caenis llevaba las riendas? Caenis no sería capaz de abusar de una anciana.

—¡Gracias! —se conformó con decir el senador con voz severa. Se fue a su casa. Comió solo.

Había doscientas casas de baños públicos en Roma. Por fortuna, Phania y Melpomene habían mencionado la que frecuentaba Caenis.

Bajaba por Clivus Tuscus desde el principal foro romano, seguido por su escolta aburrida como una ostra, cuando Cornelio Capito salió de una librería de la esquina, le saludó y se unió a la comitiva. Pero en aquel momento los baños estaban a la vista, así que se detuvo a conversar como estaba mandado hacer. Un destacamento de guardias apareció marcando el paso por el centro de la calle, sin inmutarse si pisoteaban a cualquiera que se interpusiera en su camino; mientras el gentío se apretujaba en las cunetas, Vespasiano y Capito se situaron debajo de la marquesina de una taberna. Vespasiano se acercó al mostrador donde se amontonaban las jarras de vinos tintos y blancos, y pidió dos jarras de vino caliente para él y su amigo; después le tiró una moneda al capitán de sus esclavos y éstos también se tomaron una ronda, mientras le miraban de reojo, incapaces de creer en su suerte. Los esclavos de Vespasiano sabían ahora que él tenía una mujer en mente. Todavía no estaban seguros de si se trataba de alguna en particular.

Capito charló alegremente sobre demandas de libelo, conductores de cuadrigas, de negocios, de elecciones, de su suegra, de sus deudas de juego y de los nuevos ungüentos galos de su peluquero. Sus interlocutores casi nunca necesitaban contestarle; sencillamente necesitaba de alguien que estuviese allí para evitarle la ignominia de conversar consigo mismo.

Había dos mujeres jóvenes en la escalinata de la casa de baños.

—¿Qué pasa? —preguntó Capito al ver que ya había agotado la paciencia de su compañero. No era una pregunta maliciosa; simplemente le sorprendía que Vespasiano se hubiera tomado la molestia de quedarse tanto tiempo en la taberna. El tipo era amable, pero no destacaba precisamente por su locuacidad.

—Me pregunto si conozco a esa muchacha.

Capito se acercó.

Una era una rubia, ligeramente envuelta en una cautivadora túnica roja, y con muchos paquetes desparramados a sus pies. Era exquisita y, sin ninguna duda, terriblemente cara. Cataratas de plata caían de sus orejas, resplandecientes como címbalos en un desfile teatral; cordones de filigrana marcaban su hermoso pecho. Permanecía con el rostro y la cabeza descubiertos, sin hacer caso de los transeúntes, mientras los vendedores de collares, los pregoneros de los adivinos, los yeseros, los pasteleros y los centuriones jubilados la miraban nostálgicos.

—Es Verónica —anunció Capito. De inmediato se produjo un peligroso retorcimiento de cuellos entre los esclavos—. ¡Muy buscada y muy dispuesta a que la busquen! ¿Quieres que te la presente?

El otro consideró la oferta el tiempo preciso que indicaba la cortesía. Sus esclavos

le miraron interesados, ansiosos por ver si quería probar suerte. Sabían que cuando escogía nunca se quedaba corto. También sabían que tenía muy a gala no pagar.

—No es mi tipo. —Se acarició la barbilla. Capito se rió.

Incluso desde esta distancia, la compañera de Verónica parecía maravillosamente digna.

La segunda muchacha —aunque ya casi no lo era— iba envuelta varias veces con una tela modesta, y las capas cubrían el cuerpo y la cabeza hasta disimular completamente su figura y hacer invisible el rostro. Incluso así, la elegancia de su porte era ostensible. Capito no había dicho nada de ella. Tampoco Vespasiano.

—Gracias, Capito.

Con un gesto a la escolta, se despidió de todos y se deslizó entre la muchedumbre acercándose a los baños. Esperaba que las mujeres se separaran, pero a pesar del mal tiempo no parecían tener intención de moverse de la escalinata. Él se detuvo, y buscó refugio en el pórtico de una carnicería, simulando que le interesaban los jamones españoles colgados en los ganchos.

Por fin: habían venido a recoger a Verónica en una litera doble; detrás de las ventanillas opacas acechaba la sombra de una figura, sin duda algún cliente rico. Ella montó en la litera. La otra mujer la ayudó pacientemente a cargar los paquetes, y después se inclinó para que la otra le diera un beso de despedida. Al erguirse, la mantilla se deslizó de la cabeza. Era Caenis.

Parecía otra. Esta Caenis tenía el pelo peinado con la raya en el medio, recogido en bonitas ondas sobre las orejas con relucientes peinetas, y el resto en unas fantásticas trenzas enrolladas. Con la excentricidad propia de un hombre se preguntó en primer lugar *¿por qué?*, sin caer en la cuenta de por qué la elegante, equilibrada y distinguida postura de la cabeza: Caenis había nacido para tener este aspecto. La pregunta importante era: *¿quién pagaba el peluquero?*

Algo andaba mal en su rostro. La expresión desafiante, acosada por los demonios, se había acentuado con el maquillaje (a él no le costaría mucho acostumbrarse a los cosméticos), y había algo más. Caenis tenía un rostro fuerte con una expresión clara. Lo recordaba perfectamente: una dolorosa mezcla de porfía y desconfianza. Había desaparecido. Algo le había ocurrido. Alguien la había cambiado. Esta Caenis parecía extrañamente serena. Conservaba el truco de mantenerse bien erguida e inmóvil. Intentaba colocarse la mantilla otra vez, pero las ráfagas de viento se la arrebataban de la mano. Vespasiano se acercó lo bastante como para ver las cuentas de coral en las orejas. *¿Quién era el cabrón que se las había dado?*

Entonces ocurrió algo asombroso. Caenis se volvió bruscamente para llamar a una adolescente delgaducha que apareció de detrás de una columna con la correa de una botella de aceite enrollada en la muñeca. Parecía como si tuviera su propia esclava, aunque eso era imposible. Apareció una modesta litera; Caenis y su

acompañante se montaron en ella a toda prisa y en cuanto recogieron el estribo, cerraron la portezuela y corrieron las cortinas.

Cuando Vespasiano se adelantaba para gritar su nombre, un lacayo excepcionalmente fornido se cruzó en su camino.

—¡Por favor, señor!

Roma había perdido el juicio.

—Quiero hablar con esa mujer... —La litera ya se alejaba.

—¡Con *esa* no, señor! Prueba en el hipódromo —le aconsejó el lacayo con toda franqueza—, o en el templo de Isis. Por allí hay muchas chicas bonitas.

—¡Gracias! —Vespasiano respondió con educación, aunque las muchachas del hipódromo no tenían nada de bonitas y muchas de las delicadas criaturas del templo de Isis hacía tiempo que habían dejado de ser muchachas. Permitió que se le abriera la capa para dejar a la vista sus prendas senatoriales—. Creo haber reconocido a tu pasajera.

—¡Lo dudo! —se burló el lacayo, con total indiferencia ante cualquiera que no fuera un comandante consular cargado con las medallas de por lo menos tres campañas victoriosas. Pero condescendió a que un senador principiante le untara la palma con medio denario—. Es Caenis —admitió discretamente.

—¿La esclava de Antonia?

—No, señor —protestó el lacayo, con una expresión que decía claramente: «¡Lárgate, chico; ella no es para los de tu clase!»—. ¡Es la liberta de Antonia!

Ahora sólo quedaba una solución: el chico se apartó, puso cara triste y regresó a su casa para escribirle una abyecta nota a la liberta de Antonia.



Vespasiano fue breve:

¡Oh, dama! ¡A un bribón de Creta le gustaría mucho verte!

T. F. V.

Le había escrito antes. Las cartas que le escribió Vespasiano desde el extranjero no eran vergonzosas efusiones. Caenis sabía mucho de cartas de amor, de escribirlas para otras personas. Había sentido un gran alivio cuando su propio corresponsal no la elogió como el alma de su corazón, ni describió sus divinos ojos con el color completamente equivocado, ni dedicó media página a explicar con detalles ginecológicos las intimidades que podía esperar a su regreso. Juno sea alabada, tampoco había exclamado que ella era como su madre. En cambio, él poseía el don de la cita adecuada y un buen ojo para el absurdo. Le relató hechos interesantes de su provincia y groseras anécdotas de la gente con la que trataba. Años más tarde, cuando él se ganó una amplia reputación como bromista, Caenis seguía creyendo que ninguna de las comentadas agudezas de Vespasiano era tan perversamente divertida como las cartas que le había escrito de joven desde Creta.

Esperaba que Vespasiano practicara la taquigrafía. De hecho, como ella también le había dado sus notas para el cifrado, él utilizaba un código. En el reverso de las notas de referencia, él había encontrado un sistema que Caenis había inventado en la adolescencia: «Mi código, por Caenis» era excelente; sin la clave, Caenis había tardado tres semanas en descifrar la primera carta de Vespasiano aunque una vez fue la primera de la clase de cifrado.

Tardó mucho tiempo en responder. Caenis nunca había escrito una carta privada. La segunda de Vespasiano llegó antes de que ella respondiera a la primera. Sin embargo, hacia la mitad de su servicio, ella también había encontrado el estilo y la medida justa; le hablaba directamente con la sencillez que él apreciaba, y aprendió a disfrutar. Disfrutar sin duda era un error, pero ya no le importaba.

□ □ □

Por razones que no podía explicar, Caenis nunca le había mencionado que había obtenido la libertad. Aquel año, una sensación de fatalidad había afligido a su ama, Antonia. Estaba condenada a sentir la soledad de una mujer cuyos contemporáneos

habían muerto todos, muchos de ellos en terribles circunstancias, a los que, como era de esperar en una dama entrada en años, recordaba con mucha más claridad que el desayuno de aquella mañana. La dominaba la urgencia de poner sus cosas en orden.

Por primera vez, mientras hablaba con Caenis de la biblioteca que llevaba el nombre de Octavia, había recordado a su madre. Octavia, abandonada por Marco Antonio, había criado ella sola, además de a sus propios hijos, a los primeros de su tormentoso matrimonio con Fulvia y, con el tiempo, a sus hijos con Cleopatra. «Mi madre no era una mujer fácil de tratar —había reconocido Antonia—. Resultaba imposible no admirarla, estoy segura de que incluso mi padre siempre lo hizo, pero a menudo parecía hosca y difícil de conformar».

Este era un curioso retrato de la legendaria y muy querida hermana de Augusto, famosísima por su bondad.

—¿Crees que si tu madre no hubiese sido tan formidable, Marco Antonio quizás hubiera regresado de Egipto? —preguntó Caenis curiosa.

—¡Oh, no! —La respuesta de Antonia fue rotunda—. Perder a un hombre a manos de otra mujer es una cosa, darlo a la política es definitivo.

El día de su cumpleaños, Antonia había liberado a varios de sus esclavos que se merecían el retiro. Pallas, que estaba entre ellos, fue recompensado con la libertad y una gran finca en Egipto por sus buenos servicios con la carta referente a Sejano. Diadúmeno, el secretario jefe, recibió su más que bien ganado retiro; Caenis iba a ser ascendida. Antonia le había pedido que preparara los documentos de manumisión, cosa que por fin le brindó la oportunidad de hablar por su propio interés.

—Señora, tú sabes que he estado ahorrando desde antes de venir aquí. Quiero pedirte comprar mi libertad.

De inmediato la tensión flotó en el ambiente. Sabía que a Antonia no le agradaría. Su patrona quería organizar ella misma la vida de sus esclavos; en el palacio no hubo nunca muchas oportunidades de ascenso, pero al menos los asuntos de negocios se podían abordar sin irritar a nadie más. Ella vio que la vieja dama intentaba ser tolerante.

—Eso será innecesario. —A regañadientes, Antonia le explicó que Caenis sería libre algún día porque así lo había dispuesto en su testamento.

—Señora, estoy agradecida, pero no me resulta agradable esperar con ansia el día de tu muerte.

—¡Ni a mi tampoco! Ahora en serio; no puedo permitir que desperdicies tu dinero.

Caenis permaneció inmóvil. Estaba dispuesta a pagar por su libertad si tenía que hacerlo, pero tendría que gastar todos sus ahorros. Después no podría sobrevivir. Tenía una amarga comprensión de las necesidades financieras; sin embargo, quería ser libre. Había ahorrado lo que sabía que era el precio de una buena secretaria; y

estaba desesperada por realizar su ambición. Un testamento se podía cambiar; los herederos de Antonia quizá no lo cumplieran; el Senado podía cambiar la ley. En este momento, la ciudadanía estaba a su alcance gracias a sus propios esfuerzos. Caenis no podía esperar.

Antonia comprendía la situación. Una secretaria quizá no alcanzaría nunca el escandaloso precio de un apuesto cochero, o el de una bailarina de ojos endrinos pero Caenis, formada en la escuela imperial y con un buen conocimiento de griego, tenía un buen precio. El hecho de que hubiera conseguido ahorrar lo que valía indicaba una gran fuerza de voluntad. Incluso con la oferta de conseguir gratis la libertad en el futuro, estaba preparada para soportar la miseria sólo por obtenerla ahora.

—Tienes que tener los treinta años cumplidos. —Caenis se sentía más joven, pero como no sabía su edad optó por mentir. Antonia frunció los labios pero dejó pasar el tema—. ¡Me estás obligando, Caenis!

Caenis no respondió. Hubo un largo silencio no del todo amistoso.

—¿Quieres casarte? —preguntó Antonia con aire severo. Caenis se estremeció—. ¿Quieres montar algún negocio? ¿Tener un salón? ¿Abrir una tienda? —Caenis se rió. Los anillos brillaron en los dedos retorcidos de Antonia que no dejaba de mover las manos—. ¿Me dejarás? —susurró.

—No, si tú dejas que me quede.

Antonia comprendió que la habían derrotado. Exhaló un suspiro.

—No esperes demasiado —le advirtió—. Una esclava está protegida; una mujer libre se enfrenta a muchas más responsabilidades de las que tú crees.

Aunque Caenis era demasiado sensata para discutir, levantó la cabeza: vio que Antonia cerraba los ojos por un instante, con una débil sonrisa en el rostro. Ambas sabían que Caenis se enfrentaría a las responsabilidades sin ningún temor. Estaba preparada para ser su propia dueña. Retenerla sería condenarla; cualquiera que la apreciara debía comprenderlo.

—Quizá tendrías la bondad —le dijo la dama Antonia con una petulante formalidad— de prepararme otro de estos documentos. —Caenis esperó porque la conocía muy bien—. No se te pedirá que compres tu ciudadanía. Caenis, eres tozuda e independiente, pero, querida, ¡éste iba a ser mi regalo para ti y me niego a renunciar a ese placer!

□ □ □

Así que Vespasiano tuvo que enviar ahora a su esclavo con menos aspecto de rufián con la carta para la distinguida liberta imperial. La casa de Antonia no sólo era la casa particular de más alto rango en Roma, sino que en virtud de su posición cercana a la familia imperial, su liberta poseía mucha más influencia que el hijo de cualquier recaudador de impuestos. A Vespasiano ni se le pasaría por la cabeza visitar la Casa de Livia sin su propio protector, Lucio Vitelio, y desconfiaba de acercarse

personalmente a Caenis sin saber cuál podía ser su reacción. No estaba del todo seguro siquiera de si admitirían a su esclavo de rodillas peladas. No se había equivocado en lo de que no habría un cartel de «Bienvenido» colocado en el impoluto suelo de mosaico. Sin embargo, las cartas dirigidas a Caenis siempre se entregaban en el acto y se le permitió al esclavo de Vespasiano que esperara la respuesta. Cómodamente instalada en un diván, en una de las elegantes salas de recibo, y con su propia esclava presente como imponía el decoro, Caenis sonreía mientras dictaba la respuesta a un delgado escriba griego.

Es muy agradable saber de ti; te agradezco que me recuerdes. Puedes venir a visitarme aquí cuando quieras; quizá mañana si lo deseas. ¡Me gustaría muchísimo verte!

A. C.

Vespasiano decidió no esperar hasta el día siguiente.



La Casa de Livia, la residencia de Antonia, como cualquier otra vivienda importante de Roma, se abría hacia adentro en patios discretamente soleados y el plácido rumor de las fuentes. Las paredes blancas miraban hacia el exterior, aunque esta casa poseía el aislamiento añadido de estar situada en el Palatino. Todo estaba diseñado para eliminar el bullicio de las muchedumbres en el exterior y proveer, incluso dentro de la capital, un paraíso familiar de paz y estricta intimidad. Los arquitectos no habían tenido en cuenta el caos que la enloquecida familia Julia-Claudiana podía provocar en cualquier paraíso, pero por una vez el fallo no era culpa de los arquitectos.

Había un patio ajardinado, que en verano disfrutaba de la sombra de una higuera y de los rosales, rodeado por una columnata. En la actualidad era poco frecuentado. Las sillas de mimbre y las mesas plegables se guardaban a un lado, junto con los tiestos de terracota con bulbos tiernos que habían colocado bajo techo para protegerlos. Disimulada la entrada por unos arbustos de jazmines descuidados, Caenis había hecho del lugar su dominio privado. Era un sitio un tanto polvoriento y cómodo, fuera del acceso de los visitantes formales. Le gustaba estar allí incluso en las últimas horas del día, cuando los rayos del sol poniente que se colaban por encima del tejado principal lo convertían en un lugar sorprendentemente cálido. Algunas veces, cuando Antonia se retiraba temprano después de la cena, Caenis iba a sentarse allí en silencio en medio de la oscuridad. Su pequeña esclava, una niña que carecía de toda susceptibilidad al encanto de la reflexión, acostumbraba a traerle un bol de pistachos y una lámpara de mesa.

□ □ □

—Hola, Caenis.

Le traían la lámpara pero sin los pistachos, y no era la pequeña esclava.

—¿Quién es? —preguntó como una tonta. No tenía sentido; ningún otro pronunciaba su nombre con la solemnidad de una invocación religiosa. La amplia sombra de Vespasiano desató, subió y bajó la puerta plegable que comunicaba con la casa—. ¡Oh! Tendré que llamar a mi criada.

—Más te vale no hacerlo —replicó él tranquilamente—. Acabo de darle una moneda para que desaparezca.

Se adelantó con la lámpara en alto: el mismo genio alegre, el mismo rostro

ceñudo. Mientras le miraba, reclinada entre almohadones y vestida con una túnica azul oscuro, Caenis le dio la bienvenida con una sonrisa lenta y tranquila.

—¡Antonia Caenis; Caenis Antonia! —Él lo pronunció completo como un deliberado cumplido, el reconocimiento de su nuevo derecho a llevar el nombre de su patrona; la esclava malhumorada que había conocido por primera vez empuñando una sartén con salchichas, ahora estaba aliada para siempre con las nobles familias de Augusto César y Marco Antonio.

—Sólo Caenis. —Se encogió de hombros. Vespasiano se rió; ella nunca cambiaría.

Dejó la lámpara en una peana.

—Una liberta imperial —comentó admirado—. Sonriente en una galería a la luz de las estrellas. —Se sentó en la base de un pilar, sosteniéndose la cabeza entre las manos en un gesto desolado—. ¡Ay, elegante e influyente dama! Muy, muy por encima del alcance de un pobre paleta provinciano.

—Nunca —le respondió Caenis en voz baja. La débil luz de la lámpara jugueteó sobre el rostro maravillosamente jovial, y la sombra de la nariz se proyectó de una forma enloquecida sobre una mejilla mientras el perfil del mentón se hundía en el hueco de la garganta.

—¿Nunca? Vaya, creía que en muchos sentidos tú siempre... —Ella se sintió halagada como una reina. Vespasiano, radiante de felicidad por ella, añadió—: Parece que te fuera a reventar el corazón de orgullo. Tendrías que haberme dicho que eras una mujer libre; supongo que ya sabes que te seguí todo el día. No te diré las cosas que comenzaba a imaginarme cuando vi tu majestuoso comportamiento. Por fortuna, las tiendas de Saepta Julia cierran bastante tarde.

Saepta Julia era el mercado de joyeros y anticuarios; Caenis sabía que no era un lugar frecuentado por Vespasiano.

—Suponía que el Saepta Julia era un lugar donde acude un caballero cuando está dispuesto a desperdiciar una considerable suma de dinero.

—Por lo menos, una buena cantidad —comentó Vespasiano, despreocupado—. Aquí tienes. Con mis felicitaciones. No te entusiasmes; no es nada de comer. —Sacó la mano derecha de los pliegues de la toga y dejó caer un paquete pequeño pero pesado sobre su regazo. Estaba atado con una elegante cinta que dejaba claro que se pagó un alto precio por su contenido.

Muy preocupada, Caenis meneó la cabeza.

—¡A fe mía, senador, esto parece un soborno!

—Por mucho que me pese, sé que no se te puede comprar. Ábrelo.

—¿Qué es? —Ella era tan tozuda como siempre.

—Nuevos grilletes. —Esperó a que ella mirara. Se trataba de un brazalete de un oro muy fino y un diseño sorprendentemente elegante.

—Dado que te agrada sentarte en la oscuridad —comentó él—, te diré que he hecho grabar tu nombre en la parte interior, así que no lo podrás empeñar ni tampoco devolverlo. Tu nombre, y también —añadió valiente— el mío.

Hubo una brevísima pausa.

—Es precioso. No te lo puedes permitir —protestó Caenis—. Sabes que no puedes.

—No. Una chica amable —opinó Vespasiano— se lo probaría. —Caenis obediente se puso el brazalete.

El frío de la base del pilar traspasaba las ropas, y él se levantó. Por un momento, ella pensó que Vespasiano ya se marchaba.

—¡Tito, muchas gracias!

Él no disimuló su sorpresa.

—¿Aceptas mi regalo?

—Por supuesto.

Ambos sabían que con su típica obstinación quizás ella no aceptaría nada más; Caenis se preguntó si él se sentía descorazonado. Sin llegar del todo al coqueteo, ella descubrió que disfrutaba con la sensación de poder. Mientras admiraba el brazalete, Caenis levantó los pies del suelo. Estaba sentada en una ridícula silla de mimbre colgada como una cuna de un armazón. En un gesto automático estiró los pies y se columpió; cuando se aminoró el balanceo, Vespasiano le dio un empujón.

—¡Bienvenido a casa! —exclamó ella un poco tarde—. Gracias por escribirme; me gustaron mucho tus cartas.

—Gracias a ti también.

—La última que te envié probablemente se perdió.

No había nada capaz de alterarlo.

—Probablemente permanecerá en la bandeja de la correspondencia del cuestor durante los próximos cuarenta años, archivada con el membrete de «Demasiado difícil». ¿Te alegras de verme?

—¡Hummm! —La silla se torció un poco, de modo que su túnica rozó a Vespasiano antes de que él la sujetara y la empujara una vez más en una trayectoria recta. Adormecida por el ritmo metódico del balanceo, Caenis murmuró:

—He oído decir que las muchachas de Creta son famosas por su atractivo.

—Las muchachas de Creta —replicó Vespasiano muy serio— son preciosas. Pero sus padres son famosos por su fiereza.

—Supongo que la gente se las apaña.

—Creo que la gente lo hace. —Empujó la silla un poco más fuerte—. Por supuesto, siempre encuentras al extraño romántico que prefiere conservar su iniciativa para alguna listilla de ojos castaños que dejó en el hogar... Antonia Caenis —musitó, quizá para cambiar de tema—. Caenis, en la oscuridad sin las sandalias,

¡unos pies muy bonitos! Caenis, en un columpio. Algo muy arriesgado, joven dama, ¡algún malvado podría tumbarte!

Y Vespasiano la tumbó.

□ □ □

Se le paró el corazón. Él la cogió, tal como pretendía hacerlo, con un brazo sujetándola por la cintura mientras que con el otro apartaba la silla para evitar que chocara contra ella. La acercó contra su cuerpo, como ella adivinó en el acto que haría. La hizo girar en el pequeño círculo de luz de la lámpara para poder mirarla a la cara mientras ella veía la decisión reflejada en la de él. Se dejó abrazar, y estar entre sus brazos le resultó alto tan natural y seguro como siempre había imaginado que sería. Soltó un leve grito, y después permaneció inmóvil.

—Tito...

—Caenis...

Ambos sabían lo que vendría a continuación. Sabían que Caenis lo deseaba tanto como él.

En el segundo en que ella pasó del frío del patio a la calidez de su abrazo se estremeció porque estaba sorprendida, aunque nunca había tenido ninguna duda; hacía mucho tiempo que lo había elegido. Apretada contra su pecho, era consciente de la lucha de Vespasiano por controlar la respiración; ella arqueó ligeramente la espalda ante la presión de su brazo, le sujetó el rostro con las dos manos y se fundieron en un beso. Caenis oyó el gemido de alivio del hombre ante su ávida respuesta; después, mientras ella apretaba su mejilla contra la de él, Vespasiano oyó su tembloroso suspiro.

—Ven a la cama conmigo, Caenis. Oh... —Incapaz siquiera de esperar a su respuesta, él volvió a besarla apremiante—. ¿Convencida?

Caenis, a quien incluso ahora no le resultaba fácil, sonrió a Vespasiano.

—¡Convencida!

Entonces él la volvió a asombrar; de pronto, la sujetó, no con el poderoso abrazo del luchador que había esperado sino muy suavemente, como si ella fuese una finísima cerámica que pudiera romperse a la más mínima presión, mientras murmuraba con los labios rozando las elaboradas trenzas de su pelo:

—Oh, Antonia Caenis... ¡Bienvenida a la libertad y bienvenida a mí! —En aquel instante ella supo que era todo un romántico. Ya se lo suponía—. ¿Hay algún lugar donde podamos ir? —Él podía haberla tenido inmediatamente, en la oscuridad, entre los muebles apilados y los jarrones con flores secas; estaba preparado y la necesidad de ella era tan urgente como la suya. Pero Caenis disponía de una cómoda habitación donde, como liberta, tenía derecho a agasajar a sus amistades. Estaba orgullosa de sus logros; le llevó allí.

Fue como ella siempre lo había imaginado. Este hombre era su otra mitad. Las chapuceras coyunturas de su experiencia previa desaparecieron de su memoria. Ahora podía rechazar con furia las mal acogidas garras que una vez habían parecido ser su único futuro. Nunca más volvería a ser la presa de inoportunos gorriones. Nunca más se vería coaccionada por su propia inseguridad. Ahora lo sabía todo. Había encontrado la alegría en la que había intentado creer con todas sus fuerzas.

Estaban completamente tranquilos. Ya habían establecido un compañerismo profundo y auténtico. Cada uno recibía, cada uno daba con una sobrecogedora entrega, sinceridad y deleite. Cuando al final Vespasiano se apartó para yacer de espaldas, cubrió con una de sus grandes manos los profundos ojos castaños cuya mirada ya no era tan firme.

—*¡Ay, muchacha!*

Caenis rió mientras descansaba su cabeza sobre el palpitante corazón, con un brazo estirado a través de su cuerpo hasta el borde de la cama.

—*¡Oh, sí!*

Sintió que la respiración del hombre se oía más pausada pero no estaba dormido, porque al cabo de un rato la tapó con la manta y la acercó a su cuerpo. Cuando habló, su voz sonó muy suave, como si de alguna manera le hubiesen pillado con la guardia baja.

—Bonita pareja que hacemos tú y yo.

Caenis buscó su mano y se la besó. Después de un momento confesó:

—Ojalá no me hubieses dado tu regalo.

—¿Eeh?

—No quería un soborno.

Él ya se mondaba de la risa.

—Te merecías un regalo. ¡Y bien vales un soborno! Estaba seguro de que te haría decir que no. —Su brazo la apretó con un poco más de fuerza; su voz se calmó—. ¡Ahora no te podrás librar de mí!

—¿Cómo?

—No intentes alejarme.

Él la conocía por lo menos tan bien como ella se conocía a sí misma, porque, por supuesto, era lo que Caenis había pensado hacer.

—No —le contestó amablemente, y se acomodó contra su hombro como si se dispusiera a dormir, cosa que él probablemente interpretó como que su reto la había persuadido—. Mientras me quieras, nunca lo haré.

Su intención había sido derrotada. Sencillamente, ya no quedaban más opciones. No despediría a Vespasiano porque no podía hacerlo. Tampoco podía dormir. Permaneció acostada con la mente sumida en un torbellino mientras intentaba reunir

fuerzas para enfrentarse al compromiso que había contraído. Resultaba imposible saber si Vespasiano se daba cuenta de hasta qué punto se había encerrado en sí misma, porque no quería que él se preguntara el motivo. No había nada que hacer al respecto; nada que ella quisiera hacer. Pero Caenis se daba cuenta ahora, cuando era demasiado tarde, del error que había cometido: había aceptado un contrato cuyas condiciones eran el intercambio de amistad y placer en unos términos que debían ser totalmente comerciales.

Y ella aceptó este terrible contrato con un hombre del que estaba perdidamente enamorada.



Existía una forma de superar la dificultad. Era muy sencilla: Caenis se aseguraría de que Vespasiano nunca lo supiera.

Fue su amante durante dos años. Estar ligada a un joven senador le resultaba útil a ella y era de ayuda para él. Vespasiano la llevaba donde una mujer sin familia no hubiese podido entrar, mientras que ella le presentaba a personas que un hombre de origen tan oscuro quizá nunca llegaría a conocer. La situación no se convirtió jamás en un desastre unilateral como muy bien podría haber sucedido. Caenis decidió que podía sufrir (y sufrir muchísimo) o aceptar, por breve que fuera, lo que podría ser la experiencia más feliz de su vida. Así que procuró calmar su genio, como sin duda hacía él también, y fueron grandes amigos.

Se acomodaron en una plácida rutina. Cada uno respetaba la vida privada del otro; con gusto se reservaban un tiempo para estar juntos. Ninguno se mostraba egoísta o quisquilloso. Una tranquila conversación mientras paseaban por un jardín o se sentaban en algún salón significaba tanto para ellos como los ratos que pasaban en la cama. Hasta donde les era posible no ocultaban su relación, aunque siempre se mostraban discretos. Si se presentaba la oportunidad iban juntos al teatro o a oír discursos, de vez en cuando cenaban con amigos, caían bien a la gente: eran una pareja de trato fácil y sin pretensiones. El mundillo de emparejamientos casuales y cínicos intereses particulares quizás estuviera intrigado por la calidez de su duradero afecto, pero nunca dieron motivos para el escándalo.

□ □ □

Caenis intentó explicárselo a Verónica pero no tuvo éxito. Verónica descartó a Vespasiano como un pobre desconocido. Aunque Caenis había vivido sometida a un código estricto (le gustaban muy pocos hombres; mejor no acostarse con los hombres que le gustaban), el código de Verónica era todavía más estricto: no le gustaba ningún hombre. A poco del regreso de Vespasiano de Creta, Caenis se encontró a su amiga comprando guirnaldas en la Vía Sacra. Verónica, que todavía era esclava, tenía unas obligaciones oficiales, aunque de alguna manera se las arreglaba para que fueran lo más livianas posible. Algunas personas se las arreglan para lograr que su contribución al trabajo sea sólo rondar por allí y mostrarse amables; se da por sentado que no se debe esperar nada más de ellas y que sería inútil reprocharles ser como son. Verónica

no era tonta. Nunca olvidaba que algún día alguien podía llamarle la atención. Era la esclava que se encargaba de los adornos florales para los banquetes que el emperador ausente nunca daba. Por consiguiente, se aseguraba de que a menudo la vieran cargada con grandes ramos de flores. Era primera hora de la mañana; el sol brillaba con fuerza mientras los floristas montaban los puestos, colocaban las bandejas y refrescaban las flores en las fuentes públicas. Hombres de todas las categorías recorrían presurosos las calles para ir a visitar a sus mecenas y reclamar sus dádivas cotidianas (una cesta de pan o una pequeña cantidad de dinero en efectivo) a cambio de presentarles sus obsequiosos respetos. Olía a pan recién cocido. Mujeres cansadas colgaban las ropas de cama en los balcones o echaban agua sobre el pavimento de lava para limpiar la porquería y las manchas, residuos de los excesos de la noche anterior.

—¡Caenis! ¡Caenis, espera!

La voz de Verónica había sonado sin esfuerzo por encima de los estentóreos gritos de «¡Guirnaldas; guirnaldas! ¡Las mejores de la Vía Sacra!», «¡Preciosas coronas de rosas!», «¡Diademas de mirto; nardos de la India; guirnaldas para vuestros invitados!», mientras los vendedores acomodaban sus mercancías. Niños en sótanos calurosos, donde el aire apestaba con el nauseabundo olor a violeta y a pétalos de rosas, trabajaban durante las últimas horas de oscuridad, con los dedos mojados y entumecidos, trenzando los duros tallos en largas tiras que esa noche adornarían cuellos gruesos y pechos caídos. Verónica venía a primera hora, cuando las flores estaban frescas; las mantendría todo el día en un lugar casi a oscuras, rociaría las guirnaldas con agua y metería los preciosos ramos en varias bañeras.

—Ayúdame a cargar estas guirnaldas.

Caenis, obediente, se dejó cargar con las guirnaldas blancas y doradas, y siete coronas de laurel apiladas en la cabeza; cuando tienes los brazos llenos es la mejor manera de llevar las coronas.

—Huyamos de este escándalo. Quiero ir al templo de Cibeles.

Se abrieron paso poco a poco hacia el templo, en el Palatino. Caenis no se opuso, porque estaba casi pegado a la Casa de Livia, así que se encontraría cerca de casa cuando fuera la hora de atender a Antonia. Verónica dejó las flores en el pórtico donde no las aplastarían, y acomodó las guirnaldas en el suelo de piedra gris como serpenteantes ciempiés adornados con franjas amarillas. Aquí los sonidos de fondo eran apacibles, con lánguidos acordes de música oriental y los cánticos de los sacerdotes, aunque de vez en cuando las notas de los triángulos y de los címbalos les hacían dar un brinco. El incienso, subversivo como una droga, producía un cosquilleo en los nervios. Este era un lugar de misterio impersonal; a Caenis siempre le había parecido un tanto inmoral, y no sólo porque las escalinatas del templo de Cibeles eran un lugar frecuentado por parejas. Los ritos anuales, dirigidos por los sacerdotes y

notorios por sus bailes frenéticos, servían para que las mujeres dieran rienda suelta a sus deseos: esto no le hacía la menor gracia.

—Siéntate junto a esta columna —insistió Verónica con un susurro excitado—. Entonces, ¿lo hiciste? ¡El brazalete! —Caenis llevaba el brazalete de Vespasiano todos los días. Verónica lo manoseó para calcular el peso. Caenis se resistía a quitárselo; no quería escuchar los comentarios de Verónica sobre los dos nombres grabados en la parte interior—. Aquí has acertado. Es una buena pieza.

—Yo no lo quería —replicó Caenis secamente—. Quería que supiera que me acosté con él por el placer de hacerlo.

—¡Ni se te ocurra decírselo a nadie! —le advirtió Verónica—. Vigila lo que haces.

—Ya lo sé.

Caenis lo sabía. Siempre fue una excéntrica. Comprendía lo que había hecho.

Verónica se desesperaba. No podía soportar aquella muestra de callada resignación. Para Verónica este deliberado propósito de enfrentarse a los hechos desagradables, esa estoica aceptación del dolor incluso antes de que se produjera, le parecía innecesario. Le ofreció consuelos que Caenis no aceptó; le ofreció ilusiones; le ofreció sueños.

—No te subestimes, Caenis. Puedes retenerlo si quieres. Incluso si se casa...

—¡No! Cuando se case, se acabó.

—Ay, madre. Ya lo veo. Mi pobre niña... ¡Oh, vaya! Será mejor que saludemos a la diosa. Aquel sacerdote de los ojos llorosos nos ha visto.

Verónica siempre sabía lo que estaban haciendo los hombres; él se había fijado en ellas. De inmediato saludaron a la altiva estatua a través de los portales del templo, para dejar bien claro a cualquier astuto coribante que las estuviera espiando que ellas no necesitaban ninguna intercesión mística de la diosa ni insinuadas intenciones de un comercio de tipo más sensual.

Cibeles, la matriarca oriental consagrada a la castidad, que había engañado a su amante Attis para que se castrara, no era precisamente la más adecuada para recibir la devoción de Verónica. Quizá la atraía porque la diosa carecía de la pátina patricia de los dioses greco-romanos. Cibeles era sangre, tierra y arado en el surco; la diosa del extasiado grito de angustia. Su estatua estaba entronizada en el santuario, custodiada por leones y cargada con un tambor oriental que representaba el mundo. Las dos mujeres no hicieron el menor intento de faltar al protocolo entrando en el templo, pero se acercaron al altar exterior. Verónica le ofreció a esta enigmática dama un pequeño ramillete de violetas y después rezó en voz alta con su inimitable optimismo: «Oh, Cibeles, madre de los dioses, señora de la salvación, acepta estas flores. Hazme guapa a los treinta, rica a los cuarenta, y por favor, señora, ¡que muera a los cincuenta! Hazme precavida, hazme alegre y (si debes, oh, Cibeles) hazme buena».

Caenis no hizo ninguna ofrenda. Pero miró por encima del hombro, atisbó a través del portal el severo rostro de la diosa de Oriente que supuestamente era amiga de las mujeres, y rezó en su interior: «¡Oh, Cibeles, gran madre Idaean, no dejes que le ame más de lo que pueda soportar!». Después añadió, porque le amaba y sabía que él era un hombre que se preocuparía sinceramente de su anhelante dolor: «¡Y, oh, Cibeles, no dejes que me quiera!».

□ □ □

Dos años era mucho tiempo para ocultar un secreto a alguien tan cercano. Pero nunca lo dijo. Bueno; una vez.

Una vez, al final de una cena, cuando estaba cansada y tenía el período, cuando quizás había bebido demasiado, él le murmuró algo, con la cabeza contra la suya, algo terriblemente grosero sobre uno de los otros invitados, que de pronto la hizo reír tanto que su tensión se disipó como un nube de humo y, debilitada por la risa, se permitió exclamar con la fuerza de la desesperada verdad: «¡Te quiero!». Entonces no supo cómo arreglárselas.

Probablemente, los demás la habían oído. Lo importante no era lo que había dicho, sino lo que le había hecho a ella decirlo en voz alta. La expresión en el rostro de Vespasiano era tan extraña que ella se obligó a disculparse, mientras se levantaba tambaleante: «He bebido demasiado vino; estoy dando un espectáculo. Me voy a casa; no hace falta que me acompañes...».

Pero él la había acompañado. Él la acompañó, escoltándola como un gran y noble mastín; le besuqueó la nuca mientras ella intentaba calzarse, la siguió cuando fue a buscar la litera, subió con ella para desesperación de los esclavos que tuvieron que cargar con ambos, y después la acarició en el camino de regreso a casa casi hasta el punto de violarla en la calle. Entró en la casa, mordisqueándole la oreja izquierda, y sobornó al portero que normalmente no esperaba dejarle entrar tan tarde; la acompañó por los elegantes pasillos, abrazándola contra las columnas con un achispado abandono para después rugir como una fiera cuando ella se escapaba. Se introdujo en su dormitorio como un enloquecido payaso en alguna chabacana farsa de Ateliano. Allí, en la más absoluta oscuridad y el más completo silencio, la abrazó, cada línea de su cuerpo fundida con el de ella, y la besó, absolutamente sobrio, absolutamente serio, absolutamente inmóvil. Aterrorizada, ella intentó cerrar su mente al hecho de que él comprendía. Le daba vergüenza hablar; él no la hubiera dejado. Dominado por una pasión que parecía consumirlos a ambos, él se desnudó; la desnudó a ella; la llevó a la cama sin pronunciar una palabra, como si lo que quisiera decir fuera inexplicable. Entonces le hizo el amor como nunca lo habían hecho, aturdida como estaba, aturdido como ella creía que él estaba, llevados al éxtasis una y otra vez. Cuando Caenis se durmió, disfrutó quizá del sueño más profundo de su vida porque, por una vez, él estuvo allí durante la noche entera y no simplemente tendido a

su lado, sino abrazándola con todos sus miembros para inundarla de compañerismo a través de todos sus poros.

Vespasiano se despertó antes del amanecer; un hábito de toda la vida. Caenis se despertó con el cambio en su respiración que era, cuando tenía la ocasión, también un hábito de ella. Él le dio un leve beso en la frente.

—¡Me ha complacido!

—A mí también.

Apretó los labios en una línea que ella conocía como su sonrisa más personal.

—¡Creo que sí!

□ □ □

Él se marchó de la casa discretamente. Nunca más mencionaron el incidente. Alguna veces, ella advertía la mirada de Vespasiano cuando ella sabía que él la creía preocupada y entonces, aunque Caenis no era normalmente muy dada a las alegrías frenéticas, ella se revolvía para bombardearle con flores de mimosa, quitarle los almohadones de debajo del codo, o hacerle cosquillas en los pies. Después, cuando su relación se afirmó, ella siempre sabía cuándo él la estaba mirando.



El emperador Tiberio murió a los setenta y ocho años en cabo Misenum. Viajaba hacia Roma pero dio media vuelta cuando descubrieron a su víbora preferida muerta y medio devorada por las hormigas. Caenis opinó que cualquier mascota condenada a recibir la comida diaria de la mano de Tiberio se habría entregado alegremente a las hormigas. Los adivinos decidieron que si el emperador entraba en la ciudad no tardaría en ser descuartizado por la muchedumbre. Por una vez, sus interpretaciones parecieron adecuadas. Los últimos años de Tiberio fueron testigos de un reino de terror durante el cual las espantosas crueldades infligidas a su propia familia y a los miembros del Senado sólo podían equipararse a las viles perversiones a las que el emperador se sometía a sí mismo. Su ausencia estimulaba los más enloquecidos rumores sobre sus hábitos personales. Roma le veía con espanto y su muerte fue recibida con alegría. Fue típico de la malicia de Tiberio que, enterado del deseo popular de verlo muerto, se resistiera violentamente a complacer a sus súbditos. Había intentado disimular su debilidad y se aferró con tanto empeño a la vida y al poder que incluso se levantó de la cama para pedir la cena después de haberlo declarado muerto. Al final, según la creencia popular, su joven e impaciente heredero, Calígula, había ayudado a su abuelo adoptivo a pasar al otro mundo por el sencillo método de asfixiarlo con una almohada.

Calígula era un joven alto, pálido y con una calvicie prematura. Caenis le había conocido de pasada cuando él vivía con Antonia antes de ser llamado por Tiberio para que fuera a Capri, quizá para prepararlo como su sucesor, o sencillamente para que Tiberio se divirtiera con la serpiente que legaría a Roma. El joven parecía más despierto que el coheredero, Gemello, tenía fama de buen estudiante, y se había distinguido muy pronto por sus discursos públicos, incluida la oración fúnebre por su bisabuela, Livia. Sin embargo, Tiberio titubeó al respecto y circulaban algunas inquietantes historias. Sin lugar a dudas estaba sometido a la influencia de Macro, el todavía más brutal sucesor de Sejano como jefe de los pretorianos, el hombre que había permitido a su esposa tener una relación amorosa con Calígula y que probablemente le había ayudado a acelerar la muerte de Tiberio.

Los césares que tardaban en marcharse estaban condenados a que les metieran prisa. Se suponía que incluso Augusto acabó siendo envenenado por su amantísima esposa. De los nueve césares que gobernaron Roma durante la vida de Caenis, sólo

uno moriría por causas naturales, y discretamente sucedido por su propio hijo mayor; sólo un espíritu sardónico dejaría el mundo bromeando incluso en el momento de la muerte: «¡Vaya! ¡Creo que me estoy convirtiendo en un dios!».

Si Calígula tenía sentido del humor, sólo podría ser macabro, y quería la divinidad en vida. No obstante, se inició discretamente. El Senado tuvo demasiado miedo del ejército para protestar cuando él reclamó derechos exclusivos como emperador; el ejército le quería porque había sido su mascota desde que era un bebé, y si bien los ejércitos pueden cambiar de opinión o de lealtad, por lo general no están muy dispuestos a cambiar de mascota. Sin ninguna duda alentado por Macro, comandante de los pretorianos, había recompensado a cada uno de los guardias con mil sestericios, cosa que aseguraba su lealtad. Dos días después de la muerte de Tiberio, Calígula había suplantado a Gemello, el coheredero, y había asumido en un solo decreto del Senado todos los poderes que Augusto y Tiberio habían reunido poco a poco y con modestia.

Al principio, Roma saludó su reinado como una nueva edad dorada. Él era el favorito de la gente, su estrella deslumbrante. Era el hijo de su héroe Germánico y después de veinte años con Tiberio, que había aterrorizado a todos, Roma necesitaba desesperadamente encontrar el bien en el hijo de Germánico. Gemello fue desplazado sin pérdida de tiempo. A los veinticinco, Calígula se había convertido en amo y señor del mundo civilizado.

Caenis pudo observar que los peores emperadores sin excepción comenzaban sus reinados con actos santurriones. Calígula, Nerón, y también Domiciano —aunque a éste nunca le vio gobernar por derecho propio— iniciaron su vida pública con una muestra de buena conducta juvenil. Era como si aquellos cuyo equilibrio mental fuese más vulnerable a los excesos hicieran un último esfuerzo para ganarse una admiración auténtica antes de que el poder absoluto les volviera locos.

La gente llamó falso a Calígula. Desde luego, se dijo que cuando Tiberio le había llamado a Capri, él se había sumado voluntariamente a sus prácticas obscenas, y que se había convertido en agente y espía de Tiberio; esto no encajaba con la imagen personal que intentó cultivar al principio como emperador. Previamente había aceptado en silencio el exilio y la muerte de su madre, Agripina, y de sus dos hermanos mayores. No obstante, quizá si no lo hubiera hecho habría acabado como su hermano Nerón César, que se vio obligado al suicidio en una isla remota; o como su hermano Druso, al que dejaron morir de hambre en un sótano del palacio hasta que consiguió asfixiarse comiendo la estopa del colchón. Quizá la adolescencia pasada entre semejantes peligros y la tutela de Tiberio explicaba, aunque no justificaba, la locura de Calígula. Guiado por la tutela de Macro, al principio cultivó una imagen piadosa. Entre sus primeras acciones populares estuvo el viaje para ir a recoger las cenizas de su madre y de su hermano en las islas donde habían estado desterrados y

enterrarlas con el ceremonial apropiado en el mausoleo de Augusto; al mismo tiempo, volvió a dar al mes de septiembre el nombre de su padre, Germánico. Incluso entonces se vieron señales de extravagancia, porque al honrar a sus hermanas, en particular a su favorita, Drusilla, llegó a límites increíbles. Les dio los privilegios de las vírgenes vestales, les permitió, aunque eran mujeres, asistir a los juegos en el palco imperial, puso la efigie de las tres en las monedas, y las incluyó en el juramento de fidelidad que formulaban los cónsules. Acabó con todos los pervertidos andróginos pintarrajeados que habían divertido a Tiberio. Durante un tiempo actuó con una decidida vocación política y redujo los impuestos, alivió la censura, reimplantó la independencia de los jueces, compensó a los propietarios de casas por las pérdidas ocasionadas por el fuego y purgó de malandrines las listas de senadores y nobles. Pero Roma era su juguete. Aquí se podía sumergir en baños perfumados con exóticos aceites, inventar comidas extravagantes, inundar el Septa para jugar a la guerra naval, construir su propio hipódromo, jugarse hasta la camisa, y gozar de las carreras de cuadrigas y las obras de teatro tanto como le apeteciera. Era un hombre que había sido un niño desamparado y al que ahora le habían entregado toda una ciudad para que fuera su juguete personal.

Las relaciones con su abuela se volvieron espinosas desde el principio. Poco después de su ascenso, el nuevo emperador patrocinó un decreto en el Senado para conferir a Antonia todos los honores que le habían concedido a la emperatriz Livia en vida. Antonia siempre había demostrado un orgullo áspero en su negativa de emular a Livia. Había rechazado todos los títulos que le ofreciera Tiberio, incluso después de informarle del peligro que suponía Sejano. Ahora daba lo mismo. El respeto por su noble abuela engrandecería la reputación de Calígula: los honores eran suyos. Era tan inútil rehusar los regalos como esperar que el respeto fuese auténtico.

Caenis advirtió que Antonia comenzaba a mostrar una coloración gris. Posteriormente, la gente se preguntaría si Calígula no había intentado envenenarla. No fue así. Él le consumió el espíritu, así de sencillo. Ella había sido la responsable de criarlo después de la muerte de Livia, y era consciente del peligro de sobrecargarlo de honores, e incluso de demasiadas responsabilidades. Antonia se sentía obligada a intentar contenerlo, cosa que inevitablemente le volvió en contra suya. Caenis la encontró un día con el rostro bañado en silenciosas lágrimas.

—¡Nunca tengas hijos! —le espetó ella bruscamente—. ¡Nunca te cases, y da gracias de no tener una familia!

Caenis permaneció inmóvil, para darle a Antonia la oportunidad de explayarse.

—He ido a ver al emperador. Tiene muy malos amigos; se deja influir con demasiada facilidad. Por supuesto, se me acusa de interferir.

Durante aquellas primeras semanas de su reinado, ella era todavía la única buena influencia para Calígula. Era la única que insistía en el comedimiento. Pero cuando

solicitó una audiencia privada, él cometió el ultraje de invitar a Macro, el desagradable comandante de los guardias. Fue un insulto a su abuela, y quizá también una amenaza. Si Calígula fuese un hombre maduro no hubiera necesitado hacerlo. Sin embargo, ahora se dice abiertamente que Macro preparaba a un protegido que muy pronto no necesitaría de ningún tutor.

Caenis se mostró furiosa por el insulto a Antonia.

—¡Tendría que haber ido contigo! No tengo miedo.

—Quizá todos deberíamos tenerlo, Caenis.

Antonia estaba dominada por la desesperación. Caenis le quitó la mantilla que llevaba cuando salía, la ayudó a tenderse en la poltrona, le acomodó los cojines de plumas debajo de la espalda, y frunció los labios en un gesto que alejó a los esclavos que revoloteaban por allí sin saber qué hacer.

Antonia exhaló un suspiro fatigado.

—Mi nieto Cayo Calígula me informa de que él puede hacer lo que quiera con el que le venga en gana. ¡Es una afrenta, pero también es trágicamente cierto! —Caenis nunca la había oído hablar con tanta amargura.

El destino de todos nosotros en Roma y el del Imperio descansan en sus manos. No está capacitado. Ni siquiera su padre podría controlarle; ni siquiera Germánico. ¡Y esos locos le han dado el poder ilimitado!

Permanecieron en silencio durante un rato largo. Caenis esperaba que su patrona le contara lo que había ocurrido; sin embargo, Antonia había recuperado su rígido autocontrol. Cuando habló, fue para decir con su habitual tono abrupto:

—Estás esperando a tu amigo. ¿Está aquí? —Si Caenis estaba con Antonia, Vespasiano solía esperar en otra habitación—. ¡Llámalo! —le ordenó, sorprendiéndola por una vez.

Él entró discretamente, una figura robusta con todas las cualidades de las que la última generación enloquecida de Claudianos carecía completamente.

—Flavio Vespasiano, no es necesario que aceches en los rincones. Caenis tiene el oído de las ocas guardianas del Capitolio; la muchacha escucha tus pisadas cuando estás a tres calles de aquí y sé que ha oído tu llegada por la forma en que salta.

Por un momento, la atención de la vieja dama pareció divagar. Últimamente se había vuelto muy frágil, aunque seis meses antes había tenido las fuerzas suficientes para visitar su villa en Bauli, donde se había enfrentado a Tiberio por el trato que dispensaba a su disoluto y empobrecido protegido Herodes Agrippa, caminando junto a la litera del emperador hasta que él accedió a sus peticiones de indulgencia. Aquel espíritu parecía flaquear. Ahora, al ofrecerle la mano, Antonia retuvo la mano de Vespasiano mucho más tiempo de lo que él había esperado, sin dejar de mirarle como si se hubiese olvidado de soltarla. La piel de sus dedos mostraba surcos como la corteza del algarrobo. Al final acabó por soltarle; entonces él se inclinó para besar a

Caenis en la mejilla, no sin haber murmurado antes cortésmente a Antonia: «Con tu permiso».

—¡Bueno, no se puede decir que *te* haya visto mucho! —le reprochó Antonia; esto resultaba un poco ilógico porque siempre se había mostrado un poco inquieta ante la amistad de la pareja—. Caenis me dice que te presentas para edil. —Este cargo, como uno de los curadores de la ciudad, era el paso siguiente en el *cursus honorum*, su ascenso a través de los diversos rangos del Senado—. ¿Confiado?

—¡En absoluto! —respondió Vespasiano con toda franqueza—. Demasiado provinciano y demasiado pobre.

Antonia consideró el tema.

—Demasiado soltero.

Existía un complejo entramado de desalentadoras dificultades legales para la vida de soltero, que en parte afectaban al ciudadano donde más le dolía: en el bolsillo, pero que también daban preferencia a los hombres casados y a los padres en las elecciones. No sólo eran los solteros gente de dudosa fama, sino que se les tenía por desleales a sus antepasados y al Estado. Incluso así, Antonia parecía bastante indulgente.

—Tu día llegará. Caenis cree en ti. ¡Escucha lo que te digo, eso te convierte en excepcional!

Vespasiano estaba de pie detrás del sofá de Caenis y, aunque los gestos de afecto en público se consideraban tradicionalmente incorrectos, él apoyó una mano en el hombro de ella y la mantuvo allí, mientras que con el pulgar le acariciaba suavemente el cuello. Pese a ser muy chapada a la antigua, Antonia no protestó. Caenis se encargó tranquilamente de poner su mano sobre la de Vespasiano para detener la caricia.

Después de una de aquellas prolongadas pausas que comenzaban a convertirse en características, Antonia le hizo a Caenis un comentario inesperado:

—Favorece siempre al hombre que sea tolerante con las viejas; algún día tú también serás una vieja.

Caenis apartó la mano. Vespasiano no dijo nada. Él debía saber, como lo sabía Caenis, que ella tendría que enfrentarse a la vejez por sus propios medios. Ambos eran personas realistas. Antonia le observaba, mientras él sostenía su mirada. De una forma muy sutil estaban rivalizando. Caenis se sintió preocupada. Eran las dos personas que ella se había permitido querer; que estuviesen celosos de su afecto le parecía ridículo.

—No te puedo pedir que cuides de ella —le dijo Antonia—. No estás en posición de hacer promesas.

A pesar de la crítica implícita, él *replicó* risueño:

—Señora, los dos conocemos a Caenis. Insistirá en cuidar de sí misma.

—Oh, siempre espera salirse con la suya —se mofó Antonia—. Pero incluso ella necesitará alguna vez de un amigo.

—Caenis siempre tendrá más amigos de los que cree —declaró Vespasiano en voz baja.

Ahora hablaban como si Caenis hubiese abandonado el cuarto. Ella sintió vergüenza ajena por Vespasiano y se preguntó por qué las mujeres siempre imaginaban que querer a alguien les daba derecho a entrometerse. Entonces su patrona se volvió hacia ella con una rápida y muy cariñosa sonrisa.

—Perdóname, Caenis, pero por lo menos debo dejar a una persona que esté preparada para decirte que no cuando haga falta.

Fue una extraña escena que dejó a Caenis intrigada.

□ □ □

Esperaban a Claudio, el hijo de Antonia. Sus visitas eran esporádicas. El hazmerreír de la corte por su aparente debilidad mental; le habían considerado inepto para la vida pública, un amargo contraste con su glorioso hermano, Germánico. Se había refugiado en los oscuros recovecos de los eruditos; era un estorbo para su madre e intentaba mantenerse fuera de su vista.

La proximidad de la visita había inquietado a Antonia. Les dijo a Caenis y a Vespasiano que se fueran, pero inesperadamente, antes de que salieran de la habitación, volvió a llamar a Vespasiano.

—¿Invitaste a Caenis a la villa de tu abuela en Cosa? —Él la había invitado; Caenis rehusó ir.

Molesta porque había surgido el tema, Caenis se quedó en el umbral con cara de pocos amigos. Había evitado concienzudamente a la familia de Vespasiano porque, si bien lo más probable era que no pusieran pegas a que tuviese una amante muy bien situada y obviamente discreta, tratar socialmente con una liberta podría ser tan difícil para ellos como para ella. La abuela de Vespasiano, la formidable dama que le había criado, estaba muerta, pero incluso ahora visitar su casa le parecía a Caenis algo poco delicado.

—Señora...

—Quiero que vayas —le interrumpió Antonia—. Ve, y diviértete.

En aquel momento anunciaron a su hijo. Entró Claudio, con aquella sorprendente melena blanca y su extraño andar titubeante; amagó besar a su madre, se lo pensó mejor; comenzó a decirle algo a Caenis, también decidió no hacerlo, y después se sentó, cosa que de inmediato le hizo parecer más controlado y mucho más tranquilo. Antonia hacía evidentes esfuerzos para disimular su agitación. La relación era un desastre. Claudio estaba demasiado cerca; con él su inflexible cortesía habitual se desmontaba. Ella le comunicaba su tensión, con lo cual los tics y el tartamudeo de Claudio empeoraban en su presencia.

—Caenis se va a Cosa —manifestó Antonia con voz áspera—. Con su amigo. — Resultaba imposible rebelarse contra esta orden pública—. ¿Conoces a Flavio Vespasiano? Mi hijo...

Así fue como Vespasiano fue presentado a Claudio, y nada menos que por la mismísima Antonia. Aunque ella creía que su hijo era ridículo y un inepto, no dejaba de ser el nieto de Augusto. Había que mantener cortésmente la ficción de que para un desconocido joven senador fuera útil conocer a alguien como Tiberio Claudio Druso Nerón Germánico.



Caenis no entendía por qué la gente consideraba que viajar era un gran incordio. Hasta que visitó Cosa nunca había salido de Roma. La experiencia le pareció maravillosa. Reconocía que había sido un viaje incómodo. Había hecho la primera parte del trayecto en litera. Después de atravesar el río por el puente Sublicio, había cruzado el distrito catorce, donde vivían los vendedores ambulantes, para llegar a los arrabales de la ciudad. Vespasiano se reunió con ella en la Vía Aurelia, con un vehículo de dos ruedas tirado por una yunta de mulas zarrapastrosas.

«Trae almohadones», le había advertido él y fue un buen consejo. Algunas personas viajaban en carretas de cuatro ruedas, lo bastante amplias como para llevar sus camas, pero que avanzaban sin esfuerzo tiradas por dos yuntas de rápidos y relucientes corceles. Algunos eran dueños de carruajes con cortinas de seda roja, decorados con filigranas de plata, equipados con taburetes, cestos de comida y tableros de damas abatibles para mantenerles entretenidos. Incluso dentro de la ciudad, la mayoría de los senadores se trasladaban reclinados en literas llevadas a hombros por robustos y altos esclavos. Los hermanos Flaviano compartían un calesín con el espacio justo para dos personas y un pellejo de vino; el equipaje iba sujeto al techo con una soga de pelo de cabra. Se decía de la tierra de los Sabino que las mulas se distinguían por su calidad. Una de ellas, *Brimo*, era famosa por toda la vieja ruta de la Sal a Reate por su mal genio. La otra, aunque de mejor temperamento, estaba llena de mataduras y le faltaba una oreja; *Brimo* se la había arrancado de un mordisco.

Caenis descubrió que las peripecias del viaje hacían que Vespasiano se mostrara de pésimo humor. Por fortuna, no se metía con ella. Caenis no causaba problemas; lo miraba todo, sin quejarse y completamente embobada.

La primera vez que hicieron un alto para descansar, ella se alejó sola por el campo abierto y se estuvo allí con los brazos en cruz para empaparse de sol primaveral y de paz. Estaban en Etruria. Querían llegar a la ciudad de Caere a la hora de comer, pero *Brimo* decidió hacerse la remolona. Por lo tanto, comieron ensalada y fruta entre los suaves túmulos redondeados que eran las casas de los muertos etruscos. A la derecha estaban las colinas bajas; a la izquierda los campos acabados de arar se extendían hacia el distante resplandor del mar.

Vespasiano, más tranquilo, se acercó a ella por detrás. Le hizo cosquillas en la nuca con una hoja de hierba; Caenis no le hizo caso.

—¿Qué estás haciendo?

—Miro el vacío, ¡hay tanto cielo! —Nunca había salido antes de la ciudad.

Vespasiano se rascó la oreja, asombrado. Cosa estaba a unas veinte leguas al norte de Roma en línea recta, bastante más por carretera. Un correo imperial hubiese cubierto fácilmente esa distancia en dos días, con tiempo de sobra para una comida, un baño y un masaje en la *mansio*; no así las mulas flavianas. Mientras se arrastraban como un caracol por Tarquinia, Vespasiano masculló que todos irían a casa por mar.

El cabo Cosa se adentraba en el mar como una gruesa rama. La ciudad se encontraba al sur, donde la península se unía a tierra firme con una extraña laguna con el agua de color verde botella. Los niños, como había hecho Vespasiano en su infancia, se zambullían incansables en el agua para después ir corriendo a lo largo del espigón y zambullirse otra vez. Cosa era una bonita ciudad marítima fundada por los griegos y que conservaba un ambiente distendido. La finca de la abuela de Vespasiano estaba un poco más allá hacia el este. Era obvio que éste sería siempre su lugar favorito.

Después, Caenis rara vez mencionaría el tiempo pasado en Cosa. Sabía que era la única oportunidad de vivir juntos en la misma casa. Vio a Vespasiano tal como era en su hogar; presencié el transcurrir completo de su jornada, con su ritmo regular de despertarse antes del alba, la actividad de la mañana, la comida y la siesta en la cama con ella, después un baño y la alegre cena. Observó la divertida desconfianza entre él y sus esclavos (él esperaba que le engañaran, ellos protestaban por su tacañería), pero era así desde hacía años y siempre había existido una relación leal; si la gente se burlaba de él, ellos sabían que él también se burlaba de sí mismo. Todas las personas que le trataban aceptaban al hombre tal como era. Le mostró a Caenis los lugares que conservaban recuerdos de su infancia, los objetos de la casa que le recordaban a su abuela. Mantenía la villa como siempre había estado. Era su lugar de reposo. Aquí se le iluminaba el rostro; se relajaba su fuerza. Era feliz, y verle así hacía que Caenis dejara a un lado sus propias dudas para ser feliz con él.

Caenis opinaba que la mayoría de las personas existían por sus esperanzas de futuro; ella nunca podría hacer lo mismo. Ella debía vivir para el presente. Al menos ahora nunca volvería a ser alguien sin pasado. Ella también tendría, si podía soportarlos, hermosos recuerdos para acompañarla en la vejez.

□ □ □

Regresaron a casa por mar, y a Caenis navegar le gustó incluso más que viajar por tierra. El día que entraron en Roma procedentes de Ostia, ella hizo todo lo posible para disimular su creciente desdicha. Ésta no se debía sencillamente a que se hubiera visto obligada a ver de muy cerca aquello que nunca poseería. Creía saber por qué Vespasiano había querido llevarla a Cosa. Era su lugar favorito, estaba preparando sus propios recuerdos para incluir uno donde apareciera Caenis allí. Con un triste

presentimiento, adivinó la razón: su tiempo juntos no duraría mucho más.

Se sentía tan deprimida que no se sorprendió al ver que ordenaba a los porteadores de la litera que se dirigieran al apartamento donde vivía su hermano. Vespasiano también vivía allí, aunque había decidido alquilar un apartamento para él solo antes de las siguientes elecciones y así aparecer como un candidato con medios; nadie se tomaría en serio a un hombre que vivía en casa de su hermano. Caenis nunca había estado allí. Esperó en la litera mientras Vespasiano entraba en el edificio de pisos. La zona era modesta pero adecuada; Caenis conocía el distrito; más o menos cercano al Esquilino por el lado menos elegante. Por aquí había un almacén de vitelas y pergaminos de primerísima calidad donde ella había ido un par de veces a comprar material.

Vespasiano apareció en el portal.

—Por favor, baja un momento.

Él abrió la portezuela de la litera y le ofreció el brazo para ayudarla a apearse antes de que ella pudiera dudar.

□ □ □

Al parecer, Sabino no estaba en casa. Su esposa les esperaba en el vestíbulo, una muchacha de baja estura, más o menos de la misma edad de Caenis y con una agradable cara redonda que, comprensiblemente, parecía preocupada. El mobiliario del apartamento era bastante escaso, y los muebles eran macizos y anticuados, aunque Caenis supuso que se debía al gusto sombrío de Sabino. Había unas enormes cortinas rojas que parecían difíciles de descorrer. Si bien en un primer momento todo el ambiente parecía muy formal, las patas de las mesas y de los divanes aparecían golpeadas por los juguetes de los niños. Caenis tuvo la sensación de que la visita estaba preparada. Después se convenció de ello, aunque nunca descubrió cómo Vespasiano se había enterado de lo sucedido. Quisieron llevarla a otra habitación, pero ella preguntó dominada por una creciente angustia:

—¿Qué pasa?, ¡Tito!

La esposa de Sabino la tomó de la mano. Caenis sintió que algo terrible se cernía sobre ella.

—Quería decírtelo yo mismo —manifestó Vespasiano. Lo sabía. Él la abandonaba—. Muchacha, no quería que te bajaras de la litera y vieras los cipreses delante de la puerta, la casa vestida de luto. —Ella seguía sin intuirlo. Algunas veces, el cerebro se muestra de una lentitud desesperante. Caenis levantó una mano y en un gesto ridículo se alisó el pelo. Él tuvo que decírselo, porque incluso entonces ella no le comprendía—. Tu señora, Antonia, ha muerto.

Ella no quería aceptarlo. No se movió; no podía hablar.

—¡Caenis! Querida mía...

Caenis cerró los ojos. Vespasiano le tendía los brazos, pero aunque ella deseaba

con desesperación refugiarse contra su pecho y llorar con la cara hundida en su hombro, lo apartó de su mente. No podía permitirse su consuelo. Si cedía ahora, nunca más volvería a ser fuerte, y Caenis sabía que necesitaba serlo. Con una claridad brutal le dijo a la ansiosa y acicalada esposa de Sabino:

—Estoy sola. ¡Esa dama era todo lo que tenía!

Vespasiano bajó los brazos. Era demasiado tarde para retirar las palabras. La esposa de Sabino (se la habían presentado a Caenis, pero ella no conseguía recordar el nombre de la joven) la había llevado a alguna parte, a un cuarto, quizá a la biblioteca.

—¿Qué ocurrió? ¿Fue Calígula? —quiso saber Caenis.

—Creemos que no. Al menos, directamente. Al parecer fue por causas naturales; después de todo, era una anciana. Pero la gente no está segura. Muy bien puede haber sido por propia voluntad. Esas cosas nunca llegan a saberse.

—No —murmuró Caenis con voz opaca—. No. Nunca se dicen.

—Llora si quieres.

Pero Caenis no podía llorar.

Y entonces la joven añadió:

—No te vayas a casa todavía; quédate y come algo. No se puede hacer nada. Más vale que regreses a casa preparada.

Caenis casi se sintió divertida.

—¡Tu cuñado no tiene derecho a pedirte esto! —protestó.

La esposa de Sabino la miró con tranquilidad.

—No lo ha hecho —respondió. En aquel momento, Caenis comprendió que la esposa de Sabino era la amiga que nunca tendría. Aunque comer le resultó un acto casi imposible, aceptó la oferta.

□ □ □

Cuando estuvo dispuesta para marcharse, se negó a que Vespasiano fuera con ella. Caenis y la esposa de Sabino intercambiaron una sonrisa. Le habían sorprendido; tal vez incluso se habían sorprendido a sí mismas. Estaban disfrutando de su pequeña rebelión contra el orden establecido por los hombres sobre las mujeres. Se habían apoyado mutuamente; después, compartiendo aquella sonrisa triste, acataron las normas sociales. Sin embargo, fue la esposa de su hermano, y no Vespasiano, quien abrazó a Caenis en la puerta. En aquel momento, Caenis estaba impaciente por llegar a casa. Su equilibrio se había estabilizado hasta cierto punto pero sentía que no podría aceptar del todo la pérdida de Antonia hasta que no regresara a casa. Necesitaba estar a solas en su habitación antes de poder siquiera iniciar la valoración de sus sentimientos. Vespasiano parecía preocupado, pero ella no tenía tiempo para calmarle.

—Caenis, ella quería que fueses a Cosa. Fue deliberado.

—Yo tendría que haber estado con ella. ¿Es que no lo sabía?

—Tú tenías un lugar preferente para tu señora. Ella no lo ignoraba. —Las manos de Vespasiano le pesaban sobre los hombros; ella no podía escapar con facilidad. También el rostro del hombre estaba pálido—. Supongo que no podía soportar verte perturbada.

Él tampoco podía; estaba claro para Caenis. Por fin se libró de sus manos y se apartó. Con gesto severo asumió el deber de los afligidos de consolar a los que les rodean.

—Lamento lo que te dije. Te tengo a ti; por supuesto; lo sé.

Él, con el semblante impasible, permaneció callado al principio, pero después rechazó sus palabras diciendo:

—Éste no es el momento.

Como hombre que era, él no comprendía que únicamente ahora, ahora que estaba sumergida en otra preocupación, podía hablarle de lo que sentía por él. Sin embargo, él nunca había escapado de la realidad, así que Caenis le dijo sin rodeos:

—Nunca me mientas. Dime la verdad en su momento. No esperes a que resuelva las cosas por mi cuenta; Tito, no me lo dejes... —Se interrumpió.

—No —contestó él.

Entonces, en el momento en que ella se volvía para subir a la litera, él le habló de repente:

—Tu concepto de la lealtad de otras personas es tan vacío como tu idea del campo. Pero, Caenis, en el campo, precisamente cuando crees que tienes todo el mundo para ti, paseas por un olivar y te encuentras con algún viejo pastor sentado en cuclillas en la sombra. —Hizo una pausa, y añadió con voz ronca—: Que te sonrías, muchacha.

—El campo es tu mundo, no el mío —replicó Caenis, que consiguió encontrar una pizca de humor para él—. ¡E incluso una chica de ciudad, si alguna vez ha leído a algún poeta, sabe que un pastor es la última persona en la que puedes confiar!

A pesar de sus súplicas, Vespasiano insistió en acompañarla hasta la casa de Antonia. Ella no podía hacer nada por evitarlo. El joven caminó con el lacayo delante de la litera. Sin darse por vencido, cuando la dejó en la puerta, manifestó con brusquedad:

—Llámame cuando me necesites. —Después, como era un hombre valiente, le sujetó el rostro afligido con sus grandes manos—. Muchacha, estoy aquí. Lo sabes.

Ella no podía permitirse echarle los brazos al cuello como deseaba, porque debía estar sola cuando comenzara a llorar.

—Caenis...

Ella tenía que detenerle. Era consciente de que cualquier cosa que él le dijera sería más de lo que ella podría soportar.

—Sí, lo sé. Como nos dijo mi señora, Tito, «Algunas veces incluso Caenis necesitará un amigo». Y cuando lo necesite, tú estás aquí. Sí, lo sé.



Ahora Flavio Vespasiano estaba en condiciones de aspirar a un ascenso en el Senado. Se presentó a las elecciones, y no consiguió nada.

Caenis tenía tendencia a sentirse culpable por cualquier cosa; se convenció a sí misma de que su posición en la vida de Vespasiano contribuyó a su derrota. Hay años en que los golpes se suceden de tal manera que resulta imposible saber hasta qué punto cada uno de ellos es el resultado del desánimo que han causado los otros. Perder a Antonia había sido un terrible revés: estaba físicamente cansada y emocionalmente exhausta. Su pesar la había ensimismado tanto que Vespasiano tuvo que buscar apoyos por sus propios medios. Hizo todo lo que pudo. Tras el fracaso, su hermano le dijo que su forma de actuar fue demasiado diferente; continuaba siendo un extraño para muchos de los miembros del Senado. Tendría que labrarse una posición y volver a intentarlo al año siguiente.

Comenzó a organizar las cosas inmediatamente. Caenis le observaba con creciente fascinación mientras él y Sabino repasaban toda la lista de senadores, analizaban el voto de cada uno y después discutían sobre aquellos a los que podrían hacer cambiar de bando. Sólo podían utilizar la persuasión oral; no tenían dinero para sobornos. Caenis comprendió que Vespasiano no se tomaba la política a la ligera como había dejado entrever su renuencia inicial. Advirtió su mente incisiva, lo concienzudo que era, su habilidad para planear y después llevar a efecto sus planes. Eran pocos los hombres que poseían estos talentos. De los dos hermanos, era él quien poseía el carácter más decidido. Una vez que Vespasiano decidía actuar, su energía era tremenda y su imaginación más aguda. Por lo tanto, Sabino se sentaba con las listas sobre una mesa baja, los dos inclinados hacia adelante en sus taburetes, dedicados a repasar los nombres incansablemente. Aunque tenían mecenas en la corte, Vespasiano trabajaba siempre con su hermano. Los hombres del territorio Sabino tenían una tradición de servicio público, y los Flavianos tenían un espíritu de clan muy acendrado. Mantenían su confianza política dentro de la familia.

Caenis se había convertido en una asidua visitante del diminuto apartamento que Vespasiano había alquilado; sin Antonia, ella tenía muy poco que hacer en casa. Mientras los hombres trabajaban, hablando en un tono reflexivo, ella despedía a la criada. Se encargaba de servirles el vino, se movía por la habitación pobremente amueblada con su andar silencioso, cerraba la cortina llena de agujeros de polilla, que

servía de puerta, para atenuar el estrépito que venía del taller instalado en la planta baja donde batían el cobre, abría las destartadas persianas para dejar entrar la brisa, que si no era menos maloliente y caldeada en este decrepito vecindario por lo menos era aire diferente. Después se acurrucaba en un desvencijado sofá, con una vieja capa de Vespasiano sobre los pies, contenta de tener la oportunidad en estos momentos bajos de su vida de perderse en sus propios pensamientos.

Le estaba costando mucho recuperarse de la muerte de Antonia. Caenis, que la había respetado y querido como amiga, no dejaba de rabiarse por el hecho de que sus últimas semanas de vida se hubieran estropeado por la discordia con el nuevo emperador. Nunca descubrió si la muerte de Antonia fue obra de su propia mano. Otras personas de la casa daban por hecho que ella conocía todos los detalles; de hecho, ella prefería no saberlos. Claudio había hablado con ella sobre el testamento; Antonia había incluido modestos legados para todos sus libertos y le había tocado a su hijo, como principal heredero, distribuir el dinero. Dijo que haría lo que estuviese a su alcance, pero que todo dependía del emperador. La Casa de Livia continuaba siendo propiedad imperial, y hasta el momento no había ninguna sugerencia en el sentido de que los libertos de Antonia tuvieran que marcharse; sin embargo, era lógico suponer que más tarde sería conveniente que lo hicieran; otro problema más que Caenis tendría que afrontar.

Aunque nunca hablaban de su madre, Caenis se encontraba ahora más cómoda con Claudio. Por otra parte, se había fijado en que desde el momento en que se conoció su relación con Vespasiano, los otros hombres habían abandonado cualquier intento de conquista, siempre mal recibido. No sabía si esto se debía a algún código masculino, o si ella había dejado de mostrarse vulnerable. Quizá la explicación más sencilla era que parecía más vieja.

Con el tiempo se confirmó que debido a su ubicación en el Palatino, la Casa de Livia no sería vendida y que ningún miembro de la familia imperial quería ejercer el derecho de vivir allí. Caenis se quedó dedicada a preparar el inventario de los muebles y los objetos domésticos. Esto no se hacía con el propósito de una venta normal en el Saepta Julia. Aunque Calígula había heredado un gran tesoro del precavido Tiberio se estaba gastando los fondos a un ritmo impresionante, porque le encantaba divertir al populacho con un programa casi diario de extravagancias teatrales, juegos públicos y espectáculos con bestias salvajes, regalos lanzados desde el techo del edificio del juzgado y en bonos de regalo dejados en las butacas. Todo indicaba que en cualquier momento se le podía pasar por la cabeza cambiar el testamento de su abuela y quedarse con los tesoros para volver a llenar sus arcas.

Calígula no había asistido al funeral de Antonia. Había observado cómo se consumía la pira desde la ventana de su comedor, mientras hacía comentarios jocosos con Macro, el comandante de los guardias. Las cenizas de Antonia fueron

depositadas en el mausoleo de Augusto pero con el mínimo de ceremonias.

□ □ □

—¡Caenis! —Flavio Sabino nunca se marchaba sin dedicarle una palabra—. Mi esposa te manda saludos.

Caenis no la había vuelto a ver, y francamente tampoco lo esperaba; sin embargo, la muchacha se tomaba la molestia de enviarle sus saludos, a menudo acompañados por unas flores o algún otro regalo. Su cortesía parecía sincera.

—¡Esta jovencita parece cansada! —le reprochó después Sabino a su hermano. Vespasiano rodeó la cintura de Caenis con su musculoso brazo.

—Se recuperará enseguida. Le he comprado una porción de pastel de carne. ¡Tiene grandes poderes reconstituyentes!

Sabino dirigió a Caenis una sonrisa triste. Era un hombre trabajador y afable; sospechaba que Caenis necesitaba algo más que una porción de pastel de carne. Una vez superada su desaprobación inicial, consideraba que su hermano menor trataba a su amante con demasiada despreocupación. Hubiese sido inútil explicarle que el pequeño pero considerado regalo de Vespasiano significaba para ella mucho más que un collar de cuentas tomado de la bandeja del joyero sin ningún interés real detrás del presente.

—¡Hummm, ven a la cama! —murmuró Vespasiano mientras le daba un beso después de marcharse su hermano. Caenis le atravesó con una mirada de acero.

—¿Qué hay de mi pastel?

—Nos lo llevaremos a la cama.

—Te encontrarás migajas en la manta.

—Me he dado cuenta —comentó Vespasiano— de que cuando tú y yo comemos algo nunca quedan migajas.

El pastel de carne estaba delicioso, y él tenía toda la razón: no quedó ni una migaja. Caenis respondió con un entusiasmo que en la escala de valores de Verónica hubiese correspondido a agradecer un par de pendientes etruscos o un collar de plata.

Vespasiano exclamó después, con su amplia y alocada sonrisa:

—¡Señora, esto ha sido algo que nos alegrará la memoria cuando seamos viejos e impotentes!

Él era muy sano y de una vitalidad inagotable; incluso después de hacer el amor con el entusiasmo de un hombre que consideraba el sexo como la forma más natural y divertida de hacer ejercicio, su respiración tardó muy poco en recuperar el ritmo normal.

Caenis, jadeante, le golpeó suavemente el pecho.

—¡Me he quedado muda!

—Vaya cambio.

—Eres un toro; nunca serás impotente. ¡Seguirás pidiendo que te envíen a alguna

chica, o a todo un grupo, para que te animen la tarde cuando tengas los setenta!

Vespasiano echó la cabeza hacia atrás mientras se reía como un descosido, y después permanecieron unos minutos en silencio antes de hablar con más comedimiento.

—Me pregunto si entonces nos reconoceremos.

Se trataba de una pregunta injusta: los hombres podían ser unos auténticos cerdos.

—Me imagino que habré muerto de aburrimiento mucho antes —respondió Caenis con voz agria.

Él refunfuñó, imitando al astrólogo del teatro de Balbo: «*Su vida será bondadosa; bondadosa su muerte...*». Sabía muy bien que Caenis rechazaba los augurios. Ella se lo había dicho, aquello en que se convertirían cualquiera de los dos se encontraba dentro de ellos. Nadie tenía ventajas ni quien le ayudara. La vida sería sólo aquello que ellos escogieran que fuese, apañándose dentro del corsé de la sociedad.

—Esta noche estás muy callada —comentó él sin más. Ella se sorprendió más del comentario que del hecho de que se hubiera dado cuenta—. ¿En qué piensas?

Ella no respondió. De todas maneras, él casi siempre lo sabía.

—¿Ya han ocupado la casa de tu señora? ¿Qué pasa con Claudio?

Para su propia sorpresa, como para la de todos, Claudio había sido escogido por Calígula para compartir el honor del consulado con su emperador. Claudio nunca tuvo un cargo público de ninguna clase, porque tanto Augusto como Tiberio le consideraban públicamente incapaz. Como colega de Calígula además de su tío, se había visto obligado a vivir en el palacio. Lo más probable era que estuviese buscando una vía de escape, y la casa de su madre quizá sería el lugar adecuado.

—Tienes toda la razón —afirmó Caenis, aunque Vespasiano no lo había mencionado—. Necesitaré algún lugar donde vivir.

—¿Quieres venir aquí? —le propuso él al instante.

Ella se quedó atónita. Deseaba vivir con Vespasiano más que cualquier otra cosa.

—No, Tito. Muchas gracias. No.

Resultaba increíble que un hombre pudiese ser tan estúpido. Maldita sea, ella había creído que Vespasiano era humano. Se sentó bruscamente, y se abrazó las rodillas. No podía soportarlo.

—¿Por qué no? —insistió él, tozudo.

Caenis resistió la tentación de apartarse, de marcharse y no volver nunca más. Reprimió su enojo, aunque no hizo nada por disimularlo.

—¡Corazón mío, jamás pescaré a un senador rico si todos saben que estoy viviendo contigo! ¿Y cómo, por Juno, se supone que conseguiré que hagas un buen matrimonio? Además, si vengo a vivir aquí mientras tú eres soltero, ¿qué pasará conmigo después? Eres un cabrón, un cabrón de tomo y lomo; ¡tú ya sabes todo eso! —Él tenía la desesperante costumbre de poner cara de extrañeza cuando alguien

perdía totalmente el control—. Espero que te hayas dado cuenta —añadió Caenis con voz fría, al tiempo que hacía todo lo posible para dominar su temperamento— de lo difícil que me resulta insultarte.

Él no abrió la boca. No cabía ninguna duda: se había dado cuenta. Vespasiano sabía que la había castigado más allá de los límites razonables. Sin embargo, insistió como si fuese algo relevante.

—Caenis, ¿tú crees que alguna vez conseguiré algo en mi carrera?

Más tolerante con el aparente cambio de tema, ella respondió:

—Por supuesto. Ya sabes que sí.

Vespasiano exhaló un lento suspiro.

—Si no creyera que... —Quizá, afortunadamente, él no acabó la frase—. Una vez, cuando era un muchacho, un augur le dijo a mi padre que su segundo hijo llegaría a ser alguien muy especial. Esto fue hace mucho tiempo, ¡y no te diré lo que se supone que llegaré a ser! A mi abuela se le reventó la faja de tanto reírse. Le dijo a mi padre que tenía pájaros en la cabeza. Que tendría que darle vergüenza actuar como un imbécil delante de su madre.

Caenis soltó la carcajada.

—¡Tu abuela me hubiera caído bien!

—A mi abuela —replicó Vespasiano risueño—, no le hubieses caído nada bien. Hubiese adivinado en el acto que ibas detrás de mi dinero.

Sin dejar de reírse, porque Vespasiano era tan pobre que resultaba ridículo, ella se volvió ligeramente hacia él, y al hacerlo sintió la caricia de su poderosa mano en la espalda. Sus ojos parecían, por una vez, muy sosegados.

—Tito, no necesitas de una bendición supersticiosa. No fracasarás. Podrás ser lo que tú quieras.

Él pasó la palma de su mano metódicamente a lo largo de la columna vertebral de Caenis. Lo hacía con toda la intención, para provocarla, y también para calmarla.

—¡Ah! ¿Con que me das ánimos? ¿Quieres realizar tus ambiciones a costa mía como los cuervos locos de la familia imperial? ¿Eres una intrigante, muchacha? ¿Una marrullera de palacio?

Herida una vez más, ella apoyó la cabeza en las rodillas.

—¡No eres mío para manipularte! La próxima vez que te presentes te elegirán edil y todo te será más fácil a partir de ese momento. Pero espero...

Él también se había erguido en la cama y ahora la abrazaba, rodillas y todo.

—¿Qué? —preguntó ansioso—. ¿Qué esperas? ¡Caenis, dime lo que esperas!

—Que cuando seas viejo y famoso —murmuró ella contra su hombro—, alguna vez recuerdes que comiste una salchicha con una esclava de mal genio en una despensa.

—¡Oh, mi querida muchacha!

Si alguien le tocaba en un punto sensible, él se derretía. Si Caenis tuviese la confianza de una Verónica, se hubiera dado cuenta de lo fácil que era hacerle llorar. En cambio, él simuló sonreír, y después la tumbó: un hombre de su tamaño necesitaba ejercicio, y hacer el amor a las mujeres era una forma fácil de conseguirlo. Además, él quería otro recuerdo para la vejez.

□ □ □

No pasó mucho tiempo sin que él hiciera otro viaje a Reate. Su madre todavía vivía allí, en la casa familiar. Él era un buen hijo: Caenis se había acostumbrado a que fuera a visitar a su madre. Nunca le acompañaba; tenía muy claro que ella y la madre de Vespasiano no se conocerían.

A Vespasia Pola, una mujer de carácter y tacto, probablemente tampoco le gustaba saber de Caenis, aunque nunca malgastaría el aliento en decirlo. Era una de las pocas personas que sabían cómo y cuándo persuadir a su empecinado hijo menor de que hiciera algo que en realidad no quería hacer. Él había querido a su abuela Tertulia; le gustaba complacer a su madre. A lo largo de su vida sería un hombre que alimentaba una profunda consideración hacia las mujeres que le rodeaban. Era afectuoso con su amante. Y Caenis sabía que algún día sería leal a su esposa.



En cuanto ella le vio la cara lo comprendió todo.

Había ido a verla a la casa de Antonia, inesperadamente y sin anunciarse, mientras ella creía que aún estaba en Reate. Actuó de forma automática. Después de todo, Caenis era una secretaria de primera clase. Le habían enseñado a comportarse con aplomo en cualquier emergencia social.

—¡Tito! Has regresado a Roma.

—Estoy de vuelta —declaró él, sombrío—. ¡Oh, Caenis!

Todo era perfectamente obvio. Bastaba con verle la cara.

□ □ □

La escena se grabó en su memoria como si ella fuese un desventurado insecto que se ve lentamente atrapado en la corteza de un pino, sumergido en un pegajoso chorro de ámbar durante los dos mil años siguientes. Allí estaba todo: la alfombra de lana con los desvaídos tonos de rojo y azul a sus pies, doblada en una esquina; los vasos griegos con figuras negras colocadas en un bufete; la lista que había estado repasando y que se había caído de la mano al levantarse cuando le vio entrar; el alfiler en el hombro del vestido que se aflojaba y la arañaba si se movía, pero que no podía perder tiempo en abrochar. El candelabro había tintineado colgado de su cadena cuando él cerró la puerta con mucho cuidado.

No había nada raro en su expresión. Siempre fruncía el entrecejo de aquella manera severa; la gente se reía de él, pero no podía evitarlo. Ella advirtió el horror sólo porque en cada plano de su rostro estaba inscrito su desconsuelo. La voz de Caenis sonó con el mismo tono de siempre.

—¿Qué pasa? Cuéntamelo.

Él se acercó sin perder un segundo. Al parecer, consideró poco apropiado besarla. Ella no quería que la besara; después lo deseó con desesperación. Por un momento, él apoyó ambas manos sobre sus hombros; al cruzarse sus miradas, él bajó los brazos.

—Adivina. Una mujer adecuada ha accedido a ser mi esposa.

Caenis quería pelear. Nunca vencería. No había enemigo. Se oyó a sí misma decir con una voz baja y respetuosa:

—Me parece muy correcto. ¿Cómo han podido tardar tanto? Sí. Debes casarte. ¡Bueno! Rica, espero.

Vespasiano la arrastró hacia un sofá donde la obligó a sentarse, para luego hacerlo él a su lado, cogido de su mano, no tanto para consolarla, porque sin duda había percibido por su resistencia que ella apenas soportaba que la tocara, sino como si él mismo necesitara sujetarse a algo para poder seguir adelante.

—Los ricos —declaró con un tono apagado— se muestran curiosamente lentos en aceptarme. Ella no es rica. ¿De verdad quieres oírlo?

Caenis cerró los ojos. Por alguna extraña razón asintió.

—Otras personas acabarán por contármelo. Prefiero saberlo por ti.

—Es alguien de Ferentium. Su padre está en el servicio de finanzas; no es del todo una provinciana pero tendría que comprender mis dificultades. Su padre tuvo que presentarse ante una junta de arbitraje para establecer su derecho a la plena ciudadanía, pero creo que todo se solucionó sin problemas.

Vespasiano utilizaba el mismo tono que, aplicado a otros temas, había sido su manera de pedirle consejo. Guardó silencio.

—¿Tiene buen carácter? —le animó Caenis con voz seca.

Él respondió como un hombre que se ve investigado por el Senado acusado de apropiación indebida por algún enloquecido soplón imperial.

—¡No está mal! —Se aplacó. Exhaló un suspiro. Se forzó a ser menos despreocupado—. No, seamos justos; es una mujer decente.

—¿La has visto?

—Sí.

—¿Te has acostado con ella? —preguntó Caenis.

—No —respondió Vespasiano paciente. En realidad ya no tenía importancia, pero Caenis se alegró de todas maneras—. Será mejor que te lo diga; fue la amante de alguien. Statilius Capella, un senador de África.

¡Dioses, no era nadie! Lo comprendió al instante.

—¡Magnífico! —exclamó Caenis—. ¿Un senador? Muy amable de vuestra parte dejar uno libre para los demás... —Ella apartó la mano, y se levantó para pasearse por la habitación.

—Caenis, por favor.

La siguió, como ella tendría que haber sabido que haría. Ella quería acurrucarse en algún lugar oscuro como una bestia herida. Pero estaba esa terrible necesidad de comportarse civilizadamente. Estaba esa desgarradora obligación de no herirle. No tenía escapatoria.

—Caenis, lo siento muchísimo. No te muestres valiente y cínica. Grita si quieres, chilla, insulta, pégame en el pecho con tus puños, llora; llora todo lo que quieras y probablemente yo te acompañaré. —Resultaba siniestro; estaba frenético.

Caenis dejó que la abrazara.

—Tito, calma. Ha sido muy valiente de tu parte haber venido. Te agradezco tu

sinceridad. No tienes por qué tener miedo de que te monte una escena.

Ella permaneció allí, sin responder a su abrazo, pero apoyada pacientemente contra su cuerpo hasta que él acabó por soltarla.

—¿Ahora tengo que marcharme?

Se había acabado. Todo se había acabado.

—Espera un momento, por favor. —Su cerebro aturdido le recordó que debía dejarlo todo absolutamente claro—. Sabes que nunca más te volveré a ver.

—No.

Él no le crearía dificultades. Y ya puestos, ella tampoco. A partir de ahora sólo había una disciplina para ambos.

—Ni siquiera te saludaré; es lo mejor... ¿Cuáles son tus planes? —le preguntó más amable.

—Oh, edil, pretor, después buscar un destino en el ejército. —Su voz era mucho más dura que en ningún otro momento—. ¡El *cursus honorum* se extiende idílicamente hasta vaya a saber dónde!

—¿Tito? Amor mío, ¿qué pasa? —Caenis tenía que preguntarlo.

Ahora le tocó apartar a Vespasiano. Permaneció rígido, con el rostro blanco como un lienzo hasta donde le permitía la emoción. Resultaba obvio que se sentía profundamente perturbado.

Por primera y única vez dijo escuetamente:

—Tú tenías toda la razón. Nunca tendríamos que haber hecho esto.

Ella no tenía ninguna respuesta segura. Le abrazó; ¿qué otra cosa podía hacer?

—Una estupidez.

—Nunca digas eso. No lo devalúes. —Ella le apretó con fuerza, y se balanceó suavemente, con el rostro apretado contra el de él, pero vuelto con toda precaución. Se sorprendió al escuchar que otro pudiera hablar con tanta amargura.

—¿Valió la pena para acabar así?

—¡Sí! —gritó Caenis, extasiada; Vespasiano se encogió.

Y entonces comenzaron a reír juntos, peligrosamente cerca de las lágrimas.

—Oh, Tito, Tito, por favor. Se supone que la escena la tengo que hacer yo, no tú. Ah, mi fornido hombretón de corazón tierno, ¿cómo te atreves a mostrarte trastornado? Sé un monstruo, maldita sea, sé un hombre. ¡Sé como todos los demás!

Apenado, él apoyó su frente contra la de Caenis.

—Hago todo lo que puedo.

—No es suficiente. ¿Estás corto de dinero?

Él se quedó como si le hubieran dado un mazazo.

—¡Por Júpiter! Qué pregunta más absurda... —Se había quedado en desventaja; ella tuvo que tranquilizarlo; había perdido su temple; todo iría bien—. En primer lugar, siempre estoy corto de dinero y en segundo lugar, mujer, evítatelo. Ya no estás

obligada a preocuparte por mí y por mi miserable cuenta bancaria.

Caenis decidió que ella se preocuparía por lo que le viniera en gana.

—Olvídate de eso. Escucha. Tengo diez mil sestercios; el legado de Antonia. No puedo gastarlo, es mi seguro, y no quiero meterlo en una caja fuerte en el Foro para que se lo quede algún odioso banquero oriental, quien en lugar de ocuparse de su ábaco intenta darte un beso cuando todo lo que una quiere es un interés decente... — Se estaba quedando sin aliento.

—No, Caenis. Tus ahorros no.

—¡Sí! Cógelos; úsalos para tu propio bien. Aumenta tu hacienda; compra algunas influencias. No es gran cosa pero es un gesto: alguien cree en ti.

—Es una jugada tonta —señaló él con desprecio.

—Es una astuta inversión —replicó Caenis—. Quiero que lo tengas; no hay nadie más en Roma que lo valga. Si no puedo tenerte, entonces por la Buena Diosa te ayudaré a convertirte en alguien. ¡Me lo debes!

Él se tapó el rostro con las manos. Su voz era poco más que un susurro.

—Te enviaré los intereses, y te lo devolveré.

—¡Quizá! —ladró Caenis, que volvía a ser ella misma.

—Si lo necesitas no tienes más que decírmelo.

Dado que ella no tenía la intención de volver a hablarle nunca más, eso sería un poco difícil.

—Tito, tengo que devolvértelo.

El brazalete que él le había dado para celebrar su libertad lo llevaba en la muñeca; desde entonces él le había comprado otros regalos: alfileres, un collar de conchas, un peine de marfil, pero los demás objetos de valor se los había dado Antonia. Los regalos de Antonia habían sido impresionantes obras de artesanía antigua, joyas con ópalos, turmalinas y granates. Pero el brazalete de oro seguía siendo para ella la cosa más bonita del mundo.

Vespasiano se puso furioso ante su oferta.

—¡No, maldita sea!

—¿Está pagada? —insistió ella. Él no respondió a esta pregunta.

—Caenis, es tuyo; es mi regalo para ti; es tuyo para que lo guardes. Si no lo quieres, de acuerdo, títalo o véndelo, pero no me lo digas ni pretendas ofenderme devolviéndomelo.

Ella supuso que Vespasiano había olvidado que el brazalete llevaba sus nombres grabados en la parte interior. Empecinada, se quitó la pulsera y señaló las letras.

—¿No te importa?

—No.

—Quizá te arrepientas algún día.

Él se cruzó de brazos con una expresión grave.

—¿Tú crees?

Caenis volvió a ponerse el brazalete sin prisas y con una sensación de alivio. Él apoyó su mano por un momento en el lugar donde el oro había dejado su marca sobre la delicada piel del brazo. Sus miradas se encontraron.

—Ahora me gustaría que te marcharas —susurró.

—¿Estás bien?

—No te preocupes. ¿Tú estás bien?

Otra pregunta que él rehusó contestar. Así que él no estaba bien: ella estaba aprendiendo este lenguaje. Después de todo, ella había sido la primera en la clase de cifrado.

Se suponía que la gente debía pelearse. Las riñas lo hacían todo más soportable. Sin embargo, aquí estaban ellos, consolándose mutuamente; había que hacer algo; por supuesto, le tocaba a ella.

—Márchate. ¡Vete *ahora!*

A los hombres les gustaba alargar las cosas.

—Nunca te olvidaré.

—Lo mismo dicen todos. —Qué conmovedor, pensó Caenis, forzada una vez más a superar los límites de la caridad, a ser la romántica flor que el hombre escoge recordar de su juventud.

Vespasiano protestó ansioso:

—Las mujeres dicen que nunca perdonan.

—Yo no —replicó ella tajante.

—No. Gracias, Caenis.

—Tito.

Permaneció erguida en silencio, con la humildad que se esperaba de una mujer, mientras Vespasiano le decía adiós con un suave beso en la mejilla. Pero en aquel momento, en su único gesto de absoluto desafío, Antonia Caenis estalló con el amor que nunca se le había permitido demostrar, mientras le sujetaba y le devolvía el beso: feroz y furiosamente, en plena boca, con la intención de que el hombre supiera *con toda claridad* cómo se sentía ella. Hay que reconocer que él lo tomó bastante bien. Incluso Caenis creyó que el cabrón había llegado a sonreírle. Así, con una pequeña y dolida sonrisa de su parte, Caenis fue abandonada.

E incluso entonces, no lloró.

□ □ □

Verónica le informó de que la mujer se llamaba Flavia Domitila.

—La amante de Capella —anunció furiosa. Caenis había acertado; la gente quería que ella lo supiera—. Capella es un don nadie; ni siquiera sé por qué ella se tomó la molestia. Claro que ya puestos, ella tampoco es nadie. Su padre tuvo que presentarse ante un tribunal para desmentir que naciera esclava.

—Ella no es una esclava —comentó Caenis en voz baja.

—Creía que a tus importantes y poderosos Flavianos les gustaba presentarse como una familia respetable.

Verónica se calló. Por fin se había dado cuenta de que incluso una amante que siempre supo que el desastre era inevitable, quizá prefiriera ser abandonada por una persona de posición.

Caenis vio un par de veces a la mujer de Vespasiano en Roma. No era hermosa ni elegante; demasiado morena y bastante huesuda, opinó que en ese aspecto estaba muy bien formada. Flavia Domitila no parecía feliz ni tampoco desgraciada. Sin embargo, se convirtió en la madre de una niña y dos niños; la gente decía que el mayor era un encanto. Hasta donde Caenis sabía, el marido la trataba con buen talante y con respeto. Quizás él la amase; posiblemente ella también le amaba. Estas eran cosas que la sociedad romana pensaba que concernían exclusivamente al marido y a su esposa.

Por supuesto, el matrimonio ayudó a su carrera. Flavio Vespasiano se presentó una vez más para edil; aunque sólo había conseguido el sexto lugar en la lista, eso no tuvo importancia porque seis eran los puestos a cubrir. Dos años más tarde, a los treinta años, pudo optar al rango de pretor. En aquellas elecciones, Caenis casi no vio su nombre en la *Gaceta*: se había salido con la suya. La primera vez que se presentaba y aparecía a la cabeza de la lista.



TERCERA PARTE



EL HÉROE DE BRITANIA

Cuando los césares eran Calígula y Claudio

Casi tres cuartos de siglo más tarde, durante el reinado del emperador Adriano, el historiador Suetonio tuvo que mencionar a Antonia Caenis en uno de sus ensayos sobre los césares. El emperador Domiciano fue grosero con ella en una ocasión, lo que ilustraba perfectamente el defectuoso carácter de Domiciano, porque estaba claro que ser grosero con Caenis era propio de un palurdo de marca mayor. También en otro aspecto, la liberta y secretaria de Antonia la Joven era un personaje que ningún historiador podía pasar por alto. A Caenis le hubiera gustado saber que, durante los quince o veinte años siguientes, se iba ganando a pulso su aparición al final de un párrafo en la obra de un cronista cuyos títulos, además de *La vida de los césares*, incluían *Prostitutas famosas*, y un delgado volumen muy conocido: *Insultos griegos*. A ella le hubiera encantado tener su propio diccionario de insultos, entre otras cosas, para expresar con mayor fluidez su opinión respecto a los historiadores.

¿Qué eran veinte años para un biógrafo? El período que iba desde un emperador loco, pasando por otro que sencillamente era indigno e incoherente, a otro aún más loco: hombres indisciplinados que tenían a monstruos por esposas, un puñado de aventuras territoriales, un animado juego de envenenamientos y puñaladas en la escalera, un escándalo financiero aquí y una desvergüenza legal allá, ambición, codicia, corrupción, lujuria; tan sólo ingredientes técnicos. Es inútil levantarse mugiendo como una vaca por su ternero perdido porque un historiador, que necesita llevar hábilmente su relato hasta el próximo punto importante (o al próximo escándalo picante), ha despachado con sólo media frase todos los sufrimientos, desazones y esfuerzos de los mejores años de la vida de una mujer. Caenis no era tan tonta como para suponer que su historia se convertiría en el triunfo de los desconocidos. Ella ni siquiera pensaba que alguien llegaría a contarla.

□ □ □

Así, después de que Vespasiano la dejara, permaneció escuchando el silencio de la moribunda casa de Antonia. Nadie sospechaba siquiera el devastador golpe. Este silencio parecía que fuera a extenderse hasta el final de sus días. Quizá muriera joven (muchos lo hacían) o quizá viviría otros cuarenta años. No había nada, absolutamente nada. No se esperaba nada de ella; ella no tenía nada que esperar. Todas sus obligaciones para con Antonia estaban cumplidas. No había nada más.

Consideró las alternativas. Podía establecerse en un bonito salón para la burguesía (música y buena conversación, una elegancia vulgar y sábanas más o menos limpias). Podía vivir castamente como soltera, comportándose de forma agria y estricta con sus propios esclavos. Podía asociarse para comprar una tienda con algún liberto flacucho (casarse con él, reñir con él y tirarle los trastos a la cabeza). De hecho, podía casarse con quien le viniera en gana en el Imperio, excepto con los seiscientos hombres que eran miembros del Senado. Augusto les había prohibido casarse con libertas; tuvo el detalle de dejar que los senadores se casaran con cualquier otra, aunque era obvio que prefería que ellos se centraran en las hermanas, hijas y tías de sus colegas. (Caenis siempre había creído que, de no ser así, muchas de las hermanas, hijas y tías de los senadores habrían muerto solteras). Vespasiano ni siquiera había conseguido eso: el padre de su nueva esposa no era más que un aristócrata. Podía tirarse de un puente. Una tontería; sabía nadar muy bien. Podía seguir adelante, como siempre había sabido que acabaría haciendo.

□ □ □

Así que siguió adelante. Era lo que hubiese esperado su patrona. Y lo que era más importante, lo que ella esperaba de sí misma. Después se sentiría orgullosa y contenta de su tenacidad. Contenta porque habiendo vivido su propia vida podía valorar mejor las recompensas que acabaría por ganar; contenta también porque la hizo ser más valiente cuando comprendió que tenía que devolverlas.

Ahora su primera acción fue buscar un lugar nuevo donde ir a vivir. Nacida en un palacio, se fue a vivir a un barrio miserable. Caenis, que había pasado sus años más felices en la casa particular más selecta de Roma, la cambió por dos habitaciones y un fregadero en un sórdido quinto piso de un edificio indescriptible. Se mostraba absolutamente tranquila al respecto. Ésta había sido su elección; iba corta de dinero en efectivo; evitaba las deudas; no dependía de nadie. Podía haber estado mejor; había soportado cosas peores. Conservaba la calma aunque tuviera que pagar un alquiler de escándalo para vivir aquí con total independencia. Como método para olvidar al amante perdido, el enfado que le provocaba pagar el alquiler, que era un auténtico robo, resultaba ideal.

Vivía entre los polvorientos caminos de cabras que bordeaban la Vía Appia en el distrito doce. Se trataba de un barrio plebeyo densamente poblado, que fue añadido a los arrabales de la ciudad vieja por Augusto. La manzana donde vivía había sido arrasada por el fuego y después reconstruida por propietarios que tenían el ojo puesto en las compensaciones futuras cuando volviera a derrumbarse. Habían gastado muy poco en los materiales, y no había la más mínima probabilidad de que invirtieran en mejoras o en mantenimiento.

Para ir a su apartamento dejaba el bullicio de la Vía Appia y seguía por un callejón lleno de baches, lo bastante ancho como para permitir el paso de dos

vehículos rodados durante la noche, y luego por una callejuela donde a duras penas pasaba una carretilla; allí vivía ella, bien alto por encima de un patio rodeado de edificios cochambrosos. Todos los edificios se parecían y todos los apartamentos tenían la misma disposición. La primera semana olvidó el camino de regreso en tres ocasiones; en esta conejera nadie conocía los nombres de las calles. Dominada por el pánico buscó puntos de referencia: la fuente con las tres conchas donde, a su debido tiempo, reconocería a las mujeres que lavaban un extremo u otro de sus recalitrantes chiquillos; la esquina donde el olor acre de la curtiembre se le pegaba en el fondo de la garganta; el estercolero; el viejo nogal; el mercado del barrio.

La vida tenía sus compensaciones; en Roma siempre habría salmonetes y ostras. Había carnes frías y tortas picantes, podía bañarse todos los días, podía refugiarse en el teatro, podía hincar el diente en la dulce y dorada pulpa de una nectarina.

La planta baja del edificio estaba alquilada a una tienda de vinos y a un peletero, y por la mañana también se utilizaba como guardería. Cada vez que entraba o salía, el vinatero le guiñaba un ojo, el peletero le silbaba, pero el maestro sólo la miraba. Durante un tiempo, Caenis supuso erróneamente que el maestro era de una naturaleza más refinada que los otros. Todos odiaban al casero. No sólo por los escandalosos alquileres. Era un miserable y desconfiado capitalista que se cebaba en los niveles más bajos de la sociedad al tiempo que pretendía hacer un favor proveyendo a las pobres gentes un techo donde cobijarse: todos sus techos tenían goteras. Vivía en el primer piso. Aunque al subarrendarle el apartamento le aseguró a Caenis, con muchos aspavientos, que el alquiler incluía fregonas, porteras y aguadores, en realidad todas estas funciones estaban delegadas en un esclavo africano llamado Musa y que para más señas era cojo. El casero se llamaba Eumolpus. En la tradición romana era casi seguro que no poseía el contrato de alquiler del terreno donde se levantaba el edificio, y ni siquiera era el titular de la primera hipoteca.

En el segundo piso vivía un antiguo centurión retirado, a quien nadie veía nunca, y su madura amante, que revoloteaba por el balcón como una borla de polvos color melocotón. Caenis se ganó su confianza y descubrió que era una mujer solitaria que vivía aterrorizada por la posibilidad de que el centurión muriera y la dejara en la calle. Al final se preocupó tanto que se murió primero; el centurión estaba desconsolado y Caenis le ayudó con el funeral.

En el tercer piso vivían dos familias separadas de rango ecuestre que estaban soportando una temporal escasez de fondos. Para estas buenas gentes no existía la necesidad de matar el tiempo.

En el cuarto piso vivían cuatro hermanos que se ocupaban de un gimnasio de segunda categoría para gladiadores de tercera. Se peleaban constantemente con diversos extraños que subían las escaleras furiosos desde la calle para quejarse cuando vaciaban los cubos de heces por las ventanas, sobre las cabezas y las ropas de

los transeúntes. La ley era muy rigurosa con el vaciado de cubos; sin embargo, en el distrito doce, la ley quedaba en segundo lugar ante hombres forzudos y temperamentos brutales que entrenaban gladiadores.

En el quinto piso, que daba a la calle, vivía Caenis.

En el apartamento de atrás vivían varias damas solas. Eumolpus manifestaba sus preferencias por las inquilinas porque eran discretas y muy puntuales en el pago de los alquileres. Caenis no tardó en descubrir que Eumolpus se sentía desilusionado si ellas le pagaban con dinero contante y sonante en lugar de llevárselo a la cama; ella misma le pagaba estoicamente con dinero, para la visible desilusión del casero. Las otras señoras que compartían su rellano administraban casas donde continuamente faltaban la harina, el aceite o la sal. Un par de ellas podían ser malcaradas, pero en conjunto formaban un grupo indolente, confuso e inofensivo. La mayoría tenía hijos de rostros mestizos y pelos desgreñados que se pasaban muchas horas en las escaleras jugando con juguetes carísimos mientras sus madres, que se dedicaban al entretenimiento, entretenían.

En el sexto y séptimo piso vivían innumerables grupos de personas de varias y tristes generaciones, muchas de ellas apiñadas en una sola habitación. A estos grupos pertenecían los hombres morenos de rostros graves que eran picapedreros, fogoneros y limpiadores de cloacas. Con ellos vivían mujeres cansadas, torcidas y meticulosamente limpias, que aparentaban tener sesenta años pero que probablemente aún no habían cumplido los treinta, mujeres que bordaban maravillosos pañuelos, enhebraban cuentas, y se apostaban en las esquinas dedicadas a vender paquetes de pipas. En ocasiones algunas de estas familias desaparecían súbitamente; había otras que aparentemente llevaban varias décadas en este lugar. Hablaban extraños idiomas, cuando hablaban, y de vez en cuando cantaban preciosas canciones. Caenis sentía por ellos, más que por cualquier otro, una oscura afinidad.

□ □ □

Uno de los pintores del palacio le decoró el apartamento con pintura robada. «He sellado las paredes con yeso lo mejor que he podido —le comentó él alegremente—. No aislará los ruidos, pero quizá contenga a los insectos». Caenis tragó saliva. «Supongo que ya estás acostumbrada a la rata». Ella había visto la rata.

En el edificio se habían hecho múltiples comentarios de Doris, la anterior inquilina de su apartamento. Al parecer, la tal Doris fue una muchacha muy peculiar. Caenis no había hecho ningún comentario; ella también era peculiar, y probablemente se sentía orgullosa de serlo. La cosa más extraña que aparentemente había hecho Doris fue salir chillando del apartamento cuando por primera vez vio la rata, y había amenazado con denunciar a Eumolpus. Había tontos que algunas veces hacían esas cosas. Resultaba carísimo; los caseros habían mamado el arte de litigar del pecho de sus madres.

La primera vez que Caenis vio la rata salió al balcón y esperó en silencio a que se marchara. Le tapó el agujero con cera de depilar, y después contempló con horrorizada fascinación cómo el animalito se comía la cera en un santiamén. Burro, el pintor, le trajo un poco de veneno que había cogido del armario privado de la difunta emperatriz Livia; la rata cayó muerta antes de poder apartarse del plato donde Caenis había dejado el cebo.

Hizo que pintaran sus pocas habitaciones de un color madreselva, un color dorado claro a través del cual el yeso blanco parecía brillar.

—¿Quieres un fresco erótico en el dormitorio? —le ofreció Burro—. ¿Unos sátiros con falos gigantes? Para poner a tus hombres a tono. Es bonito.

—Muy bonito pero no, gracias —respondió Caenis con voz seca—. Me estoy tomando un descanso de los hombres malhumorados.

—¡Eso es muy triste! —se apiadó Burro que, como todos los demás, conocía su historia.

Caenis se rió. No tenía ningún rencor contra los hombres. Miraba su pasado como algo dichoso.

—La parte más triste del asunto es que estoy de acuerdo contigo de que es triste.

Burro pensó en la respuesta. Como cualquier otro pintor probó suerte.

—Supongo que no...

—Tienes razón —asintió Caenis suavemente—. ¡No supongas!

□ □ □

A pesar de alguna depresión ocasional y el constante asombro de sus amigos, Antonia Caenis vivió más de tres años en el distrito doce. Estaba rodeada de una vida la mar de variada, la vida en un nivel al que resignadamente creía pertenecer. Por fortuna, nunca tuvo miedo de estar sola. Algunas veces tenía miedo de volverse loca. «La gente que ve el riesgo —le aseguró Verónica— nunca se vuelve loca por mucho que lo intente».

Caenis sencillamente pensaba ahora como siempre había pensado antes, que la vida era dura, que la vida era asquerosa, pero si eras demasiado pobre y demasiado poco importante como para albergar esperanzas de una heroica eternidad en los Campos Elíseos, debías aprovecharla por amarga que fuera, porque la vida era todo lo que tenías.

Fue hacia finales de aquel primer año, cuando la locura todavía parecía una posibilidad remota, que sucedió algo que muy bien podría empujar a una persona menos fuerte por la larga pendiente que acaba en un agujero desolado. Caminaba de regreso a su casa por la Vía Appia con su recato habitual. Había ido a visitar a Claudia Antonia, la hija de uno de los forzados matrimonios de Claudio, el hijo de Antonia. Como liberta de su abuela y clienta de la familia Claudiana, Caenis ayudaba informalmente en la educación de la joven.

Le acompañaba un joven esclavo. Verónica se había hecho cargo de la nostálgica chiquilla que Caenis había tenido en la casa de Antonia, y cuyo pesar por la pérdida de las monedas que Vespasiano le daba como soborno, se había vuelto insoportable. Así que ahora Caenis tenía a este chico, Jason, que era un poco obtuso pero alegre y con un apetito voraz, que le subía el agua, le bajaba la basura, y que la acompañaba con una torta de carne en una mano y una porra sujeta al cinto. Se suponía que era su guardaespaldas. Cuidar de Jason le entretenía muchísimo.

Fue un día de locura a finales de primavera. Después de varios días de lluvia, las calles eran un lodazal. Mientras caminaba atenta para no meter los pies en los charcos, no tardó en advertir enfadada que el dobladillo de su vestido y la mantilla estaban salpicadas por el barro levantado por otros transeúntes menos cuidadosos. En el cruce donde tenía que doblar se encontró de pronto metida en una multitud de curiosos. El origen de la conmoción no era la habitual pelea de perros o la airada discusión de unos vendedores ambulantes. El emperador visitaba el distrito doce.

□ □ □

Para entonces Calígula ya había desarrollado la sorprendente manía que le convertiría en una leyenda. El año anterior había sufrido una gravísima enfermedad. Se habían disparado los rumores sobre las manifestaciones de la misma: quizás epilepsia, o alguna inflamación del cerebro provocada por el estrés. Una vez recuperado de aquella enfermedad, se había convertido en el monstruo que hasta entonces sólo se había entrevisto. Estaba preparado para probar su poder al límite, y no había límite.

Mató a su rival, Gemello. Hijo de Livilla, la desgraciada hija de Antonia y, según las malas lenguas, hijo también de Sejano, Gemello fue apartado por el Senado en la euforia que saludó el ascenso de Calígula. Aunque Calígula lo adoptó formalmente como un gesto para asegurar la sucesión de la familia, muy pronto su generosidad dio paso a la sospecha y el desprecio. Su propia enfermedad le llevó a acusar a Gemello de conspirar para hacerse con el poder; se quejó de que Gemello tenía miedo de ser envenenado (un temor muy razonable) y que apestaba a antídotos. (Gemello era un hipocondríaco que tomaba regularmente linctus para la tos).

Calígula hizo ejecutar a Gemello. Un tribuno militar le decapitó con su espada. Para eso no había ningún antídoto, comentó el emperador.

Poco después, Macro, el comandante de los guardias, fue defenestrado por hacer de alcahuete con su esposa y dársela a Calígula, y a continuación fue obligado a suicidarse. Probablemente había conspirado con Gemello mientras el emperador estaba enfermo, y desde luego le había recordado demasiadas veces a su protegido los servicios prestados.

A continuación, el emperador se declaró a sí mismo un dios viviente. Caenis opinaba en privado que la afirmación de Calígula de ser el Júpiter Capitolino se

basaba en el hecho de que sistemáticamente se acostaba con sus tres hermanas. Las hermanas de Calígula formaban un horripilante trío. El auténtico Júpiter Capitolino hubiese tenido mejor gusto.

□ □ □

Incluso antes de que Caenis lo viera en la Vía Appia, comprendió que se trataba de Calígula por la burlona presencia de la guardia pretoriana, que trotaban como azuzados gallos de pelea con sus relucientes corazas y los tiesos penachos rojos en los cascos. Los comerciantes que estiraban el cuello se mostraban alertas, más por la pésima reputación de los guardias que por el hombre que caminaba rodeado por ellos; incongruentemente vestido como Júpiter, Caenis reconoció en el acto la frente alta y la cabeza casi calva. Resultaba difícil saber lo que opinaba la gente de aquella falsa barba rizada, los brazaletes, el maquillaje y el rayo sacado de un decorado teatral; era un insulto a su inteligencia, y sin embargo parecían responder con una alegre compasión. Miraban a Calígula no porque estuviera loco, sino sencillamente porque era el emperador. Al parecer aceptaban su manía con la misma indiferencia que aceptaban al hijo epiléptico del calderero y al pastelero que veía basiliscos mordiéndole las piernas cuando se emborrachaba.

Júpiter conservaba el suficiente control sobre sus sentidos como para darse cuenta de que el estado general del distrito doce era roñoso. Ahora disfrutaba exhibiendo su furia divina. El dios que había sido salpicado por las basuras en la calle y las aceras descargaba su cólera para deleite del populacho en el funcionario que tenía la responsabilidad pública de vigilar la limpieza de las calles. Mientras que con olímpico desprecio ponía de vuelta y media a ese hombre, Júpiter aprovechó una pausa para pegarse un trozo de la barba que en el calor del momento se había despegado, y después ordenó a los guardias:

—¡Llenadle los pliegues de la toga con este barro!

Caenis se quedó pasmada. Se trataba de una terrible humillación para un edil, y ella reconoció en el acto quién era: Vespasiano. Con crueldad y malicia, los pretorianos pusieron manos a la obra. Sonrientes, cogieron recipientes viejos de las alcantarillas atascadas, y los llenaron de fango que después vaciaron en los grandes pliegues de la toga del edil. Él sabía lo que había hecho, y también conocía los riesgos de ofender a un emperador loco. Permaneció en una actitud sumisa, con los brazos extendidos y la cabeza agachada delante del restallar del rayo de hojalata. Era una desgracia, pero un castigo leve. En otro momento, el capricho de Calígula quizá le hubiese llevado a llamar a un verdugo. La multitud vitoreó. Calígula aceptó los aplausos y continuó su camino. Los pretorianos renunciaron de mala gana al entretenimiento y le siguieron. Separado de la comitiva, Vespasiano cruzó los brazos para soportar la pestilente carga de su toga mugrienta. La multitud se calmó. Él no hizo ningún intento por sacudirse el barro.

—Bien, ciudadanos —su voz sonó clara y severa y la gente comenzó a moverse inquieta mientras se apagaban las últimas risas—, todos conocemos el sistema. ¡Coged las palas!

Todos conocían el sistema. En los diez días que necesitaría él para buscar los contratistas oficiales que harían el trabajo a costa de los vecinos, cada trozo de pavimento sería arreglado por aquellos que tenían el derecho de fachada, en lugar de enfrentarse a una multa para pagar a los contratistas; entonces, el edil se marcharía a tocar las narices en otro distrito; al cabo de otras dos semanas todo el barro, la basura y el estiércol de los burros volverían a hacer acto de presencia. El problema no era del todo culpa suya: el sacrosanto sistema tenía mucho que ver. Enfrentada a su propia responsabilidad, la muchedumbre comenzó a dispersarse diplomáticamente. Había comenzado a llover. Jason se dispuso a cruzar la calle, pero Caenis lo sujetó con fuerza por el cogote.

—¡Espera, jovencito! —El aludido comenzó a mordisquear la hogaza que ella había comprado para la comida.

Caenis permaneció absolutamente inmóvil. No obstante, había sido descubierta por la mirada del edil. Él apartaba a sus esclavos que no dejaban de incordiarle en sus intentos por quitarle la ropa estropeada. A través de los cinco metros escasos que tenía de ancho la Vía Appia, la mirada serena de Caenis se cruzó con la del hombre. Vespasiano tuvo la gracia de sonrojarse. Y entonces, al tiempo que permitía que los esclavos le quitaran la toga cubierta de barro, le dedicó lo que ella sabía que era su más rara y preciosa sonrisa. No hizo ningún intento de cruzar la calle, tampoco ella. Caenis, como una muestra de reproche de su vergüenza pública, meneó la cabeza muy lentamente. Después se volvió con un movimiento atlético. Delgada y erguida, con una mano sujetando el codo de su imberbe guardaespaldas, abandonó la Vía Appia y desapareció en el desconcertante laberinto de callejuelas del otro lado.

Flavio Vespasiano no hizo ningún intento de seguirla.



Ella había tratado de olvidar. Había intentado estabilizar su vida. Ahora estaba sumergida una vez más en el tumulto y la desesperación. Lo peor era que ahora, incluso mientras los embates del pánico hacían que su corazón funcionara a toda máquina, era consciente de que había tenido bastante con ver a Vespasiano para que su vida se iluminara. Todo su ser cantaba de alegría. Sin embargo, Caenis se negaba a refocilarse en la tontería trágica. Se daba perfecta cuenta de que debía rechazar esa estúpida alegría por el mero hecho de haber visto a un hombre que le sonreía en la calle.



Contemplar cómo Vespasiano abrazaba de forma tan curiosa su tierra nativa le hizo llegar a su casa a una hora mucho más tardía de lo habitual. Era mediodía; los pequeños que se sentaban en los bancos debajo de la marquesina y recitaban sus lecciones de forma totalmente automática mientras sus grandes ojos se apartaban del maestro en busca de cualquier distracción, habían acabado la triste tortura y se habían marchado a sus casas. El improvisado maestro estaba enrollando la marquesina de cuero en un poste. El peletero había echado y barrado los postigones, y después había subido la escalera hasta el entresuelo, encima de la tienda donde vivía con su familia. El techo era tan bajo que los ocupantes tenían que caminar encorvados. La bodega seguía abierta; las bodegas casi nunca cerraban. No obstante, los tres viejos que habitualmente se sentaban allí habían decidido vaciar sus jarras de terracota, delante de las cuales habían estado soñando las dos horas anteriores, y marcharse a casa para comer aquello que una esposa encorvada o una hija regañona y desgarrada les solían servir a la hora del almuerzo.

Jason comenzó a subir los cinco pisos por la escalera de piedra. Caenis se demoró porque había alguien esperándole en la bodega para que le escribiera una carta sobre un testamento. Como llevaba su caja de estilos, ocupó una de las mesas manchada y acabó rápidamente con el trabajo; miró con tristeza el puñado de monedas de cobre que ganó.

—¡Lo suficiente para pagar una jarra de mi nuevo vino de Campania! —le consoló el vinatero—. ¡Así estarás preparada para las escaleras!

El vino peleón que servía ni siquiera había pasado nunca cerca de la Campania,

pero por una vez ella accedió alegremente a dejarse estafar. El vinatero se sirvió una jarra; aprovechaba cualquier excusa. El maestro acababa de entrar para beberse lo que obviamente era su traguito del mediodía, así que ella, con toda su generosidad, también le invitó a una ronda. Caenis nunca había perdido su hábito de esclava de compartir aquello que pudiera tener con quienes consideraba sus iguales en el infortunio. El vinatero se llevó su jarra al hueco oculto con una cortina detrás del mostrador, y dejó a sus clientes que se bebieran su ánfora en paz y depositaran el dinero en el plato.

Caenis y el maestro permanecieron sentados un rato en silencio. Caenis estaba absorta en sus pensamientos. El maestro se inclinó sobre la mesa, haciendo girar su jarra de vino entre las dos manos; evidentemente era tímido. En esta ocasión no tenía el valor de mirarla. Una secretaria bien preparada es incapaz de permanecer mucho tiempo en silencio con la mirada perdida en la distancia. Caenis salió de su ensimismamiento y con toda cortesía le preguntó al hombre por su trabajo. Él le respondió con ásperos monosílabos. Aparentaba tener unos cuarenta años pero eso era porque estaba casi calvo; se había dejado crecer el pelo que le quedaba para ocultar los claros, cosa que en lugar de darle una apariencia intelectual como quizás esperaba, sencillamente le hacía parecer desaliñado. Tenía todo el aspecto de ser una persona desgraciada y poco saludable: alguien que acostumbraba a beber demasiado y comía muy poco, y que no prestaba atención a la higiene personal, al ejercicio y al dormir. Era bien sabido que en cuanto los padres le pagaban las clases de sus hijos gastaba sin límites, y que para finales de mes se quedaba sin dinero. Cómo conseguía mantener la disciplina era todo un misterio, porque parecía demasiado indolente para usar la vara y demasiado aburrido para mantener la atención de otra manera.

—Personalmente —comentó Caenis que desde que se había instalado deseaba abordar el tema—, creo que es el momento de replantearse los métodos de enseñanza tradicionales. ¿No estás de acuerdo?

Sabía que él enseñaba a sus alumnos con el método tradicional: los niños recitaban las letras y los números una y otra vez, sin ilustraciones, sin variedad, una monótona letanía cotidiana de uno u otro alfabeto.

—A mí me educaron en el palacio; querían resultados rápidos. Debo decir que cuando el palacio necesita buenas secretarías sus métodos para conseguirlas son excelentes.

Ella misma había tenido la fortuna de contar con inspirados maestros. Cada vez que pasaba por delante del parvulario las miradas tristes, aburridas y pacientes de aquellos niños le hacían sufrir. Caenis tenía el raro don de recordar qué era ser un niño. Quería explicarle al maestro que la mitad de sus alumnos repetía inútilmente de memoria lo que habían aprendido mucho antes, aunque no lo entendían; mientras que la otra mitad no sabía nada en absoluto, pero habían aprendido el truco de repetir una

fracción de segundo después lo que los otros decían. Ninguno de ellos conseguía adelantar. Quería alentar a este hombre para que estableciese alguna comunicación con sus alumnos. Quería convencerlo de que debía interesarse por lo que hacía, de forma tal que también se interesaran los alumnos. La mayoría de los hombres no están dispuestos a oír que no saben hacer su trabajo. El maestro cambió de tema. Le cogió la mano y se la metió en su sucia túnica, sobre sus partes íntimas.

□ □ □

Caenis fue incapaz de comprender inmediatamente lo que pasaba.

Se quedó pasmada. Era algo intolerable. Se levantó de un salto; el ánfora de vino cayó de la mesa; estaba furiosa. En parte, estaba furiosa consigo misma. Se había olvidado de que la gente no era amistosa. La relación con Vespasiano la había hecho sentir demasiado segura. Sociable, simplemente había formulado la invitación sin pensar ni por un momento que podía ser malinterpretada.

La dominó el desaliento. Tenía la suficiente imaginación para comprender que su respuesta dañaría a un espíritu que ya estaba un poco trastornado, pero en realidad, había ocasiones en las que una mujer inteligente necesitaba pensar en sí misma. Sin que mediara ni una palabra más entre los dos, el maestro se levantó y salió a trompicones de la bodega. Ella vio el desprecio en sus ojos. Ahora se dio cuenta de la brutalidad de su definición: para él, y probablemente para medio vecindario, ella era una persona tensa, provocadora, frígida y desequilibrada. Entonces se sintió más furiosa, porque vio la facilidad con que los hombres privaban a una mujer en sus circunstancias de su autoestima y de su confianza en público. Era cierto que ella llevaba dentro un gran dolor. Incluso así, sabía que vivía su vida con mucha más intensidad y mucho más humor que la mayoría de la gente a su alrededor. Gracias a eso, fue capaz de olvidarse completamente del maestro, de su mundo solitario, de su desprecio equivocado, antes de llegar al rellano del tercer piso. Para entonces sólo recordaba un rostro cargado de sardónica inteligencia. Se regocijaba con la sincera, abierta y duradera amistad de un hombre que había sido su amante, un hombre al que una vez había amado. Caenis siempre tendría el coraje de ser leal a sí misma; en sus horas más bajas, poseía ahora el regalo de un maravilloso pasado.

Siguió adelante en su vida con toda cordura.



El día que Claudio, el tío del emperador, se casó con Valeria Mesalina (esta triste broma fue solamente un capricho de Calígula) Caenis tuvo el privilegio de asistir a la boda. Mesalina venía de una familia irreprochable, era rica, era exquisita y aparentaba tener unos diecinueve años; Claudio tenía cuarenta y siete.

Las novias adolescentes eran algo común en la sociedad patricia; le daba al hombre la oportunidad de enseñar a la niña en su propia casa y a su manera, algo que algunas veces los hombres imaginan que es su deseo. Pero para alguien tan susceptible a las mujeres como Claudio, esta muchacha era un desastre. Se enamoró como un colegial antes de haber hablado con ella dos veces. Para ella era un perrito faldero. Sin embargo, también esto es lo que quieren algunos hombres.

—Te estaría muy agradecido si pudieses venir, Caenis —tartamudeó él—. El día de su boda un hombre necesita el apoyo de su familia y de sus amigos. Por supuesto, vendrá el emperador...

Caenis le dirigió una de sus miradas.

—Señor, tu sobrino el emperador quizá se presente como miembro de tu familia, pero ¡dudo mucho que en este asunto haya actuado como uno de tus amigos!

Ella siempre le hablaba a Claudio con firmeza y sin pelos en la lengua. Él se lo permitía. En todos los demás aspectos le trataba como su mecenas, una cortesía que pocos miembros de la casa de su difunta madre se molestaban en dispensarle. El día que descubrió, muchos meses después que todos los demás, que Caenis ya no era la amante de Vespasiano, Tiberio Claudio le había preguntado vacilante si quería convertirse en una de las suyas, pero Caenis también se había ocupado con firmeza y claridad de resolver ese asunto.

—Iré a tu boda, señor —prometió—. Por tu hija, por tu madre y como uno de tus buenos amigos.

Ambos sabían que de estos no abundaban.



Asistir a una boda a la que había ido el emperador significó para Caenis gozar de cierto prestigio en el distrito doce. Otro acontecimiento ocurrido más o menos al mismo tiempo dio un tono mucho más frívolo a su reputación. El acontecimiento fue la visita de Verónica a su apartamento. Quedó patente que la chica sabía ser útil.

Todos los hombres del edificio ahora trataban a Caenis con un respetuoso asombro. El vinatero y el peletero se volvieron amabilísimos, soñando con poder ver otra vez a su bellísima amiga. Caenis se guardó mucho de decirles que Verónica no tendría el valor de enfrentarse nuevamente a cinco pisos de escaleras y que, por lo tanto, difícilmente repetiría la experiencia. Verónica no podía entender por qué lo hacía Caenis, y para colmo teniendo que pagar un alquiler de escándalo. Pagarle dinero a un hombre por cualquier cosa era un concepto que Verónica consideraba ridículo. La propia Verónica había decidido, con la llegada de Calígula, que compartir el palacio con un emperador no estaba hecho para ella. Además estaba disgustada con el burdel imperial que él había montado. Después de hacer decorar con todo lujo varias habitaciones del palacio las había abierto a todo el mundo y ofrecía préstamos a los hombres que las visitaban; al tiempo que, con toda la caradura, anotaba los ingresos como donaciones al Tesoro imperial. Con semejante competencia, ¿cómo podía una chica sencilla ganarse la vida?

Verónica había actuado con presteza. Comprendió que los senadores no querían un burdel en el palacio, donde Calígula, en su afán por insultar al Senado (al que ahora odiaba apasionadamente), les obligaba a ir acompañados por sus esposas. Un hombre que disfruta de una cana al aire quería ver una cara diferente a la que tenía en casa. Verónica compró su libertad, se largó del palacio y comenzó a ofrecer un establecimiento que era igual de caro, pero sin los riesgos ni las desventajas políticas. En el establecimiento de Verónica no había esposas.

Por supuesto, ella no pagaba alquiler. Ocupaba una prestigiosa mansión que cuidaba para un ex cónsul octogenario que nunca visitaba Roma. El cónsul pagaba todas las facturas y cuando murió le dejó la casa a Verónica. Mientras tanto, su éxito estaba asegurado. Hizo correr la voz de que no se admitía a nadie con menos de cien millones de sestercios; para que nadie creyera que eran demasiado pobres y les negaran la entrada a su salón, los clientes acudían en tropel.

Verónica le pidió a Caenis que se fuera a vivir con ella infinidad de veces; Caenis siempre rehusaba. Sin embargo, iba a veces a pasar la velada. Le gustaba la casa de Verónica por las mismas razones que aquellos viejos caballeros de opiniones conservadoras que la consideraban como un club restaurante para militares; el lugar era cálido, la cocina excelente y funcionaban los sanitarios.

Caenis llegó a ser considerada como algo parecido a una dueña con los dedos sucios de tinta. Sus relaciones eran respetables y cuando se sentía con ánimos (no siempre) hacía reír a la gente. Nunca se acostaba con hombres, aunque durante tres años Verónica había insistido en ponerle la mayor cantidad posible de hombres en su camino. Si era necesario, Caenis los perdía por alguna parte. Pero no siempre era necesario. Muchos agradecían que ella no planteara exigencias. Algunos de los hombres que frecuentan los salones exclusivos tienen miedo de no responder a las

expectativas (Verónica afirmaba agriamente que así era en la mayoría de los casos). Para ellos, hablar con Caenis resultaba agradable y seguro. Caenis no estaba muy de acuerdo con el arreglo. Los hombres que Verónica creía apropiados para ella caían dentro de una determinada categoría: viudos recientes que ahora tenían demasiadas cosas que decir sobre sus antes descuidadas esposas, o solteros que se esforzaban tanto que su soledad resultaba muy comprensible. Además, Caenis no tardó en advertir que el otro rasgo común consistía en que Verónica no había querido ocuparse de ninguno de ellos. Hacer siempre de comodín a veces molesta. Caenis soportó la situación. Nunca perdía del todo el sentido del humor.

Algunas veces se hablaba de política; Verónica hacía lo posible por evitarlo. La traición podía plantear problemas, y si las discusiones subían de tono, los hombres perdían los estribos y se marchaban furiosos sin querer a una de las chicas, cosa que perjudicaba el negocio. Caenis, que sólo iba allí para comer algo y estar en compañía, disfrutaba con la política.

En una ocasión creyó que a Verónica le iba a dar un ataque; alguien planteó abiertamente la posibilidad de acabar con el emperador. Caenis observó que no hubo aquel silencio asombrado que cualquiera que viviese fuera de Roma esperaría. Hacía cuatro años que Calígula vestía la púrpura; también se había vestido con túnicas de seda recubiertas con piedras preciosas, vestidos teatrales, complicados uniformes militares (generalmente con la coraza de Alejandro que proclamaba haber robado de la tumba del héroe), y con ropas de mujer de colores que no hacían juego con su pálido rostro. Su comportamiento era extraño, sorprendente y exorbitantemente costoso. Mientras se alojaba en la villa de Antonia en Bauli, había imaginado un plan para desafiar la antigua profecía según la cual antes cruzaría el mar a pie en Baiae que convertirse en emperador; mandó construir un puente de galeras de una legua y media de largo, y durante dos días se dedicó a ir de un lado al otro del golfo en una cuadriga; varias de las personas que vitoreaban el paso del séquito resultaron atropelladas y cayeron al mar, donde se ahogaron. Había llevado al Tesoro a la bancarrota con los constantes juegos y circos; había provocado la paralización de las actividades económicas e incluso había cancelado los ritos funerarios para que nadie tuviera una excusa para no asistir a sus espectáculos. Sus crueldades abarcaban desde la ejecución de su primo el rey Ptolomeo de Mauritania (que le había ofendido al recibir la aclamación del público por la elegancia de su capa púrpura, en una exhibición de prendas de gladiadores), a despachar en lotes a los delincuentes comunes, sin siquiera echar una ojeada al pliego de cargos, y utilizar los cadáveres para alimentar a sus panteras y leones. Exprimió al comercio con terribles impuestos. Mandó a cerrar los graneros cuando el populacho se moría de hambre. Nadie olvidaba que su abuela murió por las preocupaciones que le había causado.

Ahora la gente comenzaba a recordar con añoranza la edad dorada de Augusto, un

hombre que, visto en retrospectiva, sentía un auténtico interés por hacer las cosas bien. La gente recordaba que incluso en el reinado de Tiberio la ciudad y las provincias eran administradas con eficacia. Después de cuatro años existía en Roma el lento pero seguro convencimiento de que Calígula debía ser eliminado. Aún no había cumplido los treinta. La gente se cansaba sólo de pensar en el tiempo que tendrían que aguantarlo si no se hacía algo. No hace falta decir que la mayoría esperaba que algún otro se ofreciera voluntario para hacerlo. Hubo una conspiración, aparentemente urdida por su hermana Agripina. Drusila, a quien él profesaba un gran afecto, había muerto repentinamente; su muerte había causado una florida manifestación de pena en el emperador, que proclamó diosa a Drusila, estableció un culto para ella, ordenó un luto oficial a una escala que resultó un desastre para el pequeño comercio, y a continuación huyó al campo para refocilarse en su miseria (mitigada por algunas ocasionales juergas).

A partir de entonces comenzó a declinar la posición de las hermanas supervivientes. Mientras acompañaban a su hermano en una visita a Germania se vieron acusadas (probablemente con razón) de conspirar con Lepido, el viudo de Drusila. Él fue ejecutado y ellas enviadas al exilio, pero primero Agripina fue obligada a llevar las cenizas de Lepido, quien supuestamente fue su amante, de regreso a Roma en una urna; una macabra parodia del regreso de su madre desde Siria con las reliquias de Germánico, el héroe muerto. El Senado tuvo que calcular muy bien su reacción, y a la vista de que el complot había fracasado, la prudencia indicaba un único camino: uno de los pretores envió las felicitaciones al emperador por la expedición, denunció a Lepido y propuso que sus cenizas fuesen dispersadas en lugar de depositarlas en el mausoleo familiar.

El pretor en cuestión fue Flavio Vespasiano.

□ □ □

Al plantearse el tema de las conspiraciones fue Caenis la que comentó en voz baja:

—Siempre existirá la convención de que el Senado crea al emperador, y en consecuencia no pueden aparecer quitándole de en medio.

Había senadores presentes. La mayoría eran hombres maduros, sombríos, presuntuosos y lentos. Ahora, después de atiborrarse de cisne artísticamente presentado como un delfín, gelatina de rodaballo y lechón preparado con salsa a los dos vinos reducida a un fino glaseado, estaban tendidos en sus divanes, aguantándose los eructos mientras pontificaban amargamente sobre la declinación del mundo. Creían que esto ya era bastante atrevido. Caenis se sentía poco dispuesta a dejar que se salieran con la suya.

—Será algún tipo de descontento —añadió— quien acabe clavando el puñal. — Verónica cerró los párpados relucientes de mercurio. Caenis rehusó atender a la señal

—. Entonces el Senado, para disculpar su propia cobardía, hará ejecutar a ese tipo por su coraje.

Guardó silencio, después de advertir con más interés del habitual que su pierna estaba rozando la pierna del hombre que tenía a su izquierda. Fue un accidente; ella no hizo caso de lo ocurrido y él tampoco. Se trataba de Lucio Anicio, un noble que había hecho una fortuna en las carreras de cuadrigas; no era su tipo. Pasaba mucho tiempo con los guardias pretorianos y, como Caenis comprendió más tarde, era la única persona presente bien enterada del profundo odio que sentía Calígula por su actual comandante, Casio Quereas. Calígula siempre le daba contraseñas obscenas a Quereas, un hombre decente y correcto que tenía que comunicarlas con rostro impasible al resto de la guardia.

—La cuestión parecer ser —manifestó Anicio, que aparentemente compartía su opinión— no si la conspiración triunfará, sino cuál de ellas será.

Los asistentes celebraron su opinión con grandes carcajadas y citaron a algunos de los conspiradores: Emilio Regulo, un desconocido de Hispania; un senador llamado Viniciano que había sido amigo del difunto Lepido; Quereas, el muy denostado comandante de la guardia pretoriana; miembros de la casa del emperador, sobre todo el liberto Calisto. Estos eran los conspiradores conocidos. En cualquier momento alguien mencionaría a los secretos. Caenis vio a Verónica hacer un gesto a la mayordoma para que trajeran las fuentes cargadas de frutas. Siempre mandaba servir el postre si surgía una crisis. Pelar la fruta mantenía callados a los rezongones.

—Personalmente —musitó Verónica para aliviar un poco el ambiente—, creo que *Incitato* es el único que saldrá bien parado de este reinado.

Incitato era el caballo de carreras de Calígula. Vivía en su casa con un establo de mármol, mantas púrpuras, arreos enjoyados y legiones de esclavos para atender todas sus necesidades. Corría el rumor de que Calígula pensaba otorgarle un consulado al noble bruto.

Caenis, que pensaba que no había ningún motivo para creer que *Incitato* lo haría peor que algunos de los legítimos aspirantes a cónsul, se apiadó y ayudó a Verónica a salir del apuro.

—¡Oh! *Incitato* es modesto, hospitalario, amable con sus esclavos y se olvida de sus privilegios para echar el resto en la pista, ¡Toma una granada y no te preocupes!

Mientras pronunciaba alegremente estas palabras, por fin apartó la pierna. Lucio Anicio saqueó la cornucopia, y pidió más vino. El vino de Verónica era tolerable, y las camareras conocían el truco de entibiárselo suavemente con las hierbas, pero por buenas razones profesionales, ella no alentaba los excesos alcohólicos. Mientras esperaba, el servicio era un poco lento, Anicio le ofreció a Caenis un racimo de uvas.

Los comensales hablaban ahora de las hazañas militares del emperador en Germania. Esto entraba dentro de los cotilleos habituales, así que Caenis vio cómo

Verónica se relajaba. Calígula había recorrido Europa vestido con un espectacular uniforme, esquilmando a los buenos burgueses de Lugdunum, en la Galia, en las subastas de mobiliario del palacio que eran de obligada concurrencia, lanzando a su tío Claudio completamente vestido al Rin, tomando como rehenes a los niños de una escuela primaria para después perseguirles como fugitivos por una carretera y, finalmente, regresando a casa con un puñado de prisioneros de guerra «germánicos», que resultaron ser unos galos altos y cachondos con el pelo y las barbas teñidas de rojo.

—Opino —le comentó Caenis a Anicio por lo bajo— que un hombre que le debe su puesto a la adoración del ejército es muy poco prudente si se lanza a una campaña y no es capaz de cumplir con las expectativas de sus tropas.

—Desde luego; es un matón, pero también un completo cobarde. —Anicio le sirvió vino de una frasca que había cogido al vuelo. No se había preocupado de coger también la jarra de agua, así que chocaron las copas y, como bebedores empedernidos, se las bebieron puras. Bebieron en silencio, mientras contemplaban a los demás con una mirada cínica.

A estas alturas, los hombres mayores se mostraban cada vez más enardecidos por la ovación del emperador, una especie de triunfo secundario que le habían otorgado por el asunto de Britania. Después de darse una vuelta por Germania, Calígula había reunido un gran número de tropas y una flota invasora, y había manifestado su intención de capturar la isla que Julio César no había podido conservar. Había aceptado la sumisión de un principote que había sido exiliado por discutir con su papa celta, y a continuación había anunciado la rendición de Britania sin siquiera poner un pie en el lugar. De regreso a Roma, el emperador había puesto al Senado de vuelta y media por no haber querido otorgarle un triunfo completo. Era un círculo vicioso; sus órdenes expresas fueron que no debían hacerlo.

—Antonia Caenis, te contaré una historia muy divertida de Britania —murmuró Anicio—. Espera un momento.

Un pretor había calmado las cosas con la sugerencia de que se organizaran unos juegos para celebrar la campaña germánica del emperador. Esto era muy meritorio por parte del pretor porque, como cabeza de ese cargo, se esperaba que costeara parte de los juegos de su propio pecunio. Caenis sabía que él no tenía dinero; se trataba de Vespasiano. Después él había complacido al emperador agradeciéndole delante de todo el Senado su generosidad, sólo porque Calígula le había invitado a cenar en el palacio.

Caenis escuchó impasible cómo el nombre del pretor corría despreciativamente de boca en boca.

—¡Pobre hombre! —comentó con un tono desabrido—. La cena será una dura prueba. Tiene la costumbre de quedarse dormido; al Júpiter olímpico no le hará

ninguna gracia si lo ve roncando delante del plato de ambrosía. —Todos se rieron.

Verónica, que no tenía nada de sentimental, afirmó tajante:

—¡No me extrañaría que en el momento que se le cierren los párpados, su mujer le dé un puntapié! —Y sin mirar otra vez a Caenis, le hizo una seña a las camareras para que recogieran las mesas e hicieran entrar a las bailarinas hispánicas.

Caenis detestaba a las bailarinas hispánicas.

—¡Por Juno! —exclamó disgustada—. ¡Los tamboriles y las castañuelas otra vez no!

Era típico tener a chicas de Gades para entretener a los invitados a cenar. Esto no impedía su popularidad. Barrían el suelo con sus hermosos cabellos, mientras zapateaban y castañetaban con furia.

Ella sabía lo que vendría después. Verónica ya había comenzado a volcar sus encantos en el hombre que tenía a su lado; era un tipo de piel rosada, encantado de ser el elegido, pero sin recordar el precio que le tocaría pagar. Muy pronto habría otros emparejamientos y desapariciones, con o sin las bailarinas cuya reputación moral sólo estaba ligeramente por encima de la de las flautistas sirias (que por lo menos sabían tocar). Entonces Caenis permanecería aquí presidiendo sobre los no combatientes; ocuparía el lugar de Verónica mientras hombres aburridísimos hablaban sin cesar.

Por una vez se sintió invadida por una ola de resentimiento.

—Lucio Anicio, estoy preparada para escuchar esa historia tan divertida.

Anicio asintió suavemente al tiempo que clavaba su cuchillo en un melocotón.

—Intentan mantenerla en secreto. Al parecer, la conquista de Britania fue mucho más que darle cobijo a un delincuente británico. El Dios sobre la Tierra conquistó el océano.

Caenis le contempló mientras bebía un trago de vino.

—He oído decir que el Dios sobre la Tierra construyó un faro —señaló.

—Es cierto. —Anicio miraba lujuriosamente a las bailarinas—. Una muy benemérita obra pública en aquel salvaje rincón del mundo. No; creo que esto te gustará: me han dicho que llevó a sus soldados a la playa y les hizo recoger conchas en los cascos y en los pliegues de las túnicas. Las trajo al Capitolio guardadas en cofres, y se las presentó al Senado como un tributo del mar.

Caenis sonrió sin separar la copa de los labios.

—¿Cipreas, lamelarias, buccinos y caracolas? ¡Imagínate el olor! Ay, sí —asintió ella lentamente—. Me ha gustado mucho. Es muy divertida.

—¡Bien! —exclamó Anicio, que dirigió su atención hacia ella perezosamente. Era uno de esos hombres que pasaba gran parte de su tiempo dedicado a la lucha libre y a jugar a la pelota a paleta en los baños; tenía la constitución física de un armario—. Esta debe ser la primera vez que seduzco a una mujer hablando de política.

Caenis, que había disfrutado vistiéndose para la velada más de lo que había disfrutado en mucho tiempo, se arregló los pliegues del vestido con una uña impecablemente pintada; por un momento, bajó los ojos pintados color ocre y después alzó la mirada para responder a la suya:

—¿Es eso lo que estás haciendo?

—¿Crees que no?

—Oh, sí, creo que sí —murmuró ella, aunque no era su tipo—. Señor, ¿por qué yo?

Se había preguntado si Anicio había recibido instrucciones de Verónica, aunque en ese caso su respuesta no hubiese sido tan brusca.

—Señora, ¿por qué no? —respondió con una carcajada.

Caenis apoyó su mano con mucha formalidad sobre el puño de hierro del hombre mientras él la ayudaba a levantarse y salían de la habitación.

□ □ □

Ella había escogido bien. Sabía que un desastre acabaría para siempre con su confianza, pero no había ningún peligro de que fuese así. Anicio poseía a sus mujeres con un vigor muy próximo a la fuerza; Caenis, con un humor salvaje, tomó y fue tomada con un espíritu que igualaba el suyo. Todo se acabó demasiado rápido; ella se alegró de eso. Se comportó de una manera irreprochable. Evitó la desgracia; ella era libre. Ningún extraño se daría cuenta de lo distante que quería mantenerse. Sólo cuando creyó que únicamente ella estaba despierta se acercó a una pared para permitirse el alivio de un profundo, convulsivo y casi silencioso llanto.

Más tarde, cuando se quedó quieta, Lucio Anicio se movió. Ya no tenía importancia. Ella no tenía ningún deseo de volver a verle; tampoco él se molestaría en buscarla.

—¿Demasiado vino? —preguntó él conciso, pero cortés.

En un momento Caenis dijo en voz baja:

—No. Lo lamento.

—¿Te sientes bien?

—¡Maravillosamente bien, señor!

—Entonces, ¿en qué piensa la dama?

Desprovista de todo sentimiento, Caenis respondió sinceramente con la cabeza apoyada en la pared:

—Que el espectáculo más triste de este estúpido reino debe ser el de un hombre decente reducido a halagar a un personaje grotesco. —El nombre del pretor Vespasiano no se mencionó.

Una vez más oyó moverse a Anicio. No sin instinto, él preguntó con un tono irónico:

—¿Debo entender que acabamos de cruzar tu Rubicón? —Entonces, cuando ella

no contestó, Anicio demostró que ella había escogido a alguien más generoso de lo que había creído; silbó muy suavemente—. ¿Por qué yo?

Y su pregunta permitió que ella le replicara:

—¿Por qué no?

□ □ □

Después de cuatro años de locura el emperador Cayo, apodado Calígula, moriría durante los juegos Augustos en el pórtico de las Danaides, en el Palatino. El complot tenía ribetes de farsa, los conspiradores se saludaban y se deseaban suerte mutuamente mientras ocupaban sus asientos. Se representó una obra mímica cuyo tema era la muerte de un rey y de su hija, con un uso exagerado de sangre artificial. Al retirarse para ir a comer, el emperador declinó seguir a su tío Claudio por el pasillo donde estaban formados los esclavos imperiales, pero se detuvo a saludar a un grupo de niños que ensayaban las canciones que le ofrecerían más tarde, y después tomó un atajo por uno de los pasadizos techados. Allí Casio Quereas, comandante de los guardias, se acercó para preguntarle el santo y seña del día, y recibió la habitual respuesta obscena. Quereas desenvainó la espada y acuchilló a Calígula, e inmediatamente un grupo que él había organizado se apresuró a rematar a la víctima antes de que la cohorte especial de guardaespaldas germánicos, a los que habían dejado aislados en un pasillo, pudieran acudir en su auxilio. A continuación, los conspiradores huyeron por la vecina Casa de Livia.

Estalló el caos. Los guardaespaldas germánicos, llevados por su furia, mataron a tres senadores. Un grupo de guardias pretorianos invadieron las habitaciones imperiales, descubrieron a Caesonia, la esposa del emperador, la asesinaron y después le aplastaron los sesos a Drusila, su pequeña hija. El Senado se reunió en el Capitolio, que era un lugar defendible, y tuvo la previsión de llevarse los tesoros del Estado y del ejército para pagar los sobornos que les permitirían salvar la vida. El populacho se arremolinó en el Foro donde era arengado por hombres de familias nobles que pretendían dejar claro que ellos no tenían nada que ver con la conspiración.

El Senado barajó brevemente la idea de restaurar la República, aunque algunos de sus miembros eran muy conscientes de que eso amenazaría su poder personal. Pero entonces ocurrió un extraño incidente. Algunos soldados, que se dedicaban alegremente a saquear el palacio, encontraron al último varón adulto de la familia imperial oculto detrás de una cortina y como una broma le proclamaron emperador.

El pobre infeliz que capturaron era Claudio, el hijo al que Antonia siempre llamó ridículo.



Narciso, el liberto imperial, no conseguía recordar quién era la mujer.

—Bien —exclamó ella, con más ironía de la que hacía gala la gente en esos días—. ¡Un nuevo emperador, un nuevo secretario jefe! —Era el hombre más importante entre los funcionarios de Claudio; esperaba que todos le reconocieran.

Ella probablemente frisaba los treinta. No llevaba los volantes ni los collares propios de la digna esposa de un ciudadano, y, sin embargo, pese a los guardias, los esclavos que recogían capas y calzado, los que tomaban el nombre y los porteros, entró en su oficina, librándose de todos los obstáculos con la misma despreocupación que una ninfa nadando entre la espuma; conocía los palacios. Se preguntó: «¿Una de los nuestros?».

—Narciso. —«Sí. Y ella sabía que le había vencido»—. Poco podía imaginar que un día te encontraría en una oficina tan grande como un gimnasio, con una mesa como la cama de Afrodita y un anillo de sello con un rubí. Así las cosas, ¿quién de nosotros hubiese vaticinado que el payaso de Claudio sería llevado a hombros por los guardias pretorianos? ¿Algún pretoriano se levantó con dolor de cabeza, o el dolor de cabeza le vino cuando se dio cuenta de lo que había hecho?

Narciso, que había mantenido algunas interesantes conversaciones en las últimas semanas, no respondió mientras continuaba evaluando a la mujer. Ropas de calidad: lino verde, bien teñido y sujeto con unas cuerdas sencillas; una modesta estola; oro en el brazo; un par de broches en los hombros, con valiosas gemas incrustadas en monturas de artesanía antigua. Un andar majestuoso, el pelo recogido en un moño para dejar libre un rostro que le recordaba a alguien; aquella mirada rápida. Estaba seguro de que la conocía. Conocía aquellos ojos penetrantes.

Dado que él no la había invitado a sentarse, ella siguió de pie. Ante el fallo de su gesto poco amable, el liberto se sintió reprobado. Carraspeó y le indicó un taburete.

Maldita sea; él conocía muy bien ese aire de impertinente rebelión cuando ella declinó el ofrecimiento.

—Ha pasado mucho tiempo —se burló amablemente—. Solía pensar que eras maravilloso. —Su mirada tenía un brillo provocador que debía ser nuevo—. Con toda seguridad el hombre más inteligente que he conocido. Así que este encumbramiento no es, *oh, mi señor*, enteramente inesperado. —Ella tenía unos excelentes modales; ahora le estaba ayudando con gracia—. Siempre decías que yo era la niña más

inteligente de todas tus alumnas, pero que nunca llegaría a ninguna parte hasta que mi caligrafía fuese pulcra.

«¡Desde luego!».

Habían pasado veinte años. Ahora la recordaba; él tenía un cerebro meticuloso capaz de recordar cosas muy lejanas. Delgada como un cordel, y con aquella mirada arisca y dolida que te desgarraba como un garfio. Ah, claro que la recordaba; cuando él explicaba algo difícil, antes de que pudiera llegar a la mitad del discurso, ella ya estaba de pie para formularle preguntas sobre algún punto que él no había tenido la intención de mencionar hasta al cabo de una hora. La única cosa que le impedía destacar era que ella comprendía el final de la lección antes de que su velocísimo cerebro hubiese seguido todos los pasos del camino tal como debían ser.

Los demás la odiaban porque ella lo encontraba todo sumamente fácil; pero, más que nada, porque en un mundo aburrido, aquella terrible mocosa estaba ineludiblemente llamada a ser la favorita del maestro.

—¡*Caenis!* —exclamó el liberto Narciso.

Entonces todos los que portaban abanicos y espantamoscas y que llenaban su oficina retrocedieron espantados al escuchar las tremendas risotadas del secretario jefe del emperador.

Nunca había sido una belleza, pero trabajar para Antonia la había hecho inmaculada. Detallista, austera, muy lista, conservaba probablemente el mismo mal genio.

Se miraron el uno al otro, sonrientes; ninguno de los dos soltaba prenda.

—¿Quieres un favor?

—Si tú puedes hacerlo.

En estos días, era un cambio agradable. *Caenis* había deducido que un emperador cuya popularidad entre el funcionariado era escasa, debía estar buscando gente nueva. Para resolver el problema, Claudio estaba montando una organización en el palacio con antiguos esclavos de confianza pertenecientes a su casa: *Pallas*, el liberto de su madre, en el Tesoro; *Calixto*, el hombre de *Calígula*, como secretario de peticiones, y *Narciso*, el hombre que una vez había sido su maestro, jefe general de la administración. Poner el Imperio en manos de libertos nunca merecería la aprobación de los patricios, pero funcionaría. A los libertos del emperador les interesaría, sin duda, mantener a su mecenas en el trono.

Con un nuevo emperador, la tradición indicaba que debían renovarse todos los cargos superiores en los gobiernos provinciales y en el ejército. Se produciría el relevo de numerosos oficiales. *Narciso* era el encargado de hacerlo. Y *Caenis* sabía que *Narciso* estaría reclutando hombres nuevos.

Era extraordinariamente capaz. Cauteloso hasta el punto de parecer siniestro, no había ninguna duda de que aprovecharía su posición en su propio beneficio, pero

también se podía confiar en que disfrutaría organizando el Imperio. Tenía aptitud y estilo. Muy probablemente de origen griego, hablaba con la voz extremadamente culta de un extranjero con oído para no resultar artificioso; su latín era mejor que el de muchos senadores, y su griego impecable. Sin duda también le odiaban.

—¿Qué favor, y por qué? —preguntó. Siempre había sido quisquilloso.

—¡Hablas como una mujer, secretario jefe!

—Es el trabajo, querida. Todo el día organizando a tontos. No me líes —ordenó—. ¿Cómo se llama?

Ahora hablaban familiarmente, en voz baja, personas que habían trabajado una vez juntas como esclavos. No tenía sentido entretenerse.

—Flavio Vespasiano —contestó ella claramente—. Su hermano es un legado en el ejército del Rin. —Hubo una pequeña pausa—. Él es brillante y más concienzudo —afirmó Caenis. No había olvidado el criterio que aplicaba Narciso cuando juzgaba a la gente.

El liberto del emperador frunció los labios y miró el techo muy alto por encima de su cabeza. Estaba decorado con rubicundos querubines y faunos rodeados de exquisitos ramos de flores. Calígula había ampliado el palacio y el templo de Cástor y Pólux había pasado a ser el vestíbulo. Al mismo tiempo, se habían realizado unos soberbios trabajos de decoración. El secretario jefe se había hecho con una sala que era una joya. Bueno, tenía una excusa. Aquí era donde muy pronto llegarían embajadores de todo el mundo.

—¿Tu amante? —preguntó el liberto implacable.

—No —replicó Caenis, sin cambiar el tono. Había venido preparada para sus métodos directos—. Admito que *fue* mi amante; no tiene ninguna importancia; ya lo verás cuando lo investigues.

Él se rió. No eran muchas las personas que alabasen su cautela. Y tampoco eran muchas las que se atrevían a enfrentársele.

—¡Lo quieres recuperar! —Narciso la puso a prueba con aquella terrible y espeluznante sonrisa.

—No. Está casado. Hace años que no le veo.

—¡Años! ¿Le debes dinero, chiquilla?

—¡Liberto, tú me enseñaste a no ser tonta! —Cautelosa ella también, eludió confesar que la deuda la tenía Vespasiano con ella. Él nunca había podido devolverle el préstamo (aunque cumplía su promesa y una vez al año le enviaba los intereses a través de un avergonzado contable).

Narciso abandonó su asiento y se acercó a un armario tallado que estaba detrás de su silla; ella se fijó en las gruesas trencillas que mantenían rígidos el cuello y el dobladillo de la túnica. Mientras él le volvía la espalda ella recordó los gestos: buscaba una de sus listas especiales. Ya la tenía, y ahora repasaba los nombres con la

punta de su pluma con un aire furtivo que demostraba una comprensión de estos caracteres muy superior a la que estaba dispuesto a admitir. Le dirigió una brusca mirada cuando ella estiró el cuello buscando las reveladoras marcas junto a los nombres.

—¡Tú no has visto esto!

—¡No, señor! —contestó ella con una sonrisa tonta, cada vez más divertida.

—Flavio Vespasiano... Tito, ¿no es así?

—Tito —asintió ella, con más torpeza de la que esperaba.

—Tito —repitió él; siempre había sido un hombre exasperante—. Hummm...

Servicio militar en Tracia, poco bebedor...

—Le gustaba el ejército —acotó Caenis rápidamente.

—¿Y el ejército qué opinó? —ladró Narciso—. Cuestor en Cirenaica y Creta; entregó un buen informe. ¡Debía ser *buenísimo* si aquellos tipos lo apuntaron! Edil... —Estaba todo allí. Narciso miró la lista y resopló despreciativo; evidentemente, había una anotación sobre aquel asunto del barro—. Pretor en el primer intento. ¿Qué es esto? ¿Fue él quien hizo aquel discurso cuando Calígula envió a su hermana a casa con las cenizas de su amante? ¿Aquello de que, por conspirar contra el emperador, Lepido no se merecía el entierro público? ¡A eso yo lo llamo rastrero! No le quiero si su juicio es defectuoso...

—No tenía elección. —Caenis defendió a Vespasiano.

—Parece inepto.

—Expeditivo. Calígula se había hecho con el mando de la situación. El Senado tenía que apoyarle o caer con los conspiradores. Además, ¿quién quería que triunfara la conspiración de esa desgraciada de Agripina?

—¿Quién querría tener a Agripina como enemiga, Caenis? —Después del brusco reproche, Narciso lo dejó correr—. Hermano de Sabino... Conozco al hermano; un poco charlatán, pero no está mal. —Dejó la lista súbitamente y miró a Caenis—. Es difícil.

—Narciso, es un hombre bueno.

—No ha llegado su turno.

—No tiene dinero, reputación, ni antepasados famosos. Si tú le condenas, Narciso, ¡nunca llegará su turno!

Narciso la obsequió con su carcajada más odiosa.

—¡No te enfades! Le echaré una ojeada. Hay muchas cosas que puede hacer un buen hombre. —Esto parecía interesante—. Ven a verme esta noche; pide en la oficina de la entrada que te den un plano para encontrar mi casa.

Caenis se rió. Muy típico del viejo detallista organizar un mapa.

—¿Tu casa? ¿No quieres una habitación aquí, a tres pasos del emperador?

Narciso, porque se conocían muy bien y de otros tiempos, admitió en voz baja:

—¡Por supuesto! Y a sólo dos pasos de su condenada esposa. Pero hay momentos en los que no quiero estar disponible. Además, mujer —dijo el secretario jefe del emperador—, prefiero tener un rincón privado en el que recibir a mis amigos.

□ □ □

Su idea de un rincón privado era un buen presagio para sus amigos.

Narciso, que conseguiría hacerse con cuatro millones de sestercios, y, por lo tanto, ser el hombre más rico de Roma, incluso en aquella etapa de su carrera vivía en una casa de distinguida opulencia. Los esclavos, bien aleccionados, se movían silenciosamente. Caenis permitió que un criado recogiera su calzado de calle. Se acomodó en la elegante montaña de cojines rellenos de plumón de ganso, aceptó un plato de fruta garrapiñada, probó el vino dulce.

—¡Agradable! —comentó con tono escéptico.

Él la miró. Incluso antes de que dijera nada Caenis adivinó que Narciso había averiguado dónde y cómo vivía ella.

—Mejor que aquel cuchitril cerca de la Vía Appia. ¿Sabías que Claudio nunca vendió la casa de su madre? Le comenté que habías estado puliendo la taquigrafía de su hija sin cobrar nada. —Claudia Antonia estaba a punto de casarse, así que cualquier educación que necesitara sería de otro tipo—. Está conforme; te he reservado la mitad de un ala.

Ella había olvidado lo rápido que trabajaba él. Tampoco se había dado cuenta de que ya le había organizado su camarilla.

—No puedo volver a la casa de Antonia. Me partiría el corazón. Además, ¿quién ocuparía la otra mitad?

—Agripina; se le ha permitido que vuelva del exilio. —Al observar la expresión de disgusto de Caenis, Narciso se apresuró a añadir—: De acuerdo, te conseguiremos algún dinero y ya te buscarás una casa.

—Quiero una bonita casa con una higuera y una casera a la que le dé vergüenza pedir un alquiler de escándalo.

—Me entrevisté con tu hombre.

Cruzaron una mirada.

—¡No es mío! —afirmó Caenis, tajante.

—Perdona, ¡me olvidé! No es tal como me esperaba; mantuvimos una charla interesante. Tiene un niño pequeño, ¿lo sabías? El pobrecillo vino al mundo en un cuartucho que no tiene nada que envidiar a esa covacha donde te metes. Tito.

Caenis se preguntó qué clase de charla.

—¿Qué?

—El hijo de Vespasiano. —Como familia, los Flavianos carecían de inspiración cuando se trataba de poner nombres a sus hijos—. Podrías haber mencionado al hijo, Caenis.

—¿Por qué? ¿Qué le has ofrecido a su, obviamente, viril papá?

—Nada todavía. Le corresponde a mi hombre.

Caenis se acomodó mejor entre los cojines y, para ayudarse en la tarea de probar todas las confituras, se hizo con la pequeña bandeja de plata. En esta materia, Narciso tenía el excelente gusto de los griegos. Las bolas de fruta estaban recubiertas con semillas de sésamo, lo que resultaba doblemente agradable: primero te las comías y después te pasabas horas disfrutando del placer de quitarte los restos de los dientes.

—Lo que quizá le ofrezcamos —prosiguió Narciso cuidadosamente—, no sería precisamente una hamaca al sol.

—¿Hay algo en marcha? —replicó Caenis en el acto.

El Imperio se extendía desde África a la Galia, desde la Extrema Hispania a Siria. Décadas atrás, cuando Varo perdió tres legiones en la traumática masacre de Germania, Augusto había decretado que ya era bastante amplio. Durante treinta y cinco años la política había sido contener el esfuerzo militar dentro de los límites existentes. Intentar expandirse significaba grandes territorios, pocas rentas para una inversión demasiado abultada, y poco prestigio. Sólo quedaba una única posibilidad que pudiese resultar tentadora para un emperador, necesitado de una hazaña espectacular y rápida para afirmar su posición, en un momento en que las legiones ni siquiera tenían claro quién era y el Senado le toleraba mientras no se les ocurría otro nombre para ponerlo en su lugar.

Narciso la observó analizar el tema; estaba orgulloso de ella.

—¡No lo dirás en serio, liberto! ¿Otra intentona en Britania?

La isla más allá del borde del mundo conocido. Envuelta en el misterio; se hablaba de yacimientos de plata y de oro; Julio César había estado allí, aunque había tenido la sensatez de largarse cuanto antes; el gran rey britano Casivelauno, que durante años había preservado la estabilidad en el sur y toleraba el comercio con Roma, había muerto hacía poco y ahora los que gobernaban eran sus hijos, mucho más ambiciosos y hostiles. Y los pertrechos ya estaban almacenados en los depósitos de la Galia; los planes trazados y archivados; las trirremes construidas.

Narciso se encogió de hombros.

—Gracias a Calígula, todo el trabajo logístico está hecho. Incluso hay un glorioso nuevo faro para marcar el camino. ¿Tu amigo Sabino tiene miedo al agua? ¿Se asustará ante los hombres azules y los hechizos de los druidas?

—Se las apañará. Sobre todo si es por un salario.

—¡Ah, me encanta, un ejército de hombres que necesitan dinero! Son tan leales y bien dispuestos... —La voz del liberto bajó el tono bruscamente. Después de todo, ella había sido una vez su favorita—. ¿Qué quieres, jovencita? ¿Debo decirle que has hablado conmigo?

—¡No! —Caenis se horrorizó.

—¿Quieres oír que está sano y feliz?

—No.

—Ya lo veo. ¿Resentida? ¿Quieres verlo pálido y desgraciado?

Ella perdió los estribos.

—¡Sólo quiero que se le dé su oportunidad! Quiero que un hombre que tiene talento, energía y la voluntad de servir, se vea libre de los esnobismos del sistema...

—¡*Caenis!* ¡Predicas una sociedad donde un hombre se eleva a través del mérito! —la interrumpió Narciso con voz asombrada. Ella todavía se estaba preguntando cómo castigarlo por el «predicas» cuando él le dirigió una malvada sonrisa: tenía mal los dientes; consecuencia de una dieta pobre en la infancia y exagerada después por unos lujos para los cuales su cuerpo estaba mal preparado. Él levantó una mano en señal de advertencia—. Perdona; tengo otro invitado. —Por un terrible momento ella pensó que podría ser el mismísimo Vespasiano.

No lo era. Entró el emperador arrastrando los pies.

□ □ □

El esclavo que le hizo entrar preguntó si debía encender las lámparas. Narciso declinó el ofrecimiento.

—Déjalas estar por el momento. Es agradable sentarse en silencio a la luz de crepúsculo y rodeado de amigos.

Caenis se preguntó si tenía que marcharse. Parecía más sencillo quedarse donde estaba. Advirtió que aquí, en su casa, Narciso no se levantaba ni siquiera ante el emperador. Claudio, con el pelo blanco y la cojera que le hacía instantáneamente reconocible, a pesar de la penumbra que les había rodeado mientras ella y Narciso conversaban, se acomodó en un diván con una conmovedora informalidad.

—Antonia Caenis, permíteme que te presente a mi mecenas...

—Conozco a tu mecenas —le interrumpió ella apresuradamente. A pesar de todo, quizá Claudio no la recordaba; bebía mucho y tenía muy mala memoria para las caras—. Soy la liberta de su madre; él también es mi mecenas.

El emperador asintió con una brusca sacudida de cabeza que le hacía parecer indefenso. Todos permanecieron sentados tranquilamente en la penumbra como había sugerido Narciso. Fue entonces cuando por primera vez Caenis comprendió que formaba parte de algo nuevo. La tensión que siempre había conocido en Roma comenzaba a disiparse. Por casualidad pertenecía a la casa privada que de forma completamente inesperada gobernaba el mundo. Contaba con la aprobación de Narciso, y él la introduciría en el reducido círculo de este emperador para observar y, si a ella le apetecía, para ayudar.

Narciso le comentaba abiertamente al emperador, como si Caenis ya estuviera reconocida como una colega:

—Te he dejado la lista con los nombres de los candidatos para legados militares.

Quizá podrías pensar en Vespasiano. Sería el más apropiado para la Segunda Augusta. Ahora están en Argentoratum; los candidatos ideales para tu plan britano.

Argentoratum era una de las grandes bases militares en el Rin. Caenis sabía que las legiones destinadas allí llevaban años de indocilidad. Sería muy útil sacarlos de sus cómodos alojamientos donde confraternizaban excesivamente con los nativos y tendían a olvidar que debían fidelidad a Roma. En los demás aspectos, las legiones de Germania eran de primera clase. Sería un buen mando.

Claudio se volvió hacia ella.

—Conozco a Vespasiano, ¿verdad?

Caenis se lo recordó en el acto.

—Le conociste, señor, en la casa de tu madre.

—Sí... ah, sí. —En su rostro apareció aquella expresión extraviada. Curiosamente, el tema había quedado resuelto. El liberto le guiñó un ojo a Caenis.

—Si lo tomas —le dijo Narciso a Claudio al cabo de un rato—, él tiene un hijo al que podríamos educar con el tuyo. —De pronto Caenis comprendió por qué había mostrado tanto interés por el hijo de Vespasiano.

Mesalina había puesto el broche de oro al sorprendente ascenso al poder del emperador, ofreciéndole a Claudio un heredero varón sólo veintidós días después de que él aceptara el trono. Pasarían siete años antes de que el pequeño príncipe ingresara formalmente en la escuela; Narciso debía estar haciendo planes a muy largo plazo. Con un César al que acaban de ponerle su túnica de oro tejido, él ya estaba planeando el currículo escolar para producir una dinastía.

□ □ □

Narciso se encargó de servir el vino. Caenis estaba sumida en sus pensamientos, asombrada por la visión de Vespasiano con un bebé en brazos. También tenía algunas dificultades para proteger la fuente de confituras. Claudio era adicto a la comida.

—¡Por el emperador! —murmuró Narciso, el educado funcionario en su más perversa cortesía. Claudio agachó la cabeza sin dejarse engañar.

—¡Por el buen gobierno! —replicó Caenis con firmeza. Le sonrió a Narciso, consciente de que por una vez le había avergonzado—. Lo siento, me olvide de decirlo. En privado soy republicana.

—Me olvidé de decírtelo, Narciso —musitó Tiberio Claudio Druso Nerón Germánico, con la suave melancolía del hombre que estaba sentado tranquilamente a la luz del crepúsculo entre amigos—. ¡Yo también soy un republicano, en privado!

Y todos se echaron a reír mientras comían confituras griegas. Era un nuevo mundo, un nuevo orden, dirigido por personas con mentes parecidas. Caenis no se lo podía creer; ella formaba parte de esto.

□ □ □

Tuvo una entrevista con su casero aquella misma semana. Eumolpus entró en su apartamento sin llamar, como ella sabía que tenía por costumbre cuando creía que ella no estaba.

—¡Ah! —exclamó Caenis en voz baja, y tuvo la satisfacción de ver cómo el escurridizo cabrón pegaba un bote.

Él la miró de una manera que a Caenis se le tensaron los tendones de la nuca. La provocativa mirada se demoró en su piel y en los sutiles pliegues de su vestido rojo oscuro. El vestido tenía las mangas muy anchas, sujetadas al codo con cinco botones en cada antebrazo.

—¡Siempre tan elegante! Me gusta ese vestido, Caenis. Todos esos botoncillos son la mar de seductores; un hombre se los imagina desabrochados muy lentamente uno a uno para su...

—En realidad —le cortó ella—, son exclusivamente decorativos; están cosidos. —Apenas soportaba estar en la misma habitación que él—. Agradezco tu presencia, porque así te podré dar el aviso. No te cobraré las pinturas —Caenis sonrió amablemente—, las reparaciones de las paredes y la carpintería que he tenido que hacer, aunque quizá le recomiende a la próxima inquilina que cambie la cerradura.

Y en respuesta a la gratificante curiosidad que había provocado en el casero, añadió con modestia:

—Soy afortunada. El nuevo emperador me ha ofrecido habitaciones en la casa de su madre.

Era una mentira, porque ella nunca aceptaría la oferta de regresar a la Casa de Livia. Y ésta fue la única vez que Caenis, que no era ninguna esnob, mencionó sus vinculaciones de una forma tan pública.

Lo hizo por todas las esforzadas mujeres que a lo largo de los años habían soportado la invasión de su privacidad y actos contra sus personas por parte de hombres cuya única ventaja era la posesión de la propiedad.

Lo hizo por ellas, y lo hizo por la amargada y descalza esclava que fue una vez.

Ahora era afortunada. Los emperadores vendrían y se irían. Pero como Narciso había deducido astutamente, Antonia Caenis sería en muchos sentidos un ser amargado y descalzo toda su vida.



Narciso tuvo que ir *él* mismo a Britania. De hecho, casi tuvo que ir *él* solo a Britania, algo que resultó bastante absurdo porque, según sus planes, tendría que haberse quedado en Roma ocupándose de todo lo demás.

El plan era el siguiente: las tropas se embarcarían, navegarían hasta la isla, establecerían una cabeza de puente, machacarían las cabezas de unos cuantos miembros de las tribus del sur, y después invitarían al emperador a que se uniera a ellos para rematar a las ya casi vencidas tribus; acabado esto, *él* regresaría a casa convertido en Claudio Británico, mientras el ejército se ocupaba de asegurar el máximo de territorio posible sin demasiados gastos ni pérdidas de vidas humanas, y salvando la cara. Era un plan muy sensato. Una vez que Narciso puso la maquinaria en marcha, como un solemne burro que hace girar la rueda del molino, el plan funcionó muy bien. Sólo que primero tuvo que ir *él* mismo a la Galia para mover a la fuerza invasora.

□ □ □

Las tropas rehusaron ir.

—*¡Eso no aparecía en la Gaceta Diaria!* —exclamó Caenis, cuando se reunió con Narciso después de que regresara a Roma. Le encontró en su casa, que había sido redecorada en su ausencia con una gran profusión de mármoles de Carrara y un flagrante abuso del pan de oro; el efecto resultaba un tanto agotador para los ojos.

—Nos pareció —replicó el liberto, aunque sin duda le había parecido a *él*, cosa que su astuta modestia le impidió decir— que sería poco aconsejable decir a todo el mundo que cuatro de las mejores legiones del emperador, cuarenta mil de sus mejores hombres, en su máxima plenitud física, todos contentísimos con la paga extraordinaria por el ascenso del nuevo emperador, y al mando de un general (Aulo Plaucio) de quien las tropas no podían tener la más mínima queja, un tipo la mar de decente, como se suele decir; cuatro magníficas legiones que habían marchado a través de la Galia para instalar sus campamentos en Gesoriacum (un cochino agujero; una manchita en un mapa), se quedaron sentados en sus camas mirando el mar desde las tiendas.

—Me han dicho —comentó Caenis amablemente— que siempre hay muy mala mar en el estrecho galo.

Narciso, que lo había cruzado en ambas direcciones, se estremeció en silencio. Cualquier persona mínimamente instruida sabía que las treinta y tantas millas de mar entre Britania y Galia eran las aguas más peligrosas del mundo. Ésta era la razón principal, como los legionarios le dijeron con toda franqueza a su general, por la que no querían ir.

—Les dije —manifestó Narciso— que tenían razón.

Caenis chupó lentamente el melocotón que se estaba comiendo.

—*¡Tú les dijiste eso!* —repitió ella pensativa, imaginándose la escena.

Afortunadamente, Aulo Plaucio era un bicho raro: un general que nunca se dejaba llevar por el pánico. «Enfrentado a un cortés pero empecinado motín», le había escrito al emperador pidiéndole consejo. El emperador le había enviado a su secretario jefe para expresar sus ideas. Por lo tanto, Narciso se había arrastrado setecientas millas a través de Europa desde Masilia, ciudad que estaba a quinientas millas de Roma por mar.

—Tú les dijiste... ¡oh, *por supuesto!*

Caenis se tendió cómodamente en la gruesa colcha roja que cubría los divanes de los visitantes en la gran sala de recepción de Narciso.

—A ver si lo he entendido bien: tú, mi camarada liberto, no tienes la más mínima influencia sobre el ejército. Los soldados, seamos sinceros, te desprecian como a cualquier burócrata chupatintas. Así que te subes a una tarima militar (a una tribuna, es ese el nombre ¿no?) en una enorme base de tránsito en el extremo más alejado del mundo. ¿En presencia de este ejemplar e impertérrito general Plaucio, los cuatro comandantes legionarios, incluidos Sabino y Vespasiano, además de todos aquellos estirados oficiales, que presumiblemente se han matado tratando de convencer a los soldados de que deben ir? ¿Tú te encaraste a cuarenta mil soldados curtidos, mal hablados y de un humor de perros, algunos de ellos con las cicatrices de veinte años de batallas, y con el mejor entrenamiento? Dime, Narciso, ¿tus palabras fueron bien recibidas? ¿*No se rieron?*

Narciso sonrió al acabar Caenis la larga parrafada.

—Se rieron —afirmó. Caenis se quitó el hueso del melocotón, limpio como una patena, de entre sus afilados incisivos y le devolvió la sonrisa—. Les hizo recordar los Saturnales —reconoció un tanto avergonzado.

Caenis pensó en el divertido carnaval de invierno durante el cual en las casas donde celebraban la fiesta, esclavos y amos cambiaban sus lugares por un día. Intentó sacar alguna comparación favorable pero en cambio oyó en su cabeza cuarenta mil voces burlonas que gritaban al unísono: «*¡Io Saturnalia!*» como el terrorífico rugir de la muchedumbre en las carreras del Circo Máximo; ahora fue su turno de hacer una mueca.

—Sí, ya lo veo. Y entonces, ¿fueron?

—Y entonces —proclamó Narciso, orgulloso—, se quedaron tan sorprendidos que fueron.

Caenis se giró en el diván y apoyó la barbilla en las manos mientras escuchaba como una niña encantada con un cuento.

—¿Y fue entonces cuando tuviste que ir tú también?

—Soplaba una galerna, Caenis. ¡No soy un inconsciente! Me quedé en Gesoriacum esperando a mi hombre.

Así y todo, él se lo describió: el terrible viento helado; el cielo cubierto de nubarrones; los chasquidos de las velas con sus imprevisibles bandazos; los remeros angustiados; los soldados acurrucados y a punto de dejarse llevar por el pánico y los comandantes con los rostros pálidos que intentaban parecer tranquilos. En cuanto los transportes dejaron atrás la protección de la costa gala, se encontraron con una siniestra marejada y el agua tenía el color del peltre con un repugnante tinte amarillo. Entonces se levantó la tormenta. La energía surgió del canal desde un océano abotagado a otro, como nunca hacía en los mares cerrados, mientras el viento les empujaba como si el gran dios Océano estuviese limpiando tranquilamente su dominio con la palma de su poderosa mano.

—Entonces, vieron la gran luz verde.

—¡Por todos los dioses! ¿Qué era *aquello*?

—No tenemos ni idea. Con toda discreción se hizo correr la voz entre la tropa que era un meteoro que se dirigía al este: una señal de que Júpiter había dado órdenes a Océano y bendecía nuestra empresa. En cualquiera caso, cambió el viento. Las naves avanzaron velozmente, después las arrastró la pleamar y llegaron al otro lado. Todo ayudó a la pantomima.

El ejército había desembarcado sin oposición. Los meses de demora provocados por el motín habían hecho que las tribus britanas recogieran los bártulos y abandonaran los acantilados para regresar a sus casas. No hubo ninguna necesidad de abrirse paso hasta la playa. Las legiones desembarcaron en una nueva bahía donde, desde la época de César, el mar había abierto un canal para crear la isla de Thanet. Toda la flota fondeó tranquilamente en una cala de fondo arenoso donde encontraron las ostras que se harían famosas en todo el mundo romano. Bautizaron aquel lugar con el nombre de Rutupiae. Comenzaron a cavar; la invasión estaba en marcha.

Caenis comprendió que no sería una ganga. Nadie sabía qué esperar. Aquella difícil costa apenas fuera del alcance de la vista desde Galia era bien conocida por los mercaderes, pero los mercaderes, por razones propias, no decían palabra. Apenas si habían explorado el interior. Incluso Julio César, un siglo antes, había considerado que Britania no era un lugar en el que un sabio general debiera entretenerse. Había creado lo que pasaba por ser un reino cliente que pagaba tributo a Roma, pero nunca nadie había puesto la teoría a prueba. Britania continuaba siendo algo completamente

misterioso, envuelta en el mal tiempo, un dibujo poco fiable en un viejo mapa fenicio. Era el refugio de los druidas que fueron expulsados de la Galia con sus secretos, sus intrigas políticas y sus espantosos ritos de sacrificios humanos. Los poderosos príncipes del sureste odiaban la evidente amenaza romana; en el suroeste había tribus que vivían en formidables fortalezas construidas en las cumbres de las colinas y que mantenían relaciones comerciales o de parentesco, y que tenían intereses comunes, con los celtas de la Galia occidental, que habían sido brutalmente derrotados por Roma en la época de Julio César. Una cosa estaba bien clara: la hostilidad sería terrible.

Sin embargo, Narciso argumentó que las condiciones debían ser favorables. Las cuatro legiones que había enviado contaban con el apoyo y el interés personal del emperador. Los mandos eran experimentados. El ejército romano era uno de los mejor abastecidos y organizados de todo el mundo. Era un ejército profesional, con sus propias colonias, contratistas, bancos de ahorros y mutuas de enterramiento. Los hombres estaban magníficamente organizados, equipados y ejercitados, entrenados para correr, cabalgar, nadar, saltar, fintar, luchar, e incluso preparados para usar la cabeza. Poseían un libro de tácticas avalado por años de uso; en cualquier situación, todos sabían lo que se esperaba que hicieran. En un país salvaje como Britania, las legiones estaban preparadas para construir sus propias carreteras mientras marchaban, cavar zanjas y canales, levantar muros fronterizos y fortalezas, dragar ríos y ensenadas, erigir y colonizar ciudades. En cuanto encontraran metales preciosos, ellos harían funcionar las minas. Los hombres estaban preparados para toda clase de trabajo especializado. Todo aquello que pudieran necesitar lo traían consigo, o lo fabricaban en cuanto se instalaban. Tenían jabalinas, espadas, dagas, escudos laminados, artillería de campaña de muchas clases. Llevaban protectores estomacales de cuero y bronce, corazas de láminas articuladas o cotas de malla, hombreras metálicas, salvapiernas, cascos reforzadas y las mejores botas del mundo. Frente a ellos tenían a unos valientes pero desorganizados nativos, desnudos y la mayoría descalzos, armados con piedras y unas pocas espadas.

—¿Así que resultó un paseo? —sugirió Caenis con voz seca.

—No. —Narciso exhaló un suspiro—. Caractato y Togodumno, dos zarrapastrosos príncipes anglos, casi les dieron una paliza a tres legiones romanas de elite en la primera pelea.

□ □ □

Él volvió al principio.

—Llegaron allí; mareados pero sanos y salvos. Desembarcaron en el este. Encontraron a los nativos: una dura batalla que se prolongó hasta la mañana siguiente. Espero que después de todos mis esfuerzos para que fueras una muchacha bien instruida te des cuenta de que no son muchas las batallas romanas que han

durado más de un día. El héroe del momento fue...

—¿Quién? —Caenis se sentó en el sofá.

—Hosidio Geta.

—¿Quién?

—Uno de los legados legionarios. Un tipo brillante.

—¡Bien hecho, Hosidio! —se burló Caenis.

Narciso soltó una risita al escucharla.

—Oh, no te preocupes, tu muchacho no lo hizo nada mal.

Desde Rutupiae tres legiones habían avanzado hacia el oeste, miles de pies callosos con botas claveteadas marchando por la greda de una vieja pista de las Tierras Bajas. Por fin, desde un risco que dominaba el río Medway, avistaron la piel gris del río Támesis y, más allá, los marjales que protegían el territorio de sus principales oponentes: la tribu catuvelaunia. Los guerrilleros comenzaron a agujinear a las legiones, pero fueron espantados. En el Medway, esperaban Caractato y Togodumno. El vado era demasiado estrecho y la tierra demasiado fangosa. Si alguna vez hubo allí un puente, ahora había desaparecido.

Aulo Plaucio se preparó para cruzar el río.

En la ribera más lejana vigilaban unos guerreros con pantalones a cuadros y torsos desnudos. Los portaestandartes romanos avanzaron hasta la orilla y plantaron sólidamente sus águilas en un altozano. La infantería bajó del risco para formar cerca del agua mientras los zapadores provistos de pértigas comprobaban la firmeza del suelo. La caballería galopó hasta el vado y después suspendió el avance y giró para dirigirse a través de los bajíos hasta el puesto de mando del general. Algunas veces, un caballo que se hundía en las arenas movedizas reculaba espantado mientras intentaba llegar a suelo firme.

Detrás de los britanos se extendían en gran desorden una multitud de campamentos donde reclutas de diferentes tribus se habían acomodado a medida que llegaban, confiados en que los atacantes se quedarían atascados en el cuello de botella. Más lejos todavía estaban sus caballos y cuadrigas. No fue hasta que oyeron relinchar a los caballos desjarretados que se dieron cuenta de que los auxiliares bátavos de los romanos ya habían cruzado.

En silencio y con el mayor de los sigilos, casi inadvertidos por su propio ejército, los bátavos habían descendido por el lado norte del risco, para entrar en las aguas profundas muy lejos por el flanco derecho, y a continuación cruzar a nado hasta la orilla occidental. Formaban parte de la Catorce Gemina; eran uno de los numerosos grupos de especialistas nativos que las legiones romanas reclutaban para darles una oportunidad de conseguir la ciudadanía y dejar que el ejército se aprovechara de sus excepcionales habilidades. Estos bátavos provenían de una zona cercana al estuario del Rin (eran famosos barqueros y pilotos) y este destacamento había aprendido a

nadar, acompañado por sus caballos, y con todo el peso del equipo.

Se dirigieron directamente al parque de cuadrigas y pusieron fuera de combate a los caballos britanos. Los bátavos se esfumaron mientras resonaban los gritos de furia de los britanos.

En la orilla romana estaban las dos legiones al mando de los hermanos Flavianos, Sabino y Vespasiano, que entonces se pusieron en marcha. El orden se materializó después de la maniobra de distracción. Protegidos por los auxiliares montados (una línea de caballería río arriba para romper la fuerza del agua y otra más abajo para recoger soldados y bultos que pudieran ser arrastrados por la corriente) los soldados se lanzaron a cruzar los bajíos mientras los britanos intentaban recuperar las cuadrigas. Los britanos se lanzaron contra la cabeza de puente. Vespasiano y Sabino los contuvieron hasta el anochecer.

La tercera legión al mando de Hosidio Geta cruzó al amparo de la oscuridad.

La batalla continuó casi todo el día siguiente. Al final, la legión de Geta abrió una cuña entre las apretadas filas de los guerreros semidesnudos. El propio Geta se vio rodeado pero consiguió romper el cerco. Entonces su legión rodeó al enemigo, y ganaron la batalla y la provincia. Las fuerzas britanas huyeron en desbandada hacia el norte. Los romanos los persiguieron al tiempo que capturaban a los rezagados y atendían a sus heridos. Pero los britanos habían cruzado el río en la parte más ancha; a la hora en que aparecieron los perseguidores había subido la marea y había inundado el estuario formando un lago salobre imposible de cruzar.

Algunos bátavos cruzaron el río a nado, pero se confiaron, perdieron el rumbo en los marjales, y fueron masacrados por Caractato. El general Aulo Plaucio instaló su campamento en la margen sur del Támesis mientras se traían los pontones desde Rutupiae para construir un puente provisional. Las legiones esperaron dos meses a que el emperador y los elefantes llegaran desde Roma.

—¿Y entonces fue cuando cruzaste? —preguntó Caenis, triunfalmente. Por fin Narciso se lo confirmó.

—Entonces fue cuando crucé.

—¿Cómo es aquel país?

—Tierras de cultivo densamente pobladas con algunos bosques; chozas de juncos, la mayoría circulares, rodeadas por pequeños campos cuadrados con muros de piedra bajos que marcan los límites; ganado, perros por todas partes, y el mejor trigo fuera de África.

—¿Y los hombres azules?

—¡Extraordinarios! —exclamó Narciso.

—¿Las mujeres son azules?

—No. Y en realidad tampoco lo son muchos de los hombres. Las mujeres — Narciso consideró correcto decírselo— eran muy altas, doradas como leonas, y al

parecer incluso más deslenguadas y empecinadas que tú. ¡Doy gracias a los dioses que no pudiéramos entenderlas! Desde luego, la mayoría de las que conocimos eran reinas y princesas.

—Supongo —dijo Caenis irritada— que los comandantes en el extranjero mantendrán frecuentes contactos con las feroces reinas bárbaras.

—¡No, si tienen un poco de sentido común! —replicó Narciso.

□ □ □

Por todo lo que él le había contado, Caenis llegó a la conclusión de que ahora tenían dominada la zona este del país. Se creía que uno de los caciques había muerto a consecuencia de las heridas sufridas en la batalla de Medway, y que su hermano Caractato había escapado hacia el oeste. Claudio había entrado en la ciudad catuvelaunia en Camulodunum, a la que proclamó capital de la provincia romana.

—Una tontería —se lamentó Narciso—. Está demasiado al este. Tendremos que cambiarla en cuanto podamos. En cualquier caso, él se divirtió.

—¿Cuánto tiempo te quedaste?

—Dieciséis días.

—¿Y qué ocurrió?

—Varios reyes se rindieron y se marcharon cargados de ofrendas y regalos. Aulo Plaucio fue nombrado primer gobernador provincial. Navegamos de vuelta a casa. He dejado a mi hombre paseándose por la Galia.

—¿Y ya está?

—No, mujer —le reprochó Narciso—. Claro que no está.

Admitió que les llevaría unos cincuenta años. Aulo Plaucio se encargaría de preparar la infraestructura. Construiría una red de fuertes militares, haría carreteras, explotaría los yacimientos de hierro del sureste. Vino, aceite, cristales, productos perecederos, se enviarían al norte en ingentes cantidades; pieles, perros de caza, azabache, ostras y cereales comenzarían a viajar hacia el sur. Las legiones (la Veinte, la Nueve y la Catorce) establecerían sus bases en el este, el norte y en el medio oeste. Pero, hasta ahora, estaba claro que sólo habían puesto un pie. En el sur, la segunda legión se enfrentaba a una tarea mayor.

—¿Supongo que querrás saber alguna cosa de tu hombre? —preguntó Narciso con un matiz agrio.

—¿Hay algo que deba saber? —replicó Caenis inocente.

Ella debía saberlo, porque conociendo a Vespasiano, tenía que haberlo.

—Con ese —Narciso se desperezó—, siempre depende de él.

—Es lo que siempre le digo —señaló ella francamente.

□ □ □

—Que quede entre nosotros dos. —A Narciso le encantaban los secretos. Por lo

general esto significaba que aquello que le iba a decir asombraría a medio mundo al cabo de una semana—. Mi hombre está encantado con él. Le ha enviado al sur por su cuenta: tiene carta blanca. Informa al gobernador, pero sus órdenes le vienen directamente de Claudio. En aquella costa hay un extraño rey que se muestra amistoso. Se trata de un tal Togidumno, que por alguna razón le ha ofrecido una base segura a la Segunda Augusta. Desde allí podrán controlar todo el suroeste: las tribus más feroces, docenas de cerros erizados de lugareños cabreados que lanzan piedras; algunas de las obras defensivas más fabulosas del mundo. En alguna parte de aquella región está el hierro, además de la plata, el cobre, el estaño, y posiblemente el oro. Como puedes comprender, el suroeste es donde Roma quiere estar de verdad. La Segunda Augusta, al mando de tu hombre, estará allí durante tres años. Yo creo que podemos dar por hecho que si Vespasiano sabe llevar la situación, acabará bien forrado.

—¿Lo conseguirá?

—¿Tú qué crees?

—Espero que lo consiga —se burló Caenis con aquel ocasional y abrupto hábito de no pensar las cosas antes de decirlas—. ¡El viejo miserable me debe diez mil sestercios!

Ahora fue Narciso quien se ruborizó. Vespasiano era bien conocido por su falta de dinero, pero este atisbo de sus hábitos de alcoba eran demasiado sorprendentes como para darles crédito.

—Eso es algo que nunca hubiese esperado —afirmó el liberto con un tono acre—. ¡Te enseñé que nunca debías hacer préstamos! —Parecía un tanto preocupado mientras intentaba comprender a la joven. Desde que la conoció cuando era una niña, alguien, quizás incluso el mismo Vespasiano, la había convertido en bromista—. Sabes, Caenis, que yo habría acabado por encontrarle; siempre estuvo en mi lista.

—¿Significa eso que estás de acuerdo conmigo?

—Oh, es un tipo sobresaliente —replicó Narciso sin vacilar. Después, incapaz de resistir su ansiedad añadió—: Te daré los diez mil; me parece justo, y ese avaro miserable nunca te los pagará. —Curioso, al ver que ella no le respondía, se sintió obligado a insistir—: Te reirás si no lo hace.

Caenis se rió ahora.

—Nunca prestes si necesitas cobrar; nunca des si quieres que te lo devuelvan. ¿Quién fue el que me lo dijo? Oh, Narciso, créeme, si alguna vez me paga no habrá ninguna duda. ¡Me echaré a llorar!



Cuando los últimos pelotones de soldados auxiliares salían del Campo de Marte, los magistrados ya se aproximaban al Capitolio. La larga procesión serpenteaba a través del Circo Flamiano, y entraba en la ciudad por el Arco Triunfal, que se abría especialmente ese día. Seguía la Vía Triunfal y pasaba por los teatros del distrito noveno para que la pudiese ver el máximo de gente posible, daba una vuelta completa a la derecha alrededor del Palatino, incluido el Circo Máximo, torcía a la izquierda por la colina Caeliana, tomaba la Vía Sacra para entrar en el Foro y pasaba por el lado sur, para después ascender al Monte Capitolino por la empinada ladera del Clivus Capitolinus, hasta el templo de Júpiter, en el corazón de la Ciudadela. Así Roma veía al ejército, y éste veía la mayor parte de Roma. Todo se movía con la lentitud del caracol. Toda la ciudad estaba paralizada. El ruido era increíble. El espectáculo abarcaba la mayor parte de un día.

Vespasiano diría, años más tarde después de una procesión que compartió con Tito por la conquista de Jerusalén, que pedir un triunfo (pedirlo era una costumbre) era digno de un viejo tonto.



Ya se había celebrado el correspondiente desfile triunfal por Britania, al regreso de Claudio. El Senado sólo podía votar la celebración de un triunfo para cualquier campaña. En sentido estricto, ahora se trataba de una ovación por el regreso del comandante en jefe: una cosa secundaria. A nadie le importaba; todo el mundo lo llamaba un triunfo.

Antes, en el verdadero desfile triunfal, el emperador se había lucido. Había adoptado el nombre de Británico para él y para su hijo infante. Los senadores que le habían acompañado a Britania fueron honrados de la manera más apropiada, mientras que entre las tropas se repartieron collares, coronas y lanzas sin punta por su valor en combate con la misma generosidad con que se repartían almendras garrapiñadas en una boda; Mesalina viajó en un carruaje cubierto hasta la Ciudadela; allí estaba toda la pompa y la parafernalia que un conquistador podía esperar. Se invitó a todos los gobernadores provinciales para que fueran testigos de la posición y el poder de su nuevo emperador.

Así fue como Caenis llegó a ver al ridículo hijo de Antonia recibido triunfalmente

por el Senado y el público. Su aparición fue el punto culminante de un día memorable. Claudio llegó, en su cuadriga redonda tirada por garañones blancos, como el militar vencedor que implora la bienvenida de la ciudad, y como representante religioso, en su papel de sumo sacerdote por aquel día, para interceder por la ciudad ante los dioses. Vestía una túnica floreada y la toga púrpura, profusamente decorada con bordados y gruesos ribetes de oro. En una mano el bastón de Júpiter, un cetro de marfil con un águila de oro en la empuñadura; en la otra, la simbólica rama de laurel. Sobre su cabeza una corona de laurel; sostenida por un esclavo por encima de él, la diadema de hojas de roble y cintas, todas de oro macizo, traída para él desde la estatua de Júpiter Capitolino, la corona del triunfo, tan pesada que ningún mortal podía soportarla. En la cuadriga le acompañaban sus hijos: Octavia y Británico.

Pero todo aquello había sucedido hacía tres años. Todo el mundo había mencionado entonces lo triste que resultaba que el grueso del ejército hubiera tenido que quedarse en la nueva provincia para contener a las peligrosas tribus britanas, y aunque Hosidio Geta había regresado a casa para el desfile del triunfo, era al general, y algunos de los otros comandantes, a los que el público deseaba ver.

Por fin estaban aquí todos los grandes nombres. Roma podía tomarse otro día de fiesta. Claudio, que era un hombre justo, quería que éste fuera el día de su general. Aulo Plaucio tendría con todo derecho el desfile, la aclamación, las sagradas ceremonias para el cumplimiento de sus votos, todos los honores y todos los festejos. El emperador en persona fue a congratularle y entraron en Roma juntos; Claudio cedió a Aulo Plaucio el lugar de honor a su derecha. El nombre de aquel digno, apocado, y posteriormente poco recordado militar, fue aclamado por sus soldados y por el populacho a todo lo largo del camino, proclamado su nombre una y otra vez para que lo escucharan los dioses.

Pero incluso antes de que los barrenderos dejaran limpias las calles al alba, y de que los tenderos acabaran de adornar los pórticos con guirnaldas de flores, otro nombre resonaba a todo lo largo y ancho de Roma.

«*¡Io Triumphe!* —gritaban la gente y los soldados—. *¡Salve Claudio! ¡Salve Plaucio! y ¡Salve Vespasiano!*».

Verónica había conseguido alquilar un balcón sobre el paso del desfile. Le costó tanto que a Caenis le pareció ridículo rehusar la invitación. Así que fue y llevó una cesta con viandas: salchichón de Lucania, pan, huevos rellenos y pescado en escabeche. No tenía muy claro si su elección la convertía en una sentimental, en una estúpida o en una absurda heroína. El día prometía ser muy largo y caluroso. Había ocho personas en un balcón donde podían sentarse cómodamente tres. Cada vez que alguien se movía, de un codazo hacía caer un tiesto sobre la multitud. Verónica no cesaba de dar órdenes. Había traído para todas sombreros de ala ancha para

protegerse del sol, y Coronas de perejil para cuando se cansaran de llevar los sombreros. Había traído también grandes cestos con pétalos de rosas para lanzarlos sobre las tropas, y para completar el caos, una gran cantidad de jarras de vino. «¡Agradece —gritó Verónica, que era una anfitriona de lo más considerada— que el alquiler del balcón incluya el lavabo de la planta baja!».

La ciudad estaba alborotada mucho antes de que hubiese nada que ver. La gente había tenido que acudir muy temprano para poder abrirse paso por las calles atestadas. Ahora permanecían de pie o sentados, comportándose de una manera cada vez más tonta y vocinglera, mientras a lo lejos Aulo Plaucio continuaba pasando revista a las tropas. Los carteristas no daban abasto con tanto trabajo.

En el Campo de Marte se anunciaron nuevos honores, esta vez por el propio Plaucio. Había bastones de mando para los comandantes de las legiones, más lanzas despuntadas para los soldados que habían demostrado su valor en combate, laureles para todos aquellos que habían salvado la vida de un compañero, medallas para colgar en los arreos de la caballería, brazaletes para algunos y una paga en metálico para todos. Las legiones y sus cohortes adoptaron unos discos conmemorativos. Y después también hubo una distinción especial, una que Hosidio Geta ya había ganado (algo muy poco habitual porque ninguno de los dos hombres había sido todavía cónsul): la concesión de todos los honores triunfales (el derecho a llevar la corona triunfal en los festejos y a tener su estatua de bronce en el foro de Augusto) a Flavio Vespasiano por su magistral campaña en el suroeste.

Todo esto demoró muchísimo el desfile.

□ □ □

El cortejo se formó conforme al orden tradicional, lo que evitó la necesidad de repartir programas, y ayudó a los escultores a registrarlo todo acertadamente una vez acabada la procesión. Caenis se sabía de memoria el procedimiento; el orden de un triunfo había sido siempre uno de los temas favoritos en las pruebas de dictado. Era éste:

Primero: *La escolta cívica*.

Caenis señaló alegremente que era un buen momento para comer, mientras todos estaban aburridos. Con una razonable tolerancia hacia las ausencias por enfermedades, malos modales y funerales de tías ricas en alguna provincia lejana, la mayoría de nobles y muchos de los representantes del pueblo hicieron acto de presencia: tardaron bastante en pasar todos.

Segundo: *Flautas*.

Muy agradable. En el primer triunfo esta parte se la habían cedido a las trompetas; por culpa del calor, algunas de las trompetas habían sonado desafinadas.

Era necesario tener buen oído para darse cuenta, pero Caenis había torcido el gesto. Las flautas eran mucho más amenas.

Tercero: *Los trofeos de guerra.*

Mientras pasaba esta larga parte del desfile, los espectadores tenían tiempo para ofrecer pegajosas rodajas de melón a sus niños y refrescar a los bebés que sufrían de insolación.

Cargados por robustos mozos tocados con coronas de laurel se exhibían nuevos trofeos capturados en combate: corazas, armas, escudos con dibujos de dragones, maravillosas y ligeras cuadrigas de mimbre; seguidos por el botín: enormes y retorcidos torques de oro y arneses y equipos esmaltados; después, representaciones de los lugares donde había combatido el ejército: modelos y dibujos de las fortalezas, ciudades e islas, estatuas vivientes envueltas en junco de dioses del río, todos con sus extrañísimos nombres pintados en carteles: *Camuloduno*, *Caesoromagno*, *Durnovaria*, *Vectis Insula*, y también las tribus guerreras. Los *catuvelaunos*, los *innovantes*, y los salvajes oponentes de Vespasiano en el oeste: los *dubonnos*, *durotriges*, *belgas* y *dumnonos*, contra quienes él había librado sus treinta batallas y a los cuales había arrebatado veinte fortalezas emplazadas en las cumbres de las colinas.

Todas estas cosas extrañas confundieron tanto al público y provocaron tantas discusiones que Verónica las hizo cambiar de asientos a todas.

Cuarto: *El carnero blanco preparado para el sacrificio.*

Con los cuernos dorados y arrastrando guirnalda y cintas rojas, la magnífica bestia era escoltada por una cohorte de sacerdotes, todos cargados con implementos y recipientes sagrados, en medio de fuertes vaharadas de incienso, y al son de la música de címbalos, triángulos y flautas. A estas alturas el grupo de Verónica se había bebido la mayor parte del vino, pero el aburrimiento mientras desfilaba la representación religiosa entonando sus letanías fue una buena oportunidad para abrir las ánforas que quedaban.

Quinto: *Los principales cautivos.*

Nadie conocía el nombre de estos cautivos britanos porque Togodumno estaba muerto y Caractato continuaba en libertad haciendo de las suyas. En cualquier caso, allí estaban los prisioneros, y algunos de ellos llevaban grandes tatuajes azules. Tenían los miembros largos, la piel blanca, el pelo rubio y los ojos azules o grises. Entre los edificios altos, la multitud de estatuas y el rugido de millares de romanos dispuestos a divertirse, los prisioneros parecían un tanto aprensivos y asombrados. Verónica les arrojó unos cuantos dátiles rellenos, pero ellos los eludieron.

Sexto: *La escolta de lictores del comandante en jefe.*

Más elegantes que nunca, aunque hoy sin las hachas que normalmente llevaban entre los manojos de estacas. Todos de rojo. Un espléndido espectáculo.

Séptimo: *Los intérpretes de liras y bailarines.*

Exultantes por el enemigo derrotado. Algo extremadamente fatigoso de ejecutar, pero agradable a la vista.

Octavo: *El general victorioso.*

Aulo Plaucio, un hombre sorprendentemente pequeño, que parecía preocupado por los corcoveos de su enorme caballo blanco; vestía un pomposo atuendo y una pesada corona de mirto. Era muy popular. A su lado:

Noveno: *El emperador Claudio Británico.*

Caenis tenía un terrible dolor de cabeza.

Décimo:...

—Lo siento muchísimo —se disculpó Caenis, mientras pasaba por encima de rodillas y cestos con la vergüenza y el alivio que siente una mujer que por fin se ha decidido a decir aquello que por timidez no ha querido mencionar durante los últimos tres cuartos de hora—. No puedo esperar más. Debe ser la excitación. Ya me contarán lo que me he perdido. Verónica, ¿dónde está ese famoso lavabo que tienes?

Décimo: *Los comandantes de las legiones vencedoras.*

Caenis se tomó su tiempo. Así y todo, lo calculó muy mal.

□ □ □

Cuando por fin regresó, el ruido era ensordecedor. Los espectadores que se balanceaban temerarios sobre las tarimas, apenas si podían contenerse a medida que las legiones con sus uniformes de gala llenaban las calles, y en cabeza, cada uno en su cuadriga, los cuatro famosos legados que las mandaban.

Los vítores se habían hecho frenéticos. La gente trepaba a las columnas para ver mejor. En el aire flotaba una lluvia de flores. Todo el mundo estaba de pie. Verónica, con la cara roja por el esfuerzo, saltaba como una posesa. Aplaudía, arrojaba violetas y rosas, y cuando se le acabaron, tiró aceitunas al paso de cada legado.

Caenis, al volver, fue transportada alegremente en volandas por las demás del grupo, por encima de las ánforas de vino y las sillas volcadas, hasta su lugar anterior en primera fila. Verónica dijo alguna cosa; Caenis buscó en la cesta algunos bocados apetitosos para calmarlos a todos. Durante su ausencia los legados de la *Legio XIV Gemina*, la *Legio IX Hispana* y la *Legio XX Valeria* habían desfilado a paso de

caracol. Ahora, allá lejos, en el Capitolio, Aulo Plaucio, ayudado por el emperador, había iniciado la última y penosa subida por la escalera Gemonia, que de acuerdo con la tradición debía subir de rodillas; detrás de ellos toda la cola del cortejo se encontró de pronto taponada, flaqueó, osciló y acabó por pararse.

Un portaestandarte cubierto con una piel de oso que se vio forzado a detenerse plantó las patas del trípode del águila legionaria en el pavimento de toba donde resbalaron; el águila de alas de plata se sacudió mientras él apretaba los dedos doloridos en la empuñadura. Sujetas a la pértiga, que estaba adornada con guirnaldas, había dos emblemas triangulares: Pegaso y Capricornio, que habían sido los símbolos del emperador Augusto; por encima de ellos aparecían el número y el nombre de la legión. Detrás del estandarte, que siempre debía marcar su posición para sus soldados, el legado de la *Legio II Augusta* se detuvo, balanceándose suavemente sobre los talones mientras apoyaba las manos en el borde de la cuadriga de ceremonias.

«¡Vespasiano!», rugieron las masas, que se reventaban los pulmones ante este maravilloso golpe de suerte. El Héroe de Britania, Flavio Vespasiano, se cruzó de brazos mientras esperaba, y respondió ausente a la multitud. El Héroe de Britania estaba delante mismo del balcón, a unos cinco metros de Caenis.

□ □ □

Ronca de tanta angustiada adulación, Verónica se llevó las manos a la garganta.

—¡*Io Triumphe!* Querida mía, mírale, ¡el héroe! ¡Tu adorable amigo Sabino!

Caenis nunca había visto a su amigo Sabino vestido de uniforme. Resplandecía con el bronce y brillaba con las hebillas y las medallas de hierro esmaltado. Debajo de uno de sus poderosos brazos llevaba cuatro bastones de mando honorarios. La mayor parte de su cuerpo estaba oculta debajo de la coraza, las espinilleras y los pliegues rojos de su capa de comandante. Comenzaba a ralearle el pelo y el fuerte y grueso cuello desaparecía detrás del voluminoso nudo del pañuelo de reglamento, pero nada podía ocultar la forma de la nariz o el orgulloso ángulo de la barbilla alzada. La corona que tendría que haber llevado con tanto orgullo se le había corrido displicentemente sobre una oreja. Alguien le había arrojado un manojo de pétalos de rosa que se le había enganchado en la charretera. Él se lo cepilló del hombro con el dorso de la mano, y los pétalos cayeron lánguidamente sobre el dobladillo de su capa de lana. A su alrededor todo era éxtasis; toques de trompeta; vítores y gritos. Él no se inmutaba. Echó una mirada a sus oficiales, para después mirar al cielo con resignación ante la demora, mientras fruncía el entrecejo amablemente en respuesta a las sonrisas de los jóvenes subordinados. Sacó hacia afuera el labio inferior. Se tapó la barbilla con el dorso de la mano como si quisiera contener un bostezo. Caenis sonrió. Cualquiera que le conociera habría advertido que el Héroe de Britania se moría de aburrimiento.

Verónica chillaba con desesperación.

—¡Por Juno! No queda nada para tirarle.

Se quitó de la cabeza la corona de perejil mustio; Caenis se inclinó ligeramente sobre la balaustrada, con una carcajada, al tiempo que contemplaba cómo la oscura rama de perejil serpenteaba en el aire antes de chocar contra su túnica y aterrizar sobre la punta de la ornada espinillera del legado, como algo un tanto desagradable que manchaba el plateado más abajo de la robusta rodilla. Vespasiano flexionó la pierna para quitarse el perejil. Miró hacia abajo. Después miró hacia arriba.

□ □ □

Caenis comprendió que el mundo era muy triste.

Pensó que él vería un balcón como todos los demás que había visto, atestado de gente vulgar que chillaba y agitaba sombreros ridículos. Pero ella adivinó en el acto que él la había visto, silenciosa en la primera fila, porque su rostro se despejó automáticamente. Una mujer con un vestido blanco. Él solía decir que el blanco la hacía invisible; prefería verla vestida de azul.

Habían transcurrido seis años desde que Calígula fue asesinado por Querea. El hombre que estaba en la calle había estado un año y medio en Germania, mientras Narciso organizaba la fuerza invasora, después casi otros cuatro en Britania, y casi doce meses más ocupado en transmitir el mando de la Segunda a su sucesor antes de emprender el viaje de regreso a Roma. Cumpliría treinta y ocho años el 17 de noviembre. Caenis tenía... la edad que tuviese. Calculaba que tenía más o menos la misma edad que él. Quizás un poco más. No obstante, miraba a Vespasiano con una mirada clara y desvergonzada, porque conservaba la agradable costumbre de verse a sí misma como una niña, a punto de cruzar el umbral de la vida. (Algunas veces Caenis se preguntaba hasta cuándo continuaría con este hábito).

Todo pasa.

Dominada por algo muy cercano a un doloroso arrepentimiento, Caenis vio que Vespasiano se sentía tocado por un sentimiento similar. Parecía pensativo y un poco melancólico. Él lo tenía todo. Resultaba muy fácil sentir envidia, pero a su edad era mucho menos fatigoso mostrarse tolerante. Ella siempre había sabido que él llegaría a ser famoso. Caenis le había pedido una vez que la recordara cuando lo fuese. Ahora ya no le parecía importante. Sin embargo, intuía que él la recordaba. El callado recuerdo flotó por su rostro; ella se permitió un tenue reconocimiento como respuesta. Se alegraba de haber conocido al hombre; se alegraba también de haberle visto llegar a esto. Viejos amigos. Dos personas que ahora no sabían nada de la vida del otro, que nunca lo sabrían, ni tampoco querían saberlo. Dos personas que eran felices, en medio del clamor que les perturbaba, con ver un poco de serenidad y calma en un rostro conocido.

Él seguía mirando hacia el balcón.

—¡Haz algo! —chilló Verónica. Y después, horrorizada—: ¡Caenis, *no lo hagas!*
—Caenis tenía preparado en la mano algo que había cogido de la cesta de las viandas.
El rostro de Vespasiano se iluminó.

—¡*Caenis, no!*

Vespasiano, expectante, alzó la barbilla. Caenis se inclinó sobre la barandilla, sostuvo su mirada por un segundo, y después lanzó su regalo.

—¡*Io Vespasiane!*

Ella se lo había lanzado con certera puntería; él lo atrapó con un hábil movimiento de muñeca contra su brillante coraza. Era medio salchichón de Lucania. Verónica se desplomó en la silla.

Alguien sujetó a Caenis antes de que se cayera por el balcón.

Muerta de risa, riéndose con él, se esforzó para mantenerse de pie y poder ver.

El cortejo se sacudió. La cuadriga se movió. La muchedumbre le aclamaba; él tenía que ocuparse de aquellos que le aclamaban.

—¡*Io Vespasiane! ¡Triumphe Io!*

Tras él pasaron sus oficiales marchando con paso airoso. A su paso, toda la calle se iluminó por la luz reflejada en las armaduras de las tropas de Vespasiano.

—¡Oh, Juno! Caenis. ¡Oh, mi corazón! ¿Qué hizo él? —gimoteó Verónica.

Caenis, aunque comprendió que debía tener el rostro blanco como la tiza, consiguió hablar con bastante complacencia.

—Se lo guardó debajo del brazo junto con los bastones. ¡Yo diría que se lo guardó para más tarde!

—¿Sonrió? ¿Saludó? ¿*Viste lo que hizo con mi corona?*

—Siempre ha sido el mismo cabrón —comentó Caenis.

—¡Mírame! —le ordenó Verónica, que se hizo oír por encima de un nuevo clamor de la multitud—. ¿*Qué más?*

—Saludó —respondió Caenis, con una voz débil que su amiga difícilmente podía escuchar entre el estrépito—. En realidad, creo que me saludó.

Aquello tampoco era seguro: Caenis giró la cabeza.

Entonces Verónica vio que toda la pintura que Caenis había utilizado a primera hora de la mañana para destacar aquellos grandes ojos cínicos le chorreaba por la cara. Caenis siempre fue muy incompetente con el maquillaje, pero Verónica había hecho todo lo posible por enseñarle, así que no podía haberse pintado tan mal. Estaba llorando. Verónica continuaba pensando que Caenis nunca había disfrutado mucho de la vida. Fue por eso, porque ella entendía de estas cosas, que habló con mucha gentileza, y le explicó en términos sencillos los puntos más severos de la etiqueta militar.

—Cariño, sé justa. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¡No puedes esperar que Vespasiano, el Héroe de Britania, agradezca *un salchichón de Lucania!*



CUARTA PARTE



BRITÁNICO

Cuando los césares eran Claudio y Nerón. Pero no Británico

El nuevo orden de Claudio perduró casi catorce años.

Era demasiado tiempo para cualquier gobierno; lo bastante, en cualquier caso, para que la gente olvidara cómo eran las cosas antes. El mismo tiempo que tardó el infante Británico, que nació cuando su padre fue promocionado al trono de una forma tan extraña, en llegar a las puertas de la mayoría de edad.

Catorce años. Entonces, Claudio comió un plato de setas que le sentaron tan mal que se murió. Pero lo que le ocurrió a Británico había comenzado algunos años atrás. Comenzó con su madre. El día que Narciso llamó a una conferencia secreta para tratar el tema de Valeria Mesalina, Británico tenía siete años. Estaba familiarizado con las muchedumbres desde su nacimiento; cuando era bebé, a Claudio le encantaba sostenerlo en alto en el anfiteatro y gritar: «¡Buena suerte para ti, hijo mío!». La audiencia siempre respondía con un rugido de entusiasmo; Británico era popular. Era alto para su edad, demostraba carácter y tenía el ingenio rápido. Los Claudios en general eran una familia apuesta (Caenis creía que unas cuantas narices aplastadas y algunos ojos bizcos quizás habrían dado Claudios más sensatos). Incluso el emperador, en reposo, cuando dejaba de babear y de moverse, era un hombre de buen ver. Su esposa, Mesalina, era hermosa; su hijo se convirtió en un chico atractivo. Sin embargo, nunca tuvo mucha suerte.

Si Mesalina no había seducido a Calixto, Pallas o Narciso fue sólo porque nunca lo intentó. Durante un tiempo prefirió a Mnester, el bailarín de ballet; después a todo un desfile de jóvenes nobles, senadores, gladiadores, soldados, incluso embajadores, y finalmente a Gaio Silio, un cónsul jovencísimo que era, como dijo Verónica, el hombre más guapo de Roma.

—Supongo que ella considera que no tiene sentido ser emperatriz si no puedes escoger —opinó Caenis.

Verónica hizo una mueca y la miró de reojo, porque no tenía muy claro cuánto sabía Caenis.

—¡Querida, Mesalina no se anda con miramientos!

Caenis asintió; ya lo sabía.

Si, como quería recordar después la gente asombrada por sus crímenes, Mesalina salía realmente del palacio por las noches disfrazada con una peluca rubia para ir a ofrecer su hermoso cuerpo a los clientes de un vulgar burdel, era hasta cierto punto

irrelevante. Su conducta ya era bastante mala como para que la gente lo creyera. Sus aburridos escarceos con los nobles, y después su amor loco por Silio y la peligrosa farsa a que dio lugar eran ciertos, y motivo más que suficiente para provocar su caída. Si los poetas satíricos y los biógrafos salaces querían ser obscenos en sus obras sobre la emperatriz eso les iba muy bien a los librereros. Aunque no era muy bueno para Octavia y Británico. Ambos eran nietos de Antonia; y según la tradición familiar, a menos que ellos mismos se convirtiesen en monstruos, la vida les trataría de una forma monstruosa.

El romance de Mesalina con Gaio Silio era demasiado peligroso. Si únicamente hubiesen sido amantes, se hubiera podido pasar por alto; pero no se podía pasar por alto la revolución. En el momento en que la emperatriz consiguió persuadir a Silio para que se divorciara de su noble esposa (a lo que él, con toda lógica y más ánimo, respondió pidiéndole a la emperatriz que se divorciara de su esposo), a Narciso no le quedó otro remedio que actuar. Convocó a una reunión en su casa a los leales amigos del emperador. Caenis comprendió entonces el verdadero valor de la casa: era maravillosamente cómoda, estaba llena de bellas obras de arte, tenía flautistas de Alejandría, lenguados en piscinas de mármol, la cocina nunca cerraba y el agua siempre estaba caliente. Era el lugar ideal para conspirar.

—¿Como mujer, se me invita en atención al principio de que para pillar a un ladrón hace falta otro ladrón? —le preguntó Caenis a Narciso con voz desabrida. Él no lo negó. Sabía que ella era truculenta y no tenía pelos en la lengua, pero sentía una lealtad ciega por la familia de Antonia. También sabía que despreciaba a Mesalina, aunque probablemente la comprendía.

Fue el mismo Narciso, todavía con su vieja y afilada nariz oriental, aunque ahora mucho más gordo, quien explicó la situación a los demás:

—Está bien claro que Mesalina ha estado esperando la visita de nuestro hombre a Ostia. Se ha ido a inaugurar su nuevo puerto. Esta tarde, mientras Claudio está bien lejos de Roma, ella se casará con Silio. A él no se le puede culpar; liarse con la emperatriz ya es bastante peligroso, así que se lo juega todo en una tirada. Se casa con Mesalina, como está mandado; adopta a Británico, y la pareja se hace con el trono.

Calixto, que como secretario de peticiones se pasaba la vida diciendo las cosas obvias que la gente no tenía el menor interés en escuchar, señaló en el acto:

—¡Eso sería el fin de todos nosotros!

Nadie le respondió. Para algunos, eso no era lo más importante. Sería el fin de ellos, de su hombre y de todo su trabajo.

Pallas, el viejo mensajero de Antonia, se movió bruscamente en su sofá, y exclamó exasperado:

—Todavía no puedo creer que todo esto haya llegado hasta este punto y que el

pobre tonto de Claudio no tenga ni la menor idea.

Al cabo de un momento, Narciso murmuró, casi con vergüenza ajena por su hombre:

—Ya conoces a Claudio. —Y cuando tampoco nadie respondió a este comentario añadió—: Bueno, tiene muchas cosas en la cabeza.

Era verdad. Claudio como emperador había demostrado la energía y la concentración que sólo puede manifestar un verdadero excéntrico. En el año que su esposa intentó divorciarse (los romanos siempre se estaban divorciando de sus esposas, y Caenis pensó irreverentemente que si bien era una descortesía por parte de Mesalina no mencionarle a su marido sus planes para aquella tarde, al menos, que ella tomara la iniciativa marcaba un cambio), en aquel año, Claudio estaba preocupado con sus deberes administrativos como censor: reducir las condenas por deudas, publicar edictos sobre las picaduras de serpientes y en contra de la mala conducta en el teatro, además de acabar la construcción de sus espléndidos acueductos que traían agua fresca de las fuentes de Caerulean, en las montañas, a cincuenta millas de distancia, a través de la Campania en arcos que en algunos lugares tenían una altura de cien pies. Había continuado escribiendo historias eruditas. Se involucró en los asuntos internos de Armenia y Germania, y después, en un discurso cuya diplomacia política hubiese asombrado a aquellos que en su juventud le habían considerado un inepto, había convencido al Senado para que abriera sus filas a algunos de los fieles aliados de Galia. Sobrevivió a un intento de asesinato sin perder los nervios. Dedicó tiempo a sus temas favoritos; revitalizó el Colegio de Augures e introdujo tres nuevas letras en el alfabeto oficial.

Se cumplía el octavo centenario de la fundación de Roma. Claudio inauguró los *Ludi Saecularii*, los antiguos juegos conmemorativos. Se suponía que debían celebrarse sólo una vez cada cien años, por lo que ninguno de los asistentes había tenido la oportunidad de verlos antes. De hecho, Augusto también los había celebrado, pero aquello sólo era un tecnicismo. Esta vez hubo en el circo una exhibición troyana en la que jóvenes de las principales familias realizaron complicadas proezas hípicas mientras sus padres y abuelas se comían las uñas esperando rabietas, piernas rotas y cabeza aplastadas. En esta ocasión, Británico dirigió uno de los equipos. El otro lo lideró Lucio Domicio, el hijo de Domicio Enobarbo y de Agripina, la sobrina de Claudio. Era tres años mayor y mucho más seguro de sí mismo, así que por supuesto salió vencedor; aunque Británico se comportó en el campo con la gravedad de un pequeño Eneas, en cuanto llegó a su casa se echó a llorar.

Claudio hizo todo esto, y nunca nadie sugirió que estuviese demasiado ocupado para atender a su esposa. Todos sabían que ella no tenía tiempo para ocuparse de él.

□ □ □

Caenis asumió la palabra, ya que ninguno de los demás quería arriesgarse a hacerlo.

—Claudio cree que su bella mujercita es incomparable en la cama y una madre perfecta: leal, devota, inteligente, bien dispuesta y dulce. Hagan lo que hagan, no olviden que él lo cree *porque es lo que quiere creer*.

Varios de los libertos se movieron incómodos y se rascaron, al presentir una crítica general a su sexo. Ella se inclinó hacia adelante con los codos apoyados en las rodillas. Se dirigió a Narciso, en parte porque era a quien conocía y entendía mejor, y en parte porque sus colegas recomendaban precaución, asustados porque la interferencia podría tener consecuencias desastrosas para ellos.

—Hazle ver que le están robando el trono; ahora cree que es el más indicado para ocuparlo. Quizá lo es. Su ignorancia de las correrías de Mesalina facilitará las cosas; la verdad será una catástrofe, y él es un hombre vanidoso. Ella puede engatusarle; asegúrate de que no tenga la oportunidad. Engatusadle vosotros. —Caenis empleó el plural, aunque adivinó que éste sería el trabajo de un solo hombre—. Lo que más le dolerá a Claudio será el hecho de que se ha burlado de su matrimonio.

A Narciso le pareció, a tenor de lo escuchado, que Caenis no les había dado el punto de vista de una mujer sino el de un hombre. Miró a Calixto y a Pallas en busca de apoyo, no lo encontró, y entonces ensayó lo que diría:

—Sí... *Señor, ¿sabes que estás divorciado?* —Acabó con un gesto, mostrando las palmas como un acróbata. El efecto fue siniestro.

—¡Ese pobre y tonto cabrón! —comentó Calixto.

□ □ □

Al regresar a su casa, Caenis pensó en la curiosa habilidad que tenía Claudio para escoger en quienes confiar como sus amigos. Sus esposas eran un desastre y aunque las cuatro, incluida Mesalina, se las habían escogido sus parientes, Caenis dudaba que él fuese capaz de hacerlo mejor. En el matrimonio, el hombre busca un aumento en su cuenta bancaria, un adorno para su hogar y una sumisa compañera sexual. Sólo un hombre de rara inteligencia podría comprender que le convendría mucho más compartir su casa con un amigo.

Aquella fue una noche muy larga.

La brillante mañana con su cielo azul añil se había convertido en una ardiente tarde de otoño cuando Narciso vino en búsqueda de Caenis a la casa de Antonia. Ella nunca había visto a nadie extenuado hasta ese extremo. Él poseía una casa que funcionaba con pacífico decoro, y sin embargo ella comprendió que, para él, regresar a sus batallones de amables sirvientes hubiera significado encontrarse terriblemente solo. Había ido más allá de sus fuerzas. Había consumido toda su capacidad.

—Liberto, descansa. Yo enviaré aviso; yo vigilaré.

Caenis despachó a todos los esclavos. Después ella en persona se ocupó de las

persianas, vertió el agua para que él se lavara el rostro y las manos, mezcló vino con miel que él no pudo beber de puro cansancio, recogió sus sandalias, le acomodó los cojines y le cubrió con una manta mientras dormía.

Caenis permaneció en la habitación.

—Gracias —dijo él escuetamente cuando despertó.

Permaneció acostado de espaldas durante largo rato. Había apartado la manta, así que Caenis veía sus manos entrelazadas débilmente sobre el pecho. Las manos de Narciso eran muy pequeñas. Ella ya se había fijado en eso cuando tenía catorce años y estaba enamorada en secreto de él de una forma tremendamente física, como cualquier muchacha que se enamora del maestro que concentra su mente. Ambos habían recorrido un largo camino desde entonces.

Él pensaba. Caenis le contemplaba en silencio desde una butaca cercana; era una intimidad que muy pocos compartirían con él. El rostro moreno mostraba las mejillas hundidas en una relajación poco frecuente, aunque él sabía que ella estaba allí. Tenía los ojos inquietos por los pensamientos y oscuros por la melancolía; su mirada recorría el techo, desde los dibujos de la cornisa a la moldura de yeso cubierta con una pátina aceitosa creada por el humo de las lámparas, y la esfera de la que colgaban los delicados brazos de bronce con forma de cuellos de cisne del candelabro. Él no los veía.

La gente le acusaba de ambición personal. Sin embargo, la gratitud hacia Claudio surgía de un corazón sincero. Lamentaba las debilidades de su mecenas, pero apreciaba sus puntos fuertes y lo hacía sin el menor cinismo. Allí había amor. Se sentiría contento de haber salvado el día (Caenis adivinó, por su inmovilidad, que sin duda lo había hecho) pero Narciso no se mostraría exultante. Sufriría por la tragedia de su hombre, algo que el propio Claudio, comprensiblemente, no podía soportar sentir.

Caenis presintió un cambio en el foco de su ensimismamiento y le preguntó gentilmente:

—¿Y bien?

—He visto romperse un corazón. —Narciso cerró los ojos.

Por fin, él volvió a hablar.

—¿Cómo reacciona un hombre? Mientras regresa de un viaje con toda la inocencia, se encuentra con la brutal noticia de que su esposa tiene un amante, muchos amantes, y de que hay pruebas irrefutables. Ahora ella le ha dejado sin decirle palabra y se ha casado delante de testigos; el banquete, el vestido nupcial, los sacrificios, el nuevo lecho matrimonial. Todo esto es de conocimiento público en toda la ciudad: desde el Senado y el ejército hasta la más roñosa barbería y taberna de los muelles. Su inmaculada perla blanca convertida en la inmundicia del carro de la basura. La burla está en boca de todos. Caenis, ¿qué debe hacer?

Él se apoyó en un codo y la miró.

—Dijo muy poca cosa. No creo que nunca lo haga. La historia era tan fantástica que comprendió que debía ser cierta. A medida que nos acercábamos a Roma de regreso de Ostia, Mesalina estaba celebrando su matrimonio con una falsa vendimia en los jardines de Lúculo. El pelo suelto al viento, pisoteando la uva en el lagar, agitando el bastón de Baco; todo el mundo borracho perdido. Ya te puedes imaginar la escena. —Se produjo una fastidiosa pausa. Las jardines habían pertenecido una vez a Asinio Galo; Mesalina le acusó de adulterio con una mujer de la que ella estaba celosa, y después lo empujó al suicidio; fue la forma más sencilla de quitarle al hombre los jardines que había rehusado venderle—. Los invitados huyeron; muchos fueron capturados después por los guardias. Ella caminó (;caminó!) a través de toda la ciudad prácticamente sola, y entonces emprendió el camino a Ostia en una carreta. Se llevó a la suma sacerdotisa de las vírgenes vestales para que le ayudara a defender su casa, y envió a buscar a los niños para ablandarla el corazón.

—¡Pobrecillos!

Caenis se los imaginó llevados por las temblorosas criadas, para ser presentados a un padre silencioso en medio de la calle, testigos de la desesperación de la madre, aterrorizados por los fieros rostros y las amenazas que flotaban en el ambiente, y después devueltos a un palacio vacío donde no había nadie para darles una explicación. Británico tenía siete años. Octavia un año y poco más que él. Caenis iría a verles en cuanto pudiera.

Narciso continuó el relato con aquel mismo terrible tono apagado.

—Vitelio estaba allí, pero no fue capaz de decir gran cosa. —Se refería a Lucio Vitelio, el viejo mecenas de Vespasiano. Era el consejero más cercano del emperador, casi su único amigo.

—Así que, ¿quién tuvo que decírselo?

—No me separé de él en ningún momento. En su carruaje, le hablé constantemente. El instinto me decía que debía mantenerme en segundo plano. —Caenis meneó la cabeza violentamente. Narciso asintió—: Un error. Así que cuando ella nos encontró, algo que francamente no me esperaba, y conseguí acallarla temporalmente con el hecho directo del casamiento y una lista de sus crímenes; ella decidió llorar a lágrima viva, un grave error; no tuvo ocasión de hablarle. En cuanto pude, despedí a la Vestal, hice que se llevarán a los niños y abrí la casa de Silio. Le mostré a Claudio que estaba llena de sus pertenencias: los esclavos, las máscaras de los césares, sus herencias personales; oh, entonces se enfureció. Así que le llevé al cuartel de los pretorianos. —Ahora su voz se arrastraba con la reprimida repugnancia a revivir aquella terrible noche—. Por un momento fue como si yo hubiera asumido el mando de los guardias. Algunas veces, Caenis, creo que vivimos en un cuento de viejas. Los guardias vitorearon. Creo que pronuncié un discurso. A la hora que le

sentamos a cenar en el palacio la situación se había estabilizado; la mayoría de los conspiradores habían sido juzgados y ahorcados.

—¿Y la mujer?

—La mujer ejecutada. Atravesada con la espada de un tribuno.

Caenis tragó saliva, vio su cara, y entonces por su bien le preguntó con voz neutra:

—¿Por orden de quién?

—Por orden del emperador —contestó Narciso. Suspiró—. O al menos eso tuve que decir.

□ □ □

Después de un silencio, Narciso se confió, como si no pudiera soportarlo y necesitara compartirlo con alguien.

—Sabes, la llamé para la cena. Yo le había dicho que estaba muerta. Él nunca me preguntó cómo. Después se preguntó en voz alta dónde estaría. Estaba borracho. —Esto era casi habitual. Claudio también era muy olvidadizo, ya fuera por conveniencia o no—. La llamé «esa pobre y desgraciada mujer».

—Lo era —señaló Caenis. Narciso, que conocía su estricto buen sentido, la miró sorprendido—. Tienen demasiado —afirmó Caenis furiosa—. Estas damas. Correr riesgos, estremecer a la sociedad, es el único desafío que les queda. Sin embargo, comparadas con nosotros no saben nada; nadie les ha enseñado a respetarse y a ser disciplinadas. Por lo tanto, me apiado de ella. Además, yo he tomado parte en esto. Debo asumir la responsabilidad del testigo. ¡Fui a la boda de la pobre mujer!

Los sucesos de la noche predominaban tanto en sus pensamientos que Narciso tardó unos momentos en recordar que, aparte de la boda con Silio, hubo otra triste farsa con Mesalina vistiendo su calzado azafrán y el velo rojo delante de los testigos.

□ □ □

Él estaba preparado para marcharse.

—Gracias, Caenis. —De pie, la miraba de una forma extraña—. Hay algo que quiero pedirte. —Se frotó los ojos, tan incómodo por tener que pedirlo que Caenis se sintió avergonzada al creer que había adivinado cuál sería la petición. Narciso no era un afeminado. Ella creía que tenía amantes, aunque entraban y salían de su vida sin dejar ninguna marca importante. La gravedad de su rostro señalaba que no pensaba ofrecerle esa clase de relación. La necesitaba para poder confiarse; no la cambiaría por una relación pasajera.

Él seguía pensando en cómo expresarlo.

—Yo puedo cuidarme del Imperio —dijo Narciso con aquella voz monótona y cansada—. Necesito a alguien que cuide del emperador.

Caenis respiró. No era lo que ella se había preparado para oír. La rápida

inteligencia de la niñez había vuelto a traicionarla ante una dificultad.

Llevada por la sorpresa fue más cáustica de lo que esperaba.

—¡Siempre supe que un servidor del Estado es como un alcahuete! ¡Todo ese trajín de incordiar y ser incordiado; todo ese dinero sucio cambiando de manos en las trastiendas!

—Tienes toda la razón; ¡si pudiera salvarlo consiguiéndole una mujer lo haría! —replicó Narciso pacientemente, aunque seguía tan cansado que apenas si podía mantenerse en pie—. Le dijo a los guardias que había tenido tanta mala suerte con sus esposas que había decidido vivir soltero el resto de su vida; que podían matarle si cambiaba de opinión. Bueno, quizá los guardias lo hagan o quizá no, pero ya le ha pedido una lista de candidatas a Pallas, a Calixto y a mí, así que si no consigo alguna generosa y discreta alternativa, podemos decir que ya está de camino el próximo desastre matrimonial.

No estaba peleando, así que se imponía una respuesta. Por un momento, él la había asombrado. Había asumido que Caenis querría hacer esto por Roma, y no a expensas de sus intereses personales; mejor dicho, él no advirtió que ella podía tener otras esperanzas o ambiciones.

—Te estoy muy agradecida por el halago; ¡nunca le viene mal a una muchacha! Pero cuidar de un emperador —declaró Caenis, con un tono suave que no era el habitual en ella— es algo para lo cual no estoy cualificada.

—Un emperador podría hacerlo mucho peor.

—¡Oh, él lo hará! —replicó ella, apenada—. Ambos lo sabemos.

Ella no daría el brazo a torcer. Era culpa suya; él le había enseñado a decidir deprisa, y después a mantenerse firme. Así que Narciso se preparó para cargar con el Imperio, el emperador y la nueva esposa del emperador, cuando la eligieran. Se preguntó (Caenis no había perdido del todo su sensibilidad) si llegado el caso Caenis cuidaría de él, pero prefirió no formular la pregunta. Estaba demasiado inmerso en su trabajo como para que la pregunta fuese justa. Además, él conocía sus capacidades. Ocuparse de un imperio era algo sencillo, pero para asumir la responsabilidad de cuidar de Caenis hacía falta un tipo de hombre especial.

Ella siempre había sido su favorita, y él le deseaba lo mejor. Todavía pensaba que incluso un emperador podía hacerlo peor.



La búsqueda de una nueva esposa para Claudio se realizó siguiendo las más estrictas directrices oficiales. Cada uno de sus principales ministros seleccionó una candidata, cuyos méritos escribieron debidamente en un documento, que fue evaluada en una reunión formal presidida por el emperador. El sistema no parecía peor que el dar rienda suelta a las ridículas excentricidades del gusto personal.

Narciso apuntó: «*Candidata A, Aelia Paetina*; casada ya una vez con Claudio, era la madre de su hija Claudia Antonia. La candidata sensata, poco dada a tonterías, y de reconocidos méritos».

Calixto apuntó: «*Candidata B, Lolita Paulina*; una mujer de extraordinaria belleza, que había estado casada brevemente con Calígula, pero porque la habían forzado al matrimonio. También era inmensamente rica. Por si alguien lo ponía en duda, cuando iba a una fiesta cubierta de joyas llevaba las facturas para demostrar lo que le habían costado».

Pallas apuntó: «*Candidata C, Agripina*: sobrina de Claudio. Era la hermana de Calígula, una de las tres famosas hermanas; la candidata sorpresa, clandestina y peligrosa. Tenía un hijo, Lucio Domicio, así que había demostrado su fertilidad. Era probable que sus ambiciones acerca del destino de su hijo fuesen tremendas, pero Claudio ya tenía un hijo, Británico».

Era ilegal que el tío se casara con la sobrina, así que fue precisamente lo que hizo Claudio.

—Ese es el problema de las reuniones formales —manifestó Narciso, apenado—. O no se toma ninguna decisión, o se elige lo peor con el voto del presidente.

□ □ □

Cuando Agripina se casó con Claudio, y el presentimiento de una terrible desgracia la deprimió, Caenis tomó deliberadamente una decisión que sorprendió a algunos de sus amigos. Había un noble al que conocía íntimamente, Mario Pomponio Gallo, un hombre de buen temperamento, decente y bastante divertido. Narciso les había presentado. Durante varios años, Mario le había pedido que se casara con él. Por sorpresa, Caenis aceptó. En realidad, él se lo había pedido la primera vez que se acostaron juntos. Este estallido de entusiasmo inicial se había convertido en una amable rutina: él se sorprendió más que cualquier otro cuando ella dijo que sí.

Recibió la noticia con estoicismo, y comenzaron a mirar vajillas y mantelerías.

Un par de años más tarde, afortunadamente antes de que Agripina hiciera sentir su presencia, Flavio Vespasiano fue elegido para un consulado. Aquel mismo año, todavía dispuesto a casarse con Caenis, Mario Pomponio Gallo murió repentinamente.

Todo adolecía de una penosa falta de importancia. Caenis sabía que hubiese podido convertir a Mario en un marido —uno muy bueno— si se lo hubiese propuesto; comprendió que lo que deseaba de verdad era una casa propia, en lugar de los poco elegantes apartamentos en los que había vivido desde el fallecimiento de Antonia. Quería paz y permanencia a largo plazo. Así que con la ayuda de Narciso, que era generoso con el dinero y con el tiempo, ella buscó un solar y se construyó una casa sólida y bonita que sería suya hasta el día de su muerte. Su nueva casa quedaba justo fuera del límite noreste de la ciudad, en la Vía Nomentana. El sitio no estaba muy bien elegido, porque estaba precisamente al lado del enorme cuartel pretoriano, construido por Sejano para los guardias. La ubicación daba lugar a las bromas de sus amigos. Sin embargo, le evitaba el engorro de los vecinos. Y allí nunca había robos o tumultos.

Narciso le había dado un mayordomo: Aglaus. Caenis entrevistó a Aglaus en el jardín silvestre de la residencia privada de Narciso. No era tan tonta como para aceptar un regalo de un ministro de estado sin haberlo visto antes. El jardín de Narciso, aunque cerrado por los cuatro costados por las alas de la mansión, era amplio y bien diseñado como cualquier parque público. El ruido de la ciudad quedaba amortiguado por los árboles. Los pájaros cantaban posados en los arbustos y los canalones de la casa; había tórtolas blancas que tomaban el sol en los aleros. En el jardín predominaba el agua: había estanques rectangulares donde las ninfas de piedra miraban con rostros impassibles los juncos entre cuyos gruesos tallos se movían los contemplativos peces; había puentes por todas partes, y arroyuelos que serpenteaban entre grupos de arbustos dispuestos de una manera informal y que desembocaban en cuencos de pórfido con forma de concha. Algunas veces, durante la noche, ponían velitas encendidas en los cuencos y las luces eran como estrellas flotando en el agua. En cada rincón había un banco; y desde cada banco se tenía una agradable vista.

Había otro jardín más convencional, con los límites marcados con setos de romero; graves estatuas de la familia imperial salpicaban los parterres de acanto, y cipreses plantados a intervalos regulares como una guardia militar a lo largo de los senderos de cantos rodados. Aquel era el lugar para recibir a los embajadores extranjeros. Este era para los amigos.

Caenis y Narciso se sentaron en un banco de piedra con los pies en la orilla de un estanque y bajo la fronda de un abutilón. Era a finales de año. Caenis seguía de luto. Llevaba la cabeza envuelta con una digna mantilla blanca y esperaba impresionar a su

nuevo esclavo. Le observaron aproximarse: aún no había cumplido los veinte años, bajo como lo eran todos los esclavos del palacio y un poco raquítrico, el rostro delgado con la barbilla azulada por la sombra de la barba. Tenía una manera de mirar a la gente que era demasiado directa y que Caenis reconoció al instante; era valiente hasta el extremo de la rebeldía. Si escogía hacerlo, haría bien su trabajo pero de una manera desafiante y despreocupada; si no se le sabía tratar, estaba en una edad en la que no tardaría en convertirse en un subordinado y lo venderían a algún vendedor de lupines.

Narciso no le invitó a sentarse.

—Esta es Antonia Caenis, una importante liberta de la familia imperial.

Ninguna señal de reconocimiento; estaba claro que era un tipo hosco. Ella le dejó ver que le estaba evaluando y después dijo con su voz calma y disciplinada:

—¿Aglaus, has dicho? ¿Qué tal trabaja, Narciso?

—Es vago, taimado e insolente —contestó Narciso alegremente—. En estos tiempos son todos iguales. No esperes que estén educados como nos educaron a nosotros. —Sabía muy bien que Caenis creía que el belicoso muchacho era recuperable; tan parecido a ella a esa edad.

—Dime, Aglaus, ¿eres ambicioso?

—Sí, señora. —Hablaba con la cansada indiferencia de alguien que da las respuestas que sabe correctas.

Caenis frunció los labios.

—Entonces se te presenta una rara ocasión. Necesito un mayordomo. Tienes la oportunidad de hacerte con el puesto.

Ahora el joven echó los hombros hacia atrás y comenzó a actuar en su propio provecho. Era obvio que ya había pensado en todo esto.

—Supongo que la pega será una patrona que se conoce todos los trucos. Es mejor que me entere antes de empezar. Supongo que la señora tiene un llamador que es un caballito de mar de bronce en la puerta principal, y persianas cerradas que oscurecen todas las habitaciones.

Era un tanto retorcido para Caenis, pero ella comprendió lo que quería decir.

—¡Naturalmente! Flores secas, diminutas porciones en la mesa, y todos los sirvientes arrastrándose con zapatillas de fieltro.

Narciso dio rienda suelta a su espantosa risa.

—¿Visitantes masculinos? —preguntó el esclavo. Desde luego, tenía mucha cara dura.

—A veces —replicó ella plácidamente, al tiempo que evitaba pensar en Mario.

—¿Entonces, mujeres?

—No, si puedo evitarlo. Y a menos que me pidas permiso, ¡tú tampoco! Tampoco quiero jovenzuelos imberbes del templo de Ganímedes rondando por la puerta de la

cocina.

La impertinencia, lejos de enfadarla, estaba conquistando su interés. No podía soportar en su casa personas que carecieran de carácter. Él estaba intentando deliberadamente saber hasta dónde podía llegar; la mueca despreciativa que formaban sus labios podía ser muy útil para desanimar a los carniceros que hinchaban las cuentas.

—¿Tiene babosos perritos falderos? ¿Patos amaestrados? ¿Cocodrilos?

—No —respondió Caenis escuetamente—. ¿Quién es el entrevistado?

—Yo, espero. —Aglaus era sincero—. Puedes venderme; estaré encantado.

Caenis se volvió hacia Narciso para comentarle indiferente:

—No está mal, pero ¿será amable con mis amigos?

—¡Sí, señora! —exclamó el esclavo presuntuoso.

Ella adivinó que no quería trabajar para una mujer; no se lo echaba en cara porque con la rara excepción de Antonia, ella tampoco lo haría.

La responsabilidad le tentaba.

—Me arriesgaré. Acepto el puesto —anunció.

—¡Por Júpiter, aceptas! —gritó Narciso.

Caenis le hizo callar.

—Le tendré a prueba. Gracias, Aglaus.

Él la saludó con bastante cortesía:

—Antonia Caenis.

—Caenis será suficiente. Sólo Caenis. —Ella nunca cambiaría.

—Bien, señora Caenis, entonces.

Caenis y Narciso compartieron una sonrisa al recordar súbitamente los viejos tiempos.

—A mí me parece ideal —comentó el liberto—. Tendréis vuestras trifulcas, pero el tipo te adorará.

Se produjo una breve pausa. Ella necesitaba preguntarle a Narciso sobre el testamento de Mario; él le estaba dando tiempo para empezar.

Fue en este momento en que ella fue consciente, y sin duda Narciso también lo había advertido, de que unos pasos presurosos se acercaban desde la casa. Alguien había bajado los rústicos escalones de piedra detrás de ellos, pasado por debajo de la pequeña palmera que se inclinaba sobre uno de los patios y que ahora caminaba por la larga arcada de espalderas, donde en verano las madre selvas formaban un dulce pasillo hasta este rincón en el que a Narciso le gustaba sentarse. Alguien que conocía lo bastante bien a Narciso como para venir directamente aquí sin anunciarse. Alguien profundamente agitado. Un hombre cuyos pesados pasos Caenis reconoció en el acto.

Ella se ajustó mejor la mantilla alrededor de su rostro. Apareció el hombre. Narciso le miró. El visitante se dejó caer en otro banco. Comenzó a hablar; vio que

había alguien; la reconoció; se contuvo discretamente.

—Lo siento. Nadie me dijo que estabas ocupado. Volveré más tarde. —Ya se había puesto de pie.

Se trataba de Flavio Vespasiano, sin su tropa de lictores pero, por lo demás, vestido con sus ropas consulares.

□ □ □

Normalmente todo el mundo daba preferencia a un magistrado de la ciudad. Incluso el secretario jefe mostraba una impecable cortesía.

—¡Cónsul! Sé que esta dama tiene algo que discutir conmigo pero no pondrá ningún reparo en esperar; ¿debo pedirle que se retire?

Vespasiano murmuró con su brusquedad habitual:

—Gracias. No es necesario.

—¿Es algo privado? —Narciso se inquietaba.

Vespasiano volvió a sentarse en el otro banco. Las arrugas que se le hacían al fruncir el entrecejo eran más profundas. Ahora que se había acostumbrado a la situación, le dolía perturbar a alguien más.

—No. Narciso, para ya. Si la dama quiere que me vaya dirá que me tiré en la Estigia, y si ella quiere irse se levantará y desaparecerá.

¡Muy cierto! Caenis miró el estanque.

Narciso tenía el suficiente respeto por las relaciones privadas como para sentirse embarazado por este encuentro; hasta ahora, él había conseguido prevenir cualquier enfrentamiento con lo que consideraba un tacto exquisito. Se sentía mucho más incómodo que cualquiera de los otros dos. Con el rostro arrebolado, le preguntó al cónsul si algo no iba bien. Vespasiano arrancó una rama de un arbusto cercano y comenzó a desmenuzarla.

—¡Estas malditas mujeres imperiales! Primero regresamos a casa desde más allá del quinto pino para encontrarnos con que Mesalina estaba liada con todos los amigos y colegas de Claudio; después entre tú y Pallas lo liáis con otra intrigante, malvada e incestuosa vaca Juliana que decide que es asunto suyo dirigir el Imperio. —Caenis sabía que esta descripción de la Augusta, como Agripina se hacía llamar ahora, encajaba exactamente con la opinión de Narciso.

—Cónsul, estás nervioso —farfulló Narciso.

—¡Nervioso! Narciso, esa mujer es imposible. Tengo que tratar con ella mientras Claudio la deje suelta. Cumpliré con mi mandato, pero ella debe saber lo que pienso.

—¡Ella sabe lo que dijiste cuando Calígula la acusó de adulterio y conspiración! —le reprochó Narciso.

—¡Así que somos enemigos eternos! Cuando acabe mi período como cónsul tendré que dejar la corte.

—¡Algo sabio!

—¡Algo injusto!

Narciso se encogió de hombros con aquella leve manera oriental.

—Sí. Disfrutar de la quietud, la paz y el ocio de tu finca campestre: es el ideal romano. Muy pronto serás postulado para gobernador provincial. Mientras tanto, diviértete. Cultiva tus viñas, o lo que sea que cultives; mantén la cabeza gacha y controla tu temperamento. Un buen hombre; lo mejor es mantenerse apartado.

El cónsul seguía furioso.

—¡No tendré nada!

Narciso se irguió con un movimiento brusco.

—¡No, señor! En mi lista tienes una esposa honesta y tres hijos sanos, la aclamación del ejército, el respeto del Senado y las preferencias de un gran número de ciudadanos particulares. Quizás estés un poco corto de fondos...

Esta no era la mejor forma de calmar a Vespasiano. Arrojó lo que quedaba de la rama al estanque, y unas gotas de agua salpicaron el blanco vestido de luto de Caenis, así que ella apartó los pies para resguardarlo. Sólo tenía uno. Caenis pensaba que había muy poca gente merecedora de que alguien vistiera de luto por ellos.

—¿Corto? ¿Corto? Escucha —protestó Vespasiano—. ¡He pensado en todo este asunto! Ella vetará mi nombramiento; lo sé. En cualquier caso, si consigo una provincia, tendré que hipotecar mi finca para poder vivir decentemente, incluso en el extranjero. ¿Es justo? Mis hijos nacieron en la pobreza; no comemos con cubiertos de plata y Domiciano acaba de venir a este mundo en un minúsculo ático de la calle de la Granada. —Ahora ya estaba lanzado. Domiciano era su segundo hijo, nacido a finales de octubre. También tenía una hija—. Seré un gobernador que se encargará de las caravanas de mulas y de las franquicias de pesca; un mercader de atún, un chanchullero con los rodaballos, ¡un hombre a la caza permanente de su porcentaje en sepias y cubos de bacalao! Ya puedes decirle a tu amiga que deje de retorcerse y que se ría si quiere.

Caenis, que se había ido encerrando cada vez más en sí misma, comprendió bruscamente que ella constituía el auditorio a quien iba dirigido la última parte del aparatoso estallido. Al principio, Vespasiano no le había hecho el menor caso, con el mismo empeño que ella había puesto; de pronto él se volvió y se dirigió a ella directamente con aquel desconcertante cambio de tono:

—¡Hola, Caenis!

—¡Hola! —dijo ella.

Era la primera vez que se hablaban en casi trece años.

□ □ □

El secretario jefe, cuya gran inexperiencia le convertía en un sentimental, advirtió en el acto que el cónsul ya no fruncía el entrecejo. El malhumor de Vespasiano desapareció como las letras en una tablilla de cera que se funde para ser usada otra

vez. Incluso así parecía como si ellos no quisieran decirse nada más.

El cónsul se mordió el labio inferior y volvió a desafiar al liberto.

—¡De acuerdo! Si estás tan seguro de que todo irá sobre ruedas, ¿qué provincia me darán?

—África —contestó Narciso. Vespasiano silbó por lo bajo. Caenis se sacudió: África era el premio gordo.

—Creía que se hacía por sorteo.

—¡Por supuesto, cónsul! Y no dejes que nadie te diga otra cosa. —Arrepentido de su franqueza, Narciso añadió con cautela—: Debes mantener el ánimo.

—¡Ah, gracias! —Vespasiano se mostraba mordaz, pero se le veía preocupado; Caenis sabía que ahora lo que buscaba era saber cómo amañaban el sorteo. Ella también—. Pregúntale a tu lúgubre visitante si ya necesita sus ahorros.

Narciso se limitó a poner cara de circunstancias, pero al ver que Caenis continuaba mirando el estanque en silencio, se sintió obligado a aclararse la garganta y preguntar:

—¿Los necesitas, Caenis?

Caenis le contestó a Narciso en voz baja:

—No.

—¡Tienes amigos generosos! —le comentó Narciso a Vespasiano.

—Sí —le dijo escuetamente a Narciso. Y entonces se dirigió directamente a Caenis—. ¡Siempre de blanco! ¡El blanco te sienta fatal! —Que la colgaran si a estas alturas de su vida iba a permitir que los hombres le dijeran cómo debía vestirse. Él le adivinó el pensamiento—. Lo lamento. Es una impertinencia. Tendrás que perdonarme; te conozco desde hace mucho.

—No, cónsul. —Él se sorprendió. Ella también, pero continuó sin piedad—: ¡Tú me conociste —le dijo Caenis tajante—, *brevemente*, y de eso *hace mucho tiempo*!

Se levantó de un salto, con los labios apretados, y se alejó hacia otra parte del jardín. Hubo un tenso silencio. Narciso no tenía idea de lo que debía hacer.

—¿Debo...?

—¡Déjala! —estalló Vespasiano—. Mientras se enfade —le explicó claramente, como si fuese importante que el futuro que Narciso lo tuviese claro—, estará bien. — Se produjo otra pausa. Vespasiano miraba hacia donde había desaparecido Caenis.

—Yo... —murmuró Narciso.

—No. Iré yo.

—Entonces será mejor que te explique por qué ella...

—No hace falta —dijo Vespasiano—. Lo sé. Claro que lo sé.

□ □ □

Sus sentimientos no tenían nada que ver con la presencia de Vespasiano.

Caenis se sentó en un banco junto a las ramas colgantes de un gigantesco helecho,

con la respiración agitada y una mano en la cabeza. Todo aquello era demasiado. Mario muerto, y ahora su estúpido testamento. Él le había dejado exactamente la mitad de lo que había legado a cada uno de sus libertos; lo suficiente para avergonzar a su familia, pero un duro e injusto gesto para una mujer que había estado preparada para convertirse en su esposa. Ella quería rehusar el legado, como estaba en su derecho de hacer cualquier heredero. La cautela de Mario resultaba insultante. Permaneció sentada, pensando en esto y pensando también en Mario. Seguía considerándole un hombre bastante decente. Él no había comprendido lo que había hecho.

Alguien venía a buscarla. Oyó los pasos, aunque trató de no hacer caso.

—¿Caenis? —Era su amigo Sabino.

Él esperó, al otro lado del helecho, para darle tiempo a rehacerse. Probablemente tenía miedo de que ella hubiese llorado. Si la hubiesen dejado en paz quizá lo hubiese hecho. La gente nunca sabía cuándo dejar a los demás en paz.

—A tu vieja niñera griega le ha entrado pánico.

—Ahora voy. —Caenis amagó levantarse, pero Vespasiano estaba en el angosto sendero, cubierto de hojas caídas. Le cerraba el paso.

—No te levantes. —Él no se movió, así que ella continuó sentada—. ¿Necesitas consejo?

Caenis no dijo nada. Resultaba obvio que Narciso se lo había contado todo. Los políticos siempre eran tan arrogantes respecto a las vidas privadas de otras personas... Vespasiano se arriesgó.

—Comparte tus preocupaciones con un magistrado amigo. No te cobraré —añadió burlón, pero ella permaneció inmutable. Él había engordado y parecía mucho más pomposo—. Pensé que quizá podrías considerar una bajada del interés de mi préstamo. —Caenis insistió en su silencio. Él continuó, con la complaciente y natural suposición de que nadie en buena compañía sería deliberadamente grosero—. Dime que me ocupe de mis propios asuntos si quieres...

—*¡Ocúpate de tus asuntos, cónsul!* —gritó Caenis.

Le volvió la espalda, amargada. Pero lo único que él dijo fue: «¡No seas boba, chiquilla!», y después se sentó en el banco a su lado. Caenis rondaba los cuarenta. Incluso en el campo, nadie más la llamaría «chiquilla».

—No pelees.

—¡No te metas!

—Escucha, Caenis...

—¡Déjame en paz!

—No puedo; se lo prometí a tu señora hace mucho tiempo. Me enteré de que pensabas casarte. Lo lamento. —Una vez más, Caenis se levantó. Él le ordenó—: ¡Venga, siéntate, bruja cascarrabias, y escúchame!

Mario nunca se hubiera atrevido a insultarla, y Caenis sabía que al final ella nunca se habría casado con él. Este extraño la conocía mucho mejor de lo que Mario hubiese podido llegar a conocerla.

—Venga, volvamos.

Aunque ella esta vez no estalló, sí que se apartó, arrebujaada en la túnica blanca que él detestaba. Vespasiano suspiró. Entonces, con el tono formal del magistrado manifestó:

—Entonces, escucha. Es muy sencillo. Legalmente, la elección es tuya. Pero a menos que te moleste muchísimo, mi consejo es que mantengas la boca cerrada. El hombre está muerto; no puedes enfrentarte a él. Tomar postura está muy bien como principio, pero serás tú la que acabarás sintiéndote desgraciada. Si rechazas su miserable legado, provocarás más resentimientos que si lo aceptas humildemente y te lo gastas en un sombrero nuevo. —Caenis tuvo la gracia de asentir. La voz de él se suavizó—. Aquí tienes una rodilla donde sentarte si te apetece llorar. —Ella pasó por alto el ofrecimiento. Al cabo de un momento, él le preguntó agriamente—: ¿Para qué demonios querías casarte?

—¡Oh, por lo que nos casamos las mujeres! —replicó Caenis rabiosa—. ¡Cama, comida, alguien a quien maltratar y un compañero más o menos decente para mi vejez!

Vespasiano se echó a reír.

Caenis se volvió hacia él de forma tal que por fin Vespasiano notó lo pálida que estaba, y su desesperación. Se quedó pasmado. Lo que fuese que ella iba a decirle murió en aquel instante. De hecho, se habían asustado el uno al otro. Sin embargo, él no era un cónsul de Roma porque sí. Su expresión se tornó impasible. Se hizo cargo de la situación. Se puso de pie.

—Sí, tienes razón. Es mejor que volvamos. Si no aquel liberto que tienes de niñera pensará que estamos tramando algo.

Así que regresaron.

—¿Ya tienes tu consejo? —preguntó Narciso.

—Sí.

—¿Lo aceptarás?

—Probablemente.

—¡Ves! —exclamó Narciso, como si, como había dicho Vespasiano, fuese una niñera. Hay que reconocer que Vespasiano dio un respingo.

Incapaz de soportar más la situación, Caenis decidió marcharse a su casa. Narciso la abrazó como hacía siempre cuando ella se marchaba. Le comentó a Vespasiano (y Caenis se preguntó cuántas conversaciones habrían mantenido ambos acerca de ella):

—Tendré que acomodarla con algún viudo agradable y tolerante; alguien valiente, alguien a quien el Imperio le deba algún favor.

Caenis se apartó del liberto.

—¡Maldito cretino! ¡Que me carguen con un viudo *no* es precisamente lo que necesito!

Incluso Vespasiano intervino para llamarle la atención.

—¡Por todos los dioses, Narciso, deja a la pobre chica en paz!

Por un instante ella tuvo la impresión de que se la estaban disputando, como Vespasiano había hecho una vez con Antonia. Hablaban a través de ella, acerca de ella, a ella, con el aire experto de los hombres. Les gustaba creer que podían ayudarla en sus asuntos de negocios. Les gustaba inquietarse cuando ella se mostraba preocupada. Competían porque eran hombres. Ninguno de los dos la quería. Ninguno de los dos quería saber nada de sus sufrimientos privados. Pero ninguno de los dos quería que el otro demostrara conocerla mejor.

Vespasiano le tendió la mano. Delante de Narciso, ella no tenía otra opción. Ella tendió la suya. Como cónsul, probablemente estrechaba las manos de centenares de personas cada día; pero seguramente no las aplastaba con un apretón tan deliberado.

—Antonia Caenis.

Cuando él pronunció su nombre, ella tuvo que desviar la mirada.

□ □ □

En cuanto ella se marchó, Narciso dijo remilgado:

—Gracias, ¿ocurrió algo?

—Tuvimos una breve pero sangrienta pelea. —Vespasiano no le quitaba el ojo de encima—. Nada fuera de lo habitual.

—Tenía miedo de que al verte se trastornara.

El esbozo de una sonrisa torció levemente la boca del cónsul.

—Está bien —afirmó. Impotente, Narciso comprendió el alcance del error que había cometido—. Ella está acostumbrada —manifestó Vespasiano con un tono opaco. Y entonces, después de una brevísima pausa añadió—: Sin duda algún día también yo acabaré por acostumbrarme.



Claudio se casó con Agripina el día de Año Nuevo, inmediatamente después de la muerte de Mesalina. En aquella ocasión, Caenis presentó una excusa para no asistir al casamiento. En conciencia, no podía dar su apoyo.

El día que Claudio se casó, Lucio Silano, que llevaba años prometido con Octavia, la hija pequeña del emperador, aceptó lo inevitable y se suicidó (un indicio de que había caído en desgracia fue que lo cesaran en su cargo de pretor cuando sólo le quedaba un día para acabar su mandato). El hijo de Agripina en su anterior matrimonio, Lucio Domicio Enobarbo, fue el nuevo prometido de Octavia.

A insistencia de Agripina, Claudio no tardó en adoptar a Enobarbo. Esto provocó la extrañeza de algunos. Ningún extraño fue adoptado nunca en la casa patricia de los Claudio, y además, el emperador ya tenía un hijo propio; la adopción suplantaba innecesariamente a Británico. Como nuevo miembro de la familia, Enobarbo adoptó un apellido Claudio; ahora se llamaba Nerón.

Uno de los argumentos empleados por Pallas para asegurar la adopción de Nerón fue que Claudio debía buscar un protector para su propio hijo. El resultado fue que a partir de ese momento e incluso en vida de su padre, Británico fue tratado en el palacio como un huésped de padres dudosos; todos los esclavos y libertos que le eran leales fueron apartados poco a poco, y los oficiales del ejército que le habían prometido fidelidad fueron alentados para que pidieran el traslado al extranjero o se los quitó de en medio con ascensos. Su nuevo hermano no le daba ningún apoyo; todo lo contrario.

A continuación, Claudio aceptó que Nerón fuera declarado mayor de edad antes de tiempo y comenzara su carrera pública. Fue designado para cónsul sin haber desempeñado otros cargos, y fue nombrado príncipe de la juventud. Hubo una escena difícil cuando Británico se negó a tratarle por el nombre que había elegido. Británico fue castigado; despidieron a sus brillantes tutores y perdió todavía más esclavos.

Nerón se casó con Octavia cuando tenía dieciséis años. Esto convirtió a Octavia en su hermana, su prima y su esposa; Claudio era su padre y su suegro. Incluso para las retorcidas normas de la casa Julia-Claudia resultaba inusual. Nerón organizó unos juegos en honor del emperador, y se presentó vestido con las prendas triunfales mientras Británico llevaba la túnica de rayas finas típica de los niños en la escuela. Entre el público había personas chapadas a la antigua que intercambiaron miradas de

asombro.

Entonces se produjo un cambio muy desafortunado. Británico recuperó brevemente la popularidad. Claudio, quien durante mucho tiempo después de la muerte de Mesalina había tratado a Británico con una dolorosa reserva, pareció recuperar su viejo desagrado por Nerón, que desde luego era considerado como alguien muy desagradable por todas las personas de estilo y buen gusto. Al emperador le dio por abrazar a Británico cada vez que se encontraban, citaba cosas en griego y exclamaba: «¡Crece deprisa, muchacho, y tu padre te contará su plan!».

Británico se había transformado en un niño estoico. Lo aceptaba todo con aparente buen humor. Contaba con dos aliados inteligentes: uno era Narciso; el otro, que como no tenía ningún cargo oficial no podía ser despachada, era Antonia Caenis, la liberta de su abuela Antonia.

□ □ □

Caenis y Británico se hicieron buenos amigos. Caenis tenía la apostura suficiente para representar un leve peligro para un adolescente, pero al mismo tiempo era lo bastante mayor para sentirse segura; ella decía que rehusaba hacerle de madre, aunque cuando él lo necesitaba ella siempre lo hacía. Británico había recibido una educación un tanto mojigata; ella discutía con él temas de política de un modo que podía ser tildado como traición y le relataba historias claramente groseras. Tenían un juego privado que consistía en desafiarse mutuamente a ver quién encontraba una canción de una obra teatral que resultara adecuada para el tema planteado. Él tenía una magnífica voz. Era natural que Caenis se sintiera atraída por un niño que crecía en el palacio, carente de todo afecto y sin embargo dotado de buen humor y buen juicio.

Le daba en secreto clases de taquigrafía para que él no se quedara retrasado con respecto a otros chicos con quienes compartía su educación. Fue mientras estaban practicando, preparados para sorprender al «otro chico», cuando se abrió la puerta y alguien entró como una tromba. No había ninguna duda de quién era. Tenía que ser el temido rival, porque Británico, con gran presencia de ánimo, ocultó su cuaderno detrás de su pupitre de lectura y acomodó un florero para ocultar el reloj de agua con que se había estado cronometrando. Después le guiñó un ojo a Caenis.

Nunca le había visto antes, pero reconoció inmediatamente al «otro chico».

Su protegido, Británico, ya había alcanzado la estatura de un hombre, con el mismo cuello delgado y las orejas prominentes de su padre; a los trece años, estaba pasando por la fase de adolescente desmañado y pendiente de sí mismo. Desde la muerte de su madre, él y su hermana Octavia se habían mostrado solemnes y retraídos. Este chico era muy distinto. El amigo de Británico —porque su amistad resultaba obvia— era bajo, fornido y dinámico. Estaba hecho con la misma grácil solidez de un obelisco. Llevaba el pelo en forma de seta, y aunque su nariz era más

recta que la de su padre, tenía la misma barbilla hacia arriba y la frente rectangular.

—¡Ajá! ¡Una nueva novia! —gritó, sorprendido. Británico se sonrojó; tenía la edad suficiente para sentirse interesado pero todavía era demasiado joven como para no tener terror de las mujeres.

Caenis intentó adoptar el aire de una sofisticada y carísima bruja.

—¡Tú debes ser Tito! —adivinó con voz helada—. Tito Flavio Vespasiano, hijo de Tito, de la familia Quirina, ciudadano de Reate.

Los dos niños se mostraron muy impresionados.

—¿Es ésta la detectora de rostros? —le preguntó entusiasmado Tito a Británico.

Británico le respondió con una muy suave y misteriosa sonrisa. Aprendía deprisa; era delicioso verle.

—Sólo es una amiga —atormentó al otro que se moría de curiosidad—. Confío en que me dé una segunda opinión.

Caenis soportó la extraña experiencia de ser evaluada por la mirada atenta del hijo adolescente de Vespasiano.

□ □ □

Resultaba que Narciso, aunque cada vez era más evidente que sería una pérdida de tiempo, seguía preocupado con el tema de la dinastía. Había llamado a un fisonomista: alguien que podría predecir la fortuna de Británico mirándole la cara. Como Narciso entró en la habitación con este personaje casi inmediatamente, Caenis no tuvo ocasión de decirles a los chicos su opinión al respecto.

El vidente era un caldeo obeso y seboso con un jubón verde esmeralda y los dedos cubiertos de misteriosos anillos con escarabajos. Llevaba botines puntiagudos del mismo color verde. Caenis tenía una norma de toda la vida: no confiar nunca en un hombre con calzado extravagante.

Narciso, que sabía muy bien lo que ella pensaba de este tema, evitó mirarla; era obvio que rogaba para que Caenis se marchara. Ella cruzó las piernas con toda calma, adoptó una expresión digna y se quedó. En cuanto Británico advirtió el nerviosismo de Narciso, volvió a guiñarle el ojo a Caenis. Ella se lo había enseñado. Su educación estuvo al principio en manos de esclavos seleccionados por Mesalina y fáciles de manipular, y después por infames maestros escogidos por Agripina con toda maldad; había sido en el mejor de los casos una educación mediocre. En cualquier caso, sabía cantar y cantaba; nadie podía ser un completo fracaso si sabía cantar.

Británico estaba muy nervioso por el hecho de que le leyeran el rostro. Narciso y el fisonomista acabaron por fin con la discusión sobre dónde situar el taburete para que tuviera la mejor luz. Caenis se sentó detrás del remiso objeto de estudio, apoyó suavemente sus manos sobre los hombros del niño, y miró beligerante al caldeo por encima de la cabeza del príncipe. El joven Tito corrió a arrodillarse junto al taburete para no perderse detalle de la sesión. Como Caenis les diría más tarde, era lógico

sentirse nervioso delante de alguien que apestaba con una extraña mezcla de pachulí y cebollas. El fisonomista, de pie y en silencio, miró a Británico directamente a la cara. Se acercó, entre otras cosas para que el hijo del emperador recibiera una buena vaharada de su aliento a cebolla, y después levantó con un dedo la barbilla de Británico. De haber sido éste más joven sin duda le hubiese mordido. A los trece años, alabados sean los dioses, era demasiado orgulloso.

El fisonomista dio un paso atrás. Caenis y Británico dejaron de contener el aliento. El caldeo se volvió hacia Narciso. «No», le dijo despreocupado, ya dispuesto a marcharse.

Incluso Narciso pareció poco complacido.

Tito, que era inquieto como un mono en un almacén de fruta madura, estaba que se moría por hacer una pregunta, pero se le adelantaron. Narciso, después de treinta años como burócrata, no estaba dispuesto a dejarse avasallar por los misterios de Ur.

—¿No? —repitió tajante. El dolido monosílabo indicó que el veredicto era demasiado escueto, en exceso vago, y escandalosamente caro para la caja de fondos reservados.

—No —insistió el caldeo. Al intuir una considerable rebaja en sus emolumentos, condescendió a explicar—: Él nunca sucederá a su padre. Supongo que es eso lo que querías saber.

Caenis opinó que cualquiera con un mínimo conocimiento de la vida de la familia Claudia, o algo enterado de la historia reciente que se podía leer en los obituarios de la *Gaceta Diaria* podía hacer esa profecía.

—¿Estás seguro? —Narciso estaba destinado a llevarse una desilusión.

—¡Por supuesto! —El hombre le apartó con una irritación que divirtió a Caenis.

El fisonomista se encaminaba hacia la puerta, pero Narciso quería recibir de los especialistas una contrapartida justa al dinero pagado.

—Entonces, ¿qué le espera?

Un príncipe aprende a soportar la impertinencia. Británico no se movió. El fisonomista dirigió a Narciso una mirada compasiva.

—Vivirá el tiempo que le toque vivir, como todos nosotros, y después como todos, morirá.

—¿Cuánto tiempo vivirá? —preguntó el secretario jefe con voz áspera.

Esta vez Caenis notó en sus manos la tensión del niño larguirucho. En el acto afirmó escuetamente:

—¡Británico prefiere no saberlo!

Al fisonomista pareció agradarle su firmeza; dirigió al niño un gesto de asentimiento. Aparentemente, algunas cosas eran confidenciales para la víctima por mucho que los fondos reservados pagaran la factura. Narciso tuvo que conformarse. Sólo cuando llegó a la puerta, el hombre se volvió.

—Desde luego —dijo—, el otro sí.

Hubo una pequeña pausa. El caldeo apenas si había mirado a Tito durante la consulta. Nadie quería correr el riesgo de volver a ofenderle, pero cuando el hombre comenzó a apartar la cortina, y ella creyó que se le escapaba, Caenis le preguntó paciente:

—¿Tito hará qué?

El caldeo no vaciló.

—Él sucederá a su padre.

—¿En qué?

—¡En lo que su padre sea o llegue a ser! —Incluso Caenis le pisaba los callos—. No puedo decirte más, sin ver la cara del padre.

Caenis se echó a reír. Señaló al hijo de su amigo Sabino, y después le dijo al hombre en tono festivo:

—¡Mírale! ¿Es que los caldeos no tenéis imaginación? Añádele una nariz de boxeador a punto de jubilarse y ya la tienes.

Por primera vez el hombre demostró que él también sabía sonreír.

—¡Ah, esa cara! —exclamó burlón. (A él no le pagaban por Tito, y mucho menos por su papá Sabino.)—. Esa sería la cara de un don nadie.

Entonces, inmediatamente, Caenis deseó no haber preguntado, porque aunque estaba segura de que Vespasiano se hubiera tronchado de risa, el pobre chico arrodillado junto a Británico parecía desconsolado. Estaba tan preocupada por Tito que la pregunta que el caldeo formuló en voz baja la pilló desprevenida.

—¿Y qué hay de tu cara, señora? ¿No quieres preguntar?

Así y todo, ella encontró una respuesta para él.

—Oh, a mí ya me han profetizado —respondió Caenis con una leve sonrisa—. De mi cara dijeron: «Nunca aparecerá en las monedas».

—Muy bien dicho —opinó el caldeo, que obviamente sabía apreciar un comentario sin sentido.



El fisonomista acertó: Británico no sucedió a su padre.

La luz que había alegrado los primeros años del reinado de Claudio se apagó con la muerte de Mesalina. Él permitió a Agripina, que era una mujer fuerte, con una voluntad de hierro y educada en el molde político de su familia, gobernar el Imperio. Ella lo hizo de la misma forma despiadada con que gobernaba al propio Claudio. Y cuando Británico estaba muy próximo a cumplir la mayoría de edad, murió Claudio.

La muerte del emperador no fue anunciada inmediatamente. No hasta que Agripina, que adujo sufrir una pena inconsolable, tuvo reunidos bajo su férrea mano a todos los hijos naturales de su marido: Claudia Antonia, Octavia, y por supuesto, Británico. Una vez que los tuvo a todos encerrados en el palacio, su propio hijo Nerón fue sacado en un carruaje y presentado a los pretorianos como su nuevo César.

Claudio dejó un testamento que nunca fue leído en público.



El día de la muerte de su padre, el joven príncipe Británico tenía trece años y ocho meses de edad. Seguía siendo un niño, aunque no por mucho tiempo. Esto era importante. En la ley romana existía el principio de que entre la edad de los siete y los catorce años, un niño obtenía unos derechos legales limitados, por lo menos aquellos que se consideraban beneficiosos para él y que no estaban restringidos por la necesidad de contar con la aprobación de su tutor. A los catorce, alcanzaba una madurez más específica: podía casarse, votar en las asambleas locales, ser llamado al servicio militar y administrar sus propiedades. La edad para ingresar en la función pública estaba fijada en los veinticinco años, pero a los catorce ya era un ciudadano. Pero hasta entonces, solamente un niño.

El adoptado hermano mayor de Británico, el hijo de su madrastra, Nerón, había alcanzado la mayoría de edad antes de convertirse en emperador. En Roma esta diferencia era crucial. Durante esos cuatro meses críticos, Británico estaba destinado a ocupar una posición secundaria: el hijo natural, públicamente reemplazado. Pero en cuanto fuera mayor de edad, los enemigos de Agripina y de su hijo le darían su apoyo. Narciso, que quería a Británico como a un hijo, y Caenis, que había conocido mejor a sus hermanas pero que siempre había sentido afecto por el chico, nunca discutían acerca de lo que podía pasarle. Porque para cualquiera que hubiese vivido

sometido a los gobiernos de Tiberio y Calígula, las posibilidades eran obvias y terribles.

Narciso tenía sus propios problemas. Incluso antes de la muerte de Claudio, había estado enfermo. Para un ministro cesante del reinado anterior, una indisposición resultaba algo muy conveniente. Agripina y su hijo recibieron la noticia de la enfermedad de Narciso con entusiasmo. Él nunca había esperado disfrutar de la paz del retiro. Se trasladó a Sinuessa en la bahía de Nápoles para atender a su «convalecencia», pero la única salida digna era la muerte.

Caenis, como la más discreta asociada del secretario jefe, escapó a esas drásticas obligaciones. Antes de abandonar Roma, Narciso le regaló una considerable suma de dinero, probablemente mucho más de lo que esperaría recibir en su testamento, si es que el testamento del secretario jefe de un difunto emperador tuviese alguna oportunidad de ser honrado por el nuevo. Ella no volvió a verle nunca más. En cuestión de semanas, Narciso fue encerrado en una prisión y maltratado para acelerar su muerte. Se dijo que fue un suicidio, pero ¿quién podía saberlo? Y en cualquier caso, ¿qué importancia tenía? Caenis lo echó de menos más de lo que suponía.

Intentó mantener un ojo puesto en Británico. Le complacía ver cómo se las apañaba. En la fiesta de la Saturnalia celebrada en diciembre, dos meses antes de su cumpleaños, los jóvenes se jugaron a los dados quién sería rey-por-un-día. Ganó Nerón. Hasta cierto punto, esto desmereció el sentido del juego, consistente en que alguien poco habituado a los honores, incluso un esclavo, pudiese llevar la corona de invierno recubierta de lentejuelas. Pero evitó momentos desagradables; para Nerón el concepto de perder era algo desconocido.

En el banquete nocturno, el rey-por-un-día repartió las prendas, la mayoría de las cuales eran bastante inocentes. Cuando le tocó a Británico, que se sentía avergonzado cuando la compañía era demasiado ruidosa y tampoco estaba acostumbrado a beber en exceso, Nerón le llamó al centro del inmenso comedor —lo que ya representaba todo un sufrimiento— y después le ordenó cantar. Sin desanimarse, Británico comenzó de inmediato con una conmovedora interpretación de un lamento teatral: «Me han echado de la casa de mi padre, el rey...». Cantó bien; poseía mejor voz que Nerón, que siempre se mostraba muy vanidoso de su propio talento. Británico tuvo la satisfacción de ver cómo callaban los invitados para escucharle.

Al cabo de unos días cayó violentamente enfermo, y Caenis fue a verle.

—¿Fue algo que comiste?

—No —replicó Británico, que comenzaba a desarrollar un cáustico sentido del humor—. *¡Fue algo que canté!*

□ □ □

Sin Narciso, no tenían a nadie a quien pedir ayuda. Era inútil acudir al siempre tan precavido y cauteloso Calixto, porque Nerón ya había dado a entender que estaba

a punto de echarlo de su puesto. Pallas era el único de los libertos que retenía algún vestigio de poder, pero sólo porque cuando Agripina consideró que podía serle útil le había tomado como amante; precisamente por esta razón, no le podía pedir a Pallas que protegiera a Británico.

Caenis se sentía impotente. Incluso se hubiera atrevido a pedirle consejo a Vespasiano, pero él estaba a sesenta millas de Roma, instalado tranquilamente con su esposa en su casa de Reate.

Estaba segura de que alguien intentaría envenenar al príncipe. A medida que se acercaba el cumpleaños de Británico, mayor era el peligro que le acechaba. El primer intento pudo ser el de un aficionado, pero la próxima vez su enemigo no cometería el error de creer que un fuerte purgante era el medio más eficaz. El asesino buscaría alguna cosa diferente.

Entonces descubrió que a Lucusta, la famosa envenenadora que había sido aliada de la emperatriz Livia, la habían visto en el palacio. Caenis visitó el viejo cuarto donde ella y Vespasiano se habían conocido. Además de los ingredientes para fabricar cosméticos allí había una gran abundancia de botellas mucho más siniestras. Se había comentado que cuando Claudio se convirtió en emperador, había encontrado y destruido una gran cantidad de venenos acumulados por Calígula. Había arrojado un enorme cofre al mar, y más tarde una inmensidad de peces muertos habían aparecido en la playa.

Pero incluso después de la remodelación de aquella parte del palacio ordenada por Calígula, el pequeño cuarto continuaba existiendo. Caenis no se sorprendió al descubrir que no podía abrir la puerta, cerrada ahora con una flamante cerradura. Se lo dijo a Británico. No compartieron la información con nadie más. No tenía sentido.

—Nerón se ha enamorado —le comentó Británico—. Está preparándose para abandonar los brazos de su mamá.

—Lo que nos faltaba —respondió Caenis con el tono más despreocupado de que fue capaz—. Necesitará comer mucho, dormir más, nada de poesía y tendrían que prohibirle las conversaciones privadas con envenenadoras. Supongo que tu hermana Octavia no será la afortunada.

—Imposible. Octavia es su esposa. Él lo consideraría impropio. Se trata de Acté, una de sus doncellas. Es muy hermosa.

Caenis conocía a Acté, una muchacha pálida que a su juicio era muy poquita cosa, pero prefirió no desilusionar a un adolescente con su cinismo. A Octavia no le haría ninguna gracia. Era como una extraña flor; una muchacha aristocrática y virtuosa; y como suele pasar con las personas virtuosas, no sabía hacerse valer.

—¿Y en qué te afecta a ti el romance con Acté?

—Cuando Agripina intentó detener el asunto, Nerón le retiró su confianza. Así que ¿adivina quién se ha convertido de pronto en su protegido?

—Tú, ¿no?

—¿No es horrible? Ella le amenazó con presentarse a los guardias, como hija de Germánico, y reclamar el trono para mí como heredero natural de mi padre. Hubo grandes trifulcas domésticas, y mi popularidad con el chico de la púrpura —Británico insistía en no llamar nunca a Nerón por el nombre adoptado— cayó en picado con una celeridad sólo equiparable a la rapidez con que vomito la comida si me invita a cenar con él. Caenis, si te consigo una invitación —añadió Británico tímidamente—, ¿querrás venir esta noche al palacio?

—Mañana es tu cumpleaños, ¿verdad?

Se sonrojó al ver que lo recordaba, aunque en su preocupación por él ella se había grabado la fecha en su memoria.

—Ven esta noche; mañana será demasiado formal. —De hecho, había escasas probabilidades de que se hicieran demasiadas ceremonias por su onomástica—. Por supuesto, Tito estará conmigo, pero me gustaría poder saludar a otra cara amiga.

□ □ □

Y así fue como Caenis, con dolor de cabeza y un par de sandalias nuevas, asistió a un banquete de Estado como invitada del nieto de su patrona. A Británico, que todavía era un niño, no se le permitió tener invitadas en su diván. Por lo tanto, Caenis se buscó un lugar en un extremo del salón desde donde, al menos, podía ver lo que pasaba más arriba. Lo primero que hubiese llamado la atención de cualquier extraño era el ruido. Cualquiera que hubiese reparado en ello, se hubiera mareado a medida que el rumor de innumerables conversaciones diferentes se elevaba por todo el salón acompañado del constante ruido de fondo originado por el entrechocar de la vajilla de oro y plata, y los golpes de las cucharas en los boles y de las jarras contra las copas. Rápidamente el calor se hizo insoportable; muchas personas se cambiaron de ropa y se vistieron con túnicas de gasa. Tampoco tardó mucho en viciarse el aire con el olor de los cuerpos perfumados y sudorosos mezclados con los olores acres del vino tibio y de las flores.

Caenis trajo a su propio esclavo, Demetrio, un tesoro que Aglaüs había encontrado para ella, un impasible traciano, que cumplía con eficacia la doble función de camarero y guardaespaldas. Ella se quitó las sandalias, Demetrio le lavó y le secó los pies; después le alcanzó la toalla mientras ella, con una leve sonrisa, ocupaba su lugar entre los compañeros de mesa. Como un cumplido para su joven anfitrión, Caenis se había pasado la tarde en los baños para que le hicieran la manicura y la pedicura. Ahora iba vestida con sus mejores prendas: un vestido color violeta con bordados etruscos de flores, el pelo recogido con una fina redecilla de oro, todos los broches de Antonia, el brazalete de Vespasiano, y unos pendientes que le había prestado Verónica, grandes como los discos de los arreos de caballería; ninguna muchacha podía hacer más.

Nerón dominaba la mesa principal; aquel cuello desagradable, las mejillas regordetas, el rostro barbilampiño, bien parecido pero soso y gris. Por supuesto, su madre, Agripina, estaba allí, con sus aires de reina con tiara y seda recamada en oro; y Octavia, la desplazada emperatriz adolescente, que apenas si pronunciaba palabra. Caenis vio también a los dos tutores de Nerón, dos hombres totalmente opuestos: Séneca, quien escribía discursos que no estaban mal y que Nerón recitaba sin la menor gracia, y Burro, el rudo comandante de los guardias. No había ninguna señal de Acté, aunque la gente hablaba de ella. Alguien dijo: «Una chica vulgar que no tiene rencores; ¡es ideal!».

Británico y varios otros jóvenes retoños de la nobleza ocupaban una mesa menos lujosa dispuesta a un costado, en un supuesto intento de respetar la austeridad de las viejas tradiciones. Probablemente se trataba de un insulto deliberado. En otras mesas bajas situadas en el arco de la sala se encontraban todos los sicofantes, ganapanes y esnobs habituales de cualquier banquete oficial. Todo parecía muy rutinario. Ocurrieron los típicos accidentes de esclavos que dejaban caer las bandejas demasiado repletas y ensuciaban el suelo con un espeso líquido marrón. Una mujer se desmayó por el calor de las lámparas y los braseros y fue sacada a hombros. Caenis cometió el error de aceptar un entremés que parecía estar hecho de huevos con pescado en escabeche, algo que quizá no llegara a envenenarla pero que resultó ser un crustáceo anónimo, hervido hasta convertirlo en una papilla fibrosa que flotaba en una grasa color coral. En conjunto, toda la comida estaba recocida, demasiado salada y picante en exceso, y como hacía horas que la habían preparado, no había ni un solo plato caliente. Demetrio se las apañó para conseguirle una alcachofa con una salsa de hierbas tibia; la lengua de ternera con salsa de hinojo estaba sabrosa y los panecillos de harina blanca no eran pura piedra. No obstante, como era tradicional en todos los banquetes, las rodajas de carne eran finas como un papel y todas las verduras demasiado hervidas.

Caenis comenzó a soñar con una dorada tortilla en un plato limpio.

La mayor parte del tiempo no alcanzaba a ver a Británico. Sin embargo, veía al esclavo que probaba su comida. De pie, detrás del diván de Británico, el hombre parecía tomarse su trabajo en serio. Cogía un bocado, y lo masticaba bien antes de que Británico comiera nada. Aparentemente, las setas que habían despachado al padre del muchacho las habían eliminado del repertorio culinario.

Nerón parecía estar en forma. Tenía diecisiete años, una edad descortés en la que la mayoría de los romanos eran mantenidos fuera de la vista por los padres a los que oprimían. Él intentaba demostrar que poseía rudimentos de cultura —escribía poesías, esculpía, cantaba, tocaba el arpa—, pero todo resultaba excesivamente forzado. Carecía de talento natural. Caenis, que amaba tanto la música, rogó para sus adentros que esta noche no se le ocurriera cantar.

Los esclavos que se habían llevado las grandes bandejas con los restos de las viandas, entraron con otras cargadas de frutas y postres. Se atrevió a probar un plato de natillas, más que nada porque le atrajo el color verde del plato; se arrepintió al probar la primera cucharada de la grumosa crema, y entonces mordisqueó una pera. Seguía con el dolor de cabeza y quería irse a casa.

En estos momentos, ya sentía la melancólica irritación de una mujer sola en una fiesta, que acaba de descubrir que dobla en edad a la mayoría de los invitados. Ésta era la corte de un hombre joven. Ella se había extraviado en un mundo que juzgaba superficial y vocinglero. Estaba rodeada de risas tontas; chicas chillonas con los hombros desnudos y jovencuelos borrachos hasta el punto de no poder acabar una frase mientras intentaban contar unos larguísimos chistes sin la menor gracia. Uno de los pendientes de Verónica le hacía daño en la oreja. Llegó incluso a sentir un poco de hostilidad hacia su joven anfitrión.

Los sirvientes, con los rostros encarnados y demasiado atribulados como para intentar ser corteses, se llevaban las torres de pastel a medio derrumbar; otros barrían la montaña de mondaduras, troncos y pepitas. Los modales de los comensales y de los sirvientes comenzaban a relajarse.

Nerón hizo un brindis formal al comienzo de la comida; se sirvió vino con miel entre cada plato; ahora comenzarían a beber de verdad. Unos muchachos paticortos, jadeantes por el esfuerzo, aparecieron cargados con gigantescos calderos decorados llenos de vino caliente y aromatizado con canela y hierbas. Ya habían traído las fuentes con copas, jarras de agua fría y boles de miel; toda la parafernalia para que cada uno se preparara la bebida según su paladar. Había ánforas, cubiertas con el polvo de años, dispuestas en hileras detrás del diván imperial. Una o dos personas se aprovecharon de la modorra para salir de la sala y atender sus necesidades fisiológicas. Por el momento, Caenis permaneció donde estaba; en cuanto surgiera la oportunidad se marcharía a casa.

Hubo una pausa. De acuerdo con las costumbres de la antigua Roma, los esclavos desfilaron por la sala con los dioses domésticos de la familia imperial. Las estatuillas de bronce de los *lares* danzantes levantaban sus cuernos de la abundancia con la misma gracia que los de cualquier otra casa. Las dejaron en una mesa baja directamente delante de Británico y los chicos que le acompañaban. Ahora que la sala se había despejado un poco, Caenis alcanzaba a verle un poco mejor.

El rumor de un movimiento, una oleada expectante, comenzó en la mesa principal y se extendió por las alas del salón a medida que los sirvientes escanciaban el primer vino. El ruido, que ahora le machacaba la cabeza con cada movimiento, disminuyó ligeramente a medida que los invitados interrumpían sus animadas conversaciones para controlar la preparación de sus copas. Habilidadosos esclavos servían el caliente y aromatizado vino tinto valiéndose de coladores con forma de embudo; otros les

seguían con las jarras de agua fría, con una práctica rutinaria, para proveer la cantidad requerida por cada comensal, casi sin molestarse en escuchar cuál era; algunas veces se equivocaban, lo que daba lugar a un estallido de indignación. También había una cierta actividad para atender a las personas que reclamaban el agua de rosas y las servilletas necesarias para limpiarse la grasa de las manos. Un par de mujeres se quitaron las horquillas y dejaron que se desmoronaran sus peinados.

Británico aprovechó que el catador estaba ocupado con su copa de vino para levantarse del diván y saludar a Caenis, tal como había prometido, al otro lado del salón. Parecía feliz; ella sonrió. Él aceptó la copa, y continuó de pie; una figura alta y desgarrada con las orejas grandes como su padre, pero con aquella dulce sonrisa. Al ver que el joven príncipe levantaba su copa por ella, a Caenis se le alegró el corazón. Ahora estaba contenta de haber venido.

Advirtió que Nerón hacía una pausa, quizá como una crítica a que el joven hubiese saludado sin disimulos a la ex esclava de su abuela. Ella le meneó la cabeza a Británico, pero él echó una mirada a su hermano adoptivo y se rebeló con toda intención.

Encontró que el vino estaba demasiado caliente. Antes de beber, tendió la copa para que un esclavo le echara agua fría. Inmediatamente después, la inclinó ligeramente hacia el emperador que le observaba, y a continuación la levantó —con toda ceremonia, sosteniéndola entre las dos manos— en honor de su invitada. Ella era bondadosa con él, y Británico no olvidaba. Entonces bebió.

Caenis comprendió en el acto que no podía hacer nada. El catador ni siquiera había hecho el amago de probarla; sin duda le habían advertido que no lo hiciera. El veneno debía estar en el agua.

Hubiese sido inútil gritar porque Británico no podía oírla entre tanto barullo. Además ya era tarde. Vio la triunfal mirada de soslayo de Nerón. Contempló cómo la joven Octavia era consciente de lo que ocurría, perdía todo el color de la cara, para después adoptar una expresión impasible como sabía que era su deber. Incluso Agripina demostró por un instante con su consternación que nada tenía que ver con todo aquello.

Británico bebió.

Al primer trago dejó caer la copa. Todo su cuerpo se convulsionó. Dejó de respirar. Se desplomó. Británico cayó cuan largo era sobre la mesa baja dispuesta delante de su diván, donde los portadores habían dejado los dioses domésticos de su familia, y cuando la sorpresa calló todas las conversaciones, el tétrico silencio fue roto por el lento rodar de los lares de la familia Claudio sobre las pequeñas lajas de mármol hasta que acabaron por detenerse.

□ □ □

Nadie dijo una palabra. Todos miraron al emperador.

Los esclavos habían huido aterrorizados. Los amigos de Británico estaban transfigurados. Nerón llamó con un ademán a unos cuantos para que se llevaran a su hermanastro de la sala. Caenis ya se estaba abrochando las sandalias.

Nerón dijo —anunció con toda calma, manifestó sin tartamudear, afirmó sin ruborizarse— que Británico era epiléptico; que había sido epiléptico toda su vida; que no tardaría en recuperar los sentidos y la vista. Nerón ordenó que continuara el banquete, cosa que después de un breve silencio, se hizo.

Caenis había cruzado la mitad de la sala.

Mientras caminaba volvió la cabeza una vez para mirar a Octavia. La joven permanecía sentada, inmóvil. No era por falta de coraje. Su marido había asesinado a su hermano delante de ella, y tenía que aguantarlo. Si protestaba nadie la ayudaría.

En el último momento, al desviar la mirada, alcanzó a ver a Tito, el hijo de Vespasiano. El muy idiota había recogido la copa caída de su amigo, y ahora probaba las gotas que quedaban.

Británico estaba muerto cuando Caenis encontró la antesala donde le habían llevado.



Británico estaba muerto.

Había gente por todas partes, ninguno de ellos sabía qué hacer. Le habían llevado a una habitación donde le rodeaban un par de esclavos de los suyos y unos cuantos torpes sirvientes del palacio. Las sandalias nuevas de Caenis resbalaron en el lustroso suelo de azulejos mientras se abría paso entre un grupo de criados para llegar hasta él. Estaba en un sofá, con la cabeza colgando de lado, los brazos y las piernas despatarradas tal cual lo habían dejado caer. Caenis le arregló la túnica para ocultar su desnudez y le cogió en brazos. No sabía qué podía hacer.

Tantos asesinatos...; el crimen se había convertido en un estilo de vida. Además de Antonia, que estaba muy próxima a su corazón en estos momentos, Británico era el primero a quien Caenis había conocido y estimado de verdad. Ahora comprendió una cosa; siempre había creído que vivía esperando lo peor. Una idea completamente errónea. Vivía llena de esperanza. Era la única manera de seguir adelante. Ella y Británico habían venido aquí esta noche con ese espíritu, porque ambos sabían que no tenían otra opción.

La esperanza era algo idiota: Británico estaba muerto.

□ □ □

Sin hacer caso de los demás, ella le levantó los párpados, apoyó la oreja contra sus labios para saber si aún respiraba, le llamó, le golpeó varias veces en el pecho en un inútil intento por reanimar el corazón o quitarle la obstrucción si es que se trataba de un ahogo. Tenía claro lo que había que hacer; era parte del conjunto de informaciones útiles que había ido recogiendo toda su vida. Ahora alguien que parecía un médico griego estaba cerca, pero la dejó actuar como ella quería, sin hacer ningún esfuerzo por corregirla o animarla. Al final siempre era cosa de uno. Los otros miraban como tontos.

No se podía hacer nada, pero ella insistió, incluso a sabiendas de que era inútil; así evitaba pensar. Hizo todo lo posible por Antonia; por Claudio; por Narciso; por aquel chico encantador. Y también lo hizo por ella. Al final abandonó el intento y se sentó, acunando a Británico entre sus brazos, suavizando con dedos tiernos la mueca de la muerte de su rostro de elfo. No se podía hacer nada.

□ □ □

La gente escapó; había llegado Nerón.

El joven emperador, un poco tambaleante, apareció en el umbral. Todos excepto Caenis estaban aterrorizados. Ella recordó haberle dicho a Antonia que los emperadores veían demasiadas caras muertas de miedo.

Nerón sabía que estaba muerto. Oh, Nerón lo sabía. Sin duda él personalmente se había reunido con la envenenadora Lucusta después del primer intento fallido, y la había presionado para que destilara la negra ponzoña. En su dormitorio, Nerón había visto cómo el veneno mataba instantáneamente a un don nadie. Él lo sabía. Nadie se molestó en decírselo, y él, por supuesto, no necesitaba preguntar.

Caenis nunca había estado tan furiosa en toda su vida. No le quedaba nada, no tenía nada que perder. Estaba a punto de soltarle las palabras que era imprescindible decir, por muy rápida que fuese la condena. Una vez, aunque sólo fuera una vez, le diría al amo del mundo que no tenía derecho a abusar del poder de la vida y la muerte, exclusivamente para satisfacer su ambición y su crueldad. Pero entonces fue consciente de la presencia de alguien más: Tito. Aquel chico, Tito, el hijo de Vespasiano.

Sin duda también había entrado y ahora estaba medio tendido en otro sofá. Ante la aparición del emperador, intentó levantarse, aunque a duras penas podía moverse. ¡Dioses, era idéntico a su padre cuando apretaba las mandíbulas! Estaba a punto de estallar. Había que detenerle.

Caenis echó la cabeza hacia atrás y se dirigió al emperador a través de la habitación, con la voz helada de una secretaria eficiente cuyo trabajo se había interrumpido lamentablemente por un inesperado fallo en la rutina.

—¡Una ocurrencia desafortunada, señor! Por favor, no te molestes. No hay nada que podamos hacer. Tu hermano —declaró con voz precisa, y un ramalazo de malicia en la palabra «hermano»— ya se ha curado de la epilepsia.

El joven Tito estaba rojo de cólera, la indiscreción de la juventud le animaba. Se había sentado sobre una de las piernas y ahora luchaba por zafarla. Con un poco de suerte, se desmayaría.

—Con tu permiso, señor —le dijo Caenis al emperador, aunque le importaba un pimiento si él daba o no su permiso—, como clienta de tu familia me ocuparé del funeral.

—Esta noche —respondió Nerón con su voz insolente—. Rápida la muerte, rápido el funeral.

Tito tuvo una arcada. El emperador dirigió hacia él su fría mirada.

—¡Demasiado vino! —comentó Caenis, despreciativa—. El niño está borracho.

Nerón se marchó con aquel desagradable andar de pato, y dejó que la clienta de su familia se dedicara a limpiar los despojos de la muerte y de la borrachera.

Caenis entró en acción con la velocidad del rayo.

—¡Demetrio, cierra la puerta! —Dejó suavemente la inútil carga y se puso de pie—. ¡Agua caliente y sal! —le ordenó a su esclavo—. No la traigas de la sala; de prisa pero con discreción. ¡Corre, Demetrio!

Tito ya se derrumbaba cuando Caenis llegó a su lado. Le sujetó por la axila, y éste fue el momento en el que comenzarían todas sus futuras pesadillas: aquel dolorosamente familiar rostro Flaviano resbalando más abajo de su rodilla, en medio del caos, mientras oía su propia voz suplicándole que no se muriera. Él era un chico fuerte, que se agarraba el vientre, retorcido por un dolor agónico. Pesaba demasiado: dejó que cayera al suelo y se arrodilló, para apretarlo contra las piernas mientras que con una mano le aguantaba la cabeza ardiente.

—Bebí...

—Lo sé.

Se agitaba al borde de la inconsciencia; dentro de un minuto lo habría perdido. Comenzó a sacudirlo como una criada que esponja una almohada; le dio de bofetadas; gritó su nombre.

—¡Tito! ¡Venga, resiste! ¡Despierta, Tito!

Demetrio estaba a su lado. Afortunadamente, Aglaus había escogido a sus subordinados por su capacidad de respuesta ante una crisis. Caenis preparó el potente emético mientras Demetrio comenzaba el desesperante proceso de levantar a Tito. Sentarlo en el sofá pareció revivirlo un poco. El dolor le hacía apretar los puños con tanta violencia que tenía los nudillos blancos. La mirada se había vuelto opaca.

—¡Venga, bebe, Tito, sabes que tienes que hacerlo!

Ella le cogió por los rizos de la nuca para sostenerle la cabeza y le obligó a tragar el agua salada caliente. Se la bebió toda. Quería vivir; era un luchador forjado en el resistente molde de los Flavio, e instintivamente confiaba en ella.

—Demetrio, busca mi litera; tráela aquí. Di que estoy enferma si es necesario. Aquí no hay nada que hacer hasta que no consiga hacerle vomitar el veneno.

Tito iba cambiando de color incluso mientras ella hablaba; del rojo había pasado a un horrible gris. Demetrio miró a Caenis; ella asintió; el esclavo se marchó.

—Británico...

—Británico ha muerto. Lo siento. Sé que era tu amigo. Guarda tus energías, Tito, intenta vomitar. —No necesitaba que lo estimularan; tenía aquella expresión típica del que va a vomitar—. Algún día —le prometió Caenis con voz grave—, todo esto se acabará. Algún día, Tito, tú y yo veremos un mundo mejor.

Entonces el hijo de Vespasiano vomitó violentamente sobre los pies de Caenis.

Él se sintió mortificado.

—Oh, señora, cuánto lo siento...

¡Las sandalias nuevas! Pero él parecía estar mejor.

—Gracias, cariño. Venga, prueba otra vez. De todos modos, creo que no me gustaban, y desde luego, ahora mucho menos.

A sus espaldas, oyó de pronto los aullidos plañideros de los esclavos que clamaban por si hubiese alguna esperanza de que a la víctima se le ocurriera resucitar. La gente no tenía sentido de la discreción. No se le podía pedir a nadie asesinado en este palacio que resucitara. La gente parecía tonta. Nadie les prestaba la menor atención. Mucho mejor. No sería bueno para los Flavio que les vincularan estrechamente con el envenenamiento.

Estaba preparada para meterle plumas de gallina en la garganta si fuese necesario, pero ahora el pobre no hacía más que vomitar. Caenis le habló, le ayudó en el trance, y lo sostuvo con más cariño. Él no parecía tener conciencia del entorno, pero ella intentó que su voz llegara a su cerebro para traerle de regreso. Lo estaba perdiendo; saltaba a la vista.

—¡Tito! ¡Venga, Tito, mi valiente Flavio, sé que puedes hacerlo!

Él gimió. Sin dejar de hablarle, Caenis le masajó las manos exangües y sudorosas.

—¡Qué banquete más espantoso! Ni siquiera sé por qué vine. Abandonada por mi anfitrión. ¡Tito, haz un esfuerzo, por favor! Las actuaciones, un auténtico asco, y para colmo tuve que marcharme antes de que sirvieran algo decente de beber. —A él ya no le quedaba nada más por vomitar. Le limpió la cara, y dejó que él apoyara su pobre y afiebrada cabeza contra su brazo. Las lágrimas le rodaban por las mejillas; eran las lágrimas de Caenis—. ¡Oh, cariño; no te mueras, Tito! ¡Sería incapaz de decirle a Vespasiano que dejé morir a su hijo!

Demetrio había vuelto con su litera y dos asustados porteadores. Ella le dio instrucciones. Tenían que llevar al chico al apartamento vacío del padre; Demetrio se encargaría de las explicaciones, o en el caso de que no hubiese sirvientes, buscaría a Aglaus para que cuidara del muchacho. Tito seguía luchando contra la inconsciencia cuando lo metieron en la litera. Justo antes de cerrar la portezuela, Caenis le arropó con su chal. El chico temblaba como un sauce; nunca había visto a nadie tan pálido.

Abrió los ojos por un momento.

—¿Conoces bien a mi padre? —preguntó con sorprendente lucidez.

—Ya no —declaró Caenis sin vacilar—. ¡Y puedes decirle de mi parte que puedo apañármelas muy bien sin que su retoño me vomite en mi mejor par de sandalias!

Sin embargo le dio un beso, antes de que los porteadores iniciaran la marcha; aquel viejo gesto social de afecto, el suave roce de los labios en la mejilla. Así que una vez más, Tito sintió las lágrimas de la dama. Quizás adivinó que algo del amor que ella le había dado a Británico se lo había transferido a él en estas terribles horas. Quizá también había percibido la sombra de otra clase de sentimiento. Se estremeció acurrucado en los suaves pliegues del chal de la señora, porque a medida que le

alejaban del palacio para llevarle a la seguridad de la casa de su padre, comprendió que se había adentrado en los secretos del mundo de los adultos. Se enfrentaba a aspectos inimaginados de su existencia. Con la lucidez y la claridad de alguien que estaba muy enfermo, contemplaba no sólo a su padre, con quien siempre se había llevado muy bien, y a su madre, a la que amaba como corresponde a todo buen hijo, sino también a esta señora con quien estaba compartiendo la pérdida de su amigo. El amor por Británico había sido algo común a ambos, un vínculo incluso más íntimo que el hecho de haber sido ella quien acababa de salvarle la vida.

Pero también había algo más entre ellos dos. Ella le había llamado cariño. Entonces, con un flujo de sensaciones tan intenso como morder un grano de pimienta cuando menos te lo esperas, Tito Vespasiano comprendió la advertencia y la súplica. Entendió exactamente por qué, cuando hablaran de esta noche con otras personas, tendrían que reírse de que él le vomitara en las sandalias.



Sepultaron a Británico bajo un tremendo aguacero.

Alguien con gran previsión había dispuesto una pira. Los esclavos tenían que haberla empezado a construir incluso antes del comienzo del banquete. Un pequeño grupo de amigos cremaron al hijo de Claudio en el Palatino aquella misma noche, mientras Nerón miraba desde su comedor de la misma manera que Calígula había contemplado el funeral de Antonia. Llovía desde el principio, pero cuando llevaron las cenizas del muchacho al mausoleo de Augusto, en el norte de la ciudad, se abrieron todas las compuertas del cielo y se interpretó como una señal de la cólera de los dioses. Para Caenis, el asco de tiempo sencillamente igualaba la asquerosidad de la vida.

Era un grupo lamentable el que salió del Campo de Marte y después marchó por los caminos fangosos hasta el mausoleo. A medida que se acercaban llovía tanto que apenas podía ver el exterior, con el montículo de tierra al estilo etrusco, pero con enormes terrazas plantadas de cipreses. La estatua de bronce de Augusto que coronaba la gran tumba circular estaba oculta por la cortina de agua.

El viento aullaba tétricamente entre los árboles. Era de noche; la compañía escasa y profundamente deprimida. Cuando los relámpagos alumbraron los obeliscos que guardaban la entrada a este oscuro lugar, aquellos que habían tenido el coraje de asistir a la cremación comprendieron que todo aquel optimista nuevo orden se había perdido. Su inesperado emperador Claudio había sido transformado en dios por decreto; mientras traían a su hijo asesinado a la tumba de la familia, aquella fue la ironía final.

Los miembros de la comitiva fúnebre descendieron alumbrados con la luz de las antorchas a depositar la urna en el sótano de mármol blanco. Lo hicieron sin panegíricos ni ceremonias. El emperador había prohibido la procesión. No hubo tiempo para sacar las máscaras de los antepasados de Británico. La gente llegó deprisa; murmuró sus adioses; se marcharon en medio de la tormenta. Así enterraron al último de los Claudio, el hijo de un emperador convertido en dios, y sin embargo asesinado en la adolescencia como tantos otros, sin nadie dispuesto o capaz de alzar la voz en su defensa. Sepultaron a Británico en medio de un tremendo aguacero.

Caenis se fue a su casa.

Temblaba. Estornudaba. No tenía calzado ni chal; calada hasta los huesos. Estaba entrando en un estado de choque. Llevaba mojada muchísimo tiempo, desde antes de la cremación, cuando se había lavado los pies y el dobladillo del vestido en una fuente, abandonando las sandalias estropeadas en el borde. Al ver que había perdido su litera, Pallas la llevó en la suya. No se caían bien pero como clientes de la misma familia, el decoro exigía que él no la dejara cruzar el norte de la ciudad en plena noche, sola, llorando y descalza. Caenis ya no sabía lo que le había pasado, y de haberlo sabido tampoco le hubiera importado. Al día siguiente cayó gravemente enferma.

Estuvo tan enferma y durante tanto tiempo, que llegó a un punto en que no tenía noción de quién era o dónde estaba. Sin duda Aglaus se las había apañado. Ella nunca lo supo del todo. Vinieron doctores, aunque no muy a menudo. Aglaus le contó después que, a pesar de los delirios, apenas olía las infusiones de semillas de amapolas y las tisanas de col, se comportaba con extraordinaria grosería. Incluso cuando comenzó a recuperarse, apenas si tenía fuerzas para yacer en la cama, confiando en que no habría nada que decidir o hacer.

Con el tiempo entró en una etapa de aburrimiento pero en la que era incapaz de concentrarse, así que una vez más dormitaba, mientras de vez en cuando las lágrimas le bajaban por el rostro siguiendo la línea de los pómulos y la barbilla. Incluso las interpretaciones de la flautista eran más de lo que podía soportar; después de unos pocos minutos de oír las más dulces melodías comenzaba a dolerle la cabeza. La gente le mandaba fruta, que ella no comía. La gente venía a verla; ella no los recibía porque se daba cuenta de que le sería imposible poner buena cara; después, cuando sabía que ya se habían marchado, se sentía atormentada por la soledad.

Cada noche, cuando aparecía el delirio, se repetía el mismo sueño: el joven Tito caído a sus pies mientras ella le suplicaba que no se muriera. Aquel sueño se le hizo tan familiar que casi resultaba un consuelo.

□ □ □

Por fin llegó el día en que al despertarse supo que estaba mucho mejor que el día anterior.

—Tiene una visita —le dijo Cloe, su criada, y por primera vez Caenis se mostró interesada por saber quién era.

Entonces una voz mordaz y muy conocida proclamó:

—No te preocupes; ¡soy yo! Y no se te ocurra echarme. —Era Verónica. Verla resultaba una gloria—. ¡Por Juno, Caenis; mírate! Entonces el rumor era cierto, ¿tenías neumonía?

—El rumor no es cierto; no he tenido una neumonía. ¡Todavía la tengo!

Verónica se encargó de despedir a la criada. Primero se sentó junto a la cama, tan

encantadoramente saludable, con una expresión inquisitiva en aquel rostro bien cuidado. Como se trataba de una cama alta, no tardó en renunciar a la silla de mimbre que le obligaba a doblar el esbelto cuello hacia atrás, y optó por sentarse en el borde de la cama con uno de sus delicados pies apoyado en el escalón.

Caenis flotó de regreso a las orillas del mundo real. Su dormitorio, que durante largo tiempo había sido una sala poblada de delirantes fantasmas, recuperó su tamaño conocido: pequeño, e incluso lleno de luz en una tarde de invierno. Una vez más se convirtió en su lugar especial: la gran prensa para ropa que plisaba las túnicas y las capas en un rincón; el cofre rectangular egipcio, la silla de mimbre, el tocador lleno de cajas con chucherías, los potes de crema a medio usar, tenacillas para el pelo, peines y frascos de perfume. Aunque había vivido entre ellos durante muchos días con sus respectivas noches, saludó a sus cosas como el viajero que regresa de un largo viaje; su caja de plata para guardar los pañuelos, los cajones de sándalo, las lámparas de cerámica, la vieja alfombra con las rayas en tonos cálidos rojo y siena, que se daba de bofetadas con el color de los cojines y el cubrecama, rojo vivo, pero era tan agradable y tibia bajo los pies mientras se vestía que nunca se había sentido con ánimos de tirarla y traer una nueva, más áspera.

—Te he traído una olla de caldo, Caenis. La tiene tu cocinera. No vayas a creer que la he hecho yo, aunque le di un par de vueltas con el cucharón para que mi cocinera no pensara que soy una ignorante en asuntos de cocina.

Verónica tenía un gusto exquisito para la ropa. Llevaba un vestido teñido de un púrpura tan intenso que ciertamente era ilegal; su presencia llenaba la habitación con vibrantes colores incluso antes de que comenzara a hablar de aquella forma, como si la persiguieran. Se miraron la una a la otra, y de inmediato fueron lo que siempre habían sido, dos mujeres que hablaban el mismo lenguaje, dos mujeres que compartían una conspiración contra la vida.

—Cariño —dijo Verónica con voz suave—, me encontré con tu amigo Sabino. Nada menos que en el Saepta Julia. Tengo entendido que hubo una amable discusión familiar, y la conclusión fue que un cortés embajador Flavio debía hacerte una visita. Yo me encargué de frenarlo.

Caenis consiguió sonreír.

—Tu viejo amigo el héroe —añadió Verónica y se detuvo. Por lo general era tan sincera que la obvia desgana por continuar resultaba extraña—. Vespasiano te pide disculpas. Ha tenido una desgracia en la familia.

—¿No será el chico? —preguntó Caenis, temerosa.

Verónica le palmeó la mano.

—No, no se trata del chico. Lo vi a él también. ¡Un auténtico rompecorazones! Ha estado gravísimamente enfermo, pero vivirá, aunque por ahora tiene toda la piel de un repugnante color azafrán.

—Parecía un jovencito robusto. ¿Está amarillo? Tenía mucho miedo —Caenis manifestó su preocupación— de que tuviera lesionado el hígado.

—Sí. El padre pensaba lo mismo pero el doctor dijo que se recuperará. Se le ve fortachón. Y ahora prepárate: me los encontré comprando un vaso griego antiguo, pintado con un océano entero incluido un pulpo de lo más siniestro, ¡precisamente lo que a ti te gusta! Traerán el objeto por la noche en una carreta y tendrás que construir una galería para guardarlo. Al chico le habrá costado los ahorros de toda su vida, aunque me atrevería a decir que el hueco será relleno por las discretas manos paternas, suponiendo que Vespasiano tenga alguna vez dinero. Te lo menciono para que prepares tu sonrisa de graciosa complacencia.

Caenis practicó la susodicha sonrisa. En estos días su cerebro funcionaba a bajo rendimiento.

—¿Qué desgracia?

Por fin Verónica se lo dijo, sin desviar la mirada del cubrecama.

—Creo que su esposa, Flavia Domitila, llevaba mucho tiempo mal de salud. —Caenis la observó con atención—. Deduje que si tú querías, yo podría arreglarte una cita con él —confesó Verónica bruscamente, después de lo cual fue capaz de levantar la cabeza.

—No, gracias.

Caenis no perdió ni un segundo en vacilaciones. No podía soportarlo.

Verónica sonrió. A su manera, ella era una excéntrica.

—¡Vaya!

—¿Él te pidió que me lo preguntaras, Verónica?

—Sí.

Caenis inspiró con fuerza.

—¿Me culpas por rehusar?

—Por supuesto que no. Tú conoces mi opinión. Ese hombre era un riesgo desde el principio. Además, sigue sin tener dinero. Y por todos los dioses, han pasado casi veinte años.

—Es probable —admitió Caenis desabrida—. ¿Volver a verle? Juno... —Verónica la dejó divagar—. Llené mi vida. Tuve que hacerlo; no la podía desperdiciar. Nunca fui una dócil Penélope. ¿Quién quiere pasarse veinte años sin conseguir otra cosa que arruinarse la vista tejiendo una bufanda? Y entonces aparece un viajero con el rostro encarnado convencido de que le has dado de comer a su perro, que tiene su copa limpia en el aparador, y que tú estás dispuesta a frotarle el linimento en las cicatrices y escuchar sus aburridas historias hasta que se muera. ¡Ay, Verónica! ¿Qué espera ese hombre ridículo?

Verónica pensó un momento.

—¿Quién es Penélope? ¿La conozco?

—Es un personaje de una historia. Esperó a un héroe durante veinte años.

—¡Eso lo escribió un hombre! —manifestó Verónica acertadamente.

Vespasiano cumpliría los cuarenta y seis en noviembre. El día 17; Caenis todavía recordaba la fecha de su cumpleaños.

Desde luego, eran casi veinte años. Aquel tenebroso pasillo entre la rabia y la pura desilusión, donde las inquietas esperanzas de una joven brillante se transformaban en resignación; la larga y cansada decadencia sólo para ser otra mujer mayor, común y sin atractivos.

Era demasiado tarde. Nunca podrían volver atrás. Y a Caenis no le gustaría ver al hombre que una vez había amado apasionadamente en otro tipo de relación inferior.

□ □ □

Verónica la sacó del ensimismamiento cuando manifestó en voz baja:

—Es un insulto. Si te hace sentir mejor, te diré que le dije lo que pensaba con todas las palabras.

—No me considero insultada.

Caenis imaginó que Vespasiano habría tratado a Verónica con cautela. Ella no era su tipo, aunque la habría admirado como objeto. Sin embargo, hubiese preferido que ella no le dijera lo que pensaba.

—Pero todo hay que reconocerlo —admitió Verónica—. Creo que ansia poder darte las gracias por haber salvado a su hijo.

Caenis extendió las manos al tiempo que sonreía débilmente.

—Dile que se las acepto. Pero él sabe lo que pienso acerca de consolar a viudos.

—¡Ya me ocuparé yo de ponerle en su sitio! —Verónica cambió de tema. Se puso de pie, y se arregló la falda enjoyada—. Y ahora, si puedes soportarlo, te envolveré con mantas y te llevaré en mi litera a un zapatero que muy pocos se pueden permitir, que te medirá los pies para hacerte las sandalias más bonitas y cómodas de toda Roma.

Caenis se incorporó temblorosa.

—¡Eso es algo que puedo soportar! —Hizo una pausa mientras que con un pie descalzo buscaba el escalón.

Verónica también hizo una pausa.

—Es un regalo mío, Caenis.

Caenis no era de las que se rendían fácilmente.

—¿Y de quién fue la idea?

—Ah, eso —concedió la amiga que lo era desde los diez años—. Se supone que no lo debo decir.

Caenis dedujo que Vespasiano había hecho la sugerencia, pero dejaba que Verónica pagara las sandalias. Así, contenta al menos de tener los pies cómodos (algo que cualquier mujer sensata apreciaba mucho, sobre todo si una vez había sido una

esclava descalza), Caenis se reintegró progresivamente a la sociedad. No se podía decir que se hubiera perdido gran cosa.

Era obvio que Verónica daba por hecho que Caenis se comportaría como ella hubiese hecho. La siguiente vez que la visitó le preguntó sin rodeos.

—¡Muy bien! ¿Le has visto?

—No —respondió Caenis.

—¿Tienes la intención de verle?

—No.

—¿No te lo ha vuelto a pedir?

—No, quiero decir, sí.

—¡Bueno, eso parece claro!

—Tito me envió el vaso del pulpo con una nota de su padre diciendo que le gustaría conocer mi opinión. Le di las gracias a Tito en una carta muy formal pero no respondí a la nota del padre. ¿Satisfecha?

—Tiene que hacer nuevos arreglos, Caenis. A mí me parece un tipo cachazudo y leal. Quiero que me lo cuentes todo en cuanto venga a visitarte.

Caenis, que ahora se sentía mejor, troceó una pera que un bondadoso amigo le había enviado de su finca al norte de Roma. Vespasiano había regresado a Reate con su hijo.

—Lo está pasando muy mal últimamente —comentó Verónica, empecinada—. También ha perdido a su hija. —Esto afectó sinceramente a Caenis, porque suponía que Vespasiano era un hombre que haría de su hija la favorita—. Creo que en el parto. Madre adolescente; una pobre cría. El bebé vive —prosiguió Verónica—. Una niña, si no me equivoco. Otra Flavia.

¡Vespasiano era abuelo! Ese viejo ridículo la estaba cortejando a través de un tercero como un tímido adolescente. Caenis podía aceptar que él pertenecía a la clase de hombres que recordaban su juventud con cariño, pero también daba por hecho que cualquiera tan tozudo entendería que era mejor dejar en paz el pasado. El tonto continuó enviándole fruta. Algunas veces, Caenis consideraba que ella era la única persona con un poco de tacto o sentido común en Roma. Y para colmo, un abuelo: al saber la noticia, por primera vez desde que había caído enferma, se rió a mandíbula batiente. Verónica reclamó a gritos la presencia de una criada; saltaba a la vista que la pobre mujer todavía necesitaba reposo. Tal como Caenis esperaba, Vespasiano nunca vino. La fruta continuó llegando en canastos sabinos sin marcar durante seis meses. Ella se comió la fruta, pero nunca respondió. Al final, él acabó por desistir.

Después de todo, habían pasado casi veinte años. Cualquiera mujer aprende a apañárselas. Cualquiera mujer sabe qué es lo que está mandado.

Hasta que un día, cuando ella se había acostumbrado a la fuerza centrífuga de la vida, de pronto la tierra se paró. Y una mujer mayor, común y sin atractivos se puede

encontrar de pronto lanzada a las estrellas.



QUINTA PARTE



UN COMPAÑERO MEDIO DECENTE

Cuando Nerón era el César

La Vía Nomentana iluminada por el sol de mediodía, en septiembre.

Un hombre subió con paso firme por un lado de la carretera procedente de la ciudad, cruzó la Puerta Nomentana y continuó su marcha lentamente. En la calle principal había baños, un lavabo público y el mercado local, con los puestos llenos de aves de corral y canarios. Los quesos redondos de corteza clara parecían excelentes y el pescado se exhibía sobre húmedos tapetes de hojas verdes que formaban círculos y estrellas; las sardinas resplandecían como la plata bien pulida, los cangrejos de río espiaban desde sus jaulas de mimbre, y los brillantes mejillones de cáscara negra azulada estaban a la sombra metidos en cubos debajo de las mesas de caballete. El hombre contó tres tocinerías.

Era un tranquilo y pequeño rincón de los suburbios, más limpio y arreglado que muchas zonas de Roma. En todos los pórticos de las tiendas había plantas trepadoras, mientras los tiestos embellecían los balcones con claveles, hiedra, rosadas balsaminas y caléndulas de color naranja ardiente. Los orgullosos propietarios habían barrido toda la basura de la calle; el agua corría por las cunetas sin obstáculos; había trozos de pavimento fregados hacía poco que todavía estaban húmedos. Un elegante perro marrón vigilaba el umbral de una cerería, pero no se movió para examinar al hombre cuando volvió a pasar, otra vez camino de la puerta.

Pasada la Puerta Nomentana no había nadie.

Era más agradable que donde vivía él, en el distrito sexto, la *Alta Semita*, el barrio situado en las faldas del Quirinal lleno de gente a la que le hubiera gustado algo mejor. Desde luego, aquí estaba el cuartel pretoriano, con su agresivo estrépito que no cesaba a ninguna hora, pero al margen de algún ocasional mausoleo, a lo largo de la carretera principal no había más que unos huertos aislados, y se respiraba la paz y el aire puro. El hombre que se paseaba arriba y abajo había vivido durante años no muy lejos de esta vía aunque, hasta ahora, no había permitido nunca que su paso firme le trajera de nuevo hasta aquí.

Atrajo la atención de una mujer gorda que creyó que rondaba con malas intenciones; vestía la toga de senador pero, por alguna extraña razón, apareció por aquí sin una escolta de esclavos. Parecía fuera de lugar y furtivo. La gorda simuló estar muy atareada colgando las mantas en el balcón, mientras decidía si mandaba corriendo a un esclavo a buscar a los vigilantes. No sabía que sólo se trataba del

recalcitrante y excéntrico ex cónsul Vespasiano.

Al pasar por delante de la cerería por tercera o cuarta vez, apuró el paso como si hubiese tomado una decisión y cruzó la puerta. Un corto paseo le llevó hasta una mansión que, evidentemente, pertenecía a alguien con dinero, aunque a diferencia del desconchado portal de su casa, el escalón de la entrada no aparecía coronado con la insignia triunfal. De hecho, no había ninguna indicación del ocupante. Esta casa tenía blancos muros orientados a la Vía Nomentana, pero su formidable aspecto era compensado por la visión de las copas de los árboles, que crecían en los patios interiores. Llegar a aquellos peristilos y columnatas quizá no fuera fácil; los visitantes se enfrentaban a una enorme, sólida y negra puerta tachonada. Una siniestra mirilla de hierro ocupaba la posición central en medio de piezas bien aceitadas; bisagras con gruesos piñones, ganchos para los faroles y cerrojos. Un cartel de cerámica anunciaba la presencia de un perro feroz, pero no se oían gruñidos. Dos macetones de piedra con helechos flanqueaban el escalón de mármol, y la aldaba tenía la forma de un regordete delfín de bronce con una animosa sonrisa. Llamó. No pasó nada. En el interior nadie se movió. Un silencio total. Debía ser la hora del día en que los porteros de la Vía Nomentana disfrutaban de la comida y ponían en orden sus deudas de juego.

Paciente, volvió a llamar. En una celosía, junto a la puerta, había una capuchina que padecía los ataques de los moscardones, y todavía chorreaba el pesticida que alguien le había echado para ahuyentarlos. A lo lejos, por encima de los huertos, una alondra cantaba con todo su corazón.

El portero, con la servilleta anudada al cuello, abrió la puerta de improviso. No se molestó en espiar por la mirilla. Detrás, apareció un mayordomo con un cesto de la compra vacío, que se hizo cargo del asunto como les gusta hacer a los mayordomos. El visitante esperó mientras ellos se fijaban en la toga de senador y después se preguntaban por qué parecía no tener esclavos. No había nadie que no tuviera esclavos; lo catalogaron como un tipo descuidado que había perdido a su escolta en los apretujones del Foro.

Los tres mantuvieron una interesante conversación en la que el solitario senador manifestó ser amigo de la dueña de la casa, pero rehusó dar su nombre, mientras el mayordomo, con mucho descaro, insistía en que no se encontraba allí. Cuando se aburrieron del juego, el mayordomo admitió que ella estaba durmiendo, y entonces amenazó con despertarla.

—¡*Mars Ultor!* —exclamó el hombre que afirmaba conocerla—. No hagáis eso. ¡Se pone de un humor de perros si alguien interrumpe su siesta!

El mayordomo y el portero intercambiaron una mirada de sorpresa, y a continuación estuvieron de acuerdo en que el extraño podía pasar. Él la conocía; de eso no cabía la menor duda.



Todo se veía impoluto. Había un vestíbulo con un busto de Antonia en su juventud, rodeado por pétalos de flores. En algún lugar de la casa un músico tocaba la flauta. El mayordomo guió al visitante a través de un carísimo suelo de mosaico, alrededor del estanque de mármol del atrio y por delante de varias puertas abiertas que permitían que el paso de la más leve brisa refrescara la casa, y por último a una pequeña sala muy femenina con los paneles pintados en un suave color miel y cenefas de un rojo pálido. Aparentemente, aquí debía esperar.

Podía escoger entre un diván con unos cuantos cojines o dos sillas de mujer. Escogió el diván, pero se sentó de forma tal que podía vigilar la puerta. A su lado apareció una mesa auxiliar de bronce con el último ejemplar de la *Gaceta* y un bol con frutas.

Declinó cualquier otro refrigerio, y le indicaron un gong de plata que podía utilizar si cambiaba de opinión. Una vez que le permitieron la entrada todo se desarrollaba con una sobria eficacia. Ésta parecía ser una casa cómoda y alegre; nada demasiado ostentoso o demasiado opulento, si bien todo estaba escogido con buen gusto. Los veladores eran curiosas antigüedades etruscas. Los esclavos estaban contentos; sus modales eran prácticos.

Se comió dos manzanas porque desprendían un olor fresco y delicioso, y después de un momento de duda dejó los restos en el borde de una lámpara. Dedujo que en esta casa nadie se molestaría si un desconocido dejaba los restos de la fruta en el lugar equivocado. Se respiraba un ambiente de calma que invitaba a echar una siestecita. Con esfuerzo, consiguió no dormirse del todo para poder escuchar cualquier movimiento en el exterior. Por lo tanto, cuando el sol se desplazó para alumbrar las persianas de un dormitorio en otra parte de la casa, él oyó el distante toque de una campanita y supo que ella ya estaba despierta.



Al cabo de muy poco sonaron unos pasos rápidos en el pasillo.

Se entreabrió la puerta. En el exterior una voz conocida habló con tono firme. Él se cruzó de brazos. La señora de la casa entró en la pequeña sala.

Era una mujer de mediana edad con unos ojos lúcidos en medio de una expresión tranquila. Llevaba a engaño; le habían enseñado a mostrarse tranquila en público. No era alta, ni tampoco hermosa, pero se movía con una seguridad contenida aunque su atuendo distaba mucho de ser lujoso; una túnica verde y un brazalete que poseía desde hacía años. El pelo, todavía oscuro pero con algunas hebras de plata por encima de las orejas, lo llevaba recogido con un sencillo rodete adecuado para pasar la tarde en casa, y sujeto con un par de peinetas de madera. El leve aroma de un perfume fresco animó la habitación a su entrada. Por encima del hombro de su ama,

el mayordomo espiaba ansioso.

Ella se había recuperado de la enfermedad pero parecía más callada que antes. Pasados unos pocos segundos, Vespasiano ya no se fijó más en la edad, en la gordura y en que quizá su espíritu estaba más cansado. Ella era la de siempre. Para él, nada de lo que era importante en ella cambiaría. Se le aceleró la respiración; frunció el entrecejo.

Sin duda había adivinado quién debía ser. Como un recuerdo de los viejos tiempos casi deseó que ella le dijera: «¡Vete a tirarte a la Estigia, tú no puedes entrar aquí!». Pero se impusieron la edad y la cortesía.

—Hola, Caenis.

—Buenas tardes, cónsul. —Caenis le insultó con el título que ella debía saber que había expirado—. Por favor, no te levantes.

Probablemente se dio cuenta de que hasta ese momento a él no se le había ocurrido que debiera levantarse. Ella era una liberta, alguien con una posición y que estaba en su casa; la casa a la que ella se había empeñado en no invitarle. Su voz sonó tranquila. Únicamente en la mueca de su boca un viejo conocido podría descubrir la irritación y el disgusto.

—Aglaus, tendrías que haber reconocido al caballero; su estatua está en el foro de Augusto, aunque quizá cuando tú vas corriendo de aquí para allá nunca miras por encima de sus nobles pies de mármol. Éste es Flavio Vespasiano, el Héroe de Britania.

El Héroe de Britania movió los pies de carne y hueso y decidió que todo iba a ser mucho más difícil de lo que había esperado.

Había unas cuantas mujeres bastante decentes, Vespasiano lo sabía porque ellas se lo habían explicado con toda claridad, que estarían dispuestas a tolerar a un hombre de cuarenta y seis años si su estatua estuviera en el foro de Augusto y tuviera derecho a llevar la corona triunfal en las fiestas públicas. Esperaban que les diera dinero (esto también lo había aprendido por experiencia) y él creía poco probable que ninguna de ellas hubiese querido ser su amiga —si ésta fuera la denominación correcta para estas mujeres— durante veinte años.

Ni una sola vez se le había pasado por la cabeza que Antonia Caenis pudiese no ser ya su amiga.

Tampoco le sorprendió después de veinte años encontrarla furiosa; ella había estado furiosa toda su vida, Narciso se lo había dicho. Con la barbilla apoyada en una mano, contemplándola mientras ella despedía al criado con genio, advirtió cambios, sobre todo en la seguridad de los movimientos, aquí en su casa, y la discreción del tono mientras hablaba campechanamente con el mayordomo. También advirtió, con una gran excitación interior, lo que *no* había cambiado en esta mujer: que su gesto adusto le hacía sonreír; que su dureza le ablandaba; que el mero hecho de estar

sentado unos segundos en su presencia le había traído la paz, y una sensación de bienestar que no había conocido en años.

Fue entonces cuando supo que todavía pensaba: «*¡Qué muchacha más interesante!*».



Caenis se enfureció cuando le dijeron que él estaba allí.

Después de la siesta estaba como siempre de buen humor, y bromeaba con Cloé mientras la muchacha le daba un masaje en el cuello.

—Frota bien para que penetre el aceite, muchacha. Si consigo mantener un cuello que no esté mal quizá cuele mi viejo rostro; como el vino añejo, ¡intrigantemente maduro!

Entonces apareció Aglaus, con una extraña expresión relamida.

—Señora, alguien quiere verte. No sé su nombre. —Ella le había dicho que nunca sería un buen secretario.

—Un hombre —le informó Cloé—. Dice que es *¡un amigo!*

Caenis le caía bien a la gente, pero ella siempre había limitado su número de amigos. Sus expectativas eran muy altas; su paciencia muy corta.

—¡Vaya, un hombre *valiente!* —se burló.

Preguntó qué estaba haciendo ese valiente amigo suyo y le respondieron que al parecer dormía. Entonces lo supo. Intentó no preguntarse qué vendría a buscar.

Ahora Vespasiano le dirigía una de sus típicas miradas largas y severas; Caenis no le hizo caso, y se buscó una silla.

Aglaus se puso a la altura de las circunstancias.

—¡El Héroe de Britania! *¡Sí, señora!* La próxima vez exigiré una inspección de botas en la entrada y compararé los pies. ¿Queréis algún refrigerio?

—Quizá más tarde.

—¿Debo llamar a la doncella?

—No es necesario.

En cuanto se quedaron solos ella comenzó a serenarse.

En otro tiempo, su rostro parecía mayor de la edad real, así que ahora tenía el aspecto que le correspondía. El ceño fruncido, las profundas arrugas en la frente, la firmeza de los ojos cuando la miraba. Caenis se sintió frágil como una chiquilla abandonada por su amante. Encontrarle aquí, en su casa, la hundió en la inútil formalidad.

—¡Cónsul! ¡Juro que es un honor! ¿Qué podemos hacer por ti?

Vespasiano la odiaba cuando se ponía en ese plan.

—¿Te importa? —se sintió obligado a preguntar—. ¿Tendría que haber pedido

una cita? ¿Te molesta?

Sin pensarlo, ella respondió agriamente:

—¡Por lo que se ve, no!

Hablaban de una manera entrecortada que resultaba curiosa. Él parecía muy callado; daba la impresión de haber olvidado cómo se sonreía. Ella se sintió incómoda. Otra clase de mujer hubiese buscado refugio en el bordado, pero Caenis nunca había sido muy dada a las manualidades; además, cuando era esclava no tuvo tiempo, y en los primeros tiempos como liberta, tampoco el dinero para comprar seda.

A pesar de aquello en lo que se había convertido, Vespasiano no sabía qué hacer en esta situación. Le vio pasarse la mano por el pelo —el poco que le quedaba— y aunque distaba mucho de ser vanidoso, ella adivinó que, en ese momento, él deseaba no haber perdido tanto. Resultaba un gesto extraño e inquietante.

—Todavía tengo tu dinero —le recordó él, por decir algo—. ¿Lo necesitas?

Hacía un momento que había llegado y ya había conseguido provocar su indignación.

—Lo reservo para la vejez, Tito. No lo necesito, gracias. ¡Todavía no!

El hecho de que ella le hubiera llamado automáticamente por su nombre de pila les preocupó a ambos, sin embargo, él se rió un poco mientras contestaba.

—No. Estás radiante.

—¡La siesta, querido! —afirmó tajante. Ya comenzaban a recuperar la manera de hablarse el uno al otro—. Y una buena dieta. Mucha fruta. En realidad, casi demasiada para comérsela toda.

—Lo siento. Todavía estoy pagando mis deudas. Siempre puedes tirármela cuando me saques a puntapiés por la puerta. —Él la estaba poniendo a prueba. Caenis no dijo nada—. ¿Somos amigos? —la lisonjeó suavemente.

Eran dos extraños, pensó Caenis apenada; sin embargo, por los viejos tiempos asintió, con la mirada fija en el regazo.

Vespasiano se levantó. Parecía prematuro; Caenis experimentó una cierta desilusión. Por supuesto, los ex cónsules estaban muy solicitados cuando dejaban el campo para visitar Roma.

Eran conscientes de que no habían conseguido tomar contacto. Ambos comprendieron que la visita había sido un error. No tenía sentido prolongarla.

—Gracias por haberme recibido.

—Ha sido un placer, señor.

Solamente cuando ella se levantó y cruzó la habitación para acompañarle hasta la puerta como solía hacer, Vespasiano fue al grano tímidamente.

—Esta tarde hay un concierto en el teatro. Me han comentado de qué va. Es un órgano de agua, una nueva máquina que Nerón ha descubierto. Puede ser interesante.

¿Pensabas ir?

«¡No quiero ir!», pensó Caenis.

«¡No te culpo!», respondió Vespasiano con la mirada.

—Después —añadió en voz alta cuando ella no respondió—, estoy invitado a cenar en casa de mi primo. Puedo llevar a la acompañante que prefiera.

Caenis supuso que la familia estaría preocupada por él. Un viudo, sobre todo estando a cargo de dos hijos jóvenes, era presa fácil para las señoras bienintencionadas que buscaban emociones. Sin duda, él lo estaba pasando fatal. De hecho, parecía tan alicaído que estuvo tentada de interesarse ella también por su bienestar. Ahora estaban tan cerca el uno del otro que él le levantó una mano con la suya, cogiéndola suavemente por los dedos como si tuviera miedo de ofenderla. Con un esfuerzo, le preguntó:

—¿Le estoy pisando el terreno a alguien si te pido que me acompañes?

Él creía que la tenía atrapada con su larga y cariñosa mirada. Sus dedos seguían entre los suyos, aguantados en equilibrio por la suave presión de su gran dedo pulgar. Caenis comprendió lo mucho que le apetecía ir. Llegó a una rápida y desafiante decisión.

—Me gustaría ir. Gracias.

Asombrado, el Héroe de Britania carraspeó. Una sombra de ansiedad tensó el extremo de sus ojos.

—¿Y yo?

—¿Y tú qué? —preguntó Caenis, que apartó la mano bruscamente.

—¿Estaré pisando...?

—Ocúpate de tus propios asuntos —replicó ella, y salió la primera de la habitación.

Aglaus revoloteaba por el vestíbulo. Caenis se dirigió a él con calma.

—Aglaus, saldré esta tarde. —Apoyó la mano por un momento en el brazo togado de Vespasiano que la seguía—. Este caballero es alguien que conozco desde hace mucho tiempo. Si alguna vez viene por aquí hay que recibirle como a un amigo de la casa. Pero atención —levantó la mano otra vez—, es de aquellos que se presentan un par de veces a comer, maltratan al gato, magrean a las chicas de la cocina, y después vuelven a desaparecer por otros veinte años.

Mostrarse grosera había sido un error. Caenis se dio cuenta en el acto; quizás él también. Además, el mayordomo llegó a la conclusión de que algo estaba pasando. Eso no le interesaba a nadie.

Aglaus advirtió la débil sonrisa del Héroe de Britania. Por lo tanto, no se trataba de un error irreversible. El hecho de que Caenis le plantara cara a Vespasiano sólo hacía que ambos esperaran la salida con mayor interés.

□ □ □

El órgano de agua resultó algo sorprendente. Lo tocó con maestría una joven con el pelo lacado, aunque cualquiera se hubiera dado cuenta de que el emperador ya planeaba convertir este espectacular juguete en su especialidad. Por lo que Caenis podía ver desde su asiento en la galería superior, se trataba de un gigantesco conjunto de tubos, en parte de latón y en parte de junco, accionados por una enorme palanca que bombeaba aire en un recipiente con agua: el líquido a presión entraba primero en la cámara de los tubos y después a los tubos, liberado gracias a unas correderas accionadas por la intérprete. Era el instrumento más complicado que hubiese visto nunca y el más versátil, aunque no tenía muy claro que fuera musical.

Vespasiano la esperaba a la salida, acompañada por seis portadores y su silla de dos plazas.

—Tú eres la que entiendes de música. Dime qué debo opinar de ese artilugio. — Lo dijo impertérrito; Caenis no supo interpretar si lo decía en serio porque ya no le conocía lo suficiente para saberlo.

—¡Muy sonoro! —respondió ella—. Comprobé que fue capaz de mantenerte despierto.

La persona digna que actualmente se hacía pasar por Flavio Vespasiano le dirigió una inesperada y tierna sonrisa.

La cena en casa de su primo resultó agradable; se alegró de haber ido, porque era obvio el alivio que sentían los angustiados parientes de Vespasiano al ver que había traído a alguien, quien quiera que fuese. Caenis sabía comportarse con gracia. Vespasiano la hizo sentir cómoda, aunque sin aspavientos que la molestaran. En un momento, cuando alguien preguntó por su hijo Tito, respondió y después compartió con Caenis una mirada que, por razones equivocadas, atrajo la atención de los demás presentes. Caenis no pudo detectar si la compañía se había dado cuenta de que él la había conocido en el pasado. Una cosa que le sorprendió fue la diferencia entre salir a cenar en los viejos tiempos, cuando Vespasiano era un joven senador que intentaba salir adelante, y acompañarle ahora. En la actualidad, el consular Vespasiano ocupaba automáticamente el lugar de honor junto al anfitrión en la posición central. Además, el asiento libre de al lado correspondía a su invitado, fuese cual fuese.

Fue una fiesta respetable y tranquila que acabó a una hora prudente, y sin abusar de la bebida. Luego Vespasiano la llevó a su casa. En la silla se sentó frente a ella. Aunque ambos estaban contentos con la velada, ninguno habló. La oscuridad no era tanta como para impedir que Caenis le observara, muy consciente de que él hacía lo mismo, pero sí la suficiente para impedir que se cruzaran las miradas. Al llegar a la casa, él ordenó a los portadores que esperaran mientras él cargaba con una antorcha para iluminarle el camino hasta la puerta. Golpeó la aldaba en forma de delfín y esperó hasta que hizo su aparición el portero.

—Gracias, Caenis. Me lo he pasado muy bien.

Ella se moría porque él la tocara; resultaba bastante ridículo.

—Yo también. Gracias.

La puerta estaba abierta. El portero se había retirado fuera de la vista. Por lo general era bastante curioso, así que Caenis adivinó que Aglaus había estado impartiendo algunas lecciones al personal.

—Tu puerta está abierta —dijo Vespasiano, sin moverse. Hubo una brevísima pausa—. Buenas noches, Caenis.

Por todos los dioses, el hombre no tenía ni idea de cómo dar pábulo a las habladurías de la servidumbre. Tampoco (aunque debían ser obvios) comprendía los sentimientos de la señora de la casa. El hombre no tenía modales. El hombre no tenía juicio.

—Tito. —Ella pasó a su lado con una cortés inclinación de cabeza, nada más.

El portero vaciló, y luego cerró la pesada puerta. Mientras echaba los cerrojos, Caenis le dijo que todos podían irse a la cama; no, no necesitaría a su doncella. Con una energía poco habitual, sus pasos cruzaron el vestíbulo y recorrieron el pasillo hasta su habitación.

En realidad, no sabía por qué se había enojado.

«¡Maldita sea! —se dijo Caenis—. ¡Maldita sea! ¡Maldita sea!».

Cerró la puerta del dormitorio con suavidad para evitar que el resto de la casa supiera cómo se sentía; después, para aliviar la tensión abrió todas las persianas y dejó que todo el tumulto de la noche romana inundara su habitación; el estrépito de los carros que chocaban en la Puerta Nomentana, las maldiciones de los carreteros en los atascos, el rugir de la actividad en el cuartel pretoriano, y desde la ciudad los gritos, los aullidos, los ocasionales alaridos, las risotadas, y el salvaje sonido de una canción solitaria cuando un hombre atontado por la bebida se apoyó contra una pared y reprendió a las estrellas.

Vestirse para salir le había llevado más tiempo de lo habitual, a pesar de que a Caenis le impacientaban los detallitos y le gustaba seguir una rutina. Ahora tardó un segundo en prepararse para dormir. Su elegante túnica blanca y dorada ya estaba sobre el respaldo de una silla; sintió un placer rencoroso por haber decidido en contra de un color más vivo, algo que Vespasiano hubiese preferido. Llenó con agua el lavabo, mojó la esponja y con una mano se quitó el cosmético de la cara. A continuación se dejó oír una sucesión de sonidos furiosos producidos por las peinetas y los broches, después el choque del brazaletes en un estante. El decorativo peinado que a Cloé le había costado una hora hacer, lo deshizo Caenis en dos minutos antes de inclinarse hacia adelante para cepillar con energía la masa de pelo enredado. Dejó de murmurar, pero entre todos los ruidos que había dejado entrar no captó una llamada distante seguida por el murmullo de voces. En su dormitorio, después de un poco más de furioso cepillado, se irguió con un giro de cabeza que hizo ondular la

cabellera, y se quitó un pendiente.

Aglaus llamó de prisa y entró en el acto, con la precaución de cerrar la puerta. Caenis no alentaba a nadie a que entrara en su alcoba sin permiso; algo había ocurrido.

—Perdona, señora; tu amigo ha vuelto...

Ella comprendió su prisa y la voz baja. Entonces Vespasiano en persona abrió la puerta.

Aglaus estaba atónito.

—¡Oh, señor! ¡Sé que hay reglas especiales para los héroes, pero es el dormitorio de la dama y ella está en camisón!

Ella estaba muy decente, con un camisón que le cubría desde el cuello a los pies, pero se sentía profundamente avergonzada. Vespasiano se despreocupó de las cortesías.

—Perdona, Caenis. Tenía que decirte una cosa.

En alguna parte, quizás en el mismo vestíbulo, él se había desprendido de la pesada toga. Le hacía parecer mucho más cómodo: el chico campesino de brazos morenos con el pliegue de la túnica que le caía por encima del cinturón.

Aglaus era un excelente mayordomo. Tenía el oído, el ojo, o lo que hiciera falta, para tratar con los visitantes tal como requería su dueña. Su problema comenzó cuando Caenis no supo qué quería hacer. Aglaus fue recogiendo rápidamente el rastro de sandalias, chal y cinturón y cerró las persianas; cesó el ruido exterior. Le dio tiempo para pensar.

—Le diré a una de las chicas...

Caenis descubrió que estaba furiosa, pero no con él.

—No te molestes. Gracias, Aglaus.

—De acuerdo. ¡Vale! Como veo que la cosa es tan informal supongo que acompañarás al caballero hasta la puerta.

—Supongo que sí —asintió Caenis muy seria—. Buenas noches, Aglaus.

Él se marchó enfadado y una vez más quedaron a solas. Caenis comenzó a hablar demasiado de prisa porque estaba muy agitada.

—¡Vespasiano, nunca he sido una chica presumida, pero no me agrada recibirte en pantuflas y con la cara lavada!

Él permaneció donde estaba, en el centro de la habitación.

—Por suerte, todavía no he guardado la dentadura postiza en su caja de plata ni la peluca en el soporte. —Deseó no haber dicho eso, porque la hacía aparecer molesta por llevar el pelo suelto. Ella era demasiado vieja; resultaba ridículo. Además, era su pelo, lo mismo que los dientes. Quizás él no advirtiera que se trataba de una broma. Se volvió para dejar el peine en el estante del tocador, y le oyó acercarse. Se giró rápidamente, pero fue peor; él ya se había acercado tanto que ella se encontró casi en

sus brazos. Con la respiración agitada intentó retroceder, pero la detuvo el estante. Un cálido temblor le recorrió la piel.

—Todavía tienes puesto un pendiente —comentó Vespasiano sencillamente y levantó una mano para quitárselo.

—¡Ya lo hago yo! —Se lo quitó con un movimiento brusco y lo arrojó al tocador para que se reuniera con su otro compañero. Él había perdido su benevolencia. Ella quería que se marchara.

—Cálmate —le rogó él, aunque el brillo de sus ojos decía francamente que ella no sería Caenis si no se pasara la mayor parte del tiempo protestando por cualquier cosa. Él no se dejó engañar.

—¿Qué pasa?

Caenis exhaló un suspiro; oyó el gruñido de Vespasiano; ambos se relajaron.

—¿Qué has venido a decirme? —preguntó ella más tranquila.

Con esa manera distraída y curiosa que tenía de hacer las cosas, él recogió el brazalete.

—¿Esto te lo di yo?

—Sí. —La irritación la hacía ser concisa; los dos nombres grabados se veían con claridad.

—Es encantador de tu parte conservarlo.

—Me lo pongo todos los días. El oro es bueno y le tengo cariño.

Él lo dejó otra vez en el tocador.

—Es muy sencillo. ¿Te gustaría tener otro mejor?

—No.

Ahora se metió con los pendientes.

—¿Quién te los regaló?

—Mario.

Por un momento él tuvo que pensar quién era Mario; a ella le resultó divertido. Él se apresuró a dejarlos en una caja que no era la correcta. Quisquillosa, Caenis los sacó de la caja y los puso en una bandeja. Entonces recordó que éstos —bellotas de oro colgadas de unos rectángulos de cristal verde que casi podían pasar por esmeraldas— eran un regalo de Verónica. Decidió no corregir el error.

Por primera vez, sus miradas se cruzaron de verdad. Vespasiano y ella nunca se mostraron tímidos el uno ante el otro; ahora eran tímidos.

—Tengo miedo de tocarte —admitió él, desde muy cerca y en voz muy baja. Asustado o no, él le estaba enrollando un mechón en un dedo para ver cómo la luz se reflejaba en el pelo.

Caenis echó la cabeza hacia atrás para librarse, pero replicó con bastante sensatez.

—Ya no estoy acostumbrada a ti; y tú tampoco lo estás.

Él se encogió de hombros.

—Soy el mismo de siempre.

Estaba tan cerca que Caenis veía las intenciones formándose en su rostro; instintivamente le puso las manos en los hombros como si quisiera mantenerle apartado. Su rostro se tornó firme.

—Eres el Héroe de Britania —se burló ella. Olvidó la cordura. Al menos ahora era lo bastante mayor como para pedir directamente lo que deseaba. Quería hacerle saber que era elección suya. Bajó la voz—. ¿Aceptaría el Héroe un beso de una admiradora?

Vespasiano frunció el entrecejo, analizó el cambio de humor.

Sin esperar, ella se inclinó y le besó: un mero roce de los labios como una polilla que se posa fugazmente en el rostro de alguien dormido durante la noche. En realidad era para ver qué haría él. Vespasiano cerró los ojos por un momento, pero por lo demás no se movió. La sensación del beso se mantuvo con alarmante intensidad incluso después de apartarse ella. Vespasiano impidió que volviera a moverse con una tibia mano en el hombro, los dedos cogidos de su pelo. Caenis escuchaba el latir de la sangre en sus venas. Él parecía desesperadamente triste; por un momento creyó que había cometido una terrible equivocación. La equivocación fue dudar de él. De pronto percibió cuán grande había sido su autocontrol. Ella vio el momento en que se rompió. Él la acercó para darle un beso convencional, pero fue demasiado para él. «¡Oh, chiquilla!».

Su mejilla chocó contra la de él mientras se abrazaban como dos personas que se encuentran en un muelle después de una larga separación en países muy distantes, dos personas que se echaban uno a los brazos del otro y se apretaban muy fuerte como si nunca más se quisieran soltar. Después de un rato, la respiración de Vespasiano se calmó y ella le oyó susurrar con voz ronca:

—¿Qué puedo decirte?

Todavía atrapada en su abrazo, sin querer que se acabara, Caenis cerró los ojos. El rostro, sepultado en el bordado de su túnica, se había derrumbado. No podía dejarle ver su miseria, pero seguramente lo sabía; él podía sentir cómo temblaba.

—Supongo que hay muchísimas mujeres que piden irse a la cama con el Héroe de Britania.

—Algunas.

—¿Y qué pasa con mi viejo amigo Vespasiano?

—¡El pobre desgraciado no tiene tanta suerte!

Caenis se apartó un poco para mirarle. Tenía el rostro tenso. Él también.

—Aquí hay una oferta si quiere aceptarla.

Ella contempló cómo las sombras desaparecían de su expresión, para ser reemplazadas por una ternura que no podía soportar. Él la soltó con un pequeño gesto de la palma abierta, pero su mano encontró la de ella en cuanto comenzaron a

caminar hacia la cama.



Caenis comenzó a creer que no podría hacerlo.

No iba a pasar nada. La situación era demasiado importante, y ella seguía aferrada a su dignidad. Todo iba mal. Se sentía agarrotada como un madero, un tronco insensible. Lo aceptó. Se contentó simplemente con estar con él, contenta con el compañerismo que pudiera haber, y sin embargo, a pesar de sí misma, debió hacer algún sonido. Al apercibirse de su angustia, él se detuvo.

—Lo siento.

Caenis comprendió que él la había estado esperando. Ella se mantuvo absolutamente inmóvil. Él no era un hombre con quien quisiera fingir.

Con mucho cuidado para no tocar nada más, Vespasiano estiró el brazo hasta el velador que había junto a la cama y movió gradualmente la pequeña lámpara de cerámica, que era la única luz de la habitación. Ella se dio cuenta, con recelo, de que era la lámpara que odiaba, donde un sátiro y un fauno se hacían el uno al otro cosas indescriptibles alrededor del agujero de ventilación y la mecha. Sintió alivio al ver que él la dejaba allí.

Con la habitación un poco más iluminada, Vespasiano apartó el brazo y le puso la mano en la frente, protegiéndole los ojos mientras trataba de adivinar lo que ella estaba pensando. Después de todo, no podía saber a ciencia cierta si era del todo bienvenido. También Caenis estaba experimentado algunas dudas a destiempo. Quizá la verdad era que aún cuando ella le deseaba muchísimo no soportaba admitirlo. Sin duda continuaba enfadada con él por dejarla.

—No lo estoy haciendo muy bien, ¿verdad?

De pronto él sonrió. La íntima y alegre sonrisa que reservaba para los amigos la invitaba a compartir la burla, y a ella le resultó irresistible. Ya comenzaba a recuperar la sensación conocida, el olor, el tamaño, el calor y el placer de tenerle.

Para Caenis él siempre fue un hombre apuesto. Tenía un rostro maravilloso. El juego de la tensión y la diversión resultaba fascinante; ella podía estar contemplando su concentración en el trabajo, y entonces sin previo aviso él se animaba en un chisporroteo de buen humor compartido. Todo el tiempo aquellos profundos y firmes ojos buscaban los de ella. Era un hombre de una decencia apasionada. Le resultaba imposible tratarle con su habitual humor de espinoso resentimiento.

—Soy yo —dijo él suavemente. La tensión comenzó a abandonarla. Su franqueza

llegó hasta ella—. ¿Me recuerdas?

Ella recordaba a su amigo Sabino; su otra mitad.

Sintió que sus sentidos reflatban al momento, casi antes de que él inclinara la cabeza para besarla y comenzara a hacerle el amor otra vez. Su cuerpo comenzó a responderle. Cuando llegó el momento, estaban juntos. Cuando llegó el momento, lo hizo con una intensidad que no parecía haber disminuido sino aumentado con el tiempo, y la experiencia, y el conocimiento por separado del triunfo y de la pérdida.

Después, él se quedó con ella, en completo silencio, durante mucho rato. Incluso cuando se vio obligado a apartarse de ella no habló. Pero la retuvo; aún la retenía cuando ella se sumergió bruscamente en el sueño y cuando, muchas horas más tarde, se despertó.

□ □ □

Era justo antes del amanecer. Por un breve período la barahúnda alrededor de la puerta de la ciudad se había esfumado mientras los carreteros y los juguistas se dispersaban para irse a sus camas, y todavía no habían comenzado los ruidos de primera hora cuando los panaderos y los obreros iban al trabajo. Incluso los enfermos dormían ahora. En esta habitación silenciosa la lámpara se había apagado sola, y comenzaba a entreverse el muy suave brillo de la luz natural.

Poco a poco, Caenis se apercibió que se había despertado más tranquila, más caliente y más descansada de lo habitual. Sólo muy despacio descubrió que su almohada era el fuerte pecho de Vespasiano y que estaba atrapada en la más completa seguridad debajo del peso de su brazo en la espalda y su mano en los pechos. Permaneció inmóvil, pero sus pestañas le rozaban las costillas; sintió sus dedos enredados en el pelo, en la nuca, allí donde eran más abundantes, eliminando de su cuello cualquier rastro de tensión. Él estaba despierto. Llevaba despierto por lo menos una hora.

—¡Tito, todavía estás aquí!

—Hummm.

Él siempre se despertaba con la primera luz de la aurora. En su casa se levantaba y aprovechaba este tiempo para leer o ocuparse de la correspondencia sin interrupciones mientras los demás dormían. Aquí sencillamente había permanecido quieto, perdido en sus pensamientos, con Caenis entre sus brazos.

Ella se acurrucó un poco más pero dijo, como era preceptivo:

—No me importa si quieres marcharte.

No hubo ningún cambio en el suave movimiento que masajeaba los tendones de su cuello.

—Primero quería darte los buenos días.

Entonces ella se incorporó apoyada en un codo para mirarle.

—Hola, Tito.

—Hola, chiquilla. —En la luz gris del alba ella no distinguía la expresión de su rostro, pero su voz era pura diversión—. ¡Oh, *Caenis*! La gente creerá que estamos locos.

—¡La gente no piensa! —manifestó *Caenis* con acritud—. Demos gracias a los dioses porque nadie necesita saber que has comprado otra vez mis favores con un saco de manzanas sabinas y medio cajón de ciruelas.

—Si descubrieran tu debilidad, acabarías tapada de cestos de fruta madura... —*Vespasiano* parecía de un soñador poco habitual—. Roma empapada en zumo de frambuesa como un pastel. Carretones de albaricoques atascados en la Vía Sacra. Ciénagas de membrillos, montañas de peras altas como los Alpes, ¡hummm! —Dejó de fantasear para permitir que *Caenis* le acallara con un beso—. ¡Moras, hummm! ¡Zarzamoras, *hummm*, *hummm*!

Ella seguía preocupada por su vida pública.

—¿Quieres que me levante contigo, Tito?

Su súbito movimiento la pilló desprevenida mientras él la empujaba otra vez cuan larga era sobre las almohadas, y se ponía encima de ella con su abrazo más sensual.

—Dije —insistió— que primero quería darte los buenos días.

Por fin *Caenis* dejó de preocuparse por el secretario que le esperaba en su casa; comprendió por su tono perverso que él pretendía algo más que la mera salutación verbal. Dejó de preocuparse por cualquier cosa, a medida que *Vespasiano* una vez más comenzaba a tocarla donde ella necesitaba que la tocaran y a abrazarla como ella quería que la abrazaran. Esta vez no hubo ninguna dificultad. Él sabía, como también lo sabía *Caenis*, que era, y siempre lo sería, bienvenido.

La siguiente vez que se despertó él ya no estaba con ella, pero todo su cuerpo y todo su espíritu cantaban con la misma alegría que si hubiera estado allí.



El ruido del cuartel pretoriano era ahora mucho más fuerte a pesar de que toda la casa estaba orientada hacia los patios interiores. La luz aumentó las molestias, cuando alguien muy poco amable abrió una persiana.

—Buenos días, señora. ¡Hace un día claro y brilla el sol!

—No, gracias —gimió Caenis—. Buenos días, Aglaus. Me quedaré aquí, rezumando bondad.

El mayordomo emitió un fuerte silbido.

—¡Bondad! Las cosas están peor de lo que creía. —Era la primera vez que Aglaus había sentido tanta curiosidad por un invitado que quiso ser el primero en saludar a la dueña de la casa.

—¿Estaba alguien levantado para atender a mi amigo?

—Naturalmente. Siempre tengo el ojo atento a los héroes, no vaya a ser que roben la plata. El desayuno en el peristilo; una sugerencia suya. ¡Qué hombre más extraordinario! Yo diría que no tardaremos mucho en verle otra vez.

—Yo diría que es posible —concedió Caenis cautelosamente. Se sentó envuelta en el cubrecamas arrugado.

—Yo calculo que cada cinco minutos —apuntó Aglaus alegremente—. Se pondrán duros los panecillos; enviaré a la doncella.



La columnata de delante del comedor rodeaba un patio ajardinado muy pequeño que durante la mayor parte del día estaba envuelto en sombras. Un lugar triste y húmedo de hojas de un verde mustio con las alargadas ramas de una enredadera de aspecto poco saludable, pero a primera hora de la mañana rebosaba luz. Caenis casi nunca desayunaba, así que se sorprendió al ver que su mayordomo había dispuesto una mesa con un pequeño banquete de pan recién cocido, carne fría y queso. Un banquete para dos. También había tres claveles reventones en un florero.

Caenis, a la que no le agradaba la desfachatez a una hora tan temprana del día, chilló «¡Aglaus!» antes de advertir que había alguien más sentado en un taburete.

Una figura corpulenta con los pies apoyados en un tiesto, mientras corregía una tablilla de dictado con un estilo. Al verla aparecer, él se puso el estilo detrás de la oreja y le sonrió. No había ni rastro del secretario, aunque era obvio que el hombre

había estado aquí para tratar la correspondencia flaviana. Vespasiano escribía sus cartas como si ese jardín fuera su lugar de trabajo habitual. Su amigo Sabino era un tipo sorprendentemente bien organizado.

Aglaus asomó la cabeza por una ventana en respuesta a su grito.

—Déjanos en paz, Aglaus —le dijo Caenis plácidamente. El mayordomo le sonrió a Vespasiano (estos dos ya se habían hecho cómplices) y obedeció—. Tito.

—Supongo que me esperabas —la provocó Vespasiano.

—Bueno, quizá mañana. —Caenis intentó parecer despreocupada—. Incluso esta noche, si estás desesperadamente ansioso, o sólo desesperado. Pero difícilmente a la hora del desayuno.

Vespasiano dejó su trabajo en el taburete y ocupó su lugar en el banco de madera.

—¿No te importa?

Ella se sentó a su lado sin decir nada.

—Tiene buena pinta. Lo organicé con tu hombre. Toma nota de la abundante cantidad de carne fría.

Ella había tomado nota. Comenzaron a comer. Vespasiano disfrutaba comiendo, Caenis con menos ganas. Por encima de ellos un pinzón le cantaba al sol en una jaula de alambre.

—¿Y bien? —preguntó ella. Vespasiano le sirvió un trozo de queso que ella no quería; se lo comió de todas maneras por si acaso él había pagado estas viandas.

—Te lo avisé; quiero decirte algo.

Caenis soltó una carcajada.

—Suponía que ya lo habías hecho.

—¡Una hábil maniobra, señora! —Sonriente, se chupó los dedos, pegajosos con la miel del borde de la taza, y después puso una mano sobre las suyas, alegre por el recuerdo de la noche pasada. Ella esperó. Nunca nadie conseguía meterle prisa. Él continuó comiendo—. ¿Le das al pájaro los mendrugos?

—Si quieres...

Vespasiano se puso de pie y alimentó al pinzón. El pájaro trino agradecido, mientras Caenis tomaba otro bocado; tenía más hambre de lo que creía. Antes de sentarse, Vespasiano le dio un beso en la mejilla, inclinándose sobre ella por detrás.

—Hola, otra vez.

Volvió a su lugar, se contuvo, dio marcha atrás, y con una expresión pensativa le besó la otra mejilla como un hombre que quiere ser equitativo, luego le recogió el pelo de la nuca que estaba sujeto con un moño; automáticamente ella inclinó la cabeza para que él pudiera besarle suavemente todo el cuello desde debajo de una oreja a la otra. Caenis se estremeció al sentir el goce del hombre. Sin dejar de provocarla, se sentó con un suspiro de satisfacción.

—¡Perfecto! Esto es extremadamente agradable.

Ella ya no soportaba más el suspense.

—Flavio Vespasiano, has sobornado a mi mayordomo y a mi pájaro; es obvio que esto forma parte de un plan. ¿Vas a pedirme que vuelva a ser tu amante? Sé que quieres un favor: siempre me alimentas primero.

Él se rió.

—¡Brusca, atrevida y hasta cierto punto astuta!

Caenis opinaba que el tema había quedado resuelto la noche anterior y también por la mañana.

—¿Amor? Otra vez no, después de veinte años —se burló ella dulcemente—. ¿La misma mujer? ¿Qué es esto? ¿Pura vagancia, o las pocas ganas de reinvertir?

Vespasiano gruñó. No se sentía impresionado ni ofendido por su franqueza.

—Fidelidad a mis hábitos. Y te escogí para permanecer.

—Ya no soy una polluela. Me escogiste cuando tenía ganas de piar.

Él le dedicó una sonrisa perversa.

—Las polluelas son demasiado tiernas para un paladar maduro. Para ser una gallina vieja te conservas muy bien. No olvides que soy abuelo.

—Tu hija murió. Lo siento. ¿La querías mucho?

—Los quiero a todos. Incluso a Domiciano, aunque es un poco malcriado. Hay que saber llevarlo. Además, pasa mucho tiempo solo. Olvido que hay una diferencia de más de diez años con Tito; son generaciones separadas; no se puede esperar que estén unidos como Sabino y yo.

Caenis cayó en la cuenta, incluso antes de comprender lo unidos que estaban el joven Tito y su padre, de que si bien el hijo mayor mantenía su reputación de ser una persona encantadora y con talento, el pequeño se pasaría toda la niñez intentando alcanzar una meta imposible. Tito era de los que llamaban la atención. Ella, como ex esclava, sabía muy bien lo que era correr la carrera de la vida desde atrás.

Le pareció que esta conversación se estaba alejando del tema, aunque seguía sin saber de qué iba realmente. Tapó lo que quedaba de la comida con servilletas, y después se volvió para ponerse de cara al sol con la espalda apoyada en el canto de la mesa.

—¿Cómo está tu hermano?

—Como siempre.

—¿Acaba de regresar del extranjero?

—Le han ofrecido la prefectura de la ciudad. Cuando él todavía estaba en Moesia le escribí una carta diciéndole que pensaba verte. Dijo...

—¿Qué dijo?

—¡Que no debía confiar en que me dieras algo de comer!

Caenis estuvo a punto de echarse a reír, pero algo en la expresión de Vespasiano ahogó la risa en su garganta. Los hermanos habían discutido de algo más que de

comida.

—Caenis. Caenis, he cumplido con mi deber. Soy un buen hombre de familia, dos hijos sanos, un marido decente, he hecho mi parte.

Ella comenzó a temblar sin ningún motivo aparente.

—¿Hubo mujeres? —le preguntó cortante—. Sé que las hubo. Está esa famosa historia de la que te sacó cuatro mil sestercios.

Verónica se lo había contado: una fulana le declaró su amor, se lo llevó a la cama, y se marchó después de engatusarle para que le diera el dinero. La historia había circulado por toda Roma no por eso, sino porque también se supo que su sufrido contable le preguntó apenado cómo debía anotar la pérdida en sus libros, el amo le replicó: «¡Apúntalo allí donde pone: Magreos de Vespasiano!». Como los libros de cuentas de los romanos eran documentos abiertos a la inspección pública, esta osadía significaba más dolores de cabeza para un contable que se respetara.

Vespasiano la miró divertido.

—No sé cuántas veces me han contado esa historia. Ni siquiera recuerdo cómo era.

Ambos pensaban en el dinero que Caenis le había prestado. Ella se preguntó cómo aparecería reflejado *eso* en sus libros. Le maldijo sin malicia:

—¡Supongo que creerías que valía la pena!

—Supongo que sí —admitió él sin ninguna vergüenza—. Estaría nadando en dinero en aquel tiempo. En cualquier caso —añadió con un tono discordante—, tú tampoco eras una Virgen Vestal. ¿Qué me dices de aquel tipejo, Anicio, que iba por ahí vanagloriándose de que se había acostado contigo?

—¿Eso hizo? ¿*Vanagloriarse*? —Sorprendida, Caenis le echó coraje.

—¿Y quién no, cariño? —Vespasiano la acarició. Ella contuvo el aliento—. Está bien. Hubo algunas mujeres. Ninguna de ellas importante. No como tú. Tú siempre estabas. Confiaba en que tú lo supieras, todavía confío en que lo sepas, chiquilla. —Ella miró la mesa—. Sabes perfectamente bien —insistió— que por eso nunca intenté venir a verte.

—Quizá —murmuró ella, más apagada de lo habitual. Aparte de aquello en lo que podrían convertirse ahora, a ella nunca le resultaría fácil referirse a los años que habían estado separados.

Fue entonces cuando Vespasiano demostró que era un hombre sorprendente. Esperó a que ella alzara la mirada, y comenzó lo que sería la más extraña conversación de su vida.

—Vive conmigo, Caenis —le urgió él en voz baja.

Ni siquiera todos aquellos años de estudio en la escuela del palacio podían haberla preparado para esto. Caenis sintió que se le aflojaba la mandíbula.

—¿*Vivir contigo*? —preguntó atónita—. ¿Vivir contigo, *dónde*?

Por mucho que ella presumiera de conocerle, él volvió a asombrarla.

—En mi casa.

Era increíble.

El hombre sentado, ante los restos de su desayuno, al fresco —como se sentaría, si ella viviera con él, todos los días—, la miraba con la misma tranquilidad que si acabara de pedirle que leyera en voz alta el resultado de los comicios en la *Gaceta*. Estaba compartiendo la mesa de la manera más informal. Debía saber que ella era feliz. Caenis no le había pedido nada. Sin embargo, él había escogido ofrecerle esto.

—Eso era lo que quería decirte. —Lo dijo muy serio.

Caenis permaneció sentada en silencio mientras el mundo se tambaleaba y todos los supuestos sobre los que había construido su amarga vida se venían abajo. Caenis creía que era imposible ganar; que era imposible recuperar lo que había perdido; que la vida era injusta; que el afecto era temporal; que los hombres tomaban; los hombres abandonaban y no volvían; las mujeres perdían, sufrían, añoraban, aguantaban con una fe que se esfumaba y una fuerza que desaparecía...

Vespasiano, con su extraordinaria demanda, lo había desmentido todo.

—¡Tú no puedes! —acabó por exclamar—. ¿Un senador y un cónsul compartiendo casa con una liberta; una que ni siquiera es de los suyos? ¡Oh, Tito! ¿Por qué no te vuelves a casar? Busca una amante discreta. A mí, si quieres; sabes que yo...

Él estaba esperando esta asombrada protesta por su parte. Permaneció inmóvil y dijo con absoluta calma:

—Caenis, fuimos lo bastante fuertes como para seguir las normas; somos lo bastante fuertes como para romperlas. Te lo estoy pidiendo a ti.

—¿Qué me estás pidiendo?

—Es muy sencillo: que vivas conmigo. Comparte mi vida; comparte la tuya conmigo.

Por un momento ella no pudo soportar que él le viera el rostro.

□ □ □

En cuanto apartó las manos, Caenis comenzó con toda su energía a llevar su relación otra vez a un rumbo normal.

—No es necesario. Estaré muy satisfecha con algún arreglo regular. No necesitas provocar una apoplejía social. Hay mujeres con las que un hombre se acuesta de vez en cuando y hay mujeres a las que toma solemnemente como esposa; no hay término medio. No es respetable. Va en contra de la ley.

—No lo es. Va contra la ley que me case contigo. Si pudiera, te lo digo ahora, lo hubiese hecho hace años. Ahora, a los esnobs no les hará mucha gracia, pero he cumplido con mis obligaciones; puedo escoger. «Alguien a quien maltratar y un compañero medio decente para la vejez». Tú lo dijiste. Caenis, por favor, acéptame.

Ella intentó una última y débil protesta.

—¿Qué dirá tu familia?

—Ah, sí, ¡la familia! —Él ya lo había pensado todo a fondo, con aquella forma deliberada que tenía de hacer las cosas—. Bueno, Tito es limpio y tranquilo en casa, aunque algunas veces practica el arpa. Domiciano es revoltoso y necesitará atención. Sabino gruñe mucho pero es fácil de tratar. Su esposa cree que eres maravillosa; siempre lo ha creído. Tú serás una más de la familia, eso es lo que pretendo, así que no esperes buenos modales. En contrapartida, podrás conservar tu carácter avinagrado. Tendrás que estar a cargo de todo. Mi papel como cabeza de familia será largarme al Senado cada vez que haya una discusión; por supuesto, tú tendrás que apañártelas como puedas. La vida familiar normal con un antiguo héroe: sin dinero, sin esclavos, mala comida, poca conversación e inacabables peleas. Espero que seas criada, enfermera, anfitriona, buena administradora y fuente de abundantes placeres físicos para mí. Confío plenamente en ti, Caenis.

Caenis se preguntó si este discurso, que obviamente no estaba preparado y que había pronunciado sin recargar las tintas, merecía un aplauso. Suspiró, indefensa.

Vespasiano disminuyó el volumen de su voz hasta alcanzar aquel tono bajo y benevolente que le revolvía el estómago.

—¿Quieres que te jure lo mucho que significas para mí, y lo que haré por ti?

—No seas repugnante, ¡eso es innecesario entre amigos!

Él se rió feliz. Había sol en el rostro de Caenis, trinos por encima de su cabeza. Alguien en la casa pasaba la escoba por el comedor como parte de la rutina cotidiana. Se frotó las sienes con las dos manos.

—¡Confío en que esta extraña petición hable por sí misma! —comentó Vespasiano, severo.

—¡Por supuesto! Te has enterado de que apporto un juego de cuchillos de plata y el mejor mayordomo de Roma.

—¡Son tus maravillosos cuchillos lo que deseo, faltaría más! ¿También hay cubiertos de servir ensalada? Entonces ¿me aceptas?

—¿Tú y yo?

—Tú y yo. Una vez conocí a una chica, Caenis, una chiquilla flacucha, fiera como un león, a quien no le preocupaba ser grosera, una muchacha bonita, muy buena en la cama, una verdadera amiga, que dijo: «La vida será aquello que nosotros hagamos por nosotros mismos».

Por primera vez desde que le había dado de comer al pinzón, él se puso de pie y se acercó a ella con las manos extendidas. Caenis temblaba. Él siempre sabía cómo desarmarla, y después dijo lo más correcto.

—¡Oh, te he echado de menos! —declaró Vespasiano. Ella estaba perdida.

Con las manos entrelazadas con las suyas, Caenis manifestó lo que tarde o

temprano tendría que decir. Mejor hacerlo ahora que en alguna pelea posterior que no tuviera nada que ver.

—He vivido los mejores años de mi vida, y los he vivido sin ti.

Él ni pestañeó.

—De acuerdo.

—He construido mi propia vida.

—Sí.

Él la hizo levantarse. Mientras se acercaba Caenis dijo:

—Yo también te he echado de menos. Más de lo que tú ni nadie llegaría a entender. Tengo que decírtelo. Por lo que he sido, por lo que he soportado, por lo que he hecho. Esto tiene que quedar claro entre nosotros ahora.

Muy serio, él la dejó hablar; probablemente no tenía miedo de nada de lo que ella pudiera decir porque sabía que ella siempre sería justa. Ni siquiera se agitaba por escuchar su respuesta. Quizá ya sabía cuál sería. Entonces, porque ni siquiera ahora Caenis podía soportar que él la viera llorar, permaneció en silencio más de lo que deseaba. Tuvo que luchar para controlarse pero al final consiguió responder con su voz calma, educada y competente.

—Si eso es lo que quieres, iré.

Su reacción fue la última cosa que esperaba; de pronto vio que había lágrimas en sus ojos.

—¡Tito! ¡Oh, amor!

Él le sonrió con aquella pálida y pequeña sonrisa que ella le había visto una vez cuando él la abandonó, aunque ahora tenía la cegadora certidumbre de que ella finalmente lo comprendía. Le vio tragar saliva mientras se rehacía.

[nota]

—Vieja llorica sentimental. Perdóname, pero no creo que lo hagas.

Ante una emergencia, Caenis era muy sincera:

—Sinceramente, si yo no pensara que estás seguro de mí, supongo que no estaría de acuerdo.

Entonces, mientras él se reía otra vez de esa manera encantadora, Caenis recordó. Estaba en Creta de nuevo. En la vida pública el siguiente paso después de haber sido cónsul era ser gobernador provincial.

—Tú mereces una provincia. Agripina no puede impedírtelo eternamente. ¡Tú irás al extranjero! La vida no cambia su curso.

La última vez ella lo había rechazado, entonces eran demasiado jóvenes y tenían muchos años por delante. Ahora la tenía en sus brazos, y sabía exactamente cómo se sentía. Esta vez podía permitirse sentir la devoción que tenía por ella, y dejarlo ir ahora sería insoportable.

Tito Flavio Vespasiano masculló una maldición campesina.

—Me parece que me he explicado mal, o quizás mis intenciones no han sido bien interpretadas. Cuando te pedí que vivieras conmigo lo que quería decir era que, salvo revuelta o rebelión, a dónde yo fuese esperaba que tú vinieses también.

Caenis apenas podían creerlo.

—Un día serás gobernador de África, y yo...

—Y tú serás la esposa del gobernador —dijo. *¡Por supuesto!*



Algunas veces los acontecimientos más importantes ocurren con una gran discreción. Caenis viviría con Vespasiano; así de sencillo.

Hubo uno o dos momentos bajos. La primera vez que fue a Reate se produjo un breve momento de tensión. Le presentaron a la servidumbre, que parecía más dócil y complacida de verla a ella que a los altaneros expertos que Aglaus había metido en su hogar. Le fue fácil distinguir las huellas de las sempiternas dificultades económicas; no había bastantes muebles, las cortinas habían excedido con largueza su vida natural, incluso los objetos que eran nuevos aparecían deslustrados como si los años de no tener dinero hicieran que fuera un pecado invertir en algo realmente atractivo. Caenis no le dio importancia. Era una mujer que disfrutaba haciendo frente a los problemas.

Estaba sentada tranquilamente con Vespasiano. Él le sonreía. Ahora él tendía a sonreír mucho en privado; se comportaban como dos adolescentes enamorados. Entonces se abrió la puerta con gran estrépito. (Caenis se preguntó con qué frecuencia se cambiaban las bisagras de las puertas en las casas flavianas). Los dos chicos, Tito y Domiciano, entraron en la habitación.

«¡Ajá!». Por lo que Vespasiano ya le había contado, Caenis sabía que el hecho evidente de que estaban conspirando no presagiaba nada bueno.

El heroico padre mostró una expresión desconfiada poco habitual. «¡Ajá!», replicó con un estrepitoso orgullo paterno. Tito cruzó la habitación con la dignidad de un joven ultrajado, mientras Domiciano le seguía, un belicoso chiquitín de seis años que silenciosamente azuzaba a su hermano mayor. Fue Tito quien exclamó, ya que Domiciano corría tan deprisa que no podía hablar: «¡Nuestro noble papá y *una dama amiga!*».

Era obvio que conocían cuál era su posición. Vespasiano debió hacer algún anuncio formal. Lo habían discutido acaloradamente entre ellos. Estaban dispuestos a exigir que la situación fuera renegociada sobre unas bases que se acomodaran mejor a ellos. A los chicos les gusta ser respetables. Hasta ese momento no habían sabido quién era la amante de su padre.

Caenis se volvió graciosamente; las cejas enarcadas en una aparente expresión de ligera sorpresa. Tito se detuvo. Se dio una palmada en la frente en una muestra de franco y encantado asombro. Tenía buen aspecto. Más todavía, estaba radiante de

gozo.

—¡Oh, pero tú dijiste que ya no le conocías!

—Hemos renovado nuestra amistad. —Caenis sonrió. Tito ya no era una amenaza. Él la adoraba. Nunca dejaría de hacerlo.

—¡Ven aquí! —le dijo Vespasiano alegremente al más pequeño, y lo atrapó en la seguridad de sus grandes brazos—. Ahora observa cómo Tito descubre que su viejo padre le ha arrebatado a su pichoncita delante de sus narices.

En vista de que Tito no decía nada de nada, Domiciano, que era demasiado pequeño para reaccionar inmediatamente a los cambios de situación, preguntó con agresividad y con aire de disgusto:

—¿Ella será mi madrastra?

Antes de que Vespasiano pudiese hablar, Caenis se encargó de responder a la pregunta.

—Si estás pensando que no te gustará, Domiciano, deja que te diga que a mí tampoco —replicó tranquilamente—. No, estoy segura de que no. Así que no tendrás que odiarme, y yo no me sentiré obligada a ser perversa contigo.

El niño la miró fijamente. Nunca serían amigos, pero sabía que, al menos por ahora, Caenis le había derrotado.

Vespasiano, que evidentemente entraba en la categoría de padres jaraneros, se embarcó con Domiciano en una atolondrada pelea de mentirijillas. Caenis no tuvo muy claro si esto le servía de consuelo. Desde luego, Domiciano se libró de los cariñosos ataques de su padre en cuanto pudo para preguntarle a Tito:

—¿Qué vamos a hacer?

Tito apartó a su enfurecido hermano de los brazos del padre, y luego se inclinó para mirarle a los ojos.

—Le vamos a dar a esta señora la bienvenida a nuestra casa.

—Tú dijiste...

—Me equivoqué.

—¿Quieres decir —insistió Domiciano, que no entendía nada— que debemos ser amables?

Tito sujetó al chiquillo con mano firme, y le obligó a caminar hacia donde estaba Caenis. El hermano pequeño, con el pelo ensortijado y la expresión enfurruñada, tenía un aire encantador.

—Sí —contestó Tito, antes de besar muy serio la mejilla de Caenis y hacer que Domiciano hiciera lo mismo—. Es un voto democrático; dos a uno en la urna electoral. Papá y yo.

—¿Tú *estás de acuerdo* con papá? ¿Por qué?

—Hermanito, ella me salvó la vida.

—Son encantadores, ¿verdad? —afirmó el orgulloso padre.

Caenis frunció los labios.

—¡Maravillosos! Y tan parecidos a su papá...

□ □ □

Hubo algunos comentarios sobre sus relaciones, al menos al principio. Verónica dijo, cambiando de opinión con su encantadora contradicción habitual:

—Hace años que lo veía venir. Ahora ve con cuidado, chica; a estas alturas de tu vida puede ser un error muy caro.

—Has de reconocer que es admirable —replicó Caenis llanamente.

—¿Por qué? ¿Por haber recuperado a su antigua amante? ¡Apesta! Te admiro a ti por aceptarlo.

—Demuestra que yo creo que vale.

—Demuestra que él es un gusano y tú una completa imbécil. Sin tener que molestarse, se ha hecho con un tesoro: una buena administradora, inteligente, divertida, un premio que cualquier hombre envidiaría...

—Además de un juego de cuchillos, boles griegos de buena calidad, taquigrafía barata y ningún riesgo de tener niños zarrapastrosos. —Caenis lo dijo con una despreocupación intencionada para demostrarle a Verónica que conocía todas las implicaciones. Después, en una actitud benevolente que Caenis no había mostrado nunca en treinta años, le dio a su amiga un pequeño objeto que llevaba colgado del cinturón.

—¿Qué es esto?

Se trataba de una vieja llave de hierro. En una nación donde los herreros y los fundidores de latón eran auténticos maestros, era miserable. Tenía la longitud de un dedo, con el vástago torcido y le faltaba uno de los dientes oxidados; colgaba de un corto trozo de tira de cuero retorcida que se veía grasiento y ennegrecido por los años; un desagradable fiador, quizá de ámbar pero probablemente de un algún fósil más repugnante, estaba atado al otro extremo.

—Lo que tienes en la mano —le explicó Caenis— es un gesto simbólico de nuestro sentimental amigo Sabino. Nunca me casaré con testigos y augures, no me llevará en una procesión entorchada hasta su casa, sus sirvientes no me recibirán con el fuego y la sal. Pero antaño existía la tradición, que la mayoría de la gente no recuerda, de que un romano entregaba las llaves de la casa a su esposa, como símbolo de que ella estaba ahora a cargo de sus asuntos domésticos.

—¿Y? —preguntó Verónica con curiosidad, mientras miraba con desconfianza la horrible reliquia que sostenía en la palma de la mano.

—Esa es la llave de la alacena de Vespasiano —contestó Caenis. Verónica se la devolvió como si le quemara en la mano.

□ □ □

El hecho de vivir juntos apenas mereció la atención pública. Vespasiano tuvo razón. Como había hecho todo lo que requería la sociedad, ésta adoptó una posición comprensiva cuando hizo aquello que —en teoría— debía ser condenado. Además, casi desde el primer día su relación fue vista por todos de la misma manera que la veían ellos: vivían de la única manera posible. No hubo escándalo y sólo unas pocas confrontaciones. Vespasiano disfrutaba de una reputación tal que un acto de excentricidad fortaleció su posición. Roma, ligada por mil y un edictos y normas, admiraba a un hombre que tenía la confianza necesaria para defender sus propias ideas en cuanto a sus asuntos personales.

Vespasiano continuaba viviendo con discreción en su retiro campestre, cosa que ayudaba. Mantenía su casa en Roma, porque un senador consular debía aparecer de vez en cuando, a menos que quisiera recibir una reprimenda del emperador, o algo peor. Pero pasaba todo el tiempo posible en Reate, y esto convenía a todo el mundo. Su nombramiento provincial seguía postergado. Nadie le dijo que la demora se debía a la enemistad de Agripina, pero él había sacado obvias conclusiones. Se había convertido más que nunca en alguien que no contaba, cosa que no parecía importarle mucho. Tenía la ambición necesaria para desear el cargo, pero temía los gastos que le acarrearía.

La madre del emperador disfrutó en un breve período de una influencia sin precedentes, pero causó tal escándalo al asumir unos poderes casi equiparables a los de Nerón, y por sus reprobables apariciones públicas como su consorte que, un año después de su ascenso al trono, Nerón estuvo en posición de insistir en que ella abandonara el complejo principal del palacio y se fuera a vivir a la Casa de Livia. Esto dio a Nerón la libertad de entregarse a sus aficiones artísticas, a los placeres sexuales con conquistas masculinas y femeninas, a los banquetes que duraban un día entero, a los espectáculos de gladiadores, y a una política bastante humana inspirada por sus mentores: el filósofo Séneca y Burro, el comandante pretoriano.

El presunto incesto con Agripina era cosa pasada. Finalmente, su enfado por el empalagoso amor materno y su tremenda ambición llegó a un punto en el que, de acuerdo con la larga tradición claudiana, él decidió librarse de ella. El exilio a una pequeña isla parecía insuficiente; ya la habían exiliado anteriormente, y había demostrado que era capaz de sobrevivir y regresar con más ínfulas que antes. Al principio, él la atormentó con demandas judiciales y la animó a que se tomara vacaciones. Dedicó cuatro años a estas trapisondas mientras reunía el coraje para un ataque más serio. Entonces, mientras Agripina se encontraba en la gran villa marítima de Antonia, en Bauli, él se las apañó para liquidarla, aunque no sin antes pasar por una ridícula serie de intentos frustrados. Probó de envenenarla (ella se protegía tomando antídotos), de ahogarla (cuando la galera en que viajaba se fue a pique en la bahía de Nápoles, ella nadó hasta la costa), y de aplastarla haciendo que se cayera un

falso techo (alguien le avisó de la colocación de la trampa). En consecuencia, abandonó las sutilezas. Acabó con ella ensartándola con la espada: una más de las nietas de Antonia eliminada violentamente. Pero a Nerón le costó más de lo que creía librarse de la acusación de matricidio.

Libre de los celos de Agripina, Vespasiano volvió a pasar más tiempo en Roma, y en su momento —aunque no inmediatamente— le dieron su provincia. Tal como le había prometido Narciso hacía mucho tiempo sería el gobernador de África.

—Por supuesto, estarás desconsolada, Caenis —la consoló Verónica—. Pero piensa que podrás tomarte un descanso mientras él viaja por aquellos lugares ardientes. ¿Dejará que vivas en su casa mientras él está fuera? —Lo dijo con mucho tacto, porque sabía muy bien que la casa de Caenis era mucho más elegante y cómoda.

—Me voy a África con él.

Incluso Verónica, que conocía mucho de la naturaleza humana y de la vida, se mostró disgustada.

—¡Vaya! Asegúrate de dejar todo en orden en tu casa, e insiste en que ese miserable te pague el pasaje.

—No es necesario. Como parte de la casa del gobernador, el coste de mi transporte a África será sufragado, con la típica mala voluntad, por la tesorería del Imperio. Figuro como uno de los baúles de viaje del gobernador.

—Realmente sabes comportarte como una tonta cuando se trata de un hombre —le dijo Verónica con toda franqueza.

Las vidas de Caenis y Vespasiano estaban inextricablemente unidas cuando llegaron a África. Su asociación doméstica duraba ya algunos años y su relación demostraba una sólida permanencia. Vivían juntos, al mismo ritmo, con el mismo estilo, compartiendo los mismos debates y el mismo humor, estrechamente unidos en cuerpo y alma. Se convirtieron en una unidad, satisfechos el uno con el otro y ambos con la vida.

Del gobierno de Vespasiano en África se recordaron después tres cosas: primero, a pesar de las oportunidades de enriquecimiento, Vespasiano regresó a casa con la misma fortuna con que se había marchado; de hecho, agotó su crédito y mantuvo su cuenta bancaria a flote con algunos escarceos comerciales, sobre todo en la venta de pescado fresco. Segundo, se reconoció a regañadientes que ejerció su mandato con dignidad y justicia. Tercero, el único incidente desagradable registrado ocurrió cuando la gente de Hadrumetum hizo una manifestación y le arrojaron nabos.

Lo que no se registró —quizá sencillamente porque no era digno— fue que el gobernador de África maldijo el ardiente temperamento de la gente de Hadrumetum, pero se las apañó para recoger un par de nabos. Se los llevó a casa y se los entregó a Caenis con una sonrisa de buen humor. Caenis, imperturbable, los echó en el caldo,

que el gobernador se tomó con mucho gusto, sobre todo porque no había tenido que pagar por ellos.



Nada es para siempre.

Habían disfrutado catorce años de Claudio; y después hubo que soportar catorce años a Nerón. Durante la mayor parte de este reinado, Caenis vivió con Vespasiano. Aunque en términos políticos el tiempo se les hizo interminable a aquellos que no disfrutaban del beneplácito del emperador, para ella fue como un soplo.

Llevaban casi una década de plácida vida doméstica, lo que equivale a decir mucho tiempo. Más de lo que muchos matrimonios duraban antes de que intervinieran la muerte o el divorcio; era mucho más de lo que mucha gente podía esperar que duraran las cosas.

Entonces, cuando Vespasiano tenía cincuenta y siete años —tarde para que cualquier hombre se embarcara en una nueva fase de su vida— cometió el error de acompañar a Nerón en su célebre gira por Grecia. Era una gira musical. Nerón había dejado de escuchar las advertencias de sus amigos en el sentido de que sus apariciones en los escenarios y las arenas, ya fuese como cantante o conductor de cuadrigas, ofenderían profundamente a la opinión pública. Ahora se veía a sí mismo como un artista; nadie se atrevía a criticarle abiertamente, mientras los aduladores le estimulaban en sus fugas de la realidad.

Vespasiano era culto. Siempre sabía qué espectáculos se ofrecían en Roma, porque le gustaba que Caenis fuera a verlos. En su propia casa se le veía detenerse en el atrio, a veces hasta diez minutos, si oía a alguien cantar, aunque eso ocurría porque la persona que cantaba en la casa de Vespasiano era Caenis. No se prendaba del sonido de la lira, pero detestaba la mala interpretación. Por lo tanto, marchar en una larga gira por el extranjero con Nerón fue un error.

Tito fue con ellos a Grecia. Por aquel entonces, Tito tenía veintiséis años y *odiaba* la gira con la frustración de un hombre que tiene buen oído, y que sabe tocar bien, aunque a diferencia del emperador nunca soñara con interpretar en un escenario público.

Antes de que ellos marcharan a África, Tito se había incorporado al ejército de Germania como tribuno. Vespasiano siempre mantuvo la esperanza de que su hijo cumpliera su servicio militar en Britania, y si era posible en la Segunda Augusta, su antigua legión, o si no, en la Novena Hispana que estaba al mando de Petilio Cerialis, el marido de Flavia, su difunta hija. Tal como resultaron las cosas, todos se sintieron

aliviados de que Tito comenzara en Germania. En la Britania Oriental, en la provincia llamada Flavia Cesariense, se habían cometido una serie de atrocidades administrativas, a las cuales Vespasiano describió con una breve frase que Caenis prefirió entender como un término militar (probablemente la había aprendido en el ejército pero adivinó que no se trataba de una de las habituales expresiones militares a la hora de dar órdenes). Finalmente, la reina de los icenos, enfurecida porque habían desposeído de sus tierras a sus caciques, porque también la habían desposeído a ella de la legítima herencia de su marido y por la violación de sus dos hijas adolescentes a manos de los matones de un funcionario de finanzas romano, arrasó la provincia en una feroz rebelión. La magnitud y el salvajismo del alzamiento fueron aterradores. Por un momento, pareció que Britania estaba completamente perdida. Tres importantes ciudades fueron reducidas a cenizas, miles de colonos perdieron la vida, y la Novena Hispana fue víctima de una emboscada tan mortífera que sólo Cerialis y un puñado de tropas de caballería consiguieron escapar con vida.

Tito asumió el mando de los destacamentos germánicos que fueron enviados para reforzar las diezmas legiones britanas durante el período de recuperación. Se hizo popular en Britania. Él y su padre mantuvieron una muy interesante correspondencia sobre el tema del Imperio y el gobierno provincial.

En las fechas en que todos marcharon a Grecia, Tito ya había servido como cuestor y había entrado formalmente en el Senado. Se había casado dos veces, enviudado una y divorciado otra; tenía una hija de meses, Julia. Había estado ejerciendo la abogacía, más para hacerse un nombre en Roma que por sus habilidades como orador. Su hermano, Domiciano, estaba a punto de cumplir los dieciséis; durante el viaje a Grecia, él permaneció en la escuela.

Por su parte, Vespasiano se había convertido en un estadista maduro, respetado por sus glorias militares, pero aún con la desventaja de su irredento origen campesino. A su hermano, Sabino, se le consideraba en Roma como una figura de más envidia. Sabino había sido gobernador de Moesia durante siete años (aunque Moesia no era precisamente la provincia más conocida del Imperio) y prefecto de la ciudad, un cargo de mucha importancia en Roma, para el que lo acababan de reelegir. Su esposa había muerto. Su desaparición produjo una profunda pena en Caenis. Ella y Vespasiano seguían viviendo discretamente. Eran tiempos oscuros, que recordaban el breve y terrible reinado de Calígula, pero mucho más duraderos. Nerón, bajo la guía de Séneca y Burro, había comenzado como un buen gobernante, pero ahora los había mandado asesinar. Dispuesto a nuevas extravagancias, intentó primero estrangular a su joven e inocente esposa, Octavia; después se divorció y acabó por hacerla ejecutar. Se casó con Popea, su bellísima amante, y a continuación la mató a puntapiés, quizá por accidente, cuando estaba embarazada.

«¡Uno de esos pequeños errores que cualquiera puede cometer! —gimió

Vespasiano—. ¡Menudo monstruito sanguinario! Chiquilla, ¿ha habido alguna vez alguna familia más extravagante respecto a la vida de otras personas?».

Todavía les esperaban cosas peores. Cuando Claudia Antonia, la hermana mayor de Octavia, rehusó ocupar el lugar de Popea como esposa, Nerón la acusó de rebelión y también la hizo ejecutar. De esta manera, Caenis perdió a todos aquellos con quienes se sentía obligada como familiares de su patrona, Antonia. Los Flavios eran ahora su familia en todos los sentidos.

Un terrible incendio asoló Roma. Le echaron la culpa a Nerón, aunque muy pocos se atrevieron a manifestar la acusación abiertamente. Vespasiano y Caenis estaban en el campo; a su regreso, encontraron que después de un incendio de seis días con sus respectivas noches, el centro antiguo de la ciudad, incluidos muchos monumentos sagrados, estaba calcinado mientras que habían sufrido grandes daños casi todos los distritos. El primer foco había comenzado cerca del Circo Máximo, en los alrededores del Palatino y en las colinas Celianas, y a continuación se inició otro al norte del Capitolio. Negocios, mansiones, bloques de apartamentos modestos y templos resultaron destruidos, además de parte del palacio. Allí no quedaba nada excepto escombros y cenizas. El incendio se había detenido al pie del Esquilino. La mansión de Vespasiano en el Quirinal estaba a salvo; también la casa de Caenis, pasada la Puerta Nomentana.

—¡Esa casa que tienes podría ser una gran inversión, con tanta gente desamparada! —comentó Vespasiano en un tono festivo.

Caenis sonrió. Nunca discutía con nadie lo que podía hacer o no con su casa. Vespasiano podría haberle pedido que la vendiera, pero no lo había hecho ni siquiera cuando se convirtió en suministrador de mulas Sabinas para financiar su carrera pública.

Ahora se preguntaba si había algo particularmente risueño en su mirada, aunque no era fácil saberlo, porque a menudo su rostro se iluminaba con una dulce expresión cuando interrumpía lo que estaba haciendo para mirarla. Se había convertido en un hábito; ella ya no se preocupaba por el motivo, sencillamente lo aceptaba como un regalo inesperado de la fortuna.

Deprimidos por la destrucción de Roma, regresaron al campo. Por lo tanto se perdieron, y no lo lamentaron en absoluto, las represalias de Nerón contra los cristianos, a los que escogió como responsables de provocar el incendio. Sabino, que todavía era el prefecto de la ciudad, sí fue testigo; las masacres en el circo de Nerón en el campo del Vaticano, los hombres y las mujeres despedazados por las bestias salvajes, las teas humanas que ardían toda la noche en los jardines del palacio. Oyó los gritos, olió la pez y la carne humana quemada. Poseía la capacidad de los Flavios para los fuertes sentimientos personales. Dijo muy poco, pero se sintió profundamente afectado.

La reconstrucción de Roma ordenada por Nerón ejemplificaba las contradicciones de su reinado. Se trazaron los nuevos planos de la ciudad con los monumentos restaurados, mientras las nuevas ordenanzas de construcción especificaban las medidas que debían adoptar los propietarios particulares para protegerse del fuego. Las medidas eran sensatas. El trazado de las calles era elegante (aunque todo el mundo lo detestaba). Gran parte del coste fue sufragado por el emperador.

Al mismo tiempo, fue la oportunidad para que Nerón construyera su nuevo e inmenso complejo palaciego que llamó la Casa Dorada. Incluía granjas enteras, viñedos y un inmenso lago, todo en el centro de Roma. En la práctica, su nueva residencia abarcaba la totalidad del corazón de la ciudad. En los terrenos había una columnata con una longitud de un tercio de milla. En el interior había un comedor giratorio, y otras salas públicas y privadas de una magnificencia asombrosa. La decoración incluía algunos de los frescos mejor pintados de toda la historia, con delicados dibujos de flores, faunos, querubines, guirnaldas y celosías, creadas por meticulosos artistas con los colores más frescos, e incluso en pasillos con techos tan altos que resultaba imposible ver los pequeños detalles a simple vista. Había vestíbulos de mármol, techos de marfil labrado, abundancia de pan de oro, e increíbles incrustaciones de piedras preciosas. Delante de la opulenta entrada, el Foro aparecía dominado por el Coloso, una estatua del emperador con una corona que simulaba los rayos del sol, que tenía una altura de ciento veinte pies. El coste total del palacio sería enorme, y a lo indignante del despilfarro se sumaba el agravio de que para crear este fenómeno, Nerón había desposeído a muchos otros propietarios, que ya habían perdido su propiedad en el fuego; su cólera contribuyó en gran medida a la caída. Cuando acabó de crear esta flagrante afrenta a la austera tradición romana, proclamó que al fin comenzaría a vivir.

Vespasiano comentó que lo bueno de la Casa Dorada era que resultaba algo tan impresionante que te hacía olvidar la mala calidad de la comida y la duración de los banquetes públicos, que a veces se prolongaban desde el mediodía hasta la noche. También (esto lo dijo Caenis) dejabas de preocuparte por saber cuál de las pócimas de la envenenadora Lucusta podía haberte echado el emperador en la copa.

Este emperador no estaba loco como lo había estado Calígula. Era extravagante, vicioso, obseso, asesino y vanidoso. Pero Nerón estaba muy cuerdo. Caenis le juzgaba peor precisamente por eso: no tenía la excusa de las alucinaciones o la demencia.

Fue dos años después del incendio cuando su interés por las carreras de cuadrigas y los concursos de canto llevó a Nerón a Grecia. Mantenía que los griegos eran los únicos que podían apreciar su voz; lo que confirmó la mala opinión que tenían muchos romanos de los griegos. Después de un intento fracasado de organizar una visita, que canceló por algún capricho, llegó finalmente para realizar una gira por las

principales ciudades que patrocinaban eventos musicales. De hecho, también visitó aquellas donde no se habían organizado concursos para aquel año, lo cual obligó a que se adelantaran los concursos para acomodar sus apariciones por muchos inconvenientes que planteara al calendario artístico.

En el momento de regresar a casa había coleccionado más de un millar de coronas de la victoria, incluida una por una carrera de cuadrigas en la que había volcado y ni siquiera llegó a la meta. Nerón se acostumbró tanto a anunciar sus propias victorias que incluso se inscribió en una competición para heraldos que, desde luego, ganó. Los jueces griegos demostraron una profunda comprensión hacia los requerimientos imperiales. El emperador hacía lo que podía. Se sometía a un riguroso programa de entrenamiento profesional. Se acostaba con pesos en el pecho para fortalecer la voz. Cumplía con todas las reglas de la etiqueta, sufría tremendos ataques de pánico escénico y esperaba el veredicto de los jueces con expresión solemne y la cabeza gacha aunque todo el mundo ya sabía cuál sería el fallo. Aquéllos que le acompañaban también entraron en el juego, si es que pretendían evitar estrictas penas. Todo el que tenía cierto rango debía asistir a los recitales del emperador, y cuando se presentaban se les prohibía marcharse hasta el final. Entre el público había espías, no sólo para comprobar quiénes estaban presentes, sino para ver si disfrutaban con la actuación. Caenis lo soportaba mejor que la mayoría; aparte de tener un rostro bien entrenado, conversaba con los espías sobre su trabajo. Otros no estaban tan bien adaptados para la supervivencia. Arrestaron a muchos que intentaban escapar de los estadios descolgándose por la pared de atrás. Las mujeres daban a luz. La gente moría; había quien *se hacía pasar* por muerto para conseguir el alivio de que lo sacaran.

En consecuencia, fue una verdadera desgracia cuando un destacado miembro del séquito imperial demostró una clara renuencia a aplaudir. Algunas veces, en las funciones privadas, abandonaba su asiento y se marchaba de la sala. Había ocasiones en las que ni siquiera aparecía. Incluso en Italia ya había tenido problemas cuando comenzó a cabecear en uno de los primeros recitales de Nerón, y sólo le salvó de una reprimenda el tremendo codazo que le propinó una liberta sentada a su lado.

Pero la naturaleza acaba siempre por imponerse. Y en uno de los interminables y aburridísimos recitales públicos de Nerón en Grecia, Vespasiano se quedó profundamente dormido.



Vespasiano fue expulsado de la corte. Tuvieron que huir a las colinas. Como Tito dijo después, resultó una manera drástica de conseguir un buen bronceado con vistas a una estancia en el desierto. De hecho la situación era gravísima y Vespasiano estaba muy intranquilo. En caso de que albergase alguna duda de lo que podía suceder, Nerón acababa de llamar al gran general Corbulo al mando de las legiones de Armenia, y le había saludado cuando desembarcó en Grecia con la sugerencia de que en vista de que le iban a ejecutar quizá prefiriera suicidarse. Aquella era la recompensa por tener demasiado éxito.

Enfrentado a la rabieta de un arpista, Vespasiano había tratado de contenerse, pero después de su caída en desgracia hubo unas cuantas escenas grandiosas ante la puerta de la sala de audiencias, que culminaron con un Vespasiano nervioso gritándole a un arrogante chambelán: «¿Qué puedo hacer? ¿A dónde iré?».

«¡Oh, váyase al Hades!», le respondió el chambelán. Ya bastantes problemas tenía arreglando esta gira como para tener que soportar encima a ridículos ex cónsules que enfurecían al músico imperial con sus deplorables modales. Vespasiano descartó el Hades; decidió llevarse a la familia de vacaciones lo que, en su opinión, venía a ser más o menos lo mismo. Consciente de que su tendencia a quedarse dormido había puesto en peligro su vida —y de que también podía perjudicar a su hijo— se llevó a Caenis y a Tito a una remota aldea de las montañas. Sin embargo, la aldea tampoco era tan remota como para estar fuera del alcance de la corte en el caso de que alguien necesitara que volviera.

□ □ □

Disfrutaron de unas maravillosas vacaciones, aunque Vespasiano se despertaba cada día esperando una orden de Nerón para que se suicidara. Tito era el que más sufría y comenzó a tener leves ataques de frustración a la hora del desayuno.

—¡Ah, Grecia! ¡Sus monumentos son fabulosos, pero sus aldeas de montaña son aburridísimas! Tendrías que haber estado con él, Caenis. Nunca se duerme si sabe que tú estás vigilándole desde las filas de arriba. Para empezar, no deja de darse la vuelta para guiñarte un ojo.

Caenis escuchó por un momento el sonido de los cencerros de las cabras, las incansables cigarras, los esporádicos silbidos de los pastores en la distancia, y más

cerca, el alegre cacareo de las gallinas.

—¡Tito, soy una amante de la música! Fue un peligroso fiasco y no estoy muy segura de haber podido contener mi temperamento ante nadie, incluido el tonto de tu padre. Afortunadamente, aquel poco habitual dolor de cabeza me obligó a permanecer en mi cuarto.

Tito sonrió contento.

—Yo sabía que no estaba seguro. Recuerdo que cuando me dio por el arpa me dijo que a partir de aquel momento yo era el único responsable de mi vida, y, por cierto, no quiero ver nunca más un plátano de aceitunas verdes. Son muy duras.

—Te acabo de servir unas pocas, cariño; cómetelas y calla. Vespasiano, tu hijo se burla de ti.

Vespasiano, que estaba leyendo una carta, gruñó.

Tito continuó con el tema aunque con un poco más de cautela.

—Padre, nunca he entendido del todo por qué viniste de gira. Estaba muy claro que se trataba de un capricho imperial. Podríamos habernos jugado a los dados si Nerón te ofendió mortalmente, o tú a él.

Esta vez, Vespasiano resolló.

—Participaba de la vida pública —se mofó Caenis.

—¿Durmiéndose? —Tito soltó la carcajada—. Me voy a dar un paseo. Otro más.

No había mucho más que hacer.

—Dame un beso —le pidió Caenis.

Tito estaba a punto de levantarse del diván, cuando estalló una súbita conmoción en el exterior. Antes de que nadie pudiera moverse, a través de la puerta que daba a la terraza, entró un buey que había roto el yugo para huir espantado. Un cuerno tumbó una lámpara de mesa que se estrelló contra el suelo con un sonido la mar de desagradable. Caenis, a quien no le gustaban los animales ni siquiera en el sitio correcto, ni pestañeó. El buey quitó el polvo de un estante con la borla peluda de la cola.

La habitación era pequeña; el buey, enorme. Los sirvientes que esperaban para limpiar los restos del desayuno escaparon. Caenis advirtió que incluso Tito tragaba saliva. Vespasiano miró por encima de la carta; el buey resopló para después babear amenazante, al tiempo que los frenéticos cascos rascaban el suelo enlozado.

—¡Hola, muchacho! —le saludó Vespasiano—. ¿Te has perdido?

—Oh, amor mío —le reprendió Caenis—. Ojalá no invitaras a tus amigos a desayunar.

El buey dio otro paso adelante; ella cogió una cuchara, el único implemento que tenía a mano. Se preguntó si pegándole fuerte en el hocico conseguiría que se marchara. Oyeron las voces distantes y asustadas de los labradores del campo griego que habían perdido a su enfurecido pero valioso animal.

—Cariño mío —le murmuró Caenis a Vespasiano seductoramente—, dinos qué debemos hacer.

—Lo estoy pensando —musitó él—. La logística es difícil.

—¡Bueno, tú eres el campesino! —replicó Caenis, tajante.

—La pobre criatura está asustada —manifestó Tito, comprensivo.

—Yo estoy asustada —dijo Caenis—, y vivo aquí, así que tengo preferencia. Me gustaría ir a mi cuarto y dedicarme a mi costura, así que a ver qué hacéis vosotros, que sois los expertos, para resolver este asunto.

—Nunca te he visto dedicarte a la costura —comentó Vespasiano sorprendido, y después continuó hablando amablemente con el buey.

Los labradores de los campos griegos espiaban espantados desde más allá de la puerta destrozada. El buey llenaba la habitación. No quedaba espacio para hacerle girar. Los labradores de los campos lamentaban haber venido a mirar.

—¡Fuera! —le gruñó Caenis enfadada al buey—. Vete a casa.

Entonces el buey, quizás encantado con la calidad de la respuesta flaviana, avanzó de pronto hacia Vespasiano, agachó la enorme cabeza e hincó una rodilla en tierra como si estuviese muy cansado.

La charla de los labradores de los campos se transformó en un murmullo de asombro. Incluso Caenis y Tito parecieron impresionados.

—Tienes que reconocérselo —comentó Tito—. Por ser el hijo de un recaudador de impuestos sabe cómo hacer que una enorme y maldita bestia caiga rendida a sus pies.

Sacar a un buey retrocediendo de una pequeña habitación requiere una gran habilidad. Era una habilidad que los propietarios del buey fugado sólo poseían parcialmente. Los dos Flavios les dieron una cuerda y les ofrecieron muchos y buenos consejos basados en las tácticas militares y la matemática superior. Cuando todos se marcharon, ya era mediodía y la habitación estaba destrozada.

Por fin, Vespasiano se permitió declarar:

—Por todos los dioses, creo que hemos salido de este asunto bastante bien.

—Por lo menos, tendremos algo que contarle a Domiciano en la próxima carta —comentó Tito, tendido de espaldas sobre un banco—. Ahora, si a nadie le molesta, voy a desmayarme.

—El buey es un símbolo de potencia, ya sabes. —Vespasiano le guiñó un ojo, a sabiendas de que Caenis se enfadaría.

—Vives como un paria en la cumbre de una montaña, comiendo fruta —se mofó Caenis—. La única cosa potente que hay por aquí es el olor a estiércol. Dime, ¿por qué desayunar con los Flavios acaba siempre por destrozarte los nervios?

Como el buey se había marchado a su cuadra y ella todavía empuñaba la cuchara, le tocó a Vespasiano recibir el cucharetazo.



Poco después del incidente, le volvieron a llamar de la corte. Conocedor de las opiniones de Caenis respecto al desayuno, esperó a decírselo durante la comida.

—Iré contigo —afirmó ella en el acto.

—Ni hablar. Si esto significa que Nerón ha encontrado el método adecuado para ejecutar a un hombre que ronca con sus canciones, yo calculo que será una muerte lenta a base de música de gaitas, o ahogado dentro de un órgano de agua, tendré que soportarlo. ¡Pero ningún usurpador Claudiano con el cerebro en el culo le pondrá las manos encima a mi familia!

—Legalmente no soy de tu familia —comentó Caenis en voz baja.

Vespasiano soltaba tacos como todo el mundo, pero se contenía en su presencia porque los Sabinos tenían fama de ser muy chapados a la antigua, y, en todas las culturas, ser chapado a la antigua significa negarle cualquier diversión a las mujeres, pero esta vez no vaciló.

—¡Que le den por el culo a la ley!

De todas maneras, Caenis le acompañó.

Se salvó de que le ahorcaran con una cuerda de lira.



Se encontraron alojados en una mansión; les invitaron a cenar con el emperador; el chambelán les saludó rezumando cordialidad. Vespasiano fue recibido por Nerón con grandes halagos, buenos deseos, y todas las muestras posibles de amistad. Vespasiano había soñado que su familia comenzaría a prosperar el día que Nerón perdiera un diente; al llegar al palacio se cruzaron con el dentista de Nerón que llevaba una muela en una pequeña bandeja de plata. Después de cenar le llamaron a una conferencia con el emperador y sus principales consejeros, los que fueran en aquel momento. Al salir, le habían ofrecido un nuevo cargo. Se lo comunicó a Caenis en el acto, y ella comprendió lo que significaba.

Regresaron a la villa en completo silencio. A pesar de la hora, Vespasiano envió un mensaje a Tito para que volviera cuanto antes. Durante todo el trayecto, él le había sujetado la mano con fuerza. Entraron en una habitación para sentarse. La casa que Nerón había puesto a su servicio pertenecía a un anciano millonario que casi nunca la usaba. El mobiliario era de estilo romano, pero estaba llena de artefactos griegos. En todos los cuartos había aparadores que se venían abajo por el peso de boles y jarros de figuras negras, bronces y estatuillas de arcilla. Había tapices colgados en las paredes. Los dioses de mármol compartían el comedor con una mesa que tenía quinientos años de antigüedad donde servían la comida. Era como vivir en una galería de arte. Incluso las mantas colocadas sobre divanes con patas de marfil no estaban allí para comodidad del usuario sino en exposición. Caenis lo encontraba

repugnante.

Vespasiano cogió una silla; ella se sentó en el filo de un diván. Este cambio en el orden habitual era típico de la informalidad en que siempre habían vivido. Uno de sus propios esclavos, al presentir una discusión que iría para largo, les sirvió vino aromatizado con resina, sin que nadie se lo pidiera. Durante un buen rato no probaron el vino. En cuanto estuvieron solos, Caenis deseó que Vespasiano se acercara pero comprendió que él quería mantener la distancia para mirarla. Fiel al entrenamiento, su rostro reflejó poca cosa.

Se había producido una grave rebelión en Judea. A Vespasiano le habían ofrecido la provincia, además del mando de un gran ejército, y el permiso para llevarse a Tito como parte de la plana mayor. Era en parte, como le dijo a Caenis en el acto, un reconocimiento de su talento militar, pero sobre todo porque carecía de peso para significar una amenaza política, si le confiaban el mando de un ejército importante. El nombramiento sería por el período habitual de tres años. Caenis intentó recordar lo que sabía de Judea. Se trataba de otra provincia revoltosa en el extremo más apartado del Imperio, a la que Roma veía con curiosidad y recelo. En una ocasión, Calígula había provocado una crisis cuando ideó un plan para destruir el Templo de Jerusalén; un plan que afortunadamente nunca se llevó a cabo. La casa gobernante vivía inmersa en rencillas domésticas, pero había sido atraída a la égida de Roma durante el reinado de Augusto. Caenis había conocido al difunto rey, Herodes Agripa, amigo personal de los emperadores Calígula y Claudio, y que había ayudado a convencer a Claudio para que aceptara el trono. Antonia le había invitado a la Casa de Livia, y fue su amiga y defensora hasta el final. Judea estaba ahora gobernada por su hijo, que había sido colocado en el trono por Claudio. Los recientes disturbios eran producto de una creciente ola de nacionalismo, agravada por la sucesión de oficiales romanos, la actitud de los cuales había ayudado muy poco. Cestio Gallo, entonces gobernador de Siria, había llevado sus tropas para aplacar la revuelta, pero las habían puesto en fuga con una considerable pérdida de equipamientos, la captura de un águila y una cantidad de bajas que pasaba de la raya. La guerra era inevitable. Nerón temía que la guerra en Judea fuera un mal presagio para el resto del Imperio; por lo tanto, había decidido tragarse el orgullo musical. Después de ejecutar a Domicio Corbulo, el más grande general de la época, por tener demasiado éxito, Nerón había caído en la cuenta de que Vespasiano era el único hombre que le quedaba capaz de asumir los problemas de Judea.

Caenis y Vespasiano consideraron la oferta de Nerón con tranquilidad. Después de una década de compartir la rutina cotidiana, sus patrones de pensamiento eran tan similares, su sensibilidad tan aguda, que necesitaban de muy pocas palabras para sumergirse —o salir— de lo que para otros sería un interminable debate.

Vespasiano, sin apartar la mirada ni por un segundo, preguntó cortésmente:

—Si quieres que decline, ¿me lo dirás, por favor?

—¿Quieres una excusa para no ir?

Un pregunta ridícula, planteada sin gracia. A los cincuenta y siete años, algunos hombres renunciaban a nuevas empresas; otros agradecían tener otra oportunidad. Vespasiano estaba impaciente. Quería demostrarles a todos lo que podía hacer un hombre sencillo con sentido común y capacitado para la administración. Aceptaría esta oportunidad quizás incluso con más entusiasmo que en sus años mozos, porque ahora era más sosegado y tenía más confianza en sí mismo.

—Puedo decir que soy un viejo.

—Les mentirías.

—Caenis, quiero saber lo que piensas. —Hizo una pausa—. No puedo llevarte conmigo. No puedes estar en una zona de guerra.

Ella lo comprendía. Lo había estado pensando durante todo el trayecto de regreso a la casa.

—No. Sería peligroso e inútil.

—Muy cierto. Además, no podría verte. Tendría que dejarte encerrada en alguna fortaleza a millas del combate. Te aburrirías y yo estaría ansioso. No podríamos estar nunca juntos.

El hecho de que él llegara a considerarlo era un agradable cumplido. Caenis se apresuró a contestarle.

—Lo sé. No tengo miedo de ir contigo. —Él rió afectuoso y ella le correspondió con una sonrisa—. Pero me quedaré en Roma. Necesitas a alguien que cuide de las cosas en casa. Debes ir. Aparte del hecho de que lo deseas —añadió envarada—, he invertido demasiado en tu carrera como para dejar de apoyarte ahora.

Él hizo una breve pausa antes de preguntar con voz ronca:

—¿Te molesta?

—Sí.

—A mí también. Ya lo sabes, niña.

Cruzaron una mirada muy larga, aunque él no hizo ningún intento de acercarse. Ella deseaba hacerlo, pero tenía miedo de perder el control. Esta noche, por primera vez, no pensaba en sí misma como una muchacha. Notaba el efecto de cada uno de los años pasados en los ojos cansados, en la debilidad de los huesos, en el cerebro dominado por el pánico. Vespasiano mostraba una grave preocupación que a ella le dolía más que la indiferencia.

□ □ □

Al cabo de un rato se bebieron el vino poco a poco. Caenis se fue a la cama. Él no la siguió. Tenía muy claro que ella agradecería estar a solas para acomodarse a la necesidad de ser valiente. Y ya tenía demasiadas cosas en qué pensar. No podía permitirse ayudarla.

Vio muy poco a Vespasiano y a Tito en los días siguientes. Trabajaban sin parar, nombraban a sus oficiales, estudiaban mapas, leían el montón de documentos y despachos que comenzaron a recibir en cuanto se hizo el anuncio oficial de sus nombramientos. Tito tendría que ir por mar a Egipto para recoger a la Decimoquinta Legión de Alejandría. Vespasiano iría por tierra después de cruzar el Helesponto, para una primera toma de contacto con el gobernador de Siria.

Caenis estaba interesada en el tema, y ellos no intentaron excluirla. No obstante, Vespasiano y Tito ya habían creado un estrecho vínculo para acometer una empresa que ella sólo podría contemplar desde lejos. En cuanto se marcharan de Grecia, llevarían una vida de acción, improvisación y cambio. Caenis se enfrentaba a tres años de incógnitas, a enterarse de las noticias de forma selectiva y mucho después de que ocurrieran. Decidió que, después de que ellos se marchasen, viajaría sola por Grecia antes de regresar a Italia; nunca le había dado miedo estar sola. Lo que no significaba que ahora no se sintiera sola. Incluso el cumpleaños de Vespasiano pasó sin demasiadas ceremonias.

La última noche estuvo sentada con Vespasiano y Tito hasta que oscureció, mientras ellos continuaban trabajando. Después se fue a la cama. Oyó que Tito iba a su habitación, quizá con más ruido del habitual. Él le dio las buenas noches en voz baja cuando pasó por delante de su puerta. La casa que odiaba quedó en silencio. Caenis estaba en la cama. Había intentado leer, porque no conseguía conciliar el sueño, pero el pergamino estaba ahora a medio desenrollar en una mesa. Narciso le hubiese dicho algo al respecto. La llamada en su puerta fue tan suave que todavía se preguntaba si la había oído cuando entró Vespasiano.

—¿Puedo? Vi la luz encendida. Me alegro de que estés despierta.

Entró y se sentó en la cama. Las sombras proyectadas por la cimbreada llama se movieron por unos segundos en la pared. Parecía cansado, alicaído, pero era obvio que deseaba hablar con ella.

—Ya está hecho todo el trabajo. Estaba decidido a acabarlo para tener la mente despejada. ¿Creías que te había olvidado?

—No —mintió Caenis. Él captó los restos de resentimiento, y sus ojos brillaron por un instante. Su autocompasión se esfumó en el acto.

—Acabo de tener una nueva experiencia —comentó Vespasiano, sonriente—. ¡Acabo de recibir unos cuantos consejos paternales de mi hijo!

Caenis sentía un profundo cariño por Tito, y él le correspondía. Al comprender que habían discutido, frunció el entrecejo.

—¿Qué ha pasado?

—Dijo que tendría que olvidarme del trabajo y mandarte llamar. —Ella se miró las manos cruzadas—. El chico es tonto —añadió Vespasiano.

Además de un temperamento atractivo, Tito poseía una mente inquisitiva, una

memoria fenomenal, menos ingenio pero probablemente más cultura que su crítico papá. Era leal, generoso, discreto y animoso; en suma, un joven encantador. Y no era ningún tonto.

Tampoco lo era el padre.

—Antonia Caenis, no ordené llamarte; nunca lo hice y nunca lo haré. Tú has venido por propia voluntad. No eres una chica a la que se pueda llamar por la tarde, usarla, pagarle y después hasta la próxima graciosa llamada de un viejo. Además —bajó la voz—, una de dos: o no tiene imaginación o le falta experiencia para saberlo. —Ella le miró con el corazón agitado. Vespasiano la sedujo con la mirada—. ¡Es mucho más divertido intentar persuadirte para que me invites a estar aquí contigo!

Caenis le recibió entre sus brazos con un grito de alivio.

□ □ □

Ambos eran mayores, y mucho más lentos, pero algunas cosas resultaban mejores precisamente por eso.

Después permanecieron despiertos gran parte de la noche. Las luces estaban apagadas. Yacían juntos, y quietos, sin querer perturbar al otro, aunque conscientes, por la firmeza del abrazo y la cautela de los ocasionales movimientos, de que ambos estaban despiertos. Al cabo de muchas horas, cuando Caenis aliviaba la presión sobre su brazo, Vespasiano se decidió a hablar.

—¡Bien, mi señora!

—¡Bien, mi general!

Los labios de Vespasiano rozaron su frente mientras ella pronunciaba su nuevo título.

—Volveré. Como siempre. Lo prometo.

Ella enterró el rostro en el ángulo de su cuello, pasando la mano suavemente por el conocido contorno del pecho, el hombro y el poderoso brazo. Fue entonces cuando él dijo:

—Nunca te di las gracias por aquel salchichón; el del desfile por el triunfo de Britania.

Caenis se había olvidado completamente de aquello.

—¡Oh, Tito! Me sentí tan feliz al verte aquel día...

Él permaneció en silencio durante tanto tiempo que la invadió la ansiedad.

—Aquel fue un día muy extraño, niña. Tenía la impresión de que no era yo. —La abrazó con más fuerza, y luego confesó bruscamente—: Aquella noche deseé muchísimo estar contigo.

Caenis sintió que se había entrometido involuntariamente en una angustia particular. Él estaba decidido a contárselo.

—Me marché del banquete en el Capitolio y permanecí mucho rato en la columnata diciéndome que debía volver. Hubiera estado bien —declaró— estar

contigo; después del triunfo.

Caenis soltó un apagado gemido de angustia, horrorizada al recordar que, en aquel momento, había malinterpretado lo que él sentía, y agradecida de haberlo hecho. De saberlo entonces hubiese resultado insoportable; incluso resultaba difícil de soportar ahora. Él aflojó un poco la presión del abrazo, porque la conocía tanto que comprendió, incluso antes de que ella comenzara a moverse, que Caenis quería besarle.

Ella lo hizo a la vez que intentaba olvidar que él había querido hacerla llorar. Mientras le besaba, oyó el suave gemido de placer, que era el mismo de cuando eran jóvenes. Supuso que debía ser un halago, pero incluso si era así, el hecho de que él considerara que valía la pena halagarla le entibió el corazón. Había algo especial en besar a Vespasiano en la oscuridad, cuando todo el resto de la casa les creía sensatamente dormidos. Una cosa llevó convenientemente a la otra, una caricia exigió otras hasta que, riéndose, ambos admitieron lo que habían estado deseando desde el principio, y con la misma ternura pero con la clara y urgente pasión de dos personas que se separan por un tiempo desesperantemente largo, se acercaron más que nunca y, una vez más, hicieron el amor.

□ □ □

—Quizás éste no es el momento de preguntar...

—Chiquilla, siempre estoy dispuesto —dijo Vespasiano, cortésmente (aunque ella tenía razón; no era un momento fácil)— para charlar contigo.

—¿Qué hiciste con el salchichón?

—Me lo comí —respondió él, después de una fugaz pausa—. ¿Qué esperabas?

—¿*En la calle*, señor? —quiso saber Caenis, como ya lo había querido saber aquella vez.

Y Vespasiano respondió, como había hecho la primera vez:

—¡En la calle!

Un general de cuatro bastones con todos los honores triunfales y la dignidad que le conferían sus casi sesenta años; parecía imposible que cambiara alguna vez.



SEXTA PARTE



EL AÑO DE LOS CUATRO EMPERADORES

Cuando los césares fueron Nerón, Galba, Otón, Vitelio... y su sucesor

Después de pasar el invierno en Grecia, Caenis dedicó la primavera a viajar sola por el norte, atravesando Dalmacia hasta Istria. Cuando ya no le quedaba nada más por ver, regresó a Roma.

Durante ese tiempo, Vespasiano llegó a Antioquía, la principal ciudad del Imperio Oriental, donde mantuvo su primera cita con el nuevo gobernador de Siria, Licinio Muciano (a quien describió en una carta a Caenis como un grano en el culo, al que habían enviado allí no tanto como recompensa sino como un castigo) y a su aliado, el rey Agripa de Judea (a éste, Vespasiano lo calificó sin remilgos como un tipo astuto, presumido y trepador). Después marchó con las legiones Quinta y Décima en dirección sur, hacia Tolemaida, que estaba un poco al norte del monte Carmelo, sobre la costa. Allí se le unió Tito, que venía de Egipto con la Decimoquinta. La campaña comenzó en Galilea, fuertemente fortificada por los rebeldes; después de un asalto sin complicaciones a Gabara, Vespasiano atacó Jotapata, una fortaleza natural al borde de un precipicio donde se habían atrincherado un gran número de tropas. Capturó Jotapata en julio.

Era un soldado nato. Más por lo que le contaba Tito que por cualquier manifestación del propio Vespasiano, Caenis supo que él estaba dotado de los poderes de análisis y de organización que necesitaba para conseguir aquello que le encomendaban. Sus cualidades florecían en el ejército, donde a nadie le importaba quiénes habían sido los antepasados de un hombre siempre que diera la talla. Él era el líder ideal para la brillante maquinaria bélica romana. La acción le enardecía; ponía todo su empeño e inteligencia en la campaña; siempre accesible a los soldados, siempre consciente de su humor. Su carácter práctico le convertía en uno de ellos; su competencia hacía de él un general del que se sentían orgullosos. Quedaba bien claro cómo irían las cosas en Palestina.

Caenis viajó a Italia por mar. Cruzó el país, y se detuvo en la finca de Vespasiano en Reate. Fue al regresar a la casa de él en Roma cuando tuvo lugar el famoso incidente con Domiciano. Él había cumplido los dieciocho años. Caenis comprendía su enfado ante el hecho de que a su hermano le hubieran dispensado un trato especial en el asunto de Judea; la estrecha colaboración entre Vespasiano y Tito era algo imposible de ocultar. Caenis y Domiciano nunca se cayeron bien, pero ella le saludó con algo más de la cortesía habitual y, aunque siempre le ofreció la mejilla para

recibir su beso, Domiciano, en un gesto adusto, le tendió la mano. Caenis se la estrechó sin decir palabra. Nunca había exigido de otras personas el trato que le daba Vespasiano. Nunca se quejó. Sin embargo, se lo tuvo en cuenta; y Domiciano sería criticado por los historiadores.

□ □ □

Al final de su primer año, Vespasiano había pacificado la mayor parte de Galilea. En Gamala, mientras los romanos intentaban romper las defensas enemigas, llevado por el entusiasmo avanzó tanto que se encontró atrapado, con sólo un puñado de hombres, en el centro de la ciudadela; tuvieron que retroceder, luchando encarnizadamente por cada palmo de terreno hasta alcanzar la protección de un muro de escudos enganchados. Desde luego, cuando Caenis se enteró de la noticia se dio perfecta cuenta de que se había hecho vieja. «¡Que no te entre el pánico! —le escribió él alegremente—. ¡Toma un buen desayuno y *tranquilízate!*». Caenis se tomó el desayuno y se comió la mitad del almuerzo, después le entró pánico y se puso enferma. A estas alturas también había descubierto que él había sufrido una herida de flecha en un pie durante el ataque a Jotapata; esto no la reanimó.

Capturó Gamala en octubre. Vespasiano se retiró con dos legiones a pasar el invierno; después viajó con Tito tierra adentro, a Cesarea Filipa, para disfrutar de tres semanas de banquetes y sacrificios por las victorias conseguidas. Caenis le echaba de menos cada vez más, porque los días grises y el mal tiempo parecían aumentar la quietud de su casa de Roma y la frialdad de su cama. Las cartas llegaban de forma irregular debido a la suspensión de las travesías marítimas, aunque al menos cuando las recibía podía haber más de una. Sola en Roma, recibía menos invitaciones, y perdió el interés por el teatro porque no podía ir con él. Deseaba saber que él pasaba el invierno en Cesarea donde el clima era agradable y el rey Agripa —que tenía vínculos familiares tan estrechos con Antonia— aparentemente se mostraba la mar de hospitalario. A pesar de la sensata discusión mantenida con Vespasiano en Grecia, ella hubiera soportado con placer un verano sola en Siria a cambio de poder estar ahora algún tiempo con él. Anhelaba más que nunca estar allí. Poco a poco se fue dando cuenta de que Vespasiano y Tito no la necesitaban tanto. Eran agasajados por el rey Agripa por todo lo alto. Parte del entretenimiento incluía a su radiante hermana, Berenice. La reina Berenice de Judea era de rancio linaje, valiente, rica y admirada en todo el Imperio como la mujer más hermosa de la época. Tenía cuarenta años, pero se encontraba en la plenitud de su belleza. Caenis debía rondar los sesenta, y nunca había sido bonita. «Maldita sea», le reprochó a su espejo amablemente. Por supuesto, Caenis confiaba en él.

□ □ □

No parecía haber cambios en el tono de las cartas de Vespasiano. Siempre eran

más anecdóticas que sentimentales (omitió cualquier anécdota sobre la reina Berenice). Al final siempre mencionaba lo mucho que echaba de menos a Caenis; la afirmación se hizo tan rutinaria como su sello oficial. Utilizaba su correspondencia como un hombre que pone en orden sus pensamientos. Resumió para ella la fuerte posición romana en Galilea, y sus propósitos de tomar Judea, Idumea y Perea la primavera siguiente, antes del gran esfuerzo que haría falta para sitiar Jerusalén; la captura de Jerusalén sería la perla de su campaña. Cuando los judíos no estaban peleando contra Roma, lo hacían entre sí; Vespasiano se preguntaba por qué no se acababan nunca las disputas por míseras extensiones de tierra desértica. Quizá se habían habituado tanto a luchar contra el sol y el viento, las langostas y la hambruna, que les daba lo mismo luchar también entre ellos. En cambio, los que vivían en regiones fértiles agradecían la paz.

De pronto, una vez, como si fuera por accidente, comenzó una carta escribiendo: «Oh, Caenis, amor mío...». Nunca lo había hecho antes. En el resto de la carta parecía más cansado de lo habitual, pero eso no era excusa. Entonces lo supo: no se podía confiar en nadie.

«¡Maldita sea!», exclamó Caenis, con mucha menos amabilidad. Recordó a Antonia diciendo que perder a los hombres a manos de otras mujeres nunca tenía importancia, pero perderlos a manos de la política era definitivo. La hija de Marco Antonio no tendría que haber hablado tanto, pensó su liberto, mientras se imaginaba a otro brillantísimo general romano haciendo el tonto con otra bellísima reina extranjera. Caenis intentó enviarle una carta muy digna, en la que se limitaba a responder sus preguntas sobre cosas ocurridas en Roma, Galia e Hispania. Fue un error estúpido añadir al final lo mucho que le echaba de menos. Fue un error, pero al percibirlo no lo borró. Consideraba que él le debía al menos aceptar por una vez la verdad, incluso a sabiendas (porque siempre había sido una mujer astuta) de que no era el momento más oportuno y de que muy probablemente esa declaración les distanciaría. Todas las cartas posteriores las dirigió sencillamente a Antonia Caenis, con aquella formalidad chapada a la antigua que utilizaba normalmente en sus misivas. Ella observó que se mostraba más chistoso. No pudo decidir si eso era bueno o malo. Supuso que era sentimiento de culpa.

□ □ □

Para cualquier persona interesada en los acontecimientos políticos, cuya atención no estuviera dominada por la situación en Palestina, lo que ocurría aquella primavera en Roma, Galia e Hispania era fascinante. Los catorce años de reinado de Nerón habían alcanzado claramente su convulsa decadencia. Después de más de un siglo de Imperio, y de ejecutar a los suyos, la familia Julia-Claudiana había acabado con todos sus miembros. La única hija de Nerón había muerto en la infancia. No había ningún heredero alternativo. Roma estaba al borde de un cataclismo decisivo, en el cual esta

vez se vería involucrado todo el Imperio.

La opinión general era que el letargo y la corrupción del Senado, los intereses particulares de los nobles de segunda fila, la truculencia de la plebe y la decadencia generalizada de los valores tradicionales hacían imposible el retorno a la república. Quizás el Imperio era ahora demasiado grande. Necesitaba una administración estable, libre de los constantes cambios electorales, mientras algo en el carácter romano buscaba de una manera positiva una figura que le guiara. No hacía falta mucha imaginación para ver que la próxima disputa por el trono sería algo más que el asesinato de un inoportuno pariente o la supresión de un testamento desfavorable.

Vespasiano le sugirió a Caenis que debían escribirse utilizando su viejo código. Descubrió que él le había dejado la clave a uno de sus secretarios. El hecho de que él hubiera guardado su copia durante tantos años parecía extrañamente alentador. Que él la dejara a mano sencillamente resultaba peculiar.

Primero hubo una rebelión en la Galia. Fue dirigida por un hombre llamado Julio Vindex, pero fue sofocada por el gobernador de la Alta Germania que tenía a su disposición un ejército de guardias fronterizos. El continuo empeoramiento de la situación en la Galia, junto con los disparatados rumores que circulaban por Roma sobre la gira griega de Nerón, provocaron el envío desde Roma de gran cantidad de frenéticos mensajes, hasta que el emperador decidió arrastrarse por fin de vuelta a Italia para exhibir sus trofeos y su bonito manto griego bordado con estrellas doradas.

Vindex no era en sí mismo un problema mayor. Su más atrevida ofensa personal, una que los Flavios adoraban, a juicio de Nerón, fue que en un despacho abierto al Senado acusaba al emperador de ser un pésimo músico. Pero su revuelta era importante porque revelaba el malestar generalizado que había en las provincias, y constituía un anuncio de cómo las legiones destinadas a las fronteras más remotas iban a tomar en sus manos la cuestión de quién las dirigía. El peligro no era ahora la ambición personal de cualquier general, como Roma había supuesto de Julio César en adelante, sino la animosa decisión de todo el ejército romano. El movimiento que vio la luz primero en la Galia se extendería por todo el Imperio, y ganaría impulso en puestos fronterizos tan apartados como los de Moesia, en el Mar Negro, Egipto, Hispania, los Balcanes y Britania. Las cuatro legiones de Siria y las otras tres de Judea también tendrían algo que decir. Lo que esta pugna iba a demostrar de una vez por todas era que se podía encontrar a un emperador aceptable fuera de la tradicional familia Claudia, que sería creado por el ejército, y, por añadidura, creado fuera de Roma.

Vindex se rebeló en marzo. En abril ya había un candidato mucho más importante: Sulpicio Galba, perteneciente a la aristocracia de la más rancia estirpe. Primero declaró su apoyo a Vindex, en contra de Nerón, pero a continuación fue proclamado emperador por sus tropas en Hispania. Después de conseguir la lealtad de

la guardia pretoriana, cosa que dejó indefenso a Nerón, inició la larga y triunfal marcha para reclamar la posesión formal de su cargo en Roma.

En mayo, Caenis vio interrumpido su desayuno por un incidente extraordinario. Nerón se encontraba ante las puertas de la casa de Vespasiano con el carro sagrado de Júpiter, que había sacado del majestuoso templo de Júpiter en el Capitolio.

La respuesta pública del emperador a la situación en las provincias se limitó a convocar a los principales ciudadanos de Roma para que presenciaran una demostración de un nuevo modelo de órgano de agua, ilustrada con una conferencia dada por él mismo sobre los diversos modelos, un tema en el que no tenía rivales. (A Caenis seguían sin gustarle). Ahora, su vana compostura parecía haberse resquebrajado. Aquí estaba él, con el pelo impecablemente peinado en una doble hilera de rizos, con aspecto de no saber qué se esperaba que hiciera a continuación.

Caenis tampoco tenía la menor idea, aunque supuso que, como dama de un general, debía procurar ser amable. Medio dormida y en pleno desayuno, hizo una pausa para ponerse a tono. Aglaus le susurró discretamente que Nerón había soñado la noche anterior que debía traer el carro sagrado hasta aquí. Caenis, que todavía deseaba que los desayunos en casa de los Flavio no fueran tan movidos, observó al emperador con expresión hosca. Tenía treinta y un años y el aspecto de un hombre que no llegaría a los treinta y dos. Como biznieto de Antonia, esta ruina humana podía ser considerada como su patrón; ambos sabían que ella nunca había reconocido esa obligación.

Sin que viniera a cuento y de forma un tanto ridícula recordó el amable saludo de Vespasiano al buey intruso: «¡Hola, muchacho! ¿Te has perdido?».

—Bienvenido —dijo en cambio. Se estaba dirigiendo al imperial carretero con toda la dulzura de que era capaz a una hora de la mañana en que no estaba en sus mejores momentos—. ¡La casa de Flavio Vespasiano carece de los establos adecuados para un vehículo tan opulento como éste! Él lamentará muchísimo no haber estado en casa. —Nerón mantenía la misma expresión incierta—. ¿Puedo sugerir, César —añadió Caenis en tono confidencial—, una rápida vuelta alrededor del Circo Máximo para después regresar directamente al templo y darle las gracias a Júpiter por el préstamo? ¡A menos, claro está, que los dioses sugieran otra cosa!

Caenis se sintió un tanto sorprendida al ver que Nerón asentía sumiso.

—No creo —le comentó cautelosamente a Aglaus, mientras contemplaban la marcha del visitante— que debamos excitar al señor con esta tontería.

—¡Oh, señora! ¡Es precisamente la clase de historias que al señor le encantan!

—Exacto —replicó Caenis—. Creerá que es algo simbólico, y se preocupará intentado desentrañar el significado.

En junio, Nerón se asustó ante el avance de Galba. Estaba metido en graves problemas; el Senado le había declarado enemigo público. Escapó a la villa

suburbana de su liberto Phaon donde, después de algunas vacilaciones y unas cuantas poses teatrales, se suicidó en el momento que los soldados venían al galope para liquidarlo. Les suplicó a sus sirvientes que no permitieran que su cadáver fuera mutilado, y después uno de sus libertos le ayudó a apuñalarse en la garganta. Su funeral se celebró en la tumba de los Domicios en la colina Pinciana y de su arreglo se encargó Acté, la ex esclava que él había amado en su juventud, que le había sido fiel a lo largo de tres matrimonios e innumerables asuntos amorosos. Acté, la que una vez le habían descrito a Caenis como una amante recomendable para un emperador, porque era una muchacha común que no tenía rencores contra nadie.

En Judea, la muerte del emperador obligó a Vespasiano a suspender la campaña mientras esperaba que el nuevo gobernante confirmara o no su nombramiento como comandante. Un líder judío llamado Simón, hijo de Gioras, aprovechó esta inesperada pausa para ocupar la parte de Judea e Idumea que Vespasiano ya había sometido antes, con lo cual habría que volver a hacerlo de nuevo. Vespasiano protestó irritado. Galba se tomó su tiempo para confirmar el nombramiento de Vespasiano. Aunque ambos eran viejos soldados, Galba era un aristócrata, un homosexual y un hombre que había gobernado la Hispania Tarraconense durante ocho años bajo el principio (que reconocía abiertamente) de hacer lo menos posible, así nadie podría acusarle de nada. Galba y Vespasiano no tenían nada en común. Galba era de esa clase de personas a las que más despreciaba. Galba cometió uno o dos errores graves. El peor, quizá, fue no darles a los gobernadores de Siria y Judea algo que los mantuviera muy ocupados.

El año siguiente fue el que la gente llamó el Año de los Cuatro emperadores.



Después, Caenis oyó en una ocasión a su liberto Aglaus ofrecer su versión favorita de aquella tumultuosa sucesión de acontecimientos que harían gastar mucha tinta a los historiadores. Lo hacía como un actor al que había visto una vez interpretar una versión de cuatro minutos de *La Eneida*. Asombró al público porque parecía que no faltaba nada. Era magnífico. Había tenido ganas de reír y de llorar ante aquel ultraje, pero no había tiempo para ninguna de las dos cosas mientras los bien conocidos episodios pasaban volando en su brillante y animado resumen. Lo más asombroso era que se podía reconocer claramente todo lo que se había incluido, y olvidarse de lo que se había dejado fuera.

Aglaus estaba hablando con Julia, la hija de Tito. Julia era una niña muy despierta, aunque Caenis prefería a Flavia, la nieta mayor de Vespasiano, la huérfana de su hija. Flavia era una joven discreta y sensata, favorita de Sabino, con cuyo nieto estaba prometida. Flavia nunca buscaría los comentarios de un liberto sobre el Año de los Cuatro emperadores; abordaba el tema cautelosamente con Caenis, pero en público guardaba silencio. De toda la familia, era Flavia la que mejor representaba el estricto sentido de la moralidad y el deber de su abuelo.

No ocurría lo mismo con la chispeante Julia.

—¡Cuéntame el cuento del Año de los Cuatro emperadores!

—No, no, niña, es una historia muy vieja.

—¡Es divertida, cuéntamela!

—Bueno, de acuerdo. Recuerdo bien —comenzó Aglaus— el Año de los Cuatro emperadores. Lo recuerdo por dos razones. La primera, que nunca dejó de ser excitante. Además, fue el año en que mi señora me dio la libertad. A mí me pareció entonces que algo no iba bien, ya me había dicho que lo ponía en el testamento, así que supuse que estaba enferma; alguna de esas enfermedades secretas de las mujeres que no quería mencionar; ella ya estaba en esa edad; no le quitaba el ojo de encima. Por su aspecto, ya me veía teniendo que supervisar a la enfermera y enterrarla... ¡Así que un liberto! Me sentía muy bien y fatal al mismo tiempo.

Hubo una pausa mientras narrador y oyente se acomodaban mejor antes de entrar en materia.

—¡Sigue, sigue! ¡Empieza con el año!

—¡Vaya año! El Año de los Cuatro emperadores. Suena muy organizado. Uno

detrás de otro, trompa con cola, como los elefantes. No tuvimos tanta suerte. El caos total. Escucha: Nerón acabó por matarse en junio del año anterior...

—¡Pon sus ojos!

Aglaus alteró su voz hasta hacerla vibrar de terror.

—Cuando los centuriones entraron en la villa de Phaton dispuestos a capturarlo vivo, Nerón por fin encontró el valor para apuñalarse al grito de: «¡Aquí muere un artista!». ¡Murió con los ojos vidriosos y salidos de las órbitas y todos los presentes se horrorizaron!

Julia chilló alegremente y Aglaus continuó el relato con su voz normal.

—¡Listo! El canto final de Nerón; *entra Galba*. Tan viejo que tiene miedo de caerse muerto por la excitación: se apresura a designar a Calpurnio Piso como su sucesor; cinco días más tarde, el joven Piso es asesinado; el viejo Galba es asesinado: *entra Otón*. Otón es el pobre tonto a quien habían casado con Popea para tapar el adulterio de Nerón, y después lo enviaron a Lusitania mientras Nerón acababa por casarse con ella de todas maneras; ¡Lusitania es perfecta si te gustan *mucho* las sardinas! Otón dura de enero a abril. Entonces, Vitelio decide que las legiones de Germania necesitan estirar las piernas. Inician la marcha hacia Roma. Ya la hemos liado: la guerra civil. A Otón se le acaba el valor, no hace otra cosa que llamar a su peluquero para no pensar en otras cosas. Bonito pelo, pero muy poca cosa debajo.

Julia se desternillaba de risa; el pelo de Otón era un chiste; sólo era una magnífica peluca.

—Vitelio aplasta las legiones de Otón en Bedriacum. Otón se mata como está mandado. *Entra Vitelio*.

Se refería a Aulo Vitelio, uno de los hijos de Lucio Vitelio que fue una vez cliente de Antonia, amigo íntimo y leal partidario de Claudio, y a su vez mecenas de Vespasiano. Pero Aulo el hijo tenía otras lealtades; primero consigo mismo.

—Las legiones germánicas entran en Roma. Roma cree que lo mejor es darles la bienvenida; tienen fama de tipos duros. Vitelio aguanta de abril a diciembre, no está mal para un borracho que a duras penas se aguantaba erguido en el trono. Y traicionero como el que más. Tu tío abuelo Sabino viviría hoy si aquel cabrón de Vitelio hubiese aceptado los pulgares abajo el uno de julio. ¿Y ahora, qué? Las legiones de Moesia (*¿dónde demonios está Moesia?*, nos preguntamos todos excepto Sabino, que había vivido allí) deciden que les toca elegir a un César. Les dan una paliza a los mensajeros de Vitelio, les desgarran las banderas, les roban el dinero, y después, con los ojos tapados, señalan un nombre de la lista para poner debajo de sus águilas de plata. ¿Y a quién escoge Moesia? *Nosotros* lo sabemos, Julia, ¿verdad?

□ □ □

Julia se tronchaba.

Caenis ya lo sabía en marzo. Ya había anticipado lo que ocurriría, igual que Tito.

En muchos aspectos fue el propio Tito quien decidió los acontecimientos. Esperaban la llegada de Tito; se daba por hecho que venía a interceder ante Galba por el todavía no confirmado nombramiento de su padre. Nunca llegó. Caenis estaba en la habitación que los sirvientes habían abierto y ventilado para él, con su carta en la mano, en la que le decía con muchísima cautela que había decidido no venir. Siempre cortés, aunque no le daba ninguna explicación. Ella adivinó que todavía había algo que él no tenía claro. Se inclinó para alisar la colcha de la cama recién hecha, mientras en su mente cancelaba todos los preparativos y planes. En medio de tanto silencio, comprendió que no se trataba solamente de desilusionar al carnicero y al pescadero, de quitar de la ventana el tiesto de flores y guardar las almohadas en el armario de la ropa blanca. Sintió un escalofrío al pensar que a causa de lo que estaba haciendo ahora, Tito quizá no podría regresar a Roma nunca más.

En realidad, ya había emprendido el viaje de regreso; esto empeoraba las cosas. Había escrito la carta en Grecia. Al ver que en marzo Galba aún no había enviado las órdenes a Judea, y con la campaña a punto de comenzar, Vespasiano envió a Tito de regreso a Roma, para que hincara la rodilla en obediencia y solicitara formalmente el nombramiento, de forma que los Flavios pudieran atacar y conquistar Jerusalén tal como querían. Era lo único que deseaban, por mucho que después dijeran lo contrario la multitud de rumores que circularían por Roma. De hecho, cuando Tito se hizo a la mar, Galba ya llevaba dos meses muerto. Había tenido problemas con el ejército, porque les había prometido un botín que muy pronto quedó claro que no pensaba pagar. Los destacamentos militares, sobre todo aquellos de la Alta Germania que originalmente ayudaron a sofocar la rebelión de Vindex, rehusaron prestar el juramento de fidelidad del día de Año Nuevo a un miserable elegido en Hispania, y pidieron a la guardia pretoriana que designara a otro emperador que fuese aceptado por todos. Galba había adoptado a Piso precisamente para quitarle hierro a esta demanda. En cambio encolerizó a Otón, que había sido el más importante partidario de Galba y que, como era lógico suponer, esperaba recibir el privilegio de la adopción imperial. De aquí, el cambio de posición de Otón. De aquí, el asesinato de Galba. De aquí, que el joven Tito se encontrara de pronto navegando con un extraño rumbo por el Mediterráneo Oriental.

Tito llegó a Grecia, donde se encontró con los mensajeros portadores de la noticia de la muerte de Galba. Tendría que haber continuado su viaje para saludar a Otón. Su compañero, el rey Agripa, sí que fue a Roma. Tito volvió solo. Visitó Paros. Allí había un oráculo, a quien consultó en profundidad. Pasó mucho tiempo solo, sumido en sus pensamientos. Entonces, sin más, regresó con su padre.

Nada se dijo, pero desde aquel momento Caenis supo lo que estaba pasando. Aglaus, que llevaba casi veinte años con ella, vio el cambio en su rostro. Cualquiera creería, como le dijo a Julia, que su señora estaba a punto de morir.

Hay por lo menos dos maneras de ser valiente. En una emergencia, cuando fluye la adrenalina, las personas actúan con coraje porque no tienen el tiempo o la capacidad de comprender el peligro que corren. Tener coraje en una crisis repentina es relativamente fácil. Pero ser valiente durante un largo período es otro cantar. Esperar y observar, mes tras mes, mientras se acerca la inevitable tragedia, esa es la prueba. Eso exige un coraje completamente distinto.

La vida era dura. Caenis ya lo sabía. Algunas personas soportaban esta certidumbre toda su vida. Si alguna vez se atrevían a pensar de otra manera, la vida se encargaba de devolverles a la amarga realidad sin pérdida de tiempo. Como su mayordomo, Caenis recordaría el Año de los Cuatro emperadores. Lo recordaría porque fue entonces cuando la vida que compartía con Flavio Vespasiano llegó a un brusco e inesperado final.

Ella no estaba enferma. Su liberto acabó por darse cuenta. En algún momento, a comienzos del verano, a Aglaus se le ocurrió que la expresión inanimada en el rostro de su señora era, por supuesto, una que él conocía; era la clásica expresión de una vieja, cansada, sufrida y deshecha esclava.



En cuanto Tito navegó de regreso a Siria terminaron las dudas sobre lo que quería que hiciera su padre.

Él mismo puso manos a la obra inmediatamente. Tito era capaz de conseguir la amistad de las personas más inesperadas; así, con hábil diplomacia, persuadió a Licinio Muciano, el gobernador sirio, que era uno de los varios estadistas dispuestos a participar en la rebatiña, para que dejara de lado cualquier reparo que sintiera hacia Vespasiano y renunciara a una posible reclamación del poder. Los dos gobernadores provinciales se habían odiado cordialmente en el pasado. Tito consiguió acercarlos. Muciano se unió a Tito en el intento de que Vespasiano actuara.

Las tropas hispanas habían hecho a Galba. Otón era aclamado por los guardias pretorianos. El ejército germánico sostenía a Vitelio; ahora en Judea, las legiones Quinta, Décima y Decimoquinta pasaban las horas en sus campamentos sin hacer otra cosa que hablar de política. Es algo que nunca se debe permitir que hagan los soldados. No obstante, Vespasiano los mantenía sometidos a una estricta disciplina. Él no hacía ningún movimiento, y ellos tampoco. Tito y Muciano continuaron presionándole durante largas horas en la intimidad de la tienda de Vespasiano.



El reinado de Otón fue tan corto, sólo cuatro meses, que las opiniones de Vespasiano que lo calificaban de «seso de mosquito y alcahuete de Nerón», tal como le escribió a Caenis, no tardaron en ser redundantes. Cuando Aulo Vitelio cruzó la Galia para hacerse con el Imperio como un niño malcriado que reclama un juguete, Vespasiano se puso furioso. Él y sus soldados curtidos en campaña se indignaron. Vitelio, en su juventud, había sido uno de los adolescentes aristocráticos que entretenían a Tiberio en las orgías de Capri. Había participado en las carreras de cuadrigas con Calígula. Era un glotón; era un borracho. Ahora le llevaban a Roma en un extravagante triunfo, que cruzaba los ríos en barcas cubiertas de guirnaldas mientras una inmensa caravana de vividores se daban la gran vida a expensas del pueblo, dedicados a robar y aterrorizar a los campesinos. No estaba muy de acuerdo con el ideal sabino del servicio público.

Así y todo, Vespasiano no hizo nada. Después de formar a sus tres legiones para que juraran fidelidad a su nuevo emperador, Otón, cuatro meses más tarde las volvió

a formar, impertérrito, y les hizo jurar fidelidad a Vitelio. Su comportamiento en ambas ocasiones fue ejemplar. Fueron los soldados, siempre tan dicharacheros en estas ocasiones, quienes en el momento de ser llamados para jurar fidelidad permanecieron en las filas en absoluto silencio. Miraron a Vespasiano; él les devolvió la mirada. Su ánimo estaba bien claro. Todos los presentes vieron que el comandante de Judea estaba profundamente conmovido. Tampoco hizo nada. Sabía que hacerse con el poder sólo era el primer paso; conservarlo era algo muy diferente. Era de natural modesto. Escuchó los ruegos de los amigos; consideró los riesgos. Permaneció retraído, vigilante, aparentemente en calma, aunque Tito sabía, y Caenis se lo imaginaba, que su mente estaba muy activa y alerta. Muchos hombres saben cuándo actuar; unos pocos saben cuánto esperar. Vespasiano dejó que Otón y Vitelio dirimieran sus diferencias.

Otón murió bien. Emboscado en Brixellum se enteró, a pesar de los triunfos iniciales y de la mala preparación de las tropas germánicas, de que su propio ejército había sido aplastado en Bedriacum. Tomó la valiente decisión de evitar derramamientos de sangre entre sus partidarios. Después de arengar a sus oficiales y de hacer los arreglos para que escaparan, quemó la correspondencia oficial, puso en orden sus asuntos privados y a continuación se retiró a sus aposentos. Bebió un vaso de agua fría, probó las puntas de dos puñales, puso una debajo de la almohada y pasó una última noche tranquila. Se despertó con el alba y se asestó una puñalada. Recibió un funeral sin pretensiones y un monumento tan modesto que demostraba hasta qué punto se había redimido su reputación con la valentía de su muerte. Vitelio fue a mofarse del sencillo monumento de Otón; esto describía a Vitelio de cuerpo entero.

Fue en Moesia donde las tres legiones que marchaban en apoyo de Otón se enteraron de la noticia de su muerte y de que Vitelio había sido proclamado emperador por las legiones germánicas. La tomaron con los germánicos, la tomaron con Vitelio y, sin que nadie les pidiera el favor, decidieron que Moesia anunciaría un candidato. La teoría era perfecta; sólo tenían que escoger a su hombre. Las legiones estacionadas en Moesia, entre las cuales, por esas cosas del azar, estaba la Tercera Gala, un grupo de intrépidos que acababa de llegar procedente de Siria, se sentaron sensatamente con una lista de todos los gobernadores y ex cónsules mayores que fueran merecedores de su apoyo. Uno a uno fueron tachando los nombres de los inadecuados. Al final sólo quedó un nombre. Hicieron una elección democrática. La popularidad del hombre quedó inequívocamente confirmada por el resultado del comicio. Las legiones de Moesia quitaron metódicamente de sus estandartes las placas que llevaban el nombre del difunto Otón, y a continuación clavaron las del nuevo emperador que acababan de escoger.

Su nombre era: VESPASIANO

El uno de julio, Tiberio Alejandro, prefecto de Egipto, a quien Vespasiano había

escrito para sondear sus intenciones, las manifestó abiertamente. Alejandro era un caballista que había alcanzado una elevada posición: era un liberto de Antonia, y, por consiguiente, sentía una gran lealtad hacia aquéllos que habían disfrutado de su mecenazgo. Tiberio Alejandro convocó a sus legiones para que juraran fidelidad a Vespasiano como nuevo emperador.

Mientras tanto, las legiones de Moesia convencían a sus vecinos de Pannonia para que se unieran a su causa; sus vecinos de Pannonia alentaron a las legiones de Dalmacia a que hicieran lo mismo. Una a una les siguieron todas las provincias y reinos —Asia, Aquea, Capadocia y Galatia—, hasta que una media luna que abarcaba el extremo este del Mediterráneo se declaró en apoyo del emperador oriental. Hispania lo veía con simpatía; Britania también. En Judea, la mañana del tres de julio, los soldados de Vespasiano decidieron por su cuenta retirarle el trato de gobernador. Cuando salió del dormitorio, los guardias intercambiaron una mirada y le saludaron con un sonoro «¡César!», y después le desafiaron a que los arrestara.

Vespasiano habló con ellos tranquilamente, de soldado a soldado. Corrió la voz: aceptaba el nombramiento. El mismo día, sin siquiera esperar a que Tito regresara de su misión en Siria, tomó el juramento de fidelidad a sus tropas, que estaban encantadas. Caenis se enteró de que Vespasiano se había mostrado complacido, aunque un tanto asombrado.

En Roma, Vitelio censuró cualquier mención a Vespasiano. Era inútil; todo el mundo estaba enterado. Habría otra guerra civil. Si Vespasiano la perdía, él, sus dos hijos, probablemente su hermano, e incluso los hijos de su hermano, morirían. Si él moría lejos, Caenis ni siquiera podría asistir al funeral. Si sobrevivía, el resultado sería mucho peor para ella.

Creía que no había hombre mejor en el Imperio para asumir este cargo. También sabía que Vespasiano no podría permitir que una liberta compartiera su vida. Como la Acté de Nerón, como una muchacha común que no tenía rencores, quizá podría entretenerle de vez en cuando, pero sólo dentro de unos límites sexuales claramente definidos. Las mismas cualidades que una vez habían hecho que él volviera con ella, la honestidad de temperamento que le hacía ideal para el gobierno, acabarían inevitablemente por apartarlo. Vespasiano tendría que comportarse como correspondía a un emperador. Su magnífica e igualitaria asociación se rompería. Ella había recibido de la fortuna el mayor regalo que podía esperar. Lo había disfrutado durante más de una década; ahora tendría que devolverlo.

Se lo dijo a Aglaus, cuando le concedió la libertad: «He decidido que lo mejor será volver a mi casa en Vía Nomentana. Quizá quieras decírselo al arrendatario».

Aglaus sabía que ella había continuado pagando el alquiler del solar. Él mismo se había ocupado del trámite. Era algo que nunca se mencionaba, aunque Aglaus daba por hecho que Vespasiano lo sabía. Dos hombres juntos, Vespasiano y Aglaus, habían

estado de acuerdo: una mujer independiente. Ella no confiaba en su suerte, tenía toda la fe del mundo en Vespasiano, pero ninguna en la vida.

Aglaus era un excelente mayordomo; pagó la renta discretamente, sin hacer comentarios. Por lo tanto, Caenis se sorprendió, incluso cuando su nueva condición de ciudadano libre le permitía una mayor franqueza, que le respondiera sin muchos ánimos.

—Creo que preferirás explicárselo tú mismo al arrendatario.

Caenis, no por primera vez ese año, le miró con cara de pocos amigos.

Aglaus se armó de valor y se lo dijo.

—Verás, en realidad, no es necesario. El contrato lo compró alguien. A su vez, Vespasiano lo compró antes de que os marcharais a África; esa fue una de las razones por las que iba tan corto de dinero. Me lo dijo, y me pidió que te lo explicara si alguna vez le ocurría algo. ¡No creo que en aquel momento pensara en este asunto que ahora tiene entre manos! Al mismo tiempo, redactó un nuevo testamento y proveyó para ti, pero quería que tuvieras algo propio en caso de que las cosas salieran mal. La finca es tuya; hace años que es tuya. Él la compró, pero las escrituras están a tu nombre.

Caenis le miró fijamente. Por alguna razón, de pronto recordó a Mario Pomponio, el hombre con quien supuestamente iba a casarse, que también le había dejado en el testamento (como Vespasiano dijo en su momento) poco más de lo que valía un sombrero.

—Es mejor que me digas —comentó ella en tono frío— qué habéis estado haciendo tú y ese viejo miserable con mi renta.

—Una cuenta bancaria en el Foro; también a tu nombre. Te puedo dar el número. Un poco de capital para ti, dijo él. —Aglaus sonrió. Resultaba obvio que se sentía seguro porque todo lo que había hecho estaba legitimado por las órdenes del amo de la casa. Qué típico de un hombre—. No es sólo que pensara que pudiera morir primero. Me dijo que quizás algún día te cansarías...

—¡Ja! —exclamó Caenis.

Aglaus se limitó a sonreír una vez más. Parecía cansado; estaba preocupado por ella.

—Quería que estuvieras segura si te hartabas y te ibas. —Esto era precisamente lo que estaba haciendo. Hubo un doloroso silencio—. ¿Puedo preguntarte algo, señora? ¿Me has dado la libertad porque crees que mi lealtad hacia Vespasiano es mayor que mi lealtad hacia ti?

—No —contestó Caenis.

Por supuesto que sí. Porque él había sido el regalo de Narciso, había retenido a Aglaus a sabiendas de que se merecía la libertad desde hacía mucho. Ahora, con el mundo convulsionado, ella no le culpaba si quería unir su suerte a la del emperador

que admiraba; ella había decidido permitirle que eligiera. Además, ella también quería verse en libertad de actuar sin la presión de su franco sarcasmo y sus miradas ceñudas.

—¡Tú y el nuevo emperador parecéis muy unidos!

Él mostró una expresión avergonzada. Esto era algo extrañísimo en Aglaus. Pero respondió en voz baja y con una firmeza que obviamente había copiado de Vespasiano:

—El nuevo emperador y yo, señora, siempre hemos tenido un interés común.

Caenis lo dejó correr. Quizá por primera vez ella reconocía el cambio en sus posiciones. Ahora, como su patrona, buscó su sincero consejo.

—¿Estás diciendo que cometo un error?

El coraje de su liberto aumentó.

—No —replicó Aglaus con calma, porque sabía mejor que nadie su nivel de exigencia—. No puedes ser un motivo de vergüenza para él. Ambos hemos vivido en aquel palacio. Conocemos las malditas reglas. Ahora no hay lugar para nosotros con Vespasiano. Tienes razón, señora; es hora de irnos a casa.

□ □ □

Por lo tanto, una vez más, Caenis vivía sola. Cuando se trasladó, nadie pareció sospechar. Roma era un caos. Había soldados por todas partes; llenaban los campamentos, dormían en los pórticos, atestaban los vestíbulos de los templos con tiendas de campaña y braseros, se alojaban por la cara en las casas particulares; los oficiales se exhibían con escoltas innecesarias. Durante el día las calles estaban llenas de tropas auxiliares germanas y galas, una chusma vestida con pieles que curioseaban por las tiendas, molestaban a los viandantes, se peleaban por las prostitutas y tropezaban con los bordillos de las aceras. Nadaron en el río hasta que todos pillaron las fiebres y comenzó una epidemia.

Todas las noches se oía el estruendo de los saqueos. Muy pronto, la gente se marchó de las mejores mansiones después de tapiar puertas y ventanas. Había incendios un día sí y el otro también. Marcharse de la casa de un hombre prominente parecía una sabia medida. De hecho, Aglaus pidió acompañarla. Dado que Caenis tenía claro ahora que él creía que cumplía con una misión, no se opuso. Por supuesto, él estaba equivocado. Caenis sabía cuidar de sí misma.

□ □ □

Hicieron falta seis meses para acabar la guerra civil; seis meses de privaciones en el campo y de terror en Roma, para conseguir que Vitelio pensara en abdicar.

Fue durante ese tiempo que Verónica cayó enferma. Ella sabía, lo mismo que Caenis, que iba a morir. Caenis fue a verla.

—¡Hola, Verónica, aquí tienes un poco de la magnífica fruta sabina!

El dolor estaba esculpido en cada línea del una vez bellísimo rostro. Le sobresalían los huesos; la carne comenzaba a hundirse. No viviría para ver la llegada de Vespasiano a Roma. Su belleza se había convertido en una ruina, arrojada con los restos de su vitalidad como la suave presencia del líquen en las piedras caídas.

—¡Oh, gracias! Te agradezco la visita. Háblame, Caenis. Hazme reír; hazme rabiar; ¡haz lo que sea para hacerme olvidar! ¡Háblame de ese terrible hombre tuyo!

Caenis había confiado en evitar una confrontación con Verónica.

—Soy una liberta —declaró sin más—. Vespasiano nunca fue mío.

Verónica lo interpretó a su manera.

—¡Ja! Estás hablando de esa muy bien equipada reina de Judea.

Al parecer, la hermosa Berenice se había apresurado a ofrecerle a Vespasiano su más generoso apoyo. «Viene muy bien ser dueña de una flota», pensó Caenis.

—¡Déjalo! —le advirtió.

Verónica soltó un bufido de desprecio.

—¿Como si fuera alguna cosa muerta que mi gato ha dejado en el suelo entre nosotras, y fingimos no verlo? La reina Berenice, la maravilla de nuestra época. No seas tonta. No le hagas caso. Quizá ni siquiera es cierto. —Cambió el tono a un murmullo confidencial—. ¿Ya viene?

Caenis rehusó cometer una indiscreción. No le costó mucho; sabía muy poco. Vespasiano apenas si le escribía. Su última y anodina carta sencillamente le decía que se encontraba bien. Y que la echaba de menos; ella lo dudaba. No la contestó. Se contentó con lo que era, a pesar de la censura, de dominio público.

—No. No viene. Generales a los que nunca hemos oído nombrar, querida, marchan sobre Italia con legiones que adoran a dioses exóticos de países que a duras penas encontramos en los mapas.

—Entonces, ¿qué está pasando?

—Por lo que he podido saber, no hay ninguna noticia de Oriente, pero Sabino me informa de lo que puede; el plan es que Vespasiano vaya a Egipto para retener los suministros de trigo para el invierno destinados a Italia. Ya comienza a escasear el pan; los especuladores parecen tenerlo claro y se aprovechan. Un general llamado Antonio Primo ha invadido el norte de Italia con todas las legiones balcánicas, mientras que un tal Muciano ha cruzado el Helesponto y se espera que en cualquier momento aparezca por sorpresa en algún lugar de la costa este. A Primo le llaman el Narigudo y tiene antecedentes criminales, aunque eso no fue óbice para que Nerón le confiara un ejército, y Muciano es un charlatán que se acuesta con cualquier cosa que se mueva, preferiblemente varón. Quizá la intención de Vespasiano sea la de parecer inmaculado por contraste con esos dos.

—¡Taimado cabrón! No sé cómo lo aguantas.

—Aquí, como ya sabes, las bestias de Vitelio están destrozando Roma y el pobre

Sabino, a quien han vuelto a elegir prefecto, se las ve negras para mantener el orden público y obedecer lealmente al hombre a quien se enfrenta su propio hermano. ¡Ridículo! Qué sabia eres, cariño mío, al quedarte en casa.

Verónica sólo la escuchaba con una oreja.

—Tu hombre lo conseguirá. Ahora lo veo claro. Esto es lo que esperaba desde el principio. Es maravilloso.

—Un cambio de opinión un poco brusco, ¿no crees, querida? —preguntó Caenis, desabrida.

—¡Yo —declaró Verónica, orgullosa— soy leal a mi emperador! —Después casi le suplicó, porque sabía muy bien la actitud que adoptaría Caenis—: Soy un trasto viejo que se pudre en un sofá raído, con los pies fríos y un cerebro moribundo, pero me reconforta pensar en ti. ¡El amor del César! Caenis, tienes que hacerlo. Se lo debes a todas las muchachas de todos los palacios, que duermen en jergones llenos de pulgas, sobre bancos de piedra de cuartuchos infectos, y que viven con la esperanza de que algún día tendrán algo mejor...

Caenis no podía soportarlo. Sus sueños juveniles de librarse de los grilletos y entrar en una sala del trono con un vestido morado y una diadema de rubíes se habían esfumado hacía años. Lo único que deseaba era compartir el día a día con un hombre cuyo rostro se alegraba cuando la veía. Por fin, le dijo la verdad a Verónica.

—Me han retirado, cariño.

—¡Nunca!

Comenzaron a discutir, que era precisamente lo que Caenis temía.

—Escucha, Verónica, él y yo hemos compartido nuestras vidas en términos de igualdad, durante más de diez años. Pocas esposas están tan unidas a sus maridos como lo he estado yo con él. ¿Cómo podría aceptar menos?

—Él te buscó la otra vez.

—Me buscó cuando era un ciudadano privado.

—Te llevó a su casa.

—Pero no hay lugar para mí en su palacio.

—Por Juno, Caenis, ¿cómo puedes ser tan estúpida? ¿Cómo puedes tomártelo con tanta calma?

—Soy realista.

—Estás loca.

De pronto, Caenis reventó. Le gritó a su amiga, a quien probablemente nunca más volvería a ver en estado lúcido, como nunca se había permitido hacerlo antes.

—¡No, no me lo tomo con calma! ¡Es la más amarga de las ironías y estoy furiosa! Una liberta; oh, por Juno, Verónica, preferiría ser su esclava; entonces al menos él podría tenerme en su casa sin cometer una ofensa pública. Esto es imposible. Una vez acepté que le había perdido; aprendí a vivir sin él. Ahora soy

demasiado vieja para tener que pasar otra vez por toda esa angustia. Estoy muy cansada. Tengo mucho miedo de cómo será no volver a tenerlo nunca más. No tengo fuerzas para afrontarlo. —Su voz asumió un tono todavía más dolido—. Espero que se quede en Oriente; espero que no vuelva nunca más. Te lo juro, prefiero que se lo quede la reina Berenice, que se casó con su tío y duerme con su hermano, que ver a Vespasiano en Roma como a un extraño.

Verónica se incorporó como pudo, apoyada en un brazo esquelético, para afirmar asombrada:

—¡Pero él te quiere!

—¡Claro que sí! —gritó Caenis a voz en cuello—. Lo sé; incluso él lo sabe. Vino a buscarme después de media vida. Yo era gorda, canosa, malhumorada y de una clase social inadecuada, pero vino. ¡Ya no puedo decir que el hombre no me quiere!

—Tú nunca fuiste gorda —murmuró su leal amiga.

Caenis continuó desahogándose sin hacerle caso.

—Así que aquí estoy, como estaba hace treinta años; sólo que peor, porque ahora sé que me quiere. Sin embargo, tengo que volver a retirarme, sabiendo lo que significa. Tendré que mirarle a la cara, su pobre y sufrida cara, mientras el buen hombre, el único hombre decente y sincero que he conocido, me dice una vez más que se va.

El silencio resonó en la casa de Verónica.

Caenis se fue a su casa.



La última vez que Caenis vio a Flavio Sabino caía un tremendo aguacero. Había sido un invierno terrible, con desastrosas inundaciones que habían assolado las zonas bajas de la ribera izquierda del Tíber. El prefecto de la ciudad entró con paso cansado en la habitación donde la lluvia sólo era un rumor más allá de las ventanas; de inmediato, ella le hizo sentar junto al brasero para que el calor le secara la ropa y le calentara los viejos huesos.

Era el mes de diciembre de aquel año lleno de acontecimientos. La semana anterior, Caenis había perdido un diente; le preocupaba hasta el extremo de que resultaba patético. Mientras ella se arrebujaba en el chal, Sabino abrió la boca y echó hacia atrás la mejilla para mostrarle que a él le faltaban media docena. Entonces ambos se rieron y comentaron sus múltiples achaques, la pérdida de apetito, la levedad del sueño. Caenis flexionó los dedos para aliviar el dolor de los nudillos, donde la piel se veía muy fina y roja, y no por los sabañones como ella decía, sino por el reumatismo.

—He venido a ver cómo estabas, niña. —Ella estaba cansada. Por las noches la despertaba el sueño de Británico y Tito—. Domiciano tendría que preocuparse de ti, pero está demasiado ocupado seduciendo a las esposas de los senadores.

Vitelio había ordenado el arresto domiciliario de Domiciano, pero él se las apañaba para actuar como un señorito imperial por toda la ciudad. A Domiciano se le había subido a la cabeza el nombramiento del padre, algo muy distinto a lo ocurrido con Tito, quien según todos los informes lo había asumido con gran sensatez. Tito sería el nuevo comandante en jefe de Judea. Le correspondería la responsabilidad del sitio de Jerusalén, aunque por ahora continuaba en Alejandría con el emperador. Domiciano estaba varado en Roma con su fastidioso tío Sabino, y sin ningún auténtico cometido público.

De momento, Vespasiano no parecía tener ninguna intención de dejar Egipto. Aun ausente, su fama crecía por momentos en Roma. Las noticias de Italia llegaban a Oriente, pero durante el invierno, Vitelio no podía conseguir información de aquella zona. El silencio aumentaba el misterio de Vespasiano. Mientras tanto, la escasez de cereales comenzaba a notarse; cuando Vespasiano llegara con las naves cargadas de trigo sería ovacionado por un pueblo hambriento.

Era mejor no recordar las luchas armadas que habían ocupado los seis meses

anteriores. La actitud indiferente de Roma a la hora de liquidar a otras razas se equiparaba con el vivo entusiasmo por derramar la sangre de sus propios ciudadanos, por enfrentar a una legión con otra, por las matanzas entre hermanos, que dominaba a Italia y a la ciudad.

—He estado pensando en ti —le dijo Caenis a Sabino—. Tu situación como prefecto de la ciudad debe ser horrible.

Era Roma la que deseaba que Sabino continuara en su puesto, y él se sentía en la obligación de hacerlo por ella. Sabino gozaba de una extraordinaria reputación, incluso superior a la de su hermano si hay que decir la verdad. Su primer período al frente del gobierno de la ciudad había sido de tres años; ahora llevaba otros ocho.

—¡Son tiempos excitantes!

A su manera, disimulaba el problema. Continuaba siendo un hombre gentil, agradable, respetado y lleno de buenas intenciones, que intentaba con desesperación reconciliar a Vitelio con lo inevitable sin más derramamientos de sangre ni disturbios en la capital.

—Hago todo lo posible. —Miró el brasero, con las manos extendidas en busca del calor. El resplandor rojizo alumbraba su preocupado rostro. Cualquier gesto, lo mismo que la sonrisa contenida, sacaba a relucir por un momento el parecido con su famoso hermano.

—Pero Sabino, ¡haces maravillas!

Por un momento Caenis había entrevisto que él era un viejo arrastrado por su reputación, un viejo asustado por la pérdida del control.

—Lo sé. Me escuchan, Caenis; bueno, confío en que lo hacen.

Lo hacían, al menos hasta ahora.

La lluvia azotaba los pequeños estores de las ventanas con largos trazos diagonales. Hablaron durante un rato de las noticias que se filtraban, sobre todo del saqueo de Cremona. En un despliegue de espectacular eficacia, Antonio Primo, el hombre de Vespasiano, había cruzado los Alpes pannonianos. Después de establecer su cuartel general en Verona, derrotó a un gran ejército de Vitelio en Bedriacum, el escenario de su victoria sobre Otón; el precio fue el desastroso sitio de la vecina Cremona que culminó con un pavoroso incendio.

—¿Es verdad? —preguntó Caenis—. Dime que no.

—No puedo mentir. Estaba hasta los topes con la feria anual. Irresistible. Antonio no ordenó el incendio; tengo su palabra. Comenzó durante el sitio. No se podía esperar que contuviera a cuarenta mil hombres que acababan de derrotar a las famosas legiones germánicas y que veían a la ciudad como una recompensa personal.

Caenis estaba furiosa.

—Asesinatos y violaciones; violaciones y asesinatos. Ancianos y niños separados violentamente, insultados y atacados; mujeres y niños violados; cuatro días de

estragos. Cuando no quedaba nada que robar, los ladrones robándose entre ellos. Después, ¡toda la ciudad quemada! Ni una sola casa en pie; sólo un solitario templo fuera de las murallas de la ciudad.

Sabino parecía inquieto.

—La guerra civil es algo brutal y amargo.

—Esto es lo que Vespasiano ha hecho.

Ante el estallido de su pasión, el hermano de Vespasiano la llamó al orden.

—¡No, no! Es lo que él evitará, niña. Vitelio es tan impopular que si mi hermano no le desafía algún otro lo hará. Tú lo sabes. El Imperio se va al garete. Estarás de acuerdo conmigo en que Vespasiano es el mejor hombre. Cuando todo esto se acabe, Vespasiano y sus hijos traerán una paz duradera.

Caenis ya se había tranquilizado apenas empezara él su discurso, pero Sabino siempre hablaba demasiado.

—De acuerdo. ¿Qué pasará ahora, Sabino?

—Nuestras tropas descansan, celebrarán los Saturnales y después marcharán sobre Roma. Estoy en contacto permanente con Vitelio; me asegura que está dispuesto a abdicar.

—¿Tú le crees?

En su inocencia, Sabino la miró asombrado por la pregunta.

—¡Debo hacerlo!

Ella no quería desilusionarle; era un buen hombre.

—Bien hecho. ¡Así que, el emperador Vespasiano! —Su tono se suavizó. Ambos comprendieron que habían llegado al tema de su visita—. Flavio Sabino, no tengas vergüenza. Comprendo lo que se debe hacer. He sido la mejor partidaria de tu hermano durante todos estos años; ¿voy ahora a manchar su reputación? Tú sabes por qué he vuelto a mi casa.

—Eres una buena amiga de los Flavios.

Se sentía incómodo. Los dos sabían lo que hubiese dicho al respecto su valiente y recta esposa. Caenis le tranquilizó dulcemente.

—Los Flavios siempre han sido buenos amigos míos.

Él lo entendió; la amante de su hermano haría lo que hiciera falta. Caenis, la ex secretaria, se comportaría como le habían enseñado, con discreción y modestia. Lo haría, además, a pesar de cualquier cosa que su hermano pudiera decir.

Flavio Sabino echó la cabeza hacia atrás y exhaló un suspiro.

—Todo esto es muy triste. —Caenis no dijo nada—. Muy triste —repitió él sombrío.

Lo decía de verdad. Pero para él, como para cualquiera que le importara lo que ocurría en Roma, lo principal era encontrar una salida satisfactoria a la confusión, y su punto culminante el momento en que el mejor hombre asumiera el mando. Era el

momento de acabar con la vulgaridad y el escándalo de los Claudios, el momento de la disciplina, el trabajo duro y la dedicación al bien público de los Flavios. El momento para que Vespasiano volviera a ser respetable.

Por lo tanto, aunque Flavio Sabino sentía honestamente que lo que iba a sucederle a Caenis era una tragedia, aunque ella le gustaba, y a su difunta esposa le había gustado todavía más, consideraba que ya había tenido lo suyo. Su tristeza era de aquellas que se deben soportar con entereza para después dejarlas de lado.

—Le sugerí —le dijo bondadosamente— que si te sentías incómoda en Roma, podrías vivir en la finca de nuestra abuela en Cosa.

Caenis contuvo el aliento.

—¿Y qué ha dicho el César al respecto?

Sabino se removió en su silla, molesto.

—Todavía no hay respuesta.

Caenis se sintió sacudida por emociones encontradas.

—¡Es su lugar favorito! —protestó finalmente.

El hermano de Vespasiano, que la conoció al mismo tiempo que Vespasiano, la miró con un rastro del sentimiento Flavio. Eran pobres, pero pagaban sus deudas. Se la proveería con la cortesía adecuada. Y Cosa estaba bastante lejos.

—Bueno, piénsalo. Estoy seguro que te lo ofreceré, si es eso lo que quieres. Por supuesto, tienes toda la razón respecto al lugar. Pero tú —reconoció el prefecto de la ciudad, inesperadamente— siempre has sido la persona favorita de mi hermano.

Recordaba el día que la habían descubierto, una jovencita delgaducha y mal encarada en medio de todos aquellos frascos y botellas de perfumes. Intentaba no recordar la expresión que había visto aquel día en el rostro de Vespasiano.

□ □ □

En los últimos días de Vitelio, Flavio Sabino continuó con los intentos por conseguir una solución negociada al conflicto antes de que los dos victoriosos generales de Vespasiano llegaran a Roma.

Antonio Primo se había encontrado con los últimos restos del ejército de campaña de Vitelio sin que se produjeran derramamientos de sangre. Se encontraron en Narnia, a sesenta millas al norte de Roma. Caenis conocía Narnia; aunque estaba sobre otra carretera, sólo había veinte millas hasta Reate. Los vitelianos habían bajado de las colinas Umbrianas para enfrentarse con Primo con los estandartes alzados y los pendones al viento, pero habían mantenido las espadas en las vainas. Desfilaron por la garganta de Narnia hasta el punto donde Primo tenía formados a sus hombres, con equipo completo de combate, a cada lado de la carretera de Roma. En silencio, el ejército Flavio se separó para después, fácilmente, cerrarse alrededor de los vitelianos hasta que los dos grupos se transformaron en uno. En muchos aspectos fue el espectáculo más conmovedor de toda la guerra.

Ahora Primo esperaba a Muciano, que se había entretenido por una rebelión de los dacios en la retaguardia, para que se uniera a él en Ocrinum. Estaban a sólo cuarenta y cinco millas de Roma, dos días de marcha normal. Roma estaba a dos días de ser saqueada por tropas romanas. Después de la destrucción de Cremona, era algo que no se podía pasar por alto.

Por fin, Vitelio aceptó abdicar. Dejó el palacio y pronunció un correcto discurso de renuncia en el Foro. Los amigos se reunieron en la casa de Flavio Sabino para felicitarle por la habilidad con que había resuelto la situación. Todo se había acabado; aparentemente.

Sin embargo, mientras intentaba marcharse del Palatino, Vitelio se encontró con barricadas en todas las carreteras. Sin saber qué hacer, regresó al palacio. Durante la noche, sus partidarios se agruparon. Los rumores del cambio se extendieron rápidamente. Como prefecto de la ciudad, Sabino ordenó que todas las tropas permanecieran acuarteladas; nadie hizo el menor caso. Enterado de que Muciano y Primo estaban tan cerca, Sabino reunió a su familia, incluido su sobrino Domiciano, y se apoderó del Capitolio dispuesto a retenerlo hasta la llegada de los generales flavios.

El Capitolio, fundado por los reyes romanos y acabado de construir durante la libertad de la República, se había salvado a lo largo de los siglos de todo lo que los bárbaros habían asaltado. Había sobrevivido al saqueo de Roma por las tribus galas. Había sobrevivido a la invasión de Lars Porsenna en tiempos tan remotos que ya nadie estaba seguro de si era historia o un mito. La ciudadela fue destruida una vez por accidente, pero nunca en guerra. Los Flavios parecían estar bastante seguros.

Fue la noche del 18 de diciembre. Llovía a cántaros. En la tremenda oscuridad nadie distinguía a amigos de enemigos: no se daban o no se oían los santos y señas. Incluso así, el cordón de tropas dispuesto por Vitelio alrededor de la ciudadela era un colador por el que pasaban los mensajeros de Sabino sin ningún problema. Pero entonces, al día siguiente, los soldados vitelianos atacaron por dos frentes; unos subieron los Cien Escalones por el Clivus Capitolino; otros, por el lado opuesto, a través de la escalera Gemina. Lo que había parecido algo casual se convirtió en desesperado. Los hombres de Sabino arrancaron las tejas de los templos para tirarlas a las cabezas de los atacantes y quitaron las estatuas para montar barricadas en las puertas. En algún momento durante la confusión, alguno de los dos bandos inició un incendio que se propagó por las casas de las laderas inferiores, y después, mientras toda Roma miraba horrorizada, las llamas se extendieron colina arriba hacia el templo de Júpiter.

El templo era el escenario de las más solemnes ceremonias religiosas de Roma. Aquí acudía el Senado para la sesión inaugural de cada año. De este templo se sacaban las estatuas de Júpiter, Juno y Minerva para llevarlas hasta la ciudad y

pasearlas en procesión durante las fiestas. A este templo acudían los generales victoriosos para depositar sus trofeos. Estaba lleno de tesoros. El techo estaba cubierto con tejas de bronce dorado, las puertas revestidas de oro y en el peristilo estaban colgados solemnes edictos grabados en antiquísimas placas de bronce. El templo había simbolizado el destino de Roma durante centenares de años. Había dado a los poetas su famoso epíteto por el Capitolio Dorado. Era el corazón del Imperio. El templo de Júpiter en la colina Capitolina de Roma era el centro del mundo civilizado. El 19 de diciembre del Año de los Cuatro emperadores el templo de Júpiter se quemó hasta los cimientos.

Muchos de los partidarios de los Flavios murieron. Domiciano se ocultó en la casa de un sepulturero, y disfrazado como un acólito de los sacerdotes de Isis escapó a través del Tíber. La madre de uno de sus amigos de escuela le dio cobijo, y fue capaz de engañar a los perseguidores cuando llegaron a su casa. Sabino se rindió; le arrastraron encadenado a la presencia de Vitelio. El emperador salió a las escaleras del palacio, al parecer dispuesto a ser clemente, pero el populacho quería sangre. Sabino murió acuchillado, le cortaron la cabeza, y su cadáver fue arrojado por la escalera Gemonia.

Se había visto metido en una posición imposible, intentando negociar con un tipo escurridizo en una ciudad ingrata. Cometió el trágico error de no entender a ninguno de los dos. A su hombre más leal, Roma le dio la muerte de un traidor.



Horrorizado, el ejército de Antonio Primo se puso en movimiento. Sin esperar más tiempo a que Muciano se uniera a ellos, marcharon por la Vía Flaminia. Recorrieron toda la distancia hasta Roma en un solo día. Los embajadores de Vitelio y del Senado fueron recibidos sin miramientos, aunque a la delegación de vírgenes vestales la trataron con cortesía. Los vitelianos que quedaban no tenían ninguna intención de ceder. En consecuencia, tres columnas de tropas flavias invadieron la ciudad. Entraron por la Vía Flaminia, a lo largo de las riberas del Tíber, y por la Puerta Colina en la Vía Salaria, a sólo unos pasos de la casa de Caenis. Mientras los ciudadanos permanecían sentados en los balcones como los espectadores en un triunfo, vitoreando primero a un grupo y después al otro, las dos fuerzas luchaban en las calle. Los flavios ganaron; con lo justo. Vitelio fue sacado de su escondrijo vestido con una bata de portero, lo mataron a palos y a continuación arrojaron su cadáver a la escalera Gemonia donde el día anterior habían arrojado a Flavio Sabino. El general Licino Muciano, delegado de Vespasiano, llegó justo a tiempo de evitar que los hombres de Primo saquearan la ciudad. Roma tembló, y acabó por serenarse.

Domiciano emergió de su escondite y se presentó a las victoriosas tropas flavias; le saludaron como César: le llevaron en triunfo hasta la casa de su padre. En conjunto, Caenis se alegró de no estar allí cuando llegó el joven exultante.

A Flavio Sabino le hicieron un funeral de estado.

□ □ □

Caenis le escribió a Vespasiano sobre su hermano. Le puso sobre aviso del choque que la destrucción del templo había causado en Roma. Le tranquilizó diciendo que su hijo menor estaba seguro. Era el 30 de diciembre: el cumpleaños de Tito; le envió sus recuerdos. Les deseó a ambos lo mejor para la dinastía Flavia.

Entonces, con inmenso cuidado, escribió sólo para Vespasiano.

He creído desde el día que te conocí que estabas llamado a grandes destinos. No puedo desearte a ti —o a Roma— nada mejor. Te he acompañado hasta donde he podido. Debes comprender que nunca en el futuro te daré motivos para lamentar el respeto y el cariño que me demostraste en el pasado. Somos, como tú dijiste una vez, lo bastante fuertes como para seguir las reglas. Conoces mi corazón, siempre lo conociste. Juntos o separados, mi amor por ti nunca cambiará.

Quizá tenías razón cuando dijiste que no deberíamos habernos amado, pero, oh, amado mío, ¡estoy tan contenta de que lo hiciéramos!

Incluso ahora, Caenis no se sentía del todo cómoda escribiendo sus propias cartas. De todas maneras, el suave rasguño de la pluma sobre el papiro tenía la resonancia de un arte que dominaba a la perfección, así que continuó hasta el final con la disciplina de la que siempre había estado tan orgullosa. Como correspondía a una secretaria, quitó la tinta sobrante de la pluma antes de dejarla a un costado.

□ □ □

En Alejandría, a mil doscientas millas de distancia, el flamante emperador de Roma agasajaba a los embajadores de Vologaeses, rey de los partos. Durante medio siglo los partos habían sido enemigos acérrimos de Roma. Ahora los partos y el nuevo emperador estaban en paz. El rey Vologaeses ofreció a Vespasiano cuarenta mil arqueros partos, una oferta que él se permitió declinar cortésmente. En Alejandría la situación era excelente. Lo celebraron con una magnífica fiesta egipcia.

Nadie advirtió que, entre el bullicio, el emperador permaneció por unos momentos inmóvil y atento, como si alguien le hubiese llamado.



Vespasiano envió por delante a las naves cargadas de trigo en febrero del año siguiente, en cuanto se abrió la navegación. Él esperó en Alejandría hasta que se confirmara el buen tiempo. Embajadas de senadores y nobles pasaron miedo y soportaron mareos al cruzar el Mediterráneo con el cielo tormentoso para granjearse su buena voluntad. Él los recibió con gravedad, ellos se sintieron impresionados. Sobre todo al verle agasajando a los temibles partos.

Tito regresó a Judea en abril. Ahora era Tito César. Después de todo, el liberto Narciso había conseguido poner en marcha su dinastía. Algunas veces, Caenis se preguntaba si Narciso lo tenía claro desde el primer día; era algo muy típico del viejo trapisondista tener un plan alternativo, por si acaso fallaba el primero.

Vespasiano le mostró a Tito la carta de Caenis. Sabía cómo reaccionaría su hijo. Le explicó brevemente a Tito algunos hechos sociales de la vida; Tito no dijo nada. Ninguno de los dos le escribió. Tito se veía incapaz de hacerlo. En cuanto a su padre, gruñó que domesticar a un buey por telepatía era fácil; a las mujeres se las dominaba mejor si tenías espacio para pasarle una cuerda alrededor de los cuernos.

«Bueno, ¡tú eres el campesino!».

Había inquietud en África, que no tenía tiempo para Vespasiano; en cierto sentido, África continuaba tirándole nabos. Hubo un brote de piratería en el Mar Negro, y uno de sus lugartenientes fue a ocuparse del asunto. Había una guerra civil en la Britania del norte. Había una grave revuelta en Germania, dominada con buena suerte y cierta osadía por Petilo Cerialis, el pariente de Vespasiano. Aunque para Caenis estos hechos pasaron como un sueño, eran acontecimientos importantes que requirieron la atención de Vespasiano.

Domiciano, a quien ella ya nunca veía, actuó como representante de su padre en Roma. Hizo un buen discurso ante el Senado, aunque las pasó moradas para conseguir la precedencia sobre Muciano, que ostentaba los poderes formales como delegado. Al principio, Domiciano se comportó con distinción, si bien se pasó de la raya durante la rebelión germánica cuando intentó involucrar a Cerialis en una conspiración; si era contra su padre o su hermano no quedó claro. Cerialis no le hizo caso. Domiciano fue degradado; se convirtió en un mecenas de las artes, una forma mucho más adecuada de perder el tiempo para el hijo menor de un emperador. Vespasiano estaba furioso con sus maniobras políticas, pero Tito (mucho más leal con

su hermano de lo que sería Domiciano con él) intercedió en su favor con su habitual diplomacia. Apaciguado, Vespasiano emprendió el viaje de regreso a casa.

Para entonces, el Senado le había otorgado en un solo paquete todos los honores y los títulos que los anteriores emperadores habían reunido uno a uno. Vespasiano no solicitó y no se le otorgó un triunfo; había una antigua regla por la cual dichos honores se reservaban para las victorias sobre los enemigos externos, no por derramar sangre romana. Habría uno. Habría el triunfo por Jerusalén; eso estaba claro. Les sería concedido a Vespasiano y a Tito juntos; a Tito por haber trabajado tanto y con tanta habilidad para llevar a su padre al trono, y que compartiría las cargas del gobierno desde el principio.

Así que venía Vespasiano.

Roma apenas si aguantaba el suspenso de la espera. Al final, las multitudes se lanzaron a la calle, algunos viajaban muchas millas para salir a su encuentro mientras él subía por el sur. Detrás quedaba la ciudad envuelta en una extraña quietud. Todas las ciudades del trayecto enloquecían a su llegada. En el campo, familias enteras se alineaban en la carretera para aplaudirle. Incluso antes de verle sabían que se había cerrado un capítulo. Al mirarle, se sorprendían al descubrir que el hombre parecía buena persona. La gente suponía que el cambio de emperador sería para bien. Caenis ya se lo había dicho hasta el cansancio: la gente no tenía ni la menor idea.

Vespasiano entró en Roma y se encontró con toda la ciudad engalanada y perfumada de incienso. Caenis dejó que toda la servidumbre fuera a presenciar su llegada, pero ella se quedó en casa. Ya no estaba Verónica para alquilar un balcón. Además, cualquier mujer de entre la muchedumbre que le tirara su almuerzo al emperador acabaría colgada en el patíbulo por la guardia pretoriana en menos que canta un gallo. Aglaus, leal hasta el último momento, le hizo compañía. Durante todo el día oyeron el distante tumulto. Estar cerca del cuartel pretoriano empeoraba las cosas. Reinaba una tremenda actividad.

Sabía que Aglaus estaba asustado por lo que ella pudiera hacer. Caenis se limitó a hacer la limpieza de primavera. A últimas horas de la tarde se presentó el inevitable chambelán. Vespasiano siempre fue considerado. Caenis tenía muy claro que habría una única y breve discusión: el bondadoso gesto de reconocimiento de su parte; la renuncia formal de la suya. El chambelán, pobre desgraciado, era el hombre que una vez, en Grecia, le había recomendado a Vespasiano que se fuera al Hades. Aglaus se divirtió un rato largo haciéndole sufrir; ella le escuchaba a través de la puerta entreabierta.

—¡Tiene que haber sido un poco duro verle aparecer con su preciosa toga púrpura! ¿Qué te dijo?

—Le pregunté qué quería que hiciera; me contestó: «¡Vete al Hades!», y sonrió.

—¡Perfecto! Disfrutarás con esa sonrisa. ¿Trabajas para él?

—Por ahora. Hoy se niega a aceptar cambios. Como puedes imaginar, eso ha causado algún revuelo. Todas aquellas sabandijas griegas con sus listas bien escritas esperando engatusarle; los echó a todos. En cualquier caso, ya estaban un poco inquietos por haber permitido a Domiciano hacerse con el palacio; todo parece indicar que el papá le ha puesto las peras a cuarto al joven señor. Lo único que *ha* hecho Vespasiano es suprimir el cacheo a los visitantes; ¡unos cuantos pretorianos sufrieron palpitaciones! Dice que quiere consultar con alguien sobre el resto. — Aglaus soltó una risa amarga; sabía perfectamente con quién consultaba Vespasiano los asuntos domésticos. El chambelán fue al grano—. Bueno, ya está bien. Llévame hasta Antonia Caenis.

—Sólo Caenis.

Acabado el cotilleo, Aglaus no estaba dispuesto a colaborar. Caenis sonrió al escuchar el cambio de tono mientras levantaba las defensas. No entraría nadie.

—Él quiere verla —insistió el chambelán.

—Se lo diré.

—Debo verla.

—Ella no te verá. Escucha; ya nos lo esperábamos. Tú tienes que decirle: «La liberta de Antonia agradece al emperador sus recuerdos, pero no es libre de venir».

El chambelán no parecía muy entusiasmado con transmitir esta retórica a un general de doce lictores y una reputación engañosa.

—¡No puedo decirle eso!

—Debes hacerlo. Siempre y cuando no le pidas dinero no te morderá. Por cierto, respecto al dinero, siempre tendrás que pedirselo, y cuando lo hagas siempre te morderá. En cuanto a esto, díselo directamente y después apártate un poco por si acaso.

—¡Oh, ella no puede!

—Sí que puede.

—¡Una mujer extraordinaria!

—Él es un hombre extraordinario.

Entonces se acabó la conversación.

□ □ □

Su liberto esperó un momento para que ella recobrarla la compostura, y después entró.

—¿Estás bien? —Ella asintió sin decir palabra—. ¿Quieres algo?

—Déjame sola.

—¡Sí, señora! —Esperó.

—¿Qué pasa, Aglaus?

—Si no me necesitas, iré a dar un paseo. Como no tenemos nada previsto, ¿te importaría si más tarde traigo a un amigo?

—Haz lo que quieras —respondió Caenis con voz apagada.

Era muy consciente de que, como su esclavo, Aglaus se había sentido libre para compartir su cocina con toda clase de deshonrosos clientes. Nunca hubo ningún problema, así que ella nunca le había parado los pies. Él le evitaba el problema de tener que darle permiso. Entonces, cuando ella le dio la libertad, se casó con una rapidez que dejó bien a las claras que se trataba de una relación consolidada; tres niños aparecieron como por arte de magia. Ella le dijo que estaba enfadada porque de haber sabido de su existencia podría haberse dedicado a malcriarlos.

Ahora Caenis le replicó enojada.

—Haz lo que quieras. Roma tiene un nuevo emperador y los ciudadanos pueden divertirse toda la noche.

Él le devolvió su acidez con una corta carcajada.

—Es divertido, ¿no, señora? —Se marchó, bastante intranquilo por dejarla sola en la casa vacía.

No se equivocaba; Caenis pretendía hacer algo.

□ □ □

En cuanto reinó el silencio, Caenis se levantó y salió de la habitación muy envarada. Siempre había detestado ser quisquillosa, pero había una rutina que a veces seguía, así que durante quizás una hora se ocupó de su persona con la misma atención que había dedicado antes a su casa. Incluso Verónica lo hubiese aprobado. La casa tenía su propio suministro de agua, así que se lavó de pies a cabeza para quitarse la mugre del trabajo del día. Se bañó dos veces; Verónica siempre había defendido la teoría de que la primera vez sólo removía la suciedad. Sin prisa, pensando en Verónica, Caenis se pasó aceite por la piel todavía elástica. Años de sentarse correctamente, y de saber estar de pie, combinados con la práctica regular de la natación, habían conservado su figura y su porte. Su vida acabó siendo mucho menos dura de lo que imaginaba. Había disfrutado de buena comida, descanso, tiempo y dinero para ocuparse de su cuerpo y de su alma. Vivió con sencillez por propia voluntad pero siempre hubo agua de rosas y aceite de almendras, y más tarde perfumes y ungüentos que eran más exóticos, más caros, más gratos de aplicar, más placenteros y delicados de usar. Los utilizó ahora, y disfrutó con la sensación del masaje en los miembros, un rostro bien cuidado pero no pegajoso o rígido por la pintura, la manicura en las manos, el pelo que olía a limpio.

En otros aspectos, incluso aspectos mejores, la vida había sido generosa. Conoció la satisfacción y la tranquilidad de espíritu. No importaba lo que pudiera pasarle ahora; nunca más sentiría aquella desgarradora frustración contra la que había luchado en su juventud. Nació esclava; se había ganado el rango de ciudadana romana. No como esclava; no como liberta; por derecho propio se había convertido en una Flavia.

De su guardarropa escogió una túnica ligera y formal que siempre la hacía sentirse bien; se la sujetó a los hombros con dos broches de piedra azul de Britania. Ni una sola joya más, ninguna en absoluto. Sostuvo el brazalete de oro en la mano. Volvió a la habitación donde la había dejado Aglaus; cuando regresara, él la iría a buscar allí. Se sentó. Era un poco como estar preparándose para tomar un dictado de Antonia. Borró de su mente cualquier pensamiento y dolor, todas las perspectivas de futuro, todas las añoranzas del pasado. Se sentía como Cleopatra privada de su Marco Antonio: Caenis, que también llevaba el nombre de Marco Antonio, esperó como Cleopatra que el último romano exultante entrara en su palacio para enfrentarse a ella. Cleopatra, vestida de un color azul que era más claro y más profundo que el de las gencianas; Cleopatra, derrotada, el día que murió.



Roma: la ciudad de la luz.

Aglaus había encontrado a su amigo en el Palatino. Ahora bajaban del viejo palacio administrativo, por el lado este del Foro hacia el Quirinal. Caminaban deprisa, porque la ciudad era un único bullicio y ésta no era la ocasión para un tranquilo paseo vespertino. No había mucha gente por los alrededores. Algunos ni se fijaron en los dos hombres; otros los miraron pensativos mientras desaparecían discretamente, en dirección a la Puerta Viminal.

Hicieron una pausa en el Foro. Habían llegado a la Vía Sacra justo al lado del redondo templo de Vesta con su pequeño techo puntiagudo y su enrejado tan característico. A su izquierda, más allá del largo lado sur del Foro, pasado el Palacio de Justicia Juliano y el enorme pórtico del templo de Saturno, se veía al fondo el Tabulario, sólido como un muelle alrededor de la base del Capitolio. Por encima, la cumbre de la colina mostraba una sorprendente alteración. Había desaparecido el resplandeciente techo del templo de Júpiter; es más, había desaparecido todo el templo. Todos los edificios que cubrían las faldas inferiores de la colina estaban ennegrecidos; algunas casas se ladeaban peligrosamente; otras habían quedado reducidas a un trozo de pared cuyos bordes serrados parecían clavarse en el cielo. Muy lejos y a la derecha junto a la cárcel, desierta e iluminada por los últimos rayos de sol, se encontraba la escalera Gemonia por donde se lanzaban los cadáveres de los traidores.

Sin decir una palabra continuaron la marcha.

Era aquella hora del crepúsculo que quitaba el aliento. A medida que se ponía el sol, siempre existía ese momento mágico en Roma cuando los bloques de toba de los edificios y del pavimento parecían reflejar su propio brillo, y desprendían una aureola de suave luz dorada, con un leve tinte rosáceo, como si la luz hubiese sido retenida al igual que el calor del día en el interior de las piedras de la ciudad y ahora se liberara lentamente. El liberto de barbilla azul sonrió.

Una ciudad de estatuas. En cada bocacalle, en cada nivel, delante y al costado de cada templo, arracimados alrededor de todas las plazas: rostros que los dos hombres conocían tan bien que normalmente apenas se fijaban en ellos se convirtieron de pronto en algo muy vivo aquella tarde. Algunos ojos tranquilos miraron por encima de sus cabezas; otros les siguieron. Los dioses, los generales, los césares; impasibles

y nobles rostros en mármoles dorados y bronce, a los que muy pronto se uniría el rostro ceñudo y expresión alegre de Vespasiano. El compañero de Aglaus le adivinó el pensamiento y esbozó una leve sonrisa. Su expresión era irónica.

Una ciudad de agua. Los chorros de las fuentes flaqueaban un poco a medida que bajaba la presión porque un excepcional consumo de millones de litros de agua se había bombeado de los acueductos a las casas de baños que tenían prioridad. El agua pulverizada de las fuentes se esparcía por las calles desiertas como una leve bruma. De vez en cuando, al pasar por encima de una conducción subterránea oían el chapoteo del agua que corría violentamente desde los baños a las enormes cavernas de las cloacas maestras.

Los romanos estaban en sus casas. Desde la alegre excitación de la entrada del emperador aquella tarde, sólo su basura quedaba en las calles. Estaban en sus hogares, y picoteaban algo de comer mientras comentaban a gritos lo que cada uno había alcanzado a ver. Más tarde, cada uno se sentaría con su grupo electoral y por distritos a participar de un banquete de acción de gracias, y la ciudad entera se divertiría como una grande y alegre familia presidida por su paternal emperador.

Una vez que el emperador estaba en su residencia, la ciudad se relajó. Viviría, ya que estaba hecha, en la espantosa Casa Dorada de Nerón; ahora tenían delante de ellos la odiosa entrada, revestida con piedras preciosas y láminas de oro, y el acceso por el Foro rodeado por una triple columnata. Cerca se levantaba el coloso de bronce: Nerón con su corona solar, que dominaba el perfil del horizonte en todas direcciones.

Vespasiano ya había decidido que era necesario hacer algo al respecto. Los grandes espacios de la Casa Dorada debían ser restituidos cuanto antes al uso público. En cuanto al resto, quizá lo mejor sería demolerlo, llenar aquel inmenso lago, y después aprovechar el cráter rellenado para construir algo destinado a toda Roma; alguna maravilla que uniera a la ciudad y excitara al mundo. Él y Tito podían vivir en el viejo palacio de Tiberio y Calígula. Aquel lugar de pasillos helados y techos altos, salones que casi nunca se abrían, oficinas abandonadas. Y despensas.

Cuando preguntó por Caenis, le dijeron lo que ella había dicho.

En la Casa Dorada, después de que entraran su equipaje, el emperador había hecho una ofrenda personal a los dioses de su casa.

—¿Quién dispuso que trajeran aquí a mis *lares*?

Junto a él, su nieta adolescente, Flavia, protestó entre dientes.

—¿*Quién crees que ha sido?*

Caenis.

Después Flavia Domitila se entrevistó con su abuelo el tiempo necesario para aceptar el regalo que él le había traído, e informarle que, en el tema de Caenis, se comportaba como un auténtico cerdo. El emperador Vespasiano llegaría a ser famoso por su tolerancia hacia la franqueza de la gente.

—¡Gracias por tu opinión! —gruñó el abuelo—. Ven aquí y dame un beso.

—No —contestó Flavia. Él la miró con ojos dolidos. Ella sabía lo que diría Caenis. Así que Flavia, que quería muchísimo a su abuelo, le dio un beso.

Preocupado, el emperador pidió un dormitorio —no demasiado fantasioso y que Nerón nunca hubiera utilizado— donde poder descansar un poco sus viejos huesos antes del banquete de aquella noche. Alguien sin el menor sentido común preguntó si debían traerle una acompañante. Él le miró asombrado. Después, el emperador dijo: «No, gracias»; él siempre había preferido arreglar sus propias citas.

□ □ □

Aglaus y su amigo llegaron a la Puerta Nomentana. Caminaron más rápido, porque aquí la gente rondaba con aire curioso. La Vía Nomentana, hogar de una famosa residente femenina, esperaba hoy algo mejor que un pobre chambelán. El pequeño grupo junto a la Puerta mostraba un aspecto de desilusión mezclado con algún resto de esperanza. Aglaus saludó a aquellos que le saludaban. Parecía atribulado y poco amistoso. Su compañero, modestamente cubierto con una vieja capa color morado con el broche casi descosido, parecía encantadoramente tímido. Detrás de ellos ladró un perro que se alejó con la cola entre las patas cuando Aglaus se volvió para mirarlo furioso.

Aglaus llamó a la puerta, pero aunque el desfile había terminado el portero no estaba. Maldijo por lo bajo, y buscó las llaves. Se dedicó a abrir las formidables cerraduras, si bien esta vez se tomó su tiempo. Comenzaba a sentirse nervioso. El silencio sepulcral de la casa desierta le produjo escalofríos.

—Entra. Cuidado con donde pisas. Todavía puede haber agua. Sin duda estás entrando en la casa más limpia de Roma; intenta no resbalar en las baldosas. Deja que te quite esa espantosa capa. Hoy toda Roma se echó a la calle, pero en esta casa quitamos el polvo a los muebles y lavamos nuestros frescos. Toda Roma sale a vitorear, pero nuestra señora se recoge la falda y frota la letrina. Nosotros, señor, hemos arreglado los armarios, fregado los escalones y barrido aquellas asquerosas cosas disecadas que estaban metidas en los más oscuros rincones debajo de las camas.

Bajó la voz mientras cruzaban el atrio. Entró primero. De esta manera, Caenis tendría un momento de aviso, su compañero un momento de gracia y Aglaus su momento de diversión.

—¿Señora?

Abrió la puerta de par en par. Entre los discretos tonos pastel y crema de su casa, resplandecía una mancha de brillante azul zafiro. Caenis estaba sentada muy erguida en una silla justo enfrente de la puerta. Sostenía el brazalete de oro entre las dos manos colocadas sobre el regazo. Daba toda la impresión de tener dolor de cabeza. Tenía los ojos cerrados. Permanecía completamente inmóvil. Alguien soltó un

resuello ardiente. En un movimiento involuntario, la luz bailó entre el delicado encaje del cuello de su túnica azul. Haber supuesto que no estaba ferozmente viva era desconocerla por completo. Se la veía pálida, pero pulcra, alerta, preparada para ser fantásticamente truculenta.

—Señora, quiero presentarte a mi amigo.

Ella abrió los ojos. Alzó la mirada. Agrió el gesto. Aglaus tragó saliva. El hombre, a sus espaldas, frunció el entrecejo.

Caenis asumió la expresión contenida de una secretaria de primera clase a quien le acabaran de hacer la inoportuna petición de dar prioridad a un ilegible borrador de muchas páginas. Pero antes de que pudiese decir algo, su liberto anunció con una claridad que denunciaba los ensayos previos:

—Antonia Caenis, aquí está Tito Flavio Vespasiano, conquistador de Britania y héroe de Judea; *¡Vespasiano César Augusto, cónsul, Sumo Sacerdote, padre de su país y emperador de Roma!*

Su amigo Sabino. Por supuesto, ella le esperaba.



—¡Hola, Caenis!

Sin sonreír, su mirada la envolvió.

—*¡Salve, César!* —replicó Caenis, sin la intención de que pareciera un insulto. Él lo aceptó con bastante calma. Después de un año de farsas egipcias, seguramente estaba acostumbrado.

Caenis vio que Aglaus se balanceaba sobre los pies.

—No te preocupes —le tranquilizó Vespasiano, sin moverse—. Lo primero que me dijo fue: «¡Tírate a la Estigia!». —Por delante estaba completamente calvo. De todas maneras, su carácter siempre había surgido de aquella luz en los ojos y la elegancia de los músculos de la cara—. Como ves, todavía estoy aquí.

—¿Y por cuánto tiempo se quedará Su Señoría? —preguntó Aglaus con una urbanidad recién estrenada.

Su Señoría manifestó con un tono siniestro:

—El tiempo que haga falta.

Aglaus salió sin rechistar y cerró la puerta.

□ □ □

—No te levantes —dijo él mientras se acercaba—. Estoy harto de ver gente saltando a mi alrededor.

Ella no se levantó.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Vespasiano se estaba quitando las sandalias. A paso lento fue hasta un diván.

—¿Qué estás *tú* haciendo aquí?

—Yo vivo aquí.

—Tú vives conmigo. He venido a recogerte.

—No te dejaré.

—Denegado. ¡Privilegio de mi rango!

—En mi casa no.

—De acuerdo. —Vespasiano se acomodó en el diván apoyándose en un codo—. No te he traído nada de comer porque vendrás a cenar conmigo. Tito te envía unas zapatillas persas; las tiene tu liberto por si acaso decides ponértelas esta noche. Cuando vengas encontrarás una gran bala de seda tiriana, unas cuantas piezas de

crystal egipcio y un par de buenos libros que busqué para ti en Alejandría. Además, si quieres aceptarlo, unas ganas tremendas de llevarte a la cama.

Sus miradas se cruzaron de una manera cómplice.

—No lo quieres —comentó él para ponerla a prueba. Ella quería. Él lo sabía.

Él no podía perder tiempo. Los pretorianos no tardarían en recorrer la ciudad olfateando el rastro del pupilo extraviado antes de convertirse en el hazmerreír del pueblo. Se había procurado su último paseo como ciudadano privado. Los emperadores no podían pasearse por su cuenta.

—¡Veamos! ¿Esto tiene que ver con Berenice? ¿Quieres que te lo explique?

Caenis se sentía dividida entre el alivio, el orgullo y el puro cabreo.

—No, gracias; estoy bien informada: «*En Cesarea Filipa después de conquistar Jotapata, Vespasiano fue agasajado por el rey Agripa y su hermana*». ¡En Cesarea Filipa agasajan a la gente por todo lo alto! Si tienes que liarte con una puta, cariño, mejor hacerlo con una cubierta de joyas y con una corona. Me dijeron que tiene cuarenta años pero que es bellísima.

Él tuvo la desfachatez de reírse. Fue una risa suave y contagiosa, se reía con ella y no de ella.

—¡Oh, es una chica encantadora! —exclamó él lacónico.

Caenis se sintió dominada por una furia sarcástica.

—¿Y Tito también la admira? ¡No se puede negar que la chica tiene unos sentimientos familiares muy arraigados! Lo siento. —Detestaba las discusiones.

—Bastante. —Él también las detestaba.

—¡Eres tan comprensivo que me dan ganas de vomitar!

De pronto, Caenis descubrió que Berenice no le interesaba en lo más mínimo. Se daba por hecho que Tito estaba profundamente enamorado de la mujer; mejor no remover el asunto. Ya tendrían bastante con evitar que el condenado romántico de Tito no saliera muy mal parado. Por supuesto, preocuparse por el hijo del emperador no era cosa suya.

Caenis espiaba los pies de Vespasiano. Todo el mundo sabía que una flecha le había alcanzado en el sitio de Jotapata. Sangró tanto y el dolor era tan intenso que perdió el conocimiento. Entonces cundió el pánico en el ejército hasta que Tito llegó al galope convencido de que estaba muerto. Ahora, Vespasiano levantó discretamente el pie para que ella pudiera ver la cicatriz. Ella comprendió que era poco probable que la reina Berenice fuera capaz de mantener con él dos conversaciones distintas al mismo tiempo. Era un hombre muy reservado.

Él la miraba fijamente, y Caenis le devolvió la mirada con furia. Vespasiano estaba muy bronceado. Se le hacía insoportable verlo cubierto con tal cantidad de tela púrpura que los abultados pliegues llegaban casi hasta el suelo, y encorsetado con tantos alamares de oro. Bordados que imitaban las hojas de acanto le oprimían el

cuello. Su amigo se había convertido en algo abominable. Agradeció a los dioses que hubiera dejado la corona en casa; no hubiera tenido estómago para aguantar verlo ataviado con toda la pompa.

No obstante, su aspecto era el que le correspondía. Se le veía cómodo en su flamante esplendor, un tanto arrugado después de un día muy largo, y completamente despreocupado del efecto que producían tantos colores y entorchados de oro. Era el hombre ideal para Roma. Esperaban de este hombre y de sus dotados hijos sentido común y estabilidad. Roma no sufriría una desilusión; una vida discreta con elevados impuestos, una floreciente actividad económica y elegantes edificios públicos; orden en las provincias y productos de calidad en los mercados; el aprecio por la oratoria, pero no por la filosofía que era demasiado peligrosa, la vocación por el servicio público al viejo estilo; la música y las artes estimuladas con mesura; mucho trabajo para los maestros, los contables y los ingenieros; decorosas estatuas colocadas en calles limpias y seguras, para honrar a un amigable emperador cuyo estilo de vida se haría notorio solamente por su sencillez.

Ni uno de los césares había mantenido una concubina. Sin embargo, después de las payasadas de los Claudios, ¿quién se iba a fijar? ¿A quién le importaría?

Permanecieron en silencio, como sólo pueden estarlo los amigos. Cuanto más se quedara con ella más difícil sería la separación, pero Caenis se sentía tranquilizada por su presencia, de una manera que no se había atrevido a esperar. Era imposible simular hostilidad; entre ellos estaba el enorme legado de la sinceridad del pasado.

Vespasiano recordaba al astrólogo del teatro de Balbo que dijo que el rostro de ella nunca aparecería en las monedas. En el anverso el viejo, con una sonrisa incómoda; en la cara, alguna escena religiosa apropiada: quizá Marte, o Fortuna. Necesitaba hacer una gran emisión de moneda, y pronto tendría que decidir el diseño.

No, Caenis no. Al pensar en todas las acicaladas señoras que aparecían en las monedas (Mesalina con los tiosos rulos amontonados en la enorme y gorda cabeza, o la estirada Livia con la nariz larga y el ojo bizco, o peor, Agripina) se alegró. Caenis nunca se vería mezclada con tan repugnante compañía. Además, ningún grabador sabría captar su carácter. Y él no querría verla rebajaba, reducida, transformada en un adorno en las crines de algún jamelgo; Caenis manoseada por pescaderos y fornicadores; Caenis tirada en los desagües de todos los fortines del Imperio; Caenis metida en los cimientos de todos los cuarteles y basílicas.

Sin embargo, el hombre del tenderete lo sabía: ella era el auténtico anverso de su vida.

—¡Tengo tantas cosas que decirte! —Su voz era suave. Al ver la mirada severa, añadió irónicamente—: Y sin duda un par de puntos del día que piensas plantearme.

Por supuesto: Cremona, los generales Flavio; Domiciano, Sabino; lo que creyera Vespasiano que estaba haciendo cuando se dejó arrastrar a las curas de fe en

Alejandría. Caenis no dijo ni una palabra de todo esto. Para empezar, él lo sabía. Y además, probablemente estaba de acuerdo con ella.

—Soy republicana —le comunicó.

—Todo César debe conservar uno —respondió él, paciente.

—Siempre diré lo que pienso.

—Fantástico. —Él se movió bruscamente—. ¡Mírame, Caenis! Sólo mírame, ¿de acuerdo? ¿Y bien?

—¿Y bien qué? —Ella simuló no comprenderle. Se fijó en las arrugas de la risa, marcadas como rayas blancas por el sol del desierto, en los bordes de los ojos—. ¿Qué? —repitió con voz acre, aunque conocía la respuesta.

—¡Mira aquí! Este hombre desplomado en tu diván es Vespasiano. Más viejo, calvo, barrigón, un poco más cascado y muchísimo más lento. Cansado hasta el agotamiento y hartado de la comida oriental, y así y todo, tu hombre. ¿Por qué no quieres venir? —preguntó, con un tono más bajo.

—Serías deshonrado...

—Tú vales la pena.

—¡Oh, deja de mirarme!

—¡Deja de protestar! Sólo te estoy mirando. Es tan agradable estar en la misma habitación. Verte. Escuchar tu voz... Preguntarse cuál de nosotros ganará.

—Disfrutas con todo esto.

—Por supuesto. Añoraba discutir contigo. —Caenis sentía un cansancio terrible. Y sabía que él se daba cuenta. Le estaba ofreciendo que descargara su cansancio en él—. Tu casa siempre ha sido tan maravillosamente tranquila, chiquilla. Pareces hambrienta. ¿Has comido algo hoy?

—No.

Él tendió la mano para coger la campanilla pero ella le detuvo con un violento meneo de cabeza. Vespasiano le dijo con la mirada que ella comería decentemente esta noche, aunque tuviera que sujetarle las mandíbulas y meterle la comida como quien le da la medicina a un perro enfermo. Caenis bajó la vista hacia el suelo. Cuando volvió a mirarle, Vespasiano le sopló un beso como un muchacho de ojos tiernos que, apostado en la escalinata de un templo, piropea a las mujeres que pasan. Ella no pudo evitarlo; se ruborizó.

—Será mejor que te vayas —dijo—. El banquete.

Él se encogió de hombros. Dejó de flirtear y cortó por lo sano.

—Es cosa tuya. Si no quieres ir, nos quedaremos tranquilamente en casa. No me importa. Ya puestos, disfrutaré de mi posición. Toda la ciudad acomodada en las mesas, muy seriecita, sólo para que les digan: «Esta noche el emperador cena en su casa». No creas que les va a importar mucho, siempre que les den un buen trozo de pato con salsa de sésamo y una granada para llevarse a casa.

Estaba haciendo el payaso. Caenis no le hizo caso.

Él esperó un poco y volvió a la carga.

—Caenis, no rehúses. Nunca te pedí: «Vive conmigo hasta que salga algo mejor».

—No. No; siempre fuiste generoso conmigo; no chillaré, no romperé los jarrones, ni te obligaré a verme llorar.

—No —respondió él con voz opaca—. Lo recuerdo. Pero lo que no sabes es que tu carita de pena me persiguió durante veinte años.

Caenis creía saberlo.

—Me olvidaba decirte —murmuró dispuesta a calmarlo, porque estaba alterado— que te puedes quedar con mi juego de cuchillos de plata.

—¡Oh, gracias! Eso me tenía muy preocupado. —Ella vio el leve suspiro, todavía con la moral baja. Le miró con una sonrisa en los ojos, hasta que comprendió que él volvía a animarse, porque exclamó en uno de sus repentinos arranques de energía—: ¡Caenis, deja de aferrarte a tu piedra como un caracol tozudo! Chiquilla, eres de ideas fijas respecto a lo que tienes permitido; que no es mucho. ¡Un emperador te invita a cenar con toda Roma, y tienes que demostrar que eres realista fregando la letrina!

—Mantengo mi casa limpia —murmuró desafiante.

—Mantendrás un palacio limpio.

—Después de cuatro emperadores en dieciocho meses no quiero ni pensar qué emboza los desagües.

—No me lo enseñes, es lo único que te pido. —Se inclinó hacia ella con un poco más de apremio porque Caenis había insinuado la posibilidad de que podría ir—. Quiero que vengas, ¡debes venir!

—¡El emperador ordena!

—No seas ridícula. Siempre he sido amable contigo.

Caenis se estaba quedando sin fuerzas.

Ella inspiró con fuerza. Le dijo sin pelos en la lengua que no quería estar oculta en algún rincón oscuro de su palacio, al otro lado de un ventoso pasillo; un lamentable incordio del pasado que no quería destruir de puro bondadoso que era. Esta impresionante declaración que ella llevaba un año practicando en su cabeza sonó ahora mucho menos noble de lo esperado.

Vespasiano, que la escuchaba con un aire reservado, mostró una súbita agitación.

—¡Oh, todo eso ya lo sé! Te conozco desde hace mucho tiempo. —Se movió como un león inquieto antes de que abran las jaulas del anfiteatro—. ¿Cómo crees que me las apañaré? —se burló por un segundo—. ¿Con una vaca desaliñada que se pasa todo el día en la cama con un par de gladiadores, y pasa las noches mirando comer a actores trágicos en mi mejor vajilla para después vomitar en las fuentes? ¿Una arpía mojigata cuyo interés por la política pasa por asesinarme? ¿Con alguna bella adolescente de tetas grandes y ojos ardientes que me sorprenderá con el

inesperado nacimiento de mellizos? ¿O quizá los alcahuetes que al parecer he heredado se encargarán de proveerme una chica nueva cada día, cada hora, si puedo robarle tiempo a la correspondencia y el cuerpo me responde? Qué fantástica oportunidad para un hombre. Puedo tener a la mujer que desee; ¡puedo tenerlas a todas!

Con este estallido final de sátira, se desplomó. Volvió a ser él mismo.

—No me vale. Soy un hombre sencillo; Roma debe aceptarme como soy. —Se suavizó su mirada; Caenis cerró los ojos, el rostro grave. Le oyó reír—. Recuerdo que tenías la misma cara aquella noche, en plena calle; no teníamos ningún otro sitio, mientras decías que yo te *gustaba*, y todo el tiempo estabas aterrorizada de que fuera a echarme encima de ti y te violara contra una pared. Si quieres saber la verdad, te deseaba tanto que me aterrorizaba pensar que podía hacerlo.

—Sólo era una esclava; ¿por qué no lo hiciste? —preguntó Caenis fríamente.

—Por la misma razón que tú decías que no. —Se cruzaron sus miradas—. Olvida las normas —dijo—. Compartamos nuestras vidas; somos una sociedad; ésa es nuestra manera.

—¡Oh, Vespasiano, *no puedes!* —protestó ella con voz ronca.

El emperador adoptó el aire formal de un hombre que está a punto de hacer un discurso.

—Señora, sólo hay dos cosas que no puedo hacer. Tú eres una liberta; no se me permite casarme contigo. Por lo tanto, no puedo hacerte emperatriz. Nunca serás Caenis Augusta; cuando estemos muertos el Senado no te invitará a que te unas conmigo como diosa; ninguno de los dos nos tomamos *eso* en serio, y sospecho que tampoco los dioses. Pero tú naciste esclava en aquel palacio; ahora lo gobernarás. Tú, que fuiste una vez posesión del César, vivirás como un César por derecho propio. No puedo darte títulos pero, mientras yo viva, Antonia Caenis, Caenis, cariño mío, tendrás el estado, el lugar, la posición, el respeto... Nada de rincones oscuros en los pasillos. Nuestros términos eran ir codo con codo.

Fue un buen discurso. Caenis respondió con el corazón enternecido.

—Nunca hemos tenido términos. Tú y yo nunca caímos tan bajo. Tú y yo nos arreglamos con confianza, honestidad, tolerancia con las peculiaridades del otro, y en una crisis real, oh mi César, ¡el hecho de que tú me debes diez mil sestercios!

No era su intención recordárselo. Él se levantó de inmediato y se acercó hacia ella. Con gesto solemne sujetó algo con el pie de la lámpara, y luego murmuró:

—No discutas. Ahí tienes una letra de cambio de mi banquero. No tienes que comprar más votos. ¡Necesito cuatrocientos millones de sestercios para levantar el Imperio, pero eso lo puedo conseguir sin apelar a tus ahorrillos!

Caenis sintió curiosidad por saber cómo un hombre que nunca había conseguido dinero para sí mismo pretendía encontrar cuatrocientos millones de sestercios para el

Estado. A Vespasiano le brillaban los ojos; se moría de ganas por explicarlo. Su padre fue recaudador de impuestos; Roma lo había olvidado.

—Tú y yo estamos en paz, chiquilla. Pago mis deudas y no olvido. Caenis, tú que tienes tanta fe en el hombre público; confía también en el hombre privado.

Ella confiaba. Eran uno. Se reían de las mismas cosas, se enfadaban al mismo tiempo, despreciaban la hipocresía con el mismo tono de voz. Estaban cómodos juntos; estaban unidos. Sus vidas seguían el mismo ritmo. Después de cuatro años de ausencia, con el mundo y sus vidas revueltas, él había entrado por aquella puerta, y en realidad, ninguno de ellos necesitó decir nada en absoluto.

Ella permaneció como hipnotizada por la letra de cambio. El hecho de que Flavio Vespasiano le debiera dinero fue su salvavidas; mantenía un vínculo entre ellos con independencia de todo lo demás. Ya no lo necesitaban.

Él esperaba un par de pasos más allá. El silencio reinó en la habitación.

—Caenis, vieja boba, sé amable con un pobre viejo.

—¿Es eso lo que quieres?

—¡Sí, claro que sí!

—¿Por qué?

—Sabes muy bien por qué. —Él parecía llevar años diciendo lo mismo. Ella alzó la barbilla para recordárselo. Entonces, cuando por una vez se decidió a decírselo, lo hizo sin aspavientos ni dramatismos—. Te quiero. Siempre te he querido. Siempre te querré.

Caenis no pudo responderle.

A Vespasiano le pareció que algo le pasaba en la cara. Su boca tenía una mueca extraña; cerraba los ojos con demasiada fuerza. Resultaba tan extraño que por un momento se quedó paralizado por la duda. Caenis le tendió una mano, incapaz de tranquilizarlo de otra manera. Él nunca la había visto llorar.

Atónito, él abrió los brazos.

—¡Oh, mi pobre chiquilla! —El primer sollozo, contenido durante tanto tiempo, le hizo daño en la garganta. Se levantó. Con un solo paso, él la estrechó en el poderoso y reconfortante abrazo imperial—. Ven aquí; ven aquí conmigo. —Él le quitó el brazalete de la mano para ponérselo en la muñeca como correspondía. El hecho de que no lo llevara puesto sin duda le había preocupado desde el momento que entró—. *¡Oh, Caenis, amor mío!*

Lo decía de verdad. Desde el primer momento. Ella se raspó la frente en las doradas charreteras.

□ □ □

Había venido gente. Al otro lado de la puerta se oían los inquietos movimientos y murmullos del séquito del emperador que llenaban su vestíbulo, dejaban las lanzas apoyadas en sus muebles y se apretujaban en los pasillos... los suelos que todavía no

se habían acabado de secar y estos hombretones con sus enormes botas pisoteándolos como si nada. Vespasiano no hizo caso. Oyeron a Aglaus, en su mejor momento, poner de vuelta y media al personal de palacio. Doce lictores, apoyados en sus hachas, aguantaron con las cabezas bajas el chaparrón de su resplandeciente sarcasmo. Los guardias pretorianos se dedicaron a charlar mientras el centurión al mando notaba las gotas de sudor que le corrían entre el barbiquejo y la mandíbula. Los porteadores de litera se meaban de nerviosismo en plena calle; los secretarios doblaban las tablillas; un chambelán con la presión alta se preparaba para agonizar contra el viejo tiesto de helecho en la puerta principal. El jefe de vestuario del emperador trajo —en un pequeño cojín rojo con cuatro borlas de seda— la corona de laureles del emperador.

—Venga —gruñó Vespasiano, consciente de todo pero sin hacer caso—. Oh, amor, si es demasiado para ti, ¿cómo crees que me siento yo? Suénate la nariz en la púrpura; no importa si el tinte se corre. Tú llora. Lloro sobre el hombro más importante del mundo; moquea sobre todos estos ridículos bordados de oro.

—Se pondrán verdes... —Ella conocía la calidad de los bordados imperiales.

Alzó su rostro bañado por el llanto. El hombre al que amaba desde siempre olisqueó un par de veces antes de sonreír. Era el mismo de siempre.

—Escucha, ahora tenemos que irnos.

Caenis seguía llorando.

—De acuerdo, eso está arreglado. ¿Has decidido ya —preguntó Vespasiano con curiosidad— si le darás un beso al emperador de Roma?

Ella dejó de llorar. Deseó haberlo pensado antes.

—Tito —dijo, como si acabara de recordar que no le había dado la bienvenida—. ¡Tito, oh Tito, estoy tan contenta de verte!

Ella esperó a que él acabara de secarle las lágrimas con un borde levemente áspero de la toga imperial. Le llevó algún tiempo porque Vespasiano era un soldado, así que todas las tareas prácticas las hacía con la meticulosidad del manual. De todos los lujos que pudiera disfrutar, ninguno igualaría las cuidadosas atenciones de aquellas grandes y cariñosas manos.

Entonces Caenis besó al emperador. Le besó con la misma fiereza con que le había besado en otra ocasión, con la intención de que el hombre supiera *exactamente* lo que sentía. Él disfrutó enormemente del beso, la dejó terminar y después le devolvió el beso con una ternura que equilibraba su desafío, y con un brillo en los ojos que prometía mucho más. Por un momento permanecieron abrazados, compartiendo la paz y el profundo compañerismo.

—No hay ganador —le dijo Caenis.

—¡Si no hubo debate! —Se rió—. Siempre fuiste un desafío; eso estaba claro. ¡Ahora ven a tu casa que es el palacio, chiquilla, y cena conmigo como está

mandado!

Desde el día que le conoció, Caenis supo lo que él podía ser.

—Tú serás el César. Y yo...

Él le dirigió una mirada tolerante.

—Tú serás la dama del César —respondió el emperador Vespasiano.



NOTA HISTÓRICA

Los acontecimientos políticos de este relato son verídicos.

Vespasiano gobernó el Imperio durante diez años. Murió por causas naturales y fue sucedido a su vez por cada uno de sus hijos. Aunque Domiciano se convirtió en un déspota que fue asesinado por miembros del personal de su casa, hacía tiempo que la dinastía Flavia había restablecido la paz y la prosperidad que hizo posible la edad de oro del siglo II d. C, cuando los logros políticos y culturales del Imperio romano alcanzaron su punto más alto.

Caenis vivió con el emperador el resto de su vida.



LINDSEY DAVIS. Nació en Birmingham en 1949 y estudió Literatura Inglesa en la Universidad de Oxford. Después de escribir con seudónimo algunas novelas románticas, saltó a la fama como autora de originales novelas históricas en las que la fiel reproducción de la vida cotidiana en la Roma imperial se combinaba con un agudo sentido del humor y unas perfectas tramas detectivescas. Su más célebre creación, el investigador privado Marco Didio Falco, la ha convertido en la más popular, leída y admirada cultivadora de novela histórica, al tiempo que le ha granjeado el respeto de los lectores de novela negra. La veintena de títulos de la serie han convertido a Falco en un personaje entrañable para miles de lectores en todo el mundo y le han valido a la autora la *Ellis Peters Historical Dagger* 1998, el Premio *Author's Club First Novel Award* en 1989, el Premio *Sherlock* 1999 y el Premio de Novela Histórica Ciudad de Zaragoza 2009, entre otros galardones.

Nota

A partir de esta línea y hasta el final del capítulo no venía en el original en castellano.
Lo he traducido del original en inglés. (*Nota del Editor digital*) <<